

OCCIDENTE, LORARÁS POR MÍ

UNA NOVELA DE
JAVIER BARREIRA



Lectulandia

Occidente, llorarás por mí es una novela de intriga que narra la investigación de un pequeño suceso que poco a poco deja entrever la mayor amenaza yihadista jamás sufrida por un país.

El protagonista, Miguel Aguirre, un hombre curtido en el exigente trabajo de los agentes secretos, es el encargado de resolver este rompecabezas a partir de la comprobación casi rutinaria de un incidente que, poco a poco, se va mostrando como el pico de un iceberg de proporciones descomunales y ramificaciones internacionales. Con un nivel de amenaza y peligro que sube a medida que se va descubriendo la trama criminal, la historia se convierte en una lucha contra reloj.

Con esta magnífica novela de espías ambientada en Madrid, Javier Barreira nos ofrece una certera disección de la compleja realidad en la que vivimos y una fascinante reflexión sobre las motivaciones y la influencia de las circunstancias en el comportamiento del ser humano que a pesar de todo nunca termina de explicar el absurdo en el que nos encontramos: una dolorosa guerra invisible entre civilizaciones que no cesa.

Lectulandia

Javier Barreira

Occidente, llorarás por mí

ePub r1.0

Titivillus 24.11.2018

Javier Barreira, 2018
Diseño de portada: Sergio Santos Palmero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

8 SEMANAS PARA LA CATÁSTROFE

Recién superado el primer decenio del siglo. Septiembre. La muchedumbre se movía tranquila por la zona del Rastro, culebreando entre los cientos de puestos callejeros que cada domingo por la mañana componen uno de los espectáculos más llamativos de Madrid. Una estampa viva de un pedazo de realidad con sonido propio, con música de voces naturales, de conversaciones, de reclamos comerciales, de pequeñas transacciones económicas. Un cromó viviente que huele a cuero, a plástico, a bisutería, a tela, a transeúntes curiosos. Un súpermercadillo de barrio en el centro de una de las ciudades más pobladas de Europa. Madrid, el pueblo más grande del mundo.

Entre toda esa multitud que curioseaba por los tenderetes, un joven magrebí apuraba el paso y la respiración ajeno a todo ese ajeteo mercantil, incapaz, por más que se esforzara, de escuchar más allá de sus jadeos. Sus lamentos ahogaban la banda sonora de la ciudad, su cara estaba tensa y su cabeza no dejaba de girar para mirar hacia atrás. Sentía que corría peligro. Tras subir por Carlos Arniches, como un rayo accedió a la plaza Vara del Rey y la atravesó en diagonal para llegar a la plaza de Cascorro; la avalancha de gente que se encontró fue tal que le impidió continuar hacia arriba. La marea humana lo arrastraba hacia abajo contra su voluntad. Seguir por la Ribera de Curtidores no estaba en sus planes, pero no había manera de ir contra corriente. Dejándose llevar unos metros consiguió cruzar al otro lado de la calle y, pegado a la pared, subió de nuevo hacia Cascorro. Quizá ese caos estuviera de su parte: por más que se giraba buscando, nada encontraba, a nadie veía; era muy probable que hubiera podido despistar a quienquiera que le estuviese siguiendo. El joven Rachid continuó su camino pendiente de lo que ocurría a su espalda, vigilando su estela, esa de la que, como su propia sombra, no se podía despegar. Una mirada más, nadie sospechoso.

El sudor caía por su frente, pero no era de cansancio físico; era peor que eso, era el sudor del miedo, del que no deja pensar, del que embota el cerebro e impide tomar decisiones. Necesitaba aclarar sus ideas, así que se detuvo a la altura del número 6 de la plaza de Cascorro. Tomó aire y observó. Nadie le prestaba atención. Se podría decir que no existía para nadie, eso era lo que más deseaba en ese momento. Para nadie, salvo para el curioso inquilino del escaparate de una moderna tienda de ropa cuyo estilo no dejaría indiferente a ningún transeúnte. Al volverse, Rachid se encontró de frente con un esqueleto vestido de motero que parecía mirarlo a él y solo a él. Curiosa estampa: un esqueleto utilizado como maniquí, la representación de la muerte, miraba a los ojos al joven marroquí de Boumia. En ese momento, el tiempo se detuvo por un instante.

Rachid siempre había soñado con una vida mejor. Conocía por la televisión cómo era el mundo al otro lado del Estrecho de Gibraltar y, como muchos otros jóvenes de su edad, deseaba partir hacia el norte para experimentar el éxito, para establecerse, para ser alguien y poder regresar cada verano con la cabeza bien alta a su pueblo, donde vecinos, amigos y familiares lo tratarían con respeto y admiración, algo que no ocurriría mientras siguiese encerrado en su aldea con la única perspectiva de dejar pasar el tiempo viendo partidos de fútbol europeo en la televisión de un bar de mala muerte y peor vida.

Fue su amigo Alí quien se lanzó primero a la aventura. Con éxito. Desde que había llegado a Barcelona hablaba con frecuencia por teléfono con su compañero del alma utilizando tarjetas robadas y le contaba con detalle cada descubrimiento que hacía en el centro del universo. Alí le decía que tenía que formar parte de aquello porque sus destinos estaban unidos; era algo que una y otra vez se habían repetidos desde niños.

Dos años después, tras cuatro intentos fallidos, el joven Rachid, hijo de Hassan y Amina, consiguió llegar a España por Algeciras y pudo reencontrarse con su querido Alí en Hospitalet, en el cinturón obrero de Barcelona.

Las primeras semanas de su estancia en España resultaron las más interesantes: deslumbrante, fue como entrar en el paraíso. Alí ejerció de maestro, de guía y lo puso al corriente de todo lo que era necesario saber para desenvolverse en Occidente. Y Rachid se maravilló y se emborrachó de modernidad observando y absorbiendo todo lo que paseaba ante sus ojos: se embriagó con los escaparates concebidos para enamorar, con la belleza exótica de las mujeres diseñadas para el deseo, con la potencia y variedad de los coches, preparados para cumplir sueños tras los que correr pero nunca alcanzar, con los multicolores carteles publicitarios que a silenciosa voz en grito fagocitaban la personalidad de presas sin nombre, con la anchura de las calles, listas para poseerlas, con la altura de los edificios, con la música de los bares. Con lo fácil que era vivir sin rendir cuentas a nadie.

Pero en su resaca también pudo comprobar que el paraíso era al mismo tiempo el infierno. El edén, bello espejismo, estaba hermosamente podrido y sus sueños de convertirse en un hombre rico al que todos en su pueblo rendirían pleitesía se fueron esfumando poco a poco. Sin trabajo fijo y animado por Alí, comenzó a frecuentar la mezquita y a participar en reuniones donde gente que se expresaba con vehemencia animaba a jóvenes como él a mirar el mundo con ojos críticos. Fue en esos encuentros donde un hombre de modales delicados se fue ganando la confianza de los dos inseparables marroquíes. Y el mundo se abrió porque aquel hombre, que había llegado de ninguna parte y del que nadie sabía su nombre, se había fijado en ellos y les había asegurado que estaban llamados a convertirse en héroes, en protagonistas imprescindibles de una nueva historia que estaba por escribir. Cada frase de aquel individuo penetró en los cerebros de Rachid y Alí con la eficacia de una flecha afilada. El destino había escrito ya sus nombres en letras de oro; así fue como un

buen día, hartos de la vida que llevaban y resentidos con el mundo nuevo que no quería aceptarlos, los dos amigos decidieron dar un paso adelante. Pronto el hombre que vivía entre sombras les encomendó una misión, les dio instrucciones y los caminos de Rachid y Alí se separaron momentáneamente. A Alí lo mandaron hacia el sur y a Rachid lo enviaron a Madrid. Cada uno en su nuevo destino, sin pronunciar una palabra más alta que otra, realizaron de forma eficiente la labor que les había sido encomendada.

Desde aquel día en que se dijeron hasta pronto en Barcelona, los dos amigos inseparables, uña y carne, cuerpo y alma, no se habían vuelto a ver en persona.

Ahora, perdido y solo en medio de la muchedumbre en el centro de Madrid, Rachid no supo si debía maldecir el día en que se encontró por primera vez con aquel hombre de porte mágico. Su cerebro no le dejaba pensar en ese momento; sin embargo, sí le permitió derramar unas lágrimas frente al esqueleto vestido de ángel del infierno del número 6 de la plaza de Cascorro. Un esqueleto, mal presagio. Rachid despertó de sus recuerdos al verse reflejado en el cristal del escaparate y prosiguió su carrera. No lo seguían, quizá los había despistado. Animado, pensó que podría llegar a la humilde buhardilla que ocupaba, hacerse con lo imprescindible y desaparecer.

Dobló la esquina, bajó unos pasos por Embajadores y giró a la izquierda por la calle de la Encomienda, abandonando la zona de mercadillos. El paisaje humano se despejaba por delante y por detrás al adentrarse en el barrio de Lavapiés, aunque la angostura se mantenía en el diseño del barrio y en la cara de Rachid, quien, al llegar a la calle del Amparo giró hacia la derecha y volvió a mirar hacia atrás. Nadie. Resoplando, continuó su camino y se metió por la Travesía de la Comadre mirando de reojo a su espalda.

Fue en ese momento cuando tropezó con un hombre que, vestido con un mono azul de trabajo, portaba en una mano un cubo con varios botes de *spray* y, bajo el brazo, unos carteles enrollados preparados para ocupar las paredes del barrio anunciando los horarios de los próximos conciertos de un grupo de música. Por el impacto, parte del contenido de un bote de *spray* se derramó en la cara de Rachid antes de salir disparado por el aire con el cubo y los carteles. El marroquí solo pudo pedir perdón, pero estaba tan lejos cuando lo hizo que el hombre del mono azul ni siquiera le oyó. El joven errante tomó la calle Jesús y María hacia abajo mientras se recomponía del encontronazo frotándose la cara con su pañuelo, intentando secarse el agua del *spray*. Pero se equivocaba; el contenido del bote de *spray* no era agua, ni se había derramado por accidente. Rachid, a punto de doblar a la izquierda en la calle Lavapiés, no sabía que estaba viviendo los últimos siete minutos de su vida.

Al comenzar a subir la calle, su cuerpo empezó a pesarle un quintal. En Ministriles Chica se detuvo a tomar aire. Los pocos peldaños de las escaleras de la plaza se le hicieron interminables. Paradojas de la vida, cuantos más escalones subía, más cerca del infierno se hallaba. Antes de llegar a Ministriles el día se hizo noche y

perdió la visión periférica. Como pudo, caminó unos metros y giró por San Carlos. El aire no le llegaba a los pulmones. Poco más pudo hacer. Su cuerpo no le respondía, su cerebro se desentendía de él, cada parte de su cuerpo le estaba abandonando. Incapaz de seguir caminando, optó por descansar un rato, pero necesitaba hacerlo en un lugar seguro, así que antes de llegar a Olivar decidió meterse en el único bar de la calle. Atestado de gente, nadie le vio entrar, nadie reparó en su presencia, nadie lo vio ir a los servicios. Entró en uno de los cubículos y allí mismo se dejó caer, junto a la taza del váter. Con una mueca de terror dibujada en su cara, entre espasmos, incapaz de seguir respirando, Rachid abandonó este mundo para siempre. Si su alma fue hacia arriba o hacia abajo, nadie lo sabría.

Solo pasaron unos segundos hasta que la puerta se abrió de nuevo. Era el hombre del mono azul. Hablaba en árabe.

—Está aquí.

Entró, se agachó y comprobó el pulso. Tras él hizo acto de presencia un hombre de mediana edad y rasgos árabes, pelo corto peinado con raya a un lado. Su nombre, Atiq Zariâb. Miró al joven Rachid sin mover un solo músculo de la cara.

—Está muerto —sentenció el hombre del mono.

Zariâb no dijo nada, ni sintió nada. Solo se hizo a un lado para que el segundo de sus acompañantes pudiera acabar el trabajo. El hombre del mono azul acabó de registrar al muerto, le quitó el teléfono móvil que llevaba en un bolsillo y dejó sitio a su compañero. Este sacó una jeringuilla, buscó una vena en el brazo del cadáver y procedió a clavar en ella la aguja para inocularle su contenido. No hizo falta perder más tiempo; la jeringuilla quedó colgando del brazo derecho de Rachid, hijo de Hassan y Amina.

Tan invisibles como cuando entraron, Zariâb y sus dos secuaces abandonaron el bar y se perdieron por las calles de Madrid. Ese Madrid en el que todo es posible.

* * *

Más al norte, no muy lejos del hipermercado de Pío XII, en una zona residencial de chalets, algunos de aspecto señorial, dos hombres de rasgos asiáticos salieron de uno de ellos y caminaron unos pocos metros. La zona estaba desierta, o eso parecía. Ni un alma. Solo el canto de los pájaros ponía música a la escena compuesta por calles estrechas salpicadas de árboles y jardines privados. Haría falta estar dentro de la furgoneta blanca de la esquina para oír el disparador de una cámara que no dejaba de fotografiar ni un segundo a los dos hombres. Miguel Aguirre, oficial al mando de un grupo de operaciones especiales del CNI, no paró de tomar fotografías ni siquiera cuando los dos asiáticos entraron en un coche con matrícula diplomática aparcado a pocos metros y abandonaron el lugar. Una vez que el sonido del motor desapareció a lo lejos, se pudo escuchar de nuevo a los pájaros en esa apacible mañana de domingo. Al lado de Aguirre estaba Marcos, un veterano de pocas palabras, cuya única misión parecía consistir en sujetar una pequeña mochila.

—Han entregado la comida. En marcha —ordenó Aguirre.

—Estoy preparada —respondió una voz femenina.

—Es el rojo, no te equivoques, estamos escasos de presupuesto.

Así era Aguirre, el hombre de las ironías en cualquier situación. Eso no lo convertía en un tipo simpático, pero sí en un jefe respetado. Cuando uno de sus hombres o mujeres tenía el honor de recibir un comentario como ese, era señal de aprecio.

—Estoy en marcha.

—No le metas caña, que la alarma ya está muy sensible. ¿Dónde tenemos al peatón? No te veo.

—Estoy caminando —respondió una voz masculina.

—Empieza la función.

Aguirre y Marcos salieron de la furgoneta. Ni un alma en toda la calle; era el momento adecuado. Cruzaron al otro lado y se perdieron por el lateral de la finca del chalet. En ese momento, un hombre más bien bajito, fortachón, con cara de panadero de barrio, caminaba con los periódicos del día en la mano. Era Silva, el agente que acababa de hablar con Aguirre.

A los pocos segundos, un Renault Megane gris apareció por el otro extremo de la calle, conducido por una mujer joven. Al llegar a la altura de la entrada del chalet, la conductora dio un volantazo y se empotró contra un Citroën C2 rojo aparcado en la acera. La alarma del vehículo saltó de inmediato. Del chalet asomó un hombre alto, fuerte, que se quedó tras la verja sin salir a la calle.

Silva se acercó alarmado.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué ha pasado, criatura?

La conductora trató de abrir la puerta. Con la ayuda de Silva lo consiguió.

—No sé, yo iba conduciendo... Me he despistado un segundo... Me he hecho daño...

—Déjate estar, chiquilla, a ver si va a ser peor.

La alarma del C2 dejó de sonar. Del chalet salió el otro inquilino. Silva vio a los dos hombres tras la verja.

—Caballeros, ¿qué hacen ahí? ¿Podrían echarme una mano? ¿No ven que esta mujer puede estar herida?

Los dos hombres se miraron entre sí sin saber muy bien qué hacer. La mujer, Rebeca, representando a la perfección su papel, salió mareada del coche. Silva apenas la podía sujetar.

—¡Se está mareando!

En ese momento, los dos hombres salieron a la calle y se pusieron a disposición de Silva, que empezó a dar ideas.

—Tú, que eres grande, sujétala en el suelo, sentada, que no se eche.

Acto seguido, se dirigió al otro individuo.

—¿Y tú por qué no le das un poco de aire? Con la chaqueta, hombre, con la chaqueta.

El grandullón se quitó la chaqueta y abanicó a la chica como pudo.

—¡Ya verás cuando se entere mi marido! Qué mala pata, yo solo estaba mirando por el retrovisor...

En la parte de atrás de la casa, Aguirre y Marcos habían aprovechado para saltar la pequeña verja y entrar en el chalet por una ventana de la planta baja. Accedieron al salón y comenzaron a buscar con la vista; se acercaron a las paredes y palparon. A los pocos segundos Marcos dio con algo junto a una estantería.

—Aquí está. Una caja camuflada con la apertura debajo del enchufe. Es una 79 N.

Se trataba de una pequeña caja acorazada de seguridad negra, empotrada en la pared, con su diminuta pantalla y cerradura ocultas tras dos inocentes carcasas de enchufes convencionales.

Aguirre habló por el intercomunicador con el exterior.

—Hemos encontrado la caja. Necesitamos... —miró a Marcos.

—Nada, tres minutos. Es coser y cantar —precisó Marcos.

—Tres minutos. A darles bola. Tres minutos —repitió Aguirre.

Fuera, Silva marcó en su móvil.

—Enseguida aviso al 112; señora, no se preocupe.

—No hace falta que llame a nadie, estoy bien, de verdad. Ya se me ha pasado el mareo, en serio. El problema lo voy a tener al llegar a casa —concluyó Rebeca.

Con la ayuda de los dos hombres del chalet, la joven se incorporó y comenzó a dar unos pasitos para recuperar el aliento.

—Dejaré una nota para que me llamen.

—¿Está usted segura, señorita?

—Estoy bien, de verdad.

Mientras, rebuscó en su bolso hasta dar con un bolígrafo y una libretita. Tras apuntar sus datos, arrancó la hoja y la dejó en el parabrisas del coche siniestrado.

—Es mala suerte, solo he mirado un segundo por el retrovisor —se lamentó ella.

—Pues sí que te va a salir caro ese segundo —replicó él.

Silva guiñó el ojo a los dos matones, que no pudieron evitar sonreír.

—Os agradecería que me ayudarais a sacar el coche. Si me empujáis para ver si arranca... —solicitó ella.

—Por supuesto. Estos te empujan hasta tu casa si es necesario —volvió a tomar la iniciativa Silva.

En el interior del chalet, Marcos abrió la puerta de la caja fuerte y en su interior pudieron ver una carpeta. Aguirre se hizo con ella y tras abrirla comprobó que contenía los documentos que estaban buscando. Mientras sacaba una minicámara de fotos del bolsillo dio instrucciones a sus hombres.

—Aquí casi hemos acabado. Un minuto.

Con gran habilidad, Aguirre fotografió uno a uno los documentos. Dos disparos por página.

Fuera, Rebeca, ya al volante de su coche, trataba de girar siguiendo las indicaciones de los tres hombres. Pero lo hacía al revés.

—¡No, hija, no! Al revés, que así vas a dejarlo sin chapa. ¡Ay, la virgen! Endereza un poco y pon punto muerto, que te lo empujamos —reclamaba Silva.

Rebeca miró de reajo su reloj y obedeció. Con cuidado, los tres hombres empujaron el Megane, que se desenganchó del Citroën.

—Muy bien, ¿ves? Ya lo tienes. Arranca a ver.

Rebeca giró la llave de contacto, pero el motor no respondió.

Aguirre terminó de fotografiar y metió la carpeta en la caja, Marcos la cerró y volvió a colocar la carcasa de los falsos enchufes.

—En treinta segundos estamos fuera —indicó Aguirre.

Rebeca comenzó a contar mentalmente, al tiempo que seguía fingiendo que trataba de arrancar el coche.

—Empujad un poco, que seguro que ya va —solicitó a los hombres.

Los tres empujaron el coche unos metros y Rebeca por fin arrancó sin problema. Habían pasado exactamente treinta segundos. Los hombres dejaron de empujar y vieron irse el Megane. Rebeca se despidió ondeando el brazo por la ventanilla. Los dos matones regresaron hacia el chalet y Silva se despidió de ellos meneando la cabeza.

—¡Mujer tenía que ser...! —dijo.

Los dos hombres se metieron en la finca sonriendo. Silva siguió su camino a ritmo de paseo matutino. Por el lateral, Aguirre y Marcos saltaron la verja y se dirigieron a la furgoneta.

—Objetivo cumplido. Buen trabajo —concluyó el jefe.

—Me han entrado ganas de irme derrapando, pero me he contenido para ahorrar pastillas de freno —bromeó Rebeca.

Con la misma sorna, remató:

—Ah, Silva, cariño, lo de «¡mujer tenía que ser!» te lo podías meter por el culo, mamonazo.

Al otro lado del intercomunicador se oyó la estruendosa carcajada de Silva.

—A casa —fue la última orden de Aguirre.

Acto seguido desconectó su intercomunicador, arrancó la furgoneta con tranquilidad y desapareció de la zona. A su lado, Marcos, en silencio para variar.

Dos horas después, otro agente se acercaría al Citroën C-2 rojo, fingiría sorpresa al ver el golpe, vería el papel del parabrisas, lo leería, se llevaría las manos a la cabeza, se rascaría, se metería en el coche, arrancararía y desaparecería del lugar. Es posible que uno de los hombres del chalet contemplara la escena desde la ventana sin poder evitar una sonrisa burlona.

Tras entregar el material fotográfico en la sede del CNI en la A-6, Aguirre se fue a casa. Era casi la una de la tarde. Entró como siempre, sin hacer ruido, sin gritar un saludo, sin advertir de su presencia. Dio dos vueltas a la cerradura y dejó las llaves sobre un aparador de madera oscura, un mueble elegante y antiguo, sin duda legado familiar. El resto del domicilio estaba decorado con gusto, de forma austera, funcional, con unas combinaciones de colores en las paredes que denotaban haber sido concebidas por una persona entendida. Su mujer. Se la encontró en su pequeño despacho, afanada delante de una mesa de dibujo, revisando unos planos con suma concentración. Eva le oyó entrar, lo sintió bajo el quicio de la puerta, pero no hizo ni ademán de girarse y saludarlo. Aguirre la miró, contempló su figura, su pelo recogido en una coleta que caía liviana por su cuello y parte de la espalda, y optó por no decir nada. Prosiguió su camino hacia la cocina y se encontró con su hija Marta, de quince años, que salía en ese momento del cuarto de baño en pijama.

—Buenos días, ¿qué haces? —preguntó él.

—Mear. Y me vuelvo a la cama —le respondió ella sin mirarlo a la cara.

—¿A qué hora llegaste anoche?

—A ti qué te importa.

—¿Qué has dicho?

—Si hubieras estado, lo sabrías.

Dicho esto, se metió en la habitación y cerró de un portazo. Aguirre esperó un par de segundos y golpeó con los nudillos.

—¡Marta!

—¡Déjame en paz, tengo sueño!

Aguirre regresó al despacho de su mujer.

—Eva, ¿por qué salió anoche?

—No puedo con ella. ¿Qué quieres que haga? Podrías preguntar menos y ocuparte tú un poco más. —Tras una pausa, prosiguió—. Podrías preguntar si han llamado del instituto y yo te diría que sí. Y te contaría que el director me ha dicho que la han pillado fumando un porro en los servicios. Pero tú no preguntas, tú no estás.

—Me acercaré al instituto.

—Tiene quince años, Miguel.

Eva siguió a lo suyo, trabajando. El que en otros tiempos no muy lejanos fuera un gran estudio de arquitectura en el que estaba empleada no pasaba por buenos momentos y en los últimos meses muchos de sus arquitectos habían sido despedidos. Eso significaba que los que mantuvieron su puesto de trabajo peleaban duro cada día por no perderlo. Domingo por la mañana y ella adelantando trabajo para la semana siguiente.

Aguirre se fue a la cocina, rebuscó en la nevera y sacó las sobras de la cena del día anterior. ¿O era la comida? ¿O la cena del viernes? Daba igual, el caso era meterse algo en el estómago antes de dar una cabezada.

Con un plato de pasta recalentado en el microondas se presentó en el salón, se sentó y se quedó mirando al infinito. Sin apetito. Y tras pensar que su vida familiar era un fracaso, su mente se fue volando hacia atrás, un año, y otro, y otro. Hasta que llegó a la edad de catorce años, a la casa cuartel de la Guardia Civil de A Coruña. Catorce años de los de antes, de los de hace treinta y tres, cuando todo era más fácil, cuando los niños jugaban, estudiaban, compartían, obedecían. Y recordó aquel día en que regresaba del colegio en el autobús número cuatro. Había estado casi todo el trayecto lanzando proyectiles de papel con una goma a las filas del fondo, parapetado tras el asiento, jugando a los comandos, codo con codo con su mejor amigo, Paco. Ese día se había dado mal porque solo había alcanzado a Otero en la cabeza y a Catoira en un hombro. Lástima que su parada fuera de las primeras. Recordó que Paco se bajó primero y que le había dicho unos minutos antes que en cuanto llegara a casa iba a echar una meada de campeonato porque no se podía aguantar más. Bajaron las escalerillas del autobús corriendo. Paco cruzó la calle por delante del vehículo pero no llegó al otro lado. Un coche se lo llevó por delante en cuanto asomó. Ni siquiera el conductor del autobús le vio cruzar. Todo ocurrió muy deprisa, por sorpresa. Un sudor helado envolvió a Miguel, lo atenazó, lo aprisionó. Abrió la boca, pero fue incapaz de gritar. Estuvo paralizado un par de segundos. Y después la vida recobró su pulso y él echó a correr, a correr mucho hasta la casa cuartel para avisar del accidente.

Paco también era hijo de guardia civil. Dejó un padre hundido, una madre destrozada y un hermano pequeño, Ricardo, que se vio obligado a asimilar, pero que no acababa de entender.

Miguel no dejó un solo día de estar al menos un rato con él. En los dos años siguientes ejerció de hermano mayor, de protector, de compañero de juegos y, con una madurez impropia de un adolescente, animó a su protegido, lo motivó, lo alentó para seguir adelante, para estudiar, para formarse y hacer que su hermano fallecido y sus padres se sintieran orgullosos de él. Dos años después, las dos familias siguieron caminos distintos por el traslado a otro destino de los cabezas de familia. Miguel ya tenía claro desde hacía tiempo que quería ser guardia civil. Cuando se despidieron, Ricardo le dijo a Miguel que de mayor también iba a ser guardia civil, como él. Como su nuevo hermano mayor.

A pesar de la distancia, nunca dejaron de tener contacto.

Miguel Aguirre, de vuelta al salón de su casa tras un viaje de treinta y tres años, se preguntó cómo pudo ejercer con éxito de hermano mayor adoptivo con tan solo catorce años de edad y, sin embargo, haber fracasado como padre con cuarenta y tantos.

* * *

Al atardecer, un coche de gran cilindrada circulaba por la autovía de Valencia. Hacía poco que había abandonado Madrid. En su interior, tres ocupantes. Detrás, Atiq

Zariâb. Delante, sus dos hombres, Ayman Elquasabi, el del mono azul, y Josep Haykal, al volante. Los tres iban en silencio, sin duda eran gente de pocas palabras. Una buena mezcla: un afgano adoptado libanés, un egipcio y un sirio. El terror no tiene bandera.

En poco más de dos horas el vehículo llegaría a su destino. Poco después de Honrubia dejó de lado la A-3 y siguió hacia el sur, pasando por Sisante primero y La Roda después. Allí tomó una desviación y, tras recorrer los últimos kilómetros por una carretera secundaria, el vehículo llegó a una zona poco poblada cerca de Fuensanta, donde el coche se detuvo. A lo lejos divisaron una vivienda discreta, de aspecto humilde, rodeada de una pequeña zona de terreno para cultivar. Diez minutos después de comprobar que no había ninguna actividad en la zona, el vehículo se dejó llevar hasta la entrada de la vivienda de dos plantas, la de abajo constituida por una especie de garaje.

Los tres hombres descendieron, como siempre en silencio. Uno de ellos portaba en su mano una bolsa de plástico de supermercado. Subieron con extrema tranquilidad las escaleras y llamaron a la puerta. No contemplaban la posibilidad de que no hubiera nadie. Al cabo de un rato, un individuo joven, de aspecto magrebí, les abrió la puerta, nervioso y armado.

—Has tardado demasiado en abrir —fue la frase que inició la conversación.

El joven no fue capaz de explicarse; el hombre que tenía delante le infundía demasiado respeto. Pero la mirada de miedo que Zariâb percibió en él le anunciaba que algo no iba bien.

—Nos recibes armado.

—Es por seguridad...

—¿Acaso nos temes? Nosotros no traemos armas.

Zariâb y sus dos hombres extendieron los brazos, abrieron sus finas chaquetas y la bolsa de plástico, mostrando que decía la verdad. Esto pareció tranquilizar al joven, que los puso al corriente de las inexistentes novedades desde la última visita. Todo estaba bajo control, el material estaba seguro, nadie había aparecido por el lugar.

—No he llamado la atención. Todo ha ido perfectamente.

—Bien. Este lugar no existe, su inquilino tampoco...

—Sí, sí, como si no existiera.

—Exactamente.

Por primera vez, Zariâb dibujó una leve sonrisa en el rostro que sirvió para aliviar al joven. No había fallado, todo estaba en orden. Eso lo relajó. Y ese fue el momento en el que Ayman Elquasabi, el hombre del mono azul, sacó de la bolsa de plástico un bote de *spray* y, sin ninguna explicación y por sorpresa, le roció la cara con él. El joven no supo en un primer momento cómo tomárselo. Se palpó la cara húmeda sin saber qué hacer, mientras los tres hombres permanecían en silencio. El instinto de supervivencia fue lo que lo alertó. Sin saber por qué, trató de correr hacia la puerta y escapar, pero los dos hombres de Zariâb se interpusieron, lo tiraron al suelo y lo

inmovilizaron. Cuanto más esfuerzo hacía por zafarse, más aire consumía respirando y más oxígeno notaba que le faltaba. Zariâb se acercó a la ventana y, ajeno a lo que ocurría en la casa, contempló el paisaje. Llano y ondulado, seco y frondoso. Un poco de todo, le recordaba a su tierra. Así estuvo exactamente siete minutos, el tiempo que tardó el joven Alí, hijo de Mohamed y Fatiha, en ir al encuentro de su querido amigo del alma, Rachid.

Haykal procedió a repetir la operación que había realizado horas antes. Sacó una jeringuilla, la clavó en el brazo de Alí, presionó el émbolo e introdujo en la vena el contenido líquido. Tal como ocurriera la vez anterior, no se preocupó por liberar la jeringa del brazo.

Elquasabi y Haykal registraron la vivienda, recogieron el arma de Alí y la metieron en la bolsa de plástico. La casa estaba decorada con sencillez, tal cual había sido alquilada, sin un adorno de más. Por tanto, nada quedaba por hacer allí arriba. Entre los dos cargaron con el cadáver y lo trasladaron al garaje en la parte de abajo, abrieron el portalón y dejaron el cuerpo en el suelo. A continuación, Zariâb echó un vistazo a la caja de aproximadamente un metro veinte por sesenta por sesenta que descansaba en una esquina rodeada de aperos de labranza. Sus ojos se iluminaron cuando contempló el contenido; fue una mirada hechizada tras la cual volvió a cerrarla y mandó acercar el coche. Sus dos hombres metieron la caja en el maletero con sumo cuidado y luego Haykal abrió el cuadro eléctrico de la vivienda, manipuló unos cables y produjo una chispa que prendió con facilidad. Los tres hombres salieron del garaje.

Si no hubiera sido porque los últimos rayos de sol del día se reflejaron en el espejo retrovisor de una bicicleta, ninguno de los tres hombres se hubiera dado cuenta de que un niño de doce años los observaba absorto desde la distancia. Al verse sorprendido, el muchacho tuvo el mismo acto reflejo de Alí, con la diferencia de que él sí tenía espacio por delante. Los tres hombres, sorprendidos, salieron corriendo tras él. Pero el miedo hace pedalear con fuerza, con mucha fuerza. El miedo motiva y anestesia y el niño utilizó sus piernas como nunca antes lo había hecho. No hay dolor, pasando por encima de piedras y ramas, manteniendo el equilibrio como un funambulista que desafía a la gravedad, jadeando sin oírse y levantando una estela de polvo en el camino a modo de imaginario escudo protector. Sin mirar atrás, pedaleando con rabia sin mirar atrás, así fue como logró perderlos de vista. Zariâb optó por detener a sus hombres; era inútil correr tras el pequeño si no iban armados. No era más que un niño con buenas piernas y poca cabeza. El afgano sabía bien lo que se hacía. El miedo a esa edad te hace escapar, pero directo a tu guarida. Zariâb le vio desaparecer pedaleando: no iba en dirección a La Roda, ni a Fuensanta, ni a Villalgordo del Júcar. Iba directo a Tarazona. A su casa. Zariâb supo en ese momento que el niño no iba a ser un problema. Al día siguiente se ocuparía de él.

El fuego ya estaba empezando a extenderse por toda la casa, así que los tres hombres no perdieron un minuto más y abandonaron el lugar en su vehículo de gran

cilindrada.

* * *

Aunque el trabajo de Aguirre tenía poco de rutinario, sí lo era la manera de empezar su jornada. Como cientos, miles de veces, llegó a la sede del Centro Nacional de Inteligencia y, como en todas y cada una de las ocasiones, pasó el control de seguridad. Decenas de veces viendo las mismas caras que lo conocían y todas y cada una de ellas sometiéndose a los mismos controles. Aguirre solía tomárselo con buen humor e incluso sonreía contemplando mientras tanto el complejo que tenía delante, su lugar de trabajo. Pero esa costumbre empezó a dejar de ser tal con el comienzo de la construcción del nuevo edificio de ocho plantas, conocido coloquialmente como el Hexágono. No le parecía un nombre serio ni con encanto y sabía que el edificio en sí tampoco le iba a gustar; a su parecer rompería el equilibrio urbanístico que había en el complejo. Era lo que tenía convivir con una arquitecta, que el gusto se refina. Con el tiempo, Aguirre se había capacitado para opinar sobre cualquier tipo de construcción y esta no le gustaba, pero las recientes necesidades en materia de lucha contra las nuevas formas de terrorismo habían hecho necesaria la ampliación de la plantilla y la construcción de esa nueva mole.

Así era el complejo del CNI, un conglomerado de edificios asépticos que podrían pasar por sedes de empresas cualesquiera, por oficinas destinadas a cualquier ocupación poco destacable, a cualquier cosa. Porque en eso consistía la ocupación de la gente que trabajaba allí: en cualquier cosa, ser cualquier cosa, y eso incluía todo y nada porque no hacerse notar, pasar desapercibido, era la misión de todos los hombres y mujeres de la casa. Y pasar desapercibidas parecía también el objetivo de todas y cada una de las asépticas estancias de esos edificios. Todo insultantemente funcional, insultantemente eficaz, insultantemente silencioso. Insultantemente inexistente. El complejo de edificios en los que todo pasa. El complejo de edificios en los que nada pasa.

Monica Somoza le estaba esperando. Es lo que tiene llevar una identificación con microchip; en todo momento el ordenador central sabe dónde estás.

Monica era una mujer hecha a sí misma. No tenía carrera militar, pero era sobrina, prima y nieta de militares, algunos de los cuales habían servido o servían en los Servicios Secretos. Ella era una brillante licenciada universitaria con dos doctorados y cuatro idiomas. Sus cualidades no pasaron desapercibidas y pronto la captaron. No fue difícil. Del primer contacto se encargó su primo, el mayor de los cuatro, el que le llevaba dieciocho años. A partir de ahí su carrera fue meteórica. Primero en España y más tarde en Latinoamérica, Monica había desempeñado con extrema habilidad sus trabajos, había captado colaboradores y había conseguido tejer una red de influencias en lo más alto de algunos gobiernos centroamericanos. Ahora Mónica Somoza era la directora técnica de Inteligencia del CNI. Nada más y nada menos. Firme, enérgica y dinámica, pero sensible.

—Aguirre, buen trabajo. Estábamos en lo cierto.

—Contrabando de información —se adelantó él.

—Esos asiáticos quieren interferir en el contrato. Están preparando una oferta. Hay muchos millones en juego; no podemos permitir que se lo adjudiquen a otro.

—¿Se podrá arreglar?

—Hay margen. Le hemos propuesto unas ideas a Exteriores. La estrategia es seguir como si tal, dejando que fluya información.

—Falsa.

—Exacto. Quedaría una cosa por hacer...

—Una visita al informador —volvió a adelantarse Aguirre.

Monica no dijo nada.

—Claro, me encargaré.

—Aguirre, no es trabajo para ti. Podría hacerlo...

—No, yo me encargo.

Era un hombre de ideas fijas; no tenía sentido insistir por ahí, Mónica lo conocía bien. Ella consiguió el puesto que ocupaba, entre otras cosas, por recomendación de Aguirre cuando él renunció. La recomendación había sido sincera; Aguirre apreciaba a Mónica Somoza, a la que consideraba una mujer íntegra. La apreciaba y en una época la quiso. Los dos habían mantenido una relación sentimental durante casi dos años, de manera que había pocos secretos entre ellos. En lo personal, porque en temas de trabajo jamás se habían dicho una palabra de más si no les estaba permitido hacerlo.

—Acompáñame, te daré el informe.

Se metieron en un ascensor y se dirigieron al despacho de la flamante directora de Inteligencia. Nadie más los acompañaba.

—Miguel, no deberías quedarte siempre en Operaciones.

Se refería a la división a la que pertenecía Aguirre, la dirección técnica de Apoyo.

—Me gusta mi trabajo —dijo él.

—Sabes de lo que hablo. Tú podrías seguir siendo el director de Inteligencia. No debiste renunciar de aquella manera, no ha sido bueno para tu carrera.

—Soy como soy.

—Poco diplomático.

Aguirre se encogió de hombros.

—Aguirre, necesitamos gente como tú. Lo de Irak no fue culpa tuya, no habría sido distinto si hubieras estado allí. Tienes capacidad de análisis, tu opinión puede ser muy importante; no deberías quedarte solo en operaciones sobre el terreno.

—Tú eres mejor que yo.

—Eso por supuesto, pero no en todo; en algunas facetas empatamos —bromeó Mónica.

Ella le sonrió justo en el momento en que la puerta del ascensor se abrió y dos personas más entraron en él.

A medio camino entre La Roda y Tarazona de la Mancha, una casa en el campo había ardido la noche anterior. Nada se pudo hacer por el inquilino, un magrebí que vivía allí de forma discreta. La soledad habitual del lugar contrastaba con la presencia de dos vehículos de la Guardia Civil y algunos agentes que se afanaban por recabar datos sobre el terreno. Pero todo parecía normal.

El comandante de puesto Espinosa, al frente del cuartel de la Guardia Civil de La Roda, acababa de llegar cuando el sargento Utrilla se le acercó para informarle de las novedades. A saber, ninguna.

—El fuego se inició en la parte de abajo.

El sargento llevó al comandante hasta la pared donde se encontraba el cuadro eléctrico.

—Un cortocircuito. Cables pelados y pasa lo que pasa.

Una mancha más negra resaltaba en el cajetín. Ese era sin duda el origen del fuego.

—¿Le pilló durmiendo?

—No, no, el fuego empezó al anochecer. Bueno, el hombre no estaba en las mejores condiciones físicas; parece que era drogadicto. Hemos encontrado una jeringuilla. Da la impresión de que ni siquiera trató de apagar el fuego y se quedó atrapado.

—¿Falta algo?

—No, no hay indicios de robo. Nada forzado.

—¿Sabemos su identidad?

—Hemos preguntado al dueño de la casa. Al alquilarla no le pidió ningún dato, solo una fianza. Llevaba muy poco aquí y era cumplidor.

Espinosa paseó por el lugar, que todavía desprendía un fuerte olor a quemado; no al agradable aroma de la madera quemada de hoguera de barbacoa, sino a tragedia, a mezcla, a plástico, a cable, a tela, a ladrillo. Caminó entre cenizas, observó la estancia buscando alguna anomalía sin demasiada convicción y sintió la muerte del inquilino al que no conocía. Allí no había más que hacer; una deficiente instalación eléctrica había provocado un trágico siniestro. Lamentó la mala estrella del magrebí, triste final. Con un poco de suerte se le podría identificar y su familia podría enterrarlo allá de donde quisiera que fuera.

* * *

Por la mañana bien temprano en Tarazona, una mujer regañaba a su hijo tras encontrarlo todavía metido en la cama. El mismo niño que la tarde anterior había llegado a casa pedaleando en bicicleta a la velocidad del rayo impulsado por una fuerza sobrenatural. Sin pronunciar una sola palabra, se había encerrado en su habitación, había apagado la luz y se había apostado tras la ventana con los ojos muy abiertos y el corazón en un puño. Nadie apareció por la calle. A instancias de su

madre, salió de la habitación a cenar. Comió en silencio y sin apetito y después volvió a desaparecer en su dormitorio.

Esa mañana, el niño, de nombre Raúl, dijo que no se encontraba bien y que no quería ir a clase. No era la primera vez que algo así sucedía, de modo que su madre solo tuvo que insistir un poco y poner cara de amenaza para que Raúl, desconsolado, accediera al mandato materno. Sin embargo, cuando la mujer le vio marchar, notó que algo le había ocurrido a su hijo. A saber, una nueva pelea con otros chicos.

A unos pocos cientos de metros, un hombre, de apellido Zariâb, seguía el rastro del niño. Por el bien de su misión, el chiquillo no podía seguir con vida. Zariâb sabía que el miedo podría sellar la boca del muchacho, pero, ¿por cuánto tiempo? Era mejor no correr riesgos innecesarios y resolver lo que consideraba un pequeño contratiempo. Tarea fácil; en Occidente todos los niños están escolarizados, no hay más que buscar en los colegios. Y en una localidad de poco más de seis mil habitantes esa era una labor muy sencilla. Al afgano no le costó nada llegar a la plaza de toros y apostarse cerca de la entrada del colegio público Alejandro Sanchiz, un edificio de ladrillo rodeado por una verja amarilla. Armado de paciencia esperó a primera hora de la mañana la llegada de los niños. Y lo vio. Raúl acudió a clase sin darse cuenta del peligro que corría. Zariâb miró su reloj y se alejó del lugar unas horas, esperando el final de la jornada escolar. Pocos minutos antes de que esto aconteciera regresó al centro docente, que mantenía abiertas algunas ventanas por las que se oía el murmullo de decenas de niños y la voz firme de alguna profesora matizando sus explicaciones. Era un día caluroso en un pueblo tranquilo. En el patio, junto a la zona infantil, una joven guapa y rubia vestida con ropa de deporte ajustada ordenaba y recogía algunos elementos de juego a los que Zariâb no prestó atención, pues su vista se ocupó durante unos segundos en la figura bien torneada de la muchacha. Sí, por un instante su mirada era de deseo, pero honesto, masculino, humano. Era joven y muy guapa. Solo fue un momento.

Cuando los críos abandonaron el recinto, Zariâb estaba preparado. Localizó al niño y comenzó a seguirlo. Tenía prisa por acabar cuanto antes. A mitad de la calle Portillejo apuró el paso, metió una mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó una navaja automática, la abrió y la mantuvo pegada al brazo, muy cerca de su cuerpo. Casi al final de la calle, el niño hizo un gesto instintivo y giró la cabeza. Vio al hombre que no deseaba volver a encontrarse en su vida y un sudor frío se apoderó de él. Aceleró y se echó de repente a la derecha en Canalejas para atravesar la plaza del ayuntamiento y llegar a La Pedrera con la intención de dar la vuelta a la manzana. Caminó deprisa. En La Rambla giró hacia Abdón Atienza. El hombre lo seguía.

En Doctor Marañón, Raúl echó a correr. Zariâb, sin perder la compostura, apuró el paso. Azorín, Linares Rivas, Blasco Ibáñez... calles desiertas. El niño torció en cada esquina con la esperanza de despistar a su perseguidor, hasta que se detuvo y se metió tras un tractor aparcado en la acera, junto a un taller.

Desde su escondite pudo ver a Zariâb, acercándose. Su corazón palpitaba a mil por hora. Zariâb, con el cuchillo en la mano, observó con cuidado cada milímetro de la calle. Cada vez estaba más próximo, no había escapatoria posible. Más cerca... Cundió el pánico y el niño salió corriendo de nuevo, como una liebre que escapa sin posibilidades de éxito de un galgo bien entrenado. Zariâb fue tras él, lleno de ira. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, Raúl, asustado, no se detuvo. El pánico era su motor; el mundo era plano y liso para él y estaba vacío. Al borde de la extenuación, cruzó sin mirar la avenida de La Roda justo en el momento en que pasaba un coche. El conductor, sorprendido por la acción, se vio obligado a dar un volantazo para no atropellar al chiquillo que, en el quiebro, resbaló y cayó al suelo. El estruendoso rechinar de neumáticos frotando el asfalto caliente y dejando su impronta en él alertó a la gente que se encontraba en un bar cercano y los negocios próximos y enseguida se arremolinó en torno al pequeño formando un tumulto. Zariâb no tuvo más remedio que irse de allí si quería seguir siendo invisible.

* * *

Con el informe de su siguiente trabajo en la mano, Aguirre accedió al edificio donde tenía su despacho, al que llegó utilizando las escaleras. Después de acomodarse en la silla tras una mesa libre de documentos, abrió la carpeta y le echó un vistazo. No presentaba dificultad alguna, trabajo de niños. No tuvo tiempo para ulteriores consideraciones y, como si estuviera milimétricamente planeado, tras ese somero repaso a los datos de su próxima ocupación, el teléfono sonó. El director técnico de Apoyo, Julián García Verdasco, lo reclamaba. No debía de ser importante, pues lo citó en la cafetería. Antes de salir de su despacho, Aguirre guardó la carpeta en un cajón con llave y se la metió en el bolsillo.

García Verdasco era otro viejo lobo de mar, pero viejo de verdad, y este sí sabía nadar y guardar la ropa. Era el hombre que no existía, que apenas se hacía notar, el militar que sí había tenido aspiraciones dentro de la casa y cuyo olfato y capacidad para saber estar en sintonía con los políticos lo habían llevado a ocupar su actual cargo.

Como se imaginaba Aguirre, su jefe no tenía nada importante que tratar con él, solo quería comentar la operación del día anterior, aprovechar el encuentro para cerrar el tema de los asiáticos y dejar clara la estrategia que deberían seguir a partir de ese momento. Se trataba de una puesta al día, en la que Aguirre comentó con él las ideas de Mónica Somoza para mantener controlada a la funcionaria del Ministerio de Asuntos Exteriores que estaba pasando la información a los orientales y que a García Verdasco le parecieron correctas.

En la cafetería se les sumó el responsable de la escuela de formación, José Ramón Sober, que les estaba buscando para avisarlos de la incorporación de un nuevo agente, de quien les pasó referencias. Según él, estaba ya preparado para integrarse en el área

operativa, de modo que era algo que dejaba en sus manos. García Verdasco le pasó el tema a Aguirre.

—Ponlo a prueba, que se vaya fogueando —fueron sus palabras.

—¿Alguna otra cuestión? —preguntó de forma aséptica Aguirre.

—No, eso es todo por el momento.

Aguirre no esperó un segundo más, se levantó y se fue. Ni un mal gesto, ni una buena palabra. Después de pasar por el gimnasio de la cuarta planta, dejó una citación para el nuevo agente, lejos de la sede de los Servicios Secretos.

El nuevo, Chicote, apareció a la hora señalada en una cafetería del centro de Madrid, muy cerca de la plaza de Santa Ana. Cuando eso ocurrió, Aguirre ya llevaba un cuarto de hora en el local, pero aguardó otros diez minutos antes de acercarse. Al hacerlo, simplemente se sentó a su lado y dejó sobre la mesa un ejemplar de periódico doblado en tres partes.

—Mírame, dime cuántas ventanas tiene este local.

El requerimiento, que no solo sonaba a pregunta de examen sino que lo era, pareció pillar de improviso a Chicote, un chaval bien parecido y bastante joven. Aunque nunca antes había visto a Aguirre, enseguida supo a quién tenía delante.

—Tres ventanales.

—¿Cuántas mesas?

—Trece.

—¿Cuántas personas hay en el bar?

—Once.

—¿Qué te ha motivado a entrar en... este trabajo?

—Me creo capacitado.

—¿Qué te ha motivado? —repitió adusto Aguirre.

—Servir a mi país, colaborar para hacerlo más seguro.

—Estás capacitado porque has llegado hasta aquí.

—Gracias, no se me ha dado mal.

—Eso lo decido yo. ¿Cuántas personas han entrado y salido desde que estás aquí?

—En estos diez minutos, ocho. Han salido dos parejas jóvenes y una señora mayor, y han entrado tres estudiantes extranjeras.

—¿Extranjeras?

—Por el acento, diría que son suecas.

—¿Quién te ha dicho que son estudiantes?

Chicote se sintió pillado.

—La edad... —se justificó.

—Eso es una suposición. De un agente operativo no me interesan las suposiciones, solo los hechos. Datos. Las suposiciones les corresponde hacerlas a otros, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Es la manera de que esto funcione. ¿Entonces?

—Tres mujeres jóvenes extranjeras. No han dejado de hablar en un idioma del que he reconocido alguna palabra. Es sueco.

—Tengo un trabajo para ti —dijo Aguirre dando por terminada la entrevista.

Acto seguido sacó un pequeño sobre y de él extrajo una fotografía en la que se veía a una mujer. Se la pasó a Chicote, quien analizó lo que en ella aparecía: tan solo una mujer de mediana edad, quizá cerca de los cincuenta años. Media melena. Tenía un cigarro en una mano y parecía estar manteniendo una conversación. En una de sus muñecas, una pulsera metálica con unos dibujos que parecían estrellas, las uñas pintadas de rojo, nada en el cuello, ninguna cadena por fina que fuese y no se le veían pendientes. Mal asunto, esos detalles no le servían para nada y la instantánea solo la encuadraba a ella, que parecía estar en un lugar público, probablemente la terraza de una cafetería. Aguirre retiró la fotografía. Habían pasado solo tres segundos.

—Trabaja no lejos de aquí. Es funcionaría. Está pasando documentos a quien no debe. Tienes que averiguar quién es, seguirla y presentar pruebas gráficas de sus encuentros íntimos. No puedes dejarte ver, ni identificarte como agente ni que te identifiquen, ni entrar en edificios oficiales. Nadie debe saber nada. Buena suerte.

Aguirre se levantó de la mesa y se fue, dejando el periódico enrollado sobre la mesa. Chicote supo que ese hecho no atendía a un descuido; metió los dedos dentro y palpó un objeto que parecía metálico: era una cámara de fotos digital, normal y corriente. Recogió el periódico enrollado, lo inclinó y con discreción dejó deslizar la cámara hasta su mano y luego se la metió en el bolsillo. Los siguientes diez segundos los dedicó a pensar si se trataba de una misión real o de un ejercicio, pero enseguida desechó ese pensamiento. Sea como fuere, si algo le había quedado claro era que a él no le correspondían las suposiciones; sabía bien cuál era su función. No podía fallar, los últimos meses se los había pasado haciendo ejercicios extremadamente duros; se conocía la ciudad mejor que la palma de su mano.

Por lo menos le habían acotado el terreno. «*Trabaja no lejos de aquí. Es funcionaría. Y pasa información a quien no debe*». Eso reducía mucho el ámbito de búsqueda. Su disco duro cerebral decidió que solo había dos o tres posibles lugares donde podría situarse el lugar de trabajo de su objetivo: la Comunidad de Madrid, el Ministerio de Economía y el Ministerio de Asuntos Exteriores. Lo demás era secundario. Primera fase concluida.

Mientras se encaminaba al primero de los edificios, agradeció sobremanera la ley antitabaco. Buscaba a una fumadora y desde que se había prohibido fumar en los centros públicos, todos los adictos a la nicotina debían apañárselas para salir de los edificios y fumar en la calle durante sus pausas de trabajo. Chicote solo tendría que pasearse por las puertas de esos tres edificios esperando dar con la mujer de la media melena de la fotografía. Pensándolo bien, ni siquiera la media melena era un buen dato, ignoraba de cuándo podría ser la instantánea. Podría tener otro peinado, otro color de pelo, incluso podría haber dejado de fumar. Pero tenía que agarrarse a algo y la adicción al tabaco era un buen comienzo.

Paciencia era lo único que necesitaba y eso le sobraba. Se había pasado meses sometido a ejercicios que agotarían al más equilibrado de los mortales. Durante semanas se había dedicado a realizar planos mentales del complejo Azca, incluyendo todos los edificios de El Corte Inglés, con sus conexiones, salidas y bajadas a los aparcamientos... Todo. Había tenido que identificar parques viendo la fotografía de las copas de algunos árboles y averiguar la dirección de empresas a partir de la instantánea de un pedazo del cartel de la fachada. Eso solo se conseguía con paciencia y, una vez que había decidido que la estrategia era aguardar a que su objetivo apareciera ante él, el hecho de esperar horas o días le parecía un juego de niños. Literalmente, porque cuando era un crío, desde la casa de sus abuelos en un pueblo de la provincia de Ávila veía pasar los trenes cada día. La vía estaba a muy pocos metros. Veía llegar uno, decía adiós a gritos y se quedaba apoyado en la ventana hasta que aparecía el siguiente. Y pasaban muy pocos al cabo del día, de modo que la virtud de la paciencia le venía de fábrica.

Decidió realizar su ruta comenzando por el edificio de la Comunidad de Madrid. Pasearía sin prisa rodeando el edificio y buscando las entradas habituales de los empleados, lo que descartaba el acceso principal de la Puerta del Sol. De ahí se iría al edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores donde repetiría la operación y por último regresaría al Ministerio de Economía en la calle Alcalá.

Se planteó entrar en los edificios y hacer trampa, pero eso implicaba dejar sus datos en el control de acceso y en ese momento no tenía ningún documento falso de identidad; además estaban las cámaras de seguridad. Su instructor había sido muy claro: nada de dejarse ver. Eso lo reafirmó en su idea de que ser un viandante más era la mejor de las opciones. «Qué fácil», pensó.

* * *

Esa tarde, Raúl, de doce años, hijo de Juan y Marisa, permaneció encerrado en su habitación, algo que a su madre no le pareció muy normal. Pero los niños en edad preadolescente tienen estos comportamientos, así que ella imaginó que su hijo estaba empezando esa etapa difícil en la que el mundo no les comprende y necesitan aislarse. Sin embargo, poco propio de esta etapa le pareció el hecho de que no quisiera salir de su cuarto para cenar, porque si algo tenía su hijo era un apetito perpetuo. Y más impropio le pareció que el niño temblara cuando, obligado por sus padres, se sentó a la mesa frente a un plato de gazpacho.

—Hijo, ¿estás bien?, ¿qué te pasa?

El niño, incómodo, no contestó.

—Hijo, ¿no me oyes?

—Raúl, contesta a tu madre.

—Nada...

—Pues entonces come —sentenció su padre.

—Estás temblando. Dime qué te pasa. ¿Tienes fiebre?

Marisa acercó su mano a la frente de su hijo para tomarle la temperatura.

—No tiene fiebre pero está empezando sudar. Hijo, no me asustes, ¿qué te pasa?

—Es que...

El niño no sabía cómo hacer fluir las palabras. Su padre, tras cruzar una mirada con su mujer, movió la silla y fue a colocarse junto a él.

—Raúl, no va a pasar nada. Da igual lo que hayas hecho. Cuéntamelo.

—Yo no hice nada, papá. Yo solo andaba en bicicleta y...

El niño empezó a gimotear, las primeras lágrimas salieron de sus ojos.

—¿Y qué?

—Ese señor me quiere matar.

—¿Qué señor?

—¿Pero qué estás diciendo? —exclamó la madre.

—¿Cómo que te quiere matar? ¿Quién? —repitió el padre.

—Por Dios, Juan, déjale explicarse.

—El que incendió la casa. Metieron a un hombre en el garaje y le prendieron fuego a la casa.

—¿Pero qué estás diciendo, qué fantasía es esa? —le reprendió su padre.

—No, calla, ha habido un incendio en una casa. Murió una persona, ¿no recuerdas? —puntualizó Marisa cayendo en la cuenta.

—Ya estaba muerto, yo lo vi. Lo dejaron allí pero me descubrieron y me escapé en la bici. Y hoy, al salir de clase, ese señor me siguió para matarme. Llevaba un cuchillo.

En ese momento, Raúl lloraba ya a moco tendido. Marisa no tenía un hijo con una crisis de identidad. Su hijo era normal. Un niño. Por tanto, perdía un preadolescente conflictivo pero ganaba un problema.

Con gesto preocupado, Juan se levantó de la silla y llamó al cuartel de la Guardia Civil para contar lo ocurrido. En cualquier ciudad grande, este tipo de informaciones se hubieran tomado con cautela, incluso se hubieran dejado para el día siguiente, pero en una comarca donde casi nunca pasa nada, donde los guardias civiles viven pegados al terreno, la cosa cambiaba. El propio comandante de La Roda, Espinosa, se presentó en casa del niño a los treinta minutos.

Le bastó ver la cara del muchacho para intuir que no se trataba de alguien con ganas de gastar una broma. Inició con Raúl una conversación sobre fútbol para relajar la tensión y dar normalidad a una situación que de por sí impresionaría a cualquier niño de doce años: un hombre armado y uniformado de cuarenta y tres años lo iba a interrogar para exigirle respuestas. Si era verdad lo que le habían contado los padres, la experiencia no tenía que haber sido plato de buen gusto.

—¿Qué tal, Raúl? ¿Estás bien?

—Sí...

—Sí, ya veo. Oye, ¿te gusta el fútbol?

—Sí —respondió confundido el niño ante una pregunta que no se esperaba.

—Claro. ¿Eres deportista?

—Sí —respondió más confiado.

—¿En serio? Ya me lo parecía. Así que juegas en un equipo...

—Sí —aseveró con seguridad.

—¿En el medio del campo?

—No, yo juego de portero —puntualizó el niño con normalidad.

—¡De portero! De los que se tiran a por todos los balones, ¿no? Como Casillas.

—Sí, pero mi jugador favorito ahora es Iniesta.

—Claro, es muy bueno. Pues, oye, si eres portero y te tiras a por todos los balones significa que eres muy valiente. Y si eres muy valiente, entonces no tienes miedo, ¿a que no? Los porteros no tienen miedo.

El niño no parecía muy convencido, pero el argumento del hombre de uniforme era incuestionable.

—No.

—Bien, entonces no hay ningún problema. Así que el domingo estabas por ahí en bicicleta. A mí me encanta andar en bici, tengo una *mountain bike* que es una pasada.

Espinosa continuó hablando de aficiones comunes mientras interrogaba al niño sobre el incidente del incendio. El pequeño no mentía. La hora, el coche cerca del garaje —había marcas de rueda—, la descripción del portón. Incluso recordaba el color de la camiseta del hombre sin vida, que vio cuando lo bajaban por las escaleras laterales de la casa. Con cierto fastidio, Espinosa asumió que podrían estar ante un caso de asesinato. Con respecto al intento de acabar con la vida del pequeño, el comandante acertó al pensar que quienquiera que fuera ya estaría lejos; oportunidades así solo se pueden aprovechar una vez. Al día siguiente todo el pueblo estaría al tanto del incidente y en una localidad de seis mil quinientos habitantes donde todos se conocen habría que ser un idiota para volver a intentarlo. Seis mil quinientos vigilantes, seis mil quinientos testigos, seis mil quinientos guardaespaldas. La familia podía estar tranquila.

Tras abandonar la vivienda, Espinosa llamó al Instituto de Medicina Legal de Albacete, consiguió el número del médico encargado y, en relación al caso del incendio de la casa cerca de Fuensanta, le solicitó una autopsia lo más exhaustiva posible para determinar las causas de la muerte del marroquí carbonizado anticipándole la posibilidad de estar ante un crimen.

* * *

Chicote tuvo suerte al segundo día. Había empezado su jornada bien temprano en el edificio del Ministerio de Economía para poder ser testigo de la entrada de los funcionarios. No tuvo éxito, la mujer no apareció. Mejor dicho, y dado que un agente operativo no hace suposiciones, no la vio. Pasó por el edificio de la Comunidad de Madrid y allí estuvo rondando un tiempo hasta que optó por acercarse al Ministerio de Asuntos Exteriores. A media mañana todos los funcionarios hacen una pausa para

el café, eso es sagrado. Y sonó la campana: su objetivo se presentó en la calle junto a tres compañeros de trabajo a las doce del mediodía. Allí estaba ella, la mujer de la fotografía. No necesitó más. Él no tenía por qué seguir allí, así que se fue tan tranquilo, dispuesto a regresar cuando estuviera a punto de concluir la jornada laboral de los funcionarios.

Llegado ese momento, la mujer salió por la misma puerta, caminó con una amiga hasta la Plaza Mayor y se despidió de ella dándole dos besos. Luego continuó sola, salió a la Puerta del Sol, la atravesó y, cuando estaba a punto de meterse por la calle Preciados, recibió una llamada en su móvil que contestó dibujando en su rostro una sonrisa de felicidad. Justo antes de colgar lanzó un beso y a continuación dio media vuelta.

—Cambio de planes, ¿eh? Así que tu amiguito te ha llamado... —supuso Chicote.

El agente sonrió su propia maldad: había supuesto, sí, pero lo había hecho a propósito porque ningún instructor lo veía, ningún profesor lo escuchaba. Le daba la gana suponer y supuso. En pocos minutos saldría de dudas.

Apurando el paso, la mujer bajó a la estación de Metro. Chicote la siguió y, como ella, se metió en un vagón de la línea 2 en dirección a Cuatro Caminos. Se bajaron en Quevedo. La mujer continuó su camino hacia Fernando el Católico, giró a la derecha en Galileo, luego a la izquierda y llegó finalmente a un portal de la calle Fernández de los Ríos.

Entró sin necesidad de usar la llave porque el portal estaba abierto. Chicote hizo lo mismo, pero fijándose en las placas que adornaban la entrada. Una de ellas era perfecta para él. Consulta médica. Según se introducía en el portal, un vecino salía del ascensor y saludaba al portero que permanecía en su pequeño cubículo.

—Buenas tardes, Rubén.

La funcionaría se metió en el ascensor mientras Chicote siguió como si tal cosa, saludando al portero, pero sin girar demasiado la cabeza hacia él, pues no quería que pudiera identificarlo fácilmente.

—Hola...

—¿Le puedo ayudar?

—No, gracias, voy al médico, al tercero —respondió manteniéndose de perfil y forzando una tos profunda.

No hizo falta decir más. Se acercó al ascensor antiguo, lo vio ascender y fue tras él por las escaleras. El elevador se detuvo en el sexto, la mujer salió y caminó por un largo pasillo con puertas a los lados, propio del típico edificio antiguo de pequeños apartamentos. Metió una llave en la cerradura y entró. Chicote llegó al momento y examinó la planta. La recorrió entera. El pasillo doblaba a la izquierda y moría unos metros más allá, donde había una ventana que daba a un patio de luces.

El ascensor comenzó a bajar. El agente se acercó a él para controlarlo y lo oyó detenerse en la planta baja y comenzar a subir de nuevo. Uno, dos, tres, cuatro,

cinco... Chicote se alejó unos pasos y dobló la esquina justo en el momento en que el ascensor se detuvo en el sexto y de él salió un hombre que, tras caminar unos metros, entró con su propia llave en el mismo apartamento que la mujer.

—Los tortolitos ya están juntos.

Chicote tenía asignada la misión de fotografiar los encuentros íntimos de la pareja. Dejó pasar quince minutos; no le interesaban los preparativos. Aprovechó ese período de tiempo para establecer un plan de acción. Según sus cálculos, supo —esta vez no supuso— que el apartamento era el último antes de doblar la esquina. La mejor opción para él consistía en entrar en la vivienda contigua, no de ese pasillo, sino la que estaba al otro lado de la esquina. La cerradura no era complicada; en cuestión de segundos sería capaz de entrar. Nadie le había dicho que no podía saltarse la legalidad. Pero primero tendría que comprobar que no hubiera ningún inquilino. Se atusó el pelo marcando con los dedos la raya a un lado y llamó al timbre. A los pocos segundos, una anciana contestó al otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

—Buenas tardes, vengo para mirar lo del gas. Me envía Rubén.

Fácil. La anciana abrió.

—¿El gas? ¿Qué pasa con el gas?

—Nada en absoluto. Es que estoy comprobando que no haya ninguna fuga porque como las tuberías son más viejas que el sol... Es mejor prevenir, ¿no le parece?

—Sí, hijo, sí. A ver si un día va a haber una desgracia, Dios no lo quiera.

—No, eso no va a pasar, pero es mejor echar un vistazo.

—Rubén no me había dicho nada.

—No se lo está diciendo a nadie para no preocupar a ningún vecino. Además, no estoy yendo a todas las casas, solo a las que usan la misma tubería. Si los demás se enteran, querrán que se lo mire también y no hay necesidad, ¿me entiende? Así que es mejor no comentar nada con nadie, que luego me hacen ir de aquí para allá sin motivo.

—Sí, hijo, sí, que acabamos siendo muy pesados.

Para entonces ya estaban en la cocina.

—Voy a abrir la ventana, porque tengo que abrir la comprobar del gas. Es mejor que se quede fuera. Le cierro la puerta, señora, que a lo mejor huele un poco fuerte.

—Dale, pues, dale.

La anciana cerró la puerta de la cocina por fuera. Chicote asomó la cabeza por la ventana. Estaba en lo cierto; el edificio doblaba allí mismo y la ventana siguiente pertenecía al apartamento de la parejita. Al ser un patio interior con poca luz natural, la cortina no estaba corrida del todo. Los vio. Sacó su cámara, miró a todas las ventanas del edificio. Nadie a la vista, debía ser rápido. Permaneció unos segundos al acecho hasta que vio al hombre abrazar por detrás a la mujer y besarle el cuello. Ella se giró y le correspondió. Comenzaron a meterse mano, Él empezó a desnudarla, ella continuó. Era el momento. Chicote sacó una pierna y medio cuerpo fuera, estiró el

brazo y comenzó a disparar. Una foto, otra, otra, otra, así media centena de veces. Por precaución lo dejó ahí. Suficiente, tenía lo que quería.

Unos segundos después salió de la cocina y tranquilizó a la anciana.

—Lo que yo pensaba. Esto está perfecto, aquí no hay nada que hacer.

—Qué rápido.

—Para que vea. Ya no la molesto más. Que tenga un buen día, señora.

—Tú también, joven.

Chicote no usó el ascensor, bajó por las escaleras con tranquilidad. Pasó delante del portero y, al igual que antes, este lo miró. El agente del CNI se llevó la mano a la cara para no facilitarle la visión de sus rasgos, pero esta vez no dijo nada, solo tosió de forma ostentosa ayudándose de la mano. Los hechos corrieron a cargo del agente: tenía las fotografías de dos amantes. Las suposiciones correspondieron al portero: el muchacho de la tos iba directo a una farmacia con la receta del médico.

El nuevo agente operativo redactó un informe y se lo entregó a Aguirre, permaneciendo en silencio mientras su jefe lo leía y echaba un vistazo a las fotografías.

—No está mal, aunque las que tenemos nosotros están un poco mejor —fue lo único que dijo Aguirre.

«¿Las que tenemos nosotros?». Chicote pudo disimular su contrariedad. Había tenido que hacer fotografías a una pareja en plena pasión amorosa y, sin embargo, su jefe acababa de decirle que ya tenían documentos gráficos. No podía ser un ejercicio, pero tampoco parecía ser un caso real... Aguirre no había pronunciado esa frase por casualidad. Al hombre, que era un perfeccionista, le gustaba crear ese tipo de incertidumbre en los agentes que empezaban para hacerles entender que una vez que acababan su misión no había que cuestionarse el motivo o la naturaleza del trabajo realizado. Aguirre sabía que Chicote podría estar algo contrariado y este sabía que Aguirre sabía que él podría dudar.

—He hecho lo que he podido.

—Muy bien, buen trabajo. Eso es todo.

Aguirre se fue a reunir con su jefe, García Verdasco, para tratar los últimos flecos y dejar atado y bien atado el caso. Solo quedaba la parte más desagradable.

* * *

Alejandro Moyano tenía treinta y siete años. Médico, hijo de médico, había estudiado la carrera en su ciudad natal, Salamanca. Se había licenciado con muy buenas notas y había pasado los primeros años ejerciendo junto a su padre, un experimentado forense. Durante la carrera había conocido a quien ahora era su mujer, una dulce manchega que se licenció en Derecho. Los dos eran miembros del Opus Dei. Al cabo de varios años en Salamanca, la pareja se fue a vivir a la ciudad de la que ella era originaria, Albacete, donde él empezó a trabajar en el Instituto de Medicina Legal.

Como todos los días justo antes de iniciar su jornada laboral, Alejandro se persignó y se encomendó a la Virgen María. A continuación comenzó a realizar su trabajo, con la misma dedicación de siempre, con la misma actitud metódica que había aprendido de su padre, con el mismo gusto por el orden y la responsabilidad, con el mismo respeto reverencial hacia la profesión y las personas objeto de su labor. Cuando tenía un cadáver delante nunca establecía jerarquías; todos eran seres humanos con la misma categoría. Casi siempre exclamaba para sí un «¡Pobrecito!» porque, por lo general, solía tener delante de sus ojos gente muy joven, niños en muchas ocasiones. Daba igual que fuera un sobrino del alcalde o un inmigrante carbonizado, Alejandro se santificaba mediante el trabajo poniendo sus cinco sentidos en cada caso. Por ese motivo, no habría sido necesario que el comandante de la Guardia Civil de La Roda le pidiera que fuera exhaustivo. Era una suerte que hubiera un joven aplicado y experimentado abriendo ese cadáver en una pequeña capital de provincias donde pocas veces suceden cosas realmente anormales.

* * *

La funcionaria del Ministerio de Asuntos Exteriores, de nombre Mari Carmen, sacó sus llaves del bolso y procedió a meterlas en la cerradura de la puerta. Pero en esta ocasión no se trataba del nidito de amor, sino de su propia casa. Giró la llave y en ese momento escuchó una voz firme detrás de ella. Solo pudo girar el cuello. Dos hombres se le acercaron con extrema educación y se identificaron como militares que trabajaban para el Ministerio de Defensa. Eran García Verdasco y Miguel Aguirre. Todo ocurrió rápido; en tres frases le explicaron que se había metido en un buen lío y la acompañaron al interior de la vivienda. Ella se dejó llevar, mientras sus piernas empezaban a flaquear. Una vez en el salón, comenzó a llorar. Los dos hombres, firmes y educados, le contaron al minuto lo ilícito de sus actividades, detallando horas, nombres y mostrando copias de documentos. No solo estaba cometiendo un delito grave que la llevaría a la cárcel, sino que su vida familiar estaba a punto de desmoronarse. Por supuesto, pusieron ante ella las fotografías de sus encuentros amorosos. Mari Carmen era un muñeco; cualquiera que hubiera podido estar presente en ese salón en ese momento podría jurar que la mujer había perdido el pulso.

—Todo esto podría ser solo un mal sueño.

—Está usted de suerte; le podemos ofrecer una alternativa.

La mujer, absorta en confusos pensamientos, apartó su mirada vidriosa de sus interlocutores y dirigió su vista al salón, por donde se repartían fotografías en marcos de madera y de plata en las que aparecían sus hijas y su marido. A través de sus ojos inundados, Mari Carmen viajó en el tiempo y en décimas de segundo repasó toda una vida.

—Solo debe seguir haciendo lo mismo que hasta ahora.

—Pero, a partir de este momento, filtrará los documentos que nosotros le iremos pasando.

Ella consiguió centrarse en la conversación; pareció entenderlo a la perfección y, sumisa como una mascota con hambre, aceptó. Preguntó si eso era todo y le respondieron que sí, no habría ningún problema si ella colaboraba. Se interesó por las fotografías comprometedoras.

—Nadie las verá. Siga con su vida.

Cuando los hombres se marcharon, por fin se sentó. «*Siga con su vida*».

Mari Carmen siguió con su vida, casi igual que antes. Casi. Incómoda y nerviosa, tardaría poco más de un mes en volver a encontrarse con su amante en el pequeño apartamento. Miró a izquierda y derecha antes de entrar en el edificio, comprobó que la cerradura no hubiera sido manipulada y para cuando su amante comenzó a abrazarla, ella ya había corrido las cortinas.

* * *

Varios días después de que hubiera llegado al Instituto de Medicina Legal de Albacete el cadáver del inmigrante carbonizado, Alejandro Moyano tenía listo el resultado de la autopsia. No envió un informe a la Guardia Civil, sino que, a la vista de sus conclusiones, él mismo levantó el teléfono y llamó al comandante Espinosa. Tenían que verse.

Cuando se encontraron, el joven médico no supo por dónde empezar.

—Es extraño... —acertó a decir.

—No murió carbonizado. Lo pusieron allí —se adelantó el guardia civil—. Es lo que decía el niño.

—Por una parte, pudo morir asfixiado...

—¿Asfixiado? ¿Por el humo?

—No, no hay humo en los pulmones.

—Lo ahogaron —volvió a adelantarse Espinosa.

—Pero no hay señales de violencia, signos de lucha en sus manos, en sus uñas, ni marcas en el cuello. ¿Con qué pudieron haberlo ahogado?

—Ha dicho «pudo morir asfixiado».

—Pudo, porque todo cuadra. Sin embargo, presenta las señales necesarias para haber muerto de un paro cardíaco. Un ataque al corazón —dijo el médico.

—¿Un infarto?

—Sin duda posible en una situación de máximo estrés como la generada por un incendio.

—¿Y la droga?

—Estaba, pero no tuvo incidencia.

—¿Entonces? —preguntó el guardia civil.

—Aquí viene lo extraño, por eso le he llamado. La víctima presenta un deterioro anómalo de algunos órganos, como si hubiera sido producido por un virus.

—¿Un virus? ¿Cuál?

—Ninguno. Quiero decir, ninguno que yo conozca. El cuerpo presenta el rastro mínimo de una sustancia química no producida por nuestro organismo. De lo contrario no hubiera tenido problema para identificarla.

—Si no conoce esa sustancia significa que no es habitual.

—Al menos, no en España —aventuró el médico—. Tiene una composición desconocida para mí. Pero el hombre es magrebí. No sé... Quizá era algo que traía en su cuerpo y no tiene nada que ver con su muerte. De hecho, no es extraño encontrar gente con altas concentraciones de alguna sustancia tóxica en su organismo sin que eso signifique nada. Por ejemplo, un pesticida al que alguien ha estado expuesto durante años: su organismo lo asimila y lo acaba tolerando. De verdad, no sé qué pensar. Pero sí sé que yo, con los medios que tengo, no puedo llegar más lejos.

El comandante de la Guardia Civil agradeció el trabajo del joven forense y se despidió de él asegurándole que todo estaba bajo control y el caso se resolvería.

Antes de ir al cuartel, Espinosa se desvió para pasar por la casa incendiada. La propiedad seguía precintada con la cinta blanca y verde de la Guardia Civil. Poco había que hacer allí. Los días anteriores sus hombres habían peinado la zona, tomado huellas, removido restos de mobiliario y nada destacado pudieron sacar en claro. Espinosa se paseó por los alrededores y dejó que la suave brisa acariciara su rostro. Siempre había pensado que ese viento suave en la cara ayudaba a despejar las ideas. Caminó cabizbajo, pateando de vez en cuando alguna piedrecilla mientras pensaba. Algo no le gustaba en todo aquello. Era evidente que cualquiera podría tener un organismo extraño en su cuerpo, claro que cualquiera podría morir en un incendio, claro que cualquiera podría haber llegado a esa localidad hacía solo unas pocas semanas. Pero que todos esos datos se concentraran en un solo caso, eso, precisamente eso, no era normal. Espinosa había aprendido a valorar los hechos, por pequeños que parecieran. Le habían pedido hechos, datos; para eso era informador del CNI en la región. Hasta la fecha nunca había tenido que dar parte de temas importantes, al menos que él supiera, y deseaba que este fuera el caso también, de modo que pensó en su deber y se puso en marcha. De camino al cuartel recordó que nunca se le había pasado por la cabeza trabajar para los Servicios Secretos, si es que el trabajo que hacía se podía catalogar así. Pero no interfería con su labor al mando de una comandancia, por lo que no pudo negarse cuando se lo pidieron. A decir verdad, no pudo y no quiso negarse. A un verdadero amigo no se le niega nada.

Hacía treinta y tres años que su hermano Paco había muerto atropellado por un coche que no vio al cruzar una calle justo después de haberse bajado del autobús número cuatro del colegio. En un abrir y cerrar de ojos, Ricardo pasó a ser hijo único. Y fue el mejor amigo de su hermano el que se ocupó de él, el que hizo que no se sintiera solo. Fue por él, y no por su padre, por lo que decidió hacerse guardia civil. Hacía tiempo que no hablaban.

Al llegar a su despacho, Ricardo Espinosa, siguiendo los protocolos que tenía aprendidos hizo una llamada telefónica y, tras pasar una serie de filtros, dejó recado

al que un día fue su hermano mayor adoptivo, Miguel Aguirre.

* * *

7 SEMANAS PARA LA CATÁSTROFE

Miguel Aguirre se presentó bien temprano en La Roda. Había salido muy pronto de Madrid. Sin saberlo, había realizado casi el mismo recorrido que Zariâb y sus dos hombres unos días antes, solo que él, al llegar a La Roda, en la provincia de Albacete, se desvió en la avenida de Tarazona para entrar en el pueblo y llegar hasta el cuartel de la Guardia Civil. Aparcó unas calles más allá, en Juan Ramón Ramírez, una vía arbolada y muy tranquila donde sobraba el espacio para estacionar. Era una vieja costumbre esa de no aparcar justo al lado del sitio al que iba. Cerca sí, pero nunca en el lugar de destino; daba igual si estaba de servicio o no. Deformación profesional. Con tranquilidad se acercó y observó el cuartel desde lejos, formado por tres bloques de color crema. Parecía recién pintado. Caminó tranquilo por los alrededores, mezclándose con las madres que a esa hora llevaban a sus hijos al colegio en la avenida Castilla la Mancha. Hacía mucho que no paseaba por un pueblo, aunque este tuviera dieciséis mil habitantes. Olía a campo y a normalidad y sonaba a griterío de niños y adolescentes que se concentraban en las puertas y patios de los dos centros educativos que había en el lugar. Aguirre enseguida dio la vuelta, pero no regresó hacia el cuartel, sino hacia el pueblo. No caminó por la calle principal, Atienza, sino que siguió una ruta menos transitada, junto al Mercadona. Para no haber estado nunca, conocía bastante bien el pueblo. Poco se necesitaba para eso: un plano, un minuto y una memoria fotográfica.

Llevaba un cuarto de hora en el punto de encuentro acordado, un bar de la avenida Ramón y Cajal, cuando llegó Espinosa. Se saludaron con un apretón de manos y se abrazaron con el corazón. No hacía falta decir gran cosa, pues cuando la amistad es fuerte y longeva, no importa el tiempo que dos amigos lleven sin verse; siempre es como si la última vez hubiera sido ayer. Sin embargo, habían pasado casi dos años.

Aguirre había aprovechado esos quince minutos de espera para dejar volar su mente y recordar los viejos tiempos; fue lo mismo que hizo Espinosa durante el trayecto a pie desde el cuartel hasta el bar. Dos vidas paralelas, pero dos trayectorias distintas. Aguirre siempre por delante, abriendo camino y ayudando. Ayudándole. Sin molestar. Mientras caminaba, Espinosa se preguntó cuántas de las novedades que habían ocurrido en su vida lo habían sido gracias a la mano oculta de su amigo. Más de una, seguro, pero imposible saberlo a ciencia cierta. Inútil preguntarlo, Aguirre lo habría negado.

Durante todos esos años, Miguel Aguirre no había dejado un minuto sin ocupar. Al acabar sus estudios de bachillerato aprovechó para cumplir el servicio militar y quedarse un par de años en los grupos de operaciones especiales del Ejército.

Después, ingresó en la Guardia Civil y estudió una carrera universitaria. Psicología. Aguirre no era una persona cualquiera y pronto sus superiores lo llamaron para formar parte de la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil, pues una joya así había que aprovecharla. Experiencia en combate, formación universitaria... qué más se podía pedir. Y con el tiempo, teniente coronel. Más tarde, los superiores de los superiores de sus superiores llamaron a su puerta para incorporarle al CESID, siglas bajo las cuales se conocía al CNI entonces. Muchos de sus antiguos compañeros de los cuerpos de élite, al anunciar su cambio de destino intuyeron que solo había uno posible para un hombre como él: los Servicios Secretos. Y lo celebraron en silencio.

Espinosa estaba muy orgulloso de su amigo. No era como él y ese fue el acierto, no querer imitarlo, tomar su propio camino. Al principio resultó un poco duro: cuarteles ruinosos, zonas demasiado despobladas, salario bajo. Luego el País Vasco, los pluses de peligrosidad, la amenaza terrorista de ETA. Pero también los ascensos. Y, por fin, la estabilidad junto a su mujer, una simpática andaluza que lo siguió a todas partes. Espinosa así era feliz. Ahora, con cuarenta y tres años, estaba al frente de un cuartel en un lugar tranquilo. No pedía más, de modo que aceptar colaborar con el CNI convirtiéndose en antena de los Servicios Secretos no le pareció un gran sacrificio y era algo que de alguna manera le debía a su amigo del alma.

Cuando se encontraron, hablaron unos minutos de sus vidas, se pusieron al día en cuestiones banales. Aguirre tenía la habilidad de hacer que sus interlocutores acabaran contando mucho y él mismo diciendo nada. Espinosa lo sabía y lo aceptaba. Aguirre agradecía que no le preguntara más. El comandante del puesto de La Roda ni siquiera sabía que su amigo había estado en Irak y que el destino le había salvado la vida aquel triste día de noviembre de 2003.

Después de tomarse un café con leche y un pincho de tortilla y una caña respectivamente, Espinosa le relató a Aguirre los hechos que le hacían sospechar que quizá hubiera algo en todo aquel asunto del incendio que fuese necesario considerar más en profundidad.

* * *

Mónica Somoza mantuvo una breve conversación con Aguirre en la que este le contó las novedades de su encuentro con Ricardo Espinosa. Acto seguido, se reunió con el director del CNI, Luis Balmaseda, y con García Verdasco.

Luis Balmaseda era el hombre al frente de los Servicios Secretos, un civil, un tecnócrata, un político, un hombre que no entendía la mentalidad militar y que además no confiaba del todo en ella. Él se debía al gobierno, no a los hombres y mujeres que dirigía. Balmaseda no contaba con las simpatías de Aguirre y lo sabía.

Mónica Somoza les relató con precisión de cirujano que un inmigrante marroquí fallecido en un incendio podría haber sido asesinado con un agente químico, ya que algunos indicios apuntaban a una estrategia premeditada para ocultar el delito. Quien lo hizo sabía que era casi imposible descubrirlo, a menos que hubiese algún testigo.

Pero lo hubo. El destino había colocado al atardecer de un domingo de septiembre a un niño de doce años en la escena de un crimen.

—¿Qué nos hace pensar que debemos ocuparnos de esto? —preguntó Balmaseda.

—La identidad de la víctima. Alí Assem, inmigrante ilegal. Le teníamos localizado en Barcelona por pura casualidad. Frecuentaba la mezquita de Al Fath, como tantos otros jóvenes sin trabajo fijo. En los últimos meses habíamos notado un incremento en las muestras de apoyo a Al Qaeda de gente que pasaba por esta mezquita, así que identificamos a varias decenas de personas. Solo identificarlos, con fotografías. Este chico era uno de ellos, aunque no tenía antecedentes de ninguna clase.

—Bien, un joven marroquí que frecuenta una mezquita donde alguna gente expresa ideas extremistas es asesinado en un pueblo de Albacete, probablemente con un agente químico —resumió el director del CNI.

—Esos son los hechos —confirmó Mónica Somoza.

—¿Qué hacía ahí? ¿Vivía o estaba de paso? —se interesó García Verdasco.

—No lo sabemos. Solo sospechamos que si se confirma el modo en que fue asesinado...

—Podría haber sido obra de una agencia de Inteligencia extranjera —concluyó Verdasco.

—O quizá alguna organización mafiosa. Temas de drogas —apuntó Balmaseda.

—En principio, todo podría ser. Pero este método... —dudó Mónica.

—Bien, quiero saber quién está detrás. Pensaba que esto no se hacía ya —volvió a decir Balmaseda.

—No se hace, por eso mismo tenemos que actuar con cautela —precisó Mónica.

—Adelante. No perdáis el tiempo.

—Estamos en ello. Para empezar, el cuerpo está siendo trasladado a Madrid para realizarle una nueva autopsia.

—¿Tenemos controlado este tema? —preguntó el gran jefe.

—Completamente. La investigación del incidente la estaba llevando nuestra antena en la zona. Todo sigue igual en apariencia, pero Aguirre está al frente.

—Bien, a partir de ahora nos hacemos cargo. Veamos qué nos depara la autopsia. Ah, y silencio. Como haya sido obra de algún servicio extranjero, estaríamos ante un incidente diplomático y eso es algo que no debe trascender.

Mientras el cadáver de Alí Assem viajaba a Madrid, agentes de refuerzo enviados por Mónica Somoza ya se habían desplazado a la casa incendiada. Todavía precintada, dos vehículos de la Guardia Civil la custodiaban en ese momento con los agentes patrullando cerca de los vehículos, algo alejados de la vivienda, pues no estaban autorizados a pasar más allá de las cintas verdes y blancas. Dentro de la casa, media docena de hombres sin ningún tipo de identificación externa se afanaban por buscar nuevas pistas, hallar pruebas escondidas, detectar huellas desconocidas. Junto

a ellos, Aguirre, el hombre al mando, y Espinosa, el hombre que miraba pero no podía decir nada, solo ver y aprender.

Aquellos agentes, concentrados en su trabajo, peinaban cada rincón de la casa con rigor y habilidad, con una destreza que Espinosa no había visto antes. Ningún centímetro cuadrado quedó sin escrutar. En el garaje no dieron con nada relevante, solo la sospecha de un cortocircuito demasiado perfecto. Y, en el piso de arriba, un detalle importante: los restos de un teléfono móvil, el único que había en toda la casa, oculto en un cajón, parapetado entre trozos de revistas calcinadas. Solo se esconde aquello que tiene verdadero valor, de modo que a ninguno de los investigadores se le escapó que ese terminal telefónico estaba oculto a propósito porque era valioso para su propietario y debía protegerlo. De lo contrario, un teléfono móvil estaría siempre situado en lugar visible y de fácil acceso. Solo el hallazgo del terminal les fue útil tras remover cada mota de polvo en la vivienda. Finalizado el trabajo, los hombres desaparecieron tan rápido como llegaron.

Espinosa acompañó a Aguirre hasta su coche y se despidieron sin grandes aspavientos. Pronto se volverían a ver.

* * *

Después de asegurarse de que todo estaba en orden y de planificar con Mónica los siguientes movimientos, a la espera de los análisis del teléfono móvil y los nuevos resultados de la autopsia, Miguel Aguirre decidió ser una persona normal, de los que hacen cosas normales y tienen problemas normales. Pensar de esta manera no lo tranquilizó, pero lo entretuvo unos minutos mientras se movía entre el pesado tráfico de Madrid. Dejó su coche en el *parking* de la Plaza Mayor y se acercó caminando al instituto en el que estudiaba su hija en la calle Toledo. Tenía cita con el director del centro.

Llegó puntual. Su hija Marta esperaba con cara de asco sentada en un banco junto a la puerta del despacho del director.

—Hija...

Marta se lo tomó como el comienzo de una reprimenda y no le dejó continuar.

—Joder, tío. Soy mayor, puedo hacer lo que me dé la gana. No he hecho daño a nadie.

—Te lo puedes hacer a ti.

Se dio por vencida y suspiró.

—Bueno, qué, ¿qué hago? —preguntó ella.

—¿Está dentro? —preguntó su padre.

—A mí no me necesitáis para nada. Me voy a casa.

—Te llevo cuando termine.

Eso sorprendió a Marta.

—¿Vas a casa? Qué novedad. He quedado, así que ya voy por mi cuenta.

Ella se fue justo en el momento en que su padre tocaba con los nudillos en la puerta del despacho. Entró y se sentó en una silla frente a la mesa del director en el centro de una modesta estancia en la que una estantería de madera medio llena de libros cubría por completo una de las paredes. Mientras el director le ponía al corriente del comportamiento poco ejemplar de su hija —lo de menos era que fumara porros, lo indecente era hacerlo dentro del recinto escolar—, Aguirre dejó una parte del cerebro pendiente de la conversación y el resto lo utilizó para reconocer ante sí mismo que no era un buen padre. Pero tampoco tenía ganas de serlo, esa fue la terrible conclusión a la que llegó. Sí, era un poco miserable. Su vida personal se había desmoronado hacía tiempo y ni siquiera su familia era su prioridad. La conclusión le dolía porque sabía que no debía ser así y deseaba que eso cambiara. En otras circunstancias le sobraría la energía para enfrentarse a su hija y, sin despeinarse, agotarla con hechos y razonamientos. Disponía de estrategias de sobra. Podría acercarla a un centro de rehabilitación para que viera a otros jóvenes con problemas de drogas y constatará que habían empezado como ella, fumando pequeñas cantidades de hachís. Podría impedirle salir de casa los fines de semana; su hija le gritaría y él, riéndose, le diría que ella se cansaría antes de gritar que él de castigarla. Podría decirle que, si quería arruinar su vida, era mejor que de eso se encargara su padre para, acto seguido, darle una bofetada. Nunca lo había hecho, así que podría ser una excelente solución, una impactante solución. No, eso no arreglaría nada. Aguirre podría hacer muchas cosas, pero lo cierto es que llevaba casi ocho años sin hacer nada.

Cuando regresó al mundo de los vivos, el director estaba en el momento de las conclusiones finales. Había dicho algo del modelo de estudios y de que el ministerio esto y lo otro y ahora estaba con que era difícil controlar según qué comportamientos. Solo dijo algo con lo que Aguirre estaba de acuerdo: que echaba de menos otros tiempos.

—No es mala chica. Sus profesores dicen que cuando algo le interesa, lo hace a gusto y bien. Es inteligente, pero rebelde —concluyó el director.

—Es una edad difícil.

Aguirre podía haber escogido una muletilla algo más ocurrente, pero esta le parecía la adecuada para una conversación de funcionario a funcionario.

—Hay que dejarles su espacio, sin duda, pero ojalá no se les desvíe mucho. Lo que los chicos hagan en el futuro va a depender principalmente de sus padres.

—Hablaremos con ella —se comprometió Aguirre.

Así concluyó la conversación. Aguirre se levantó y le dio la mano. Por un momento estuvo a punto de pedirle la receta por escrito, pero sonrió ante su propia ocurrencia, lo que provocó un gesto extraño del director. Cuando cerró la puerta, el director hizo una mueca lamentando la situación, pero acto seguido pensó que todos los padres tienen lo que se merecen y por eso luego les pasa lo que les pasa. Lo que el director no sabía era que su hijo mayor, el que estaba en la universidad en Granada

iba a ser detenido en menos de tres semanas acusado de tráfico de estupefacientes. La Policía lo metería entre rejas tras encontrar en su coche cinco mil pastillas de diseño, listas para distribuir en discotecas de toda la provincia.

Al salir del instituto, Aguirre no fue a casa. Sabía que su mujer no habría llegado todavía y que su hija lo haría a la hora que le diera la gana. Reconoció al instante que ese gusto de su hija por estar lejos de casa lo había heredado de él.

Por lo general, las conversaciones con los profesores las tenía Eva; las madres siempre tienen tiempo para esos temas. Y él se sintió culpable. Si hubiera prestado un poco más de atención a esos detalles, es posible que su hija estaría más cerca de él. *Los profesores dicen que cuando algo le interesa lo hace a gusto y bien. Es inteligente.* ¿Por qué se había tenido que enterar de eso por el director? Su hija debía saber que le importaba. Estaba decidido a decírselo en cuanto llegara a casa, dispuesto a sentarse frente a ella y sincerarse. Pero ciento cincuenta metros más allá de la puerta del instituto decidió que no merecía la pena; su hija lo tildaría de hortera o de cínico. A los doscientos metros echó de menos que no hubiera la posibilidad de viajar en el tiempo y volver atrás para cambiarlo todo, para volver a ser aquella persona llena de buenos ideales que soñaba con conseguir todo lo que tenía en mente, entre otras cosas, ser un buen padre de familia. Pero el tiempo pasó despidiendo ese halo narcótico que hace imperceptible su presencia y disimula su velocidad y, así, a traición, las prioridades del hombre de las ideas claras fueron cambiando y él se fue pervirtiendo, casi sin darse cuenta. Como cualquier otro. Eso era lo asquerosamente doloroso, lo que más le enervaba: que él no era igual a los demás; sin embargo, había caído en esa estúpida trampa que tiende la vida. ¿Cómo podía haberle pasado a él algo así, el experto en analizar, pensar, concluir? El caso era que últimamente había dedicado muchas horas a repasar su trayectoria vital, todo lo que le rodeaba y se había dado cuenta de que en realidad solo quería una cosa en la vida. Algo que no tenía. Ser feliz.

Su mujer no estaba en casa cuando él llegó esa noche. Su hija tampoco. Las echó un poco de menos. Él era un agente secreto, el hombre que todo lo sabe y todo lo controla, el que maneja información que nadie tiene, el de la súpermemoria retentiva, el de los hechos, los datos y también el de los análisis. Sin embargo, en ese momento nada lo diferenciaba del resto de los mortales. No tenía ni idea de qué podría estar haciendo su hija —se lo imaginaba, y esta vez no en los servicios del instituto—, y desconocía dónde estaría Eva. Quizá tomando algo con alguna amiga, quizá tomando algo con algún amigo, quizá compartiendo unos minutos de intimidad con un amante. Aguirre sonrió; conocía muy bien a su mujer y sabía que ese no era el caso. En ese momento no era el caso, pero lo había sido, él lo sabía perfectamente; su trabajo consistía en averiguar lo que hacían los demás, por lo que descubrir la infidelidad de su mujer fue la misión más sencilla de su vida. Pero nunca se lo dijo, nunca se lo echó en cara, nunca quiso sorprenderla.

El perfil de su relación matrimonial había subido y bajado en estos últimos siete fatídicos años, con un bache grande hacía cinco que casi había provocado la separación. Eva comenzó a verse con un compañero de trabajo y sí, iniciaron una relación clandestina. Fue lo único peligroso que Eva se había atrevido a hacer durante sus años de matrimonio. Pero es que lo necesitaba. Él era elegante, moderno, culto, de manos finas, algo de melena, un poco de flequillo, raya a un lado. De Barcelona y muy guapo. Eso le dio aire a Eva durante un tiempo, el oxígeno que necesitaba para respirar, aunque en el fondo de su ser sabía que no hacía bien. El hecho de arreglarse para ir a trabajar, de salir por ahí, de llegar tarde, no sirvió para dar celos a su marido. Los dos hacían vida por su cuenta, pero Eva no llegó a separarse de Miguel Aguirre. Todo iba bien hasta que un día su amante se fue a Barcelona tras recibir una oferta de trabajo. Ni siquiera lo consultó con ella, sencillamente se fue. Eva no supo cómo reaccionar; asumió que para él ella no había sido más que un entretenimiento de unos meses. Eso la llenó de pena en un principio, luego se dio cuenta de que aquel sentimiento que había tenido hacia el guapo diseñador había sido una especie de espejismo de lo que deseaba, más que de lo que sentía. Porque, lejos de venirse abajo o arriba y ponerse el mundo por montera, llegó a la conclusión de que amaba hasta lo más profundo a su marido. La relación con Miguel se arregló y las cosas mejoraron, aunque luego la rutina volvió a hacerse la dueña de sus silencios. Y así estaban las cosas a día de hoy.

No, ella no estaba con un amante, él lo hubiera sabido. Como supo casi desde el primer momento lo del arquitecto. Él lo hubiera sabido y a ella se le habría notado. No, Eva seguiría más que probablemente en el estudio, trabajando. Aguirre sabía que estaban muy ocupados preparando un proyecto para un concurso de un complejo multiusos en Copenhague.

Y así era. Como muchos otros estudios de arquitectura, aquel en el que trabajaba Eva se había lanzado a degüello a por el proyecto danés. Conseguirlo los libraría de muchos problemas. Para empezar, les daría tranquilidad. Dinero. Estabilidad para los próximos tres años. Lo necesitaban. La crisis del ladrillo, la crisis en general, había puesto a los pies de los caballos a todo el gremio de la construcción, desde el más humilde de los peones hasta el más exclusivo de los arquitectos. En los estudios de arquitectura en los que trabajaban tres años atrás veinticinco personas ahora lo hacían seis o siete. En los que había diez, ahora quedaban dos. En los de tres, nadie. Los tiempos de bonanza se habían extinguido y todo parecía indicar que no volverían nunca más. ¿Era eso una señal?

Eva irguió la cabeza para masajearse el cuello y lo pensó. ¿Sería una señal? Todo se desmoronaba a su alrededor, así que por qué iba a ser tan extraño que su propia vida no siguiera el mismo camino. Tras desentumecer las cervicales, hizo una pausa para tomarse un café y miró el reloj; su hija seguía sin llamar. No era muy tarde, pero no lo había hecho desde que su padre estaba a punto de llegar al instituto para hablar con el director del centro escolar. Le había preguntado a qué hora volvería a casa y

ella respondió que no sabía, pero que pronto. Antes de colgar, ella le pidió que llamara en cuanto llegara a casa, pero hasta el momento no lo había hecho. O no había llegado o había pasado de ella. Pudo marcar el móvil de la chiquilla, pero se retractó y marcó el de casa por si acaso. Quien contestó fue su marido, él si estaba. Miguel le contó su charla con el director; fue un informe preciso, aséptico, sin una palabra que sobrara. Ella iba a decirle algo, pero se echó atrás. Él lo notó y no dijo nada. Eva le pidió que estuviera pendiente de Marta. Tras colgar, Aguirre se dio una ducha, comió algo, poco, y se acostó. No tardó en desconectarse. Así era este hombre, capaz de no llevarse los problemas personales al territorio de Morfeo. Durmió profundamente.

* * *

Todas las pistas, huellas, indicios que se encontraron se analizaron escrupulosamente para llegar a la conclusión de que no había nada que sirviera. Las únicas huellas encontradas pertenecían a la víctima, que por otra parte ya estaba identificada, y a algunas personas más que resultaron ser el dueño de la vivienda arrendada y un matrimonio que había ocupado la casa tiempo atrás. En conclusión, nada. Las esperanzas estaban centradas en el teléfono móvil carbonizado. Los mejores expertos de la división de tecnología del CNI englobados en la Subdirección Técnica habían estado trabajando este tema. Aguirre fue al encuentro de Mónica, que le puso al día.

—Dale la enhorabuena a tu amigo. Su olfato no estaba equivocado.

—¿Hay algo? —preguntó Aguirre sorprendido.

—No, por eso lo digo. Imposible rastrear el móvil.

Aguirre ya había tenido ese palpito cuando lo encontraron escondido en un cajón. Los análisis eran contundentes: se trataba de un terminal dotado de un sofisticado *software*. Ese pobre inmigrante marroquí tenía en su poder un teléfono móvil que guardaba como oro en paño y que solo usaba en momentos puntuales. Con motivo. Se trataba de un teléfono encriptado y por tanto dotado de un sistema de seguridad protegido por bits. Cuantos más bits, mayor protección. El teléfono analizado disponía de más de mil, por lo que todas las llamadas que hacía o recibía eran seguras.

—Y por si fuera poco, tenía un doble dispositivo. Llevaba un sistema de encriptación de voz —continuó Mónica.

—Imposible escuchar las conversaciones.

Casi imposible, a pesar de que el gobierno español contaba desde el año 2004 con un sofisticado sistema de escuchas llamado SITEL, un *software* que permitía pinchar todos los teléfonos de España al mismo tiempo.

—Estamos ante algo gordo. Si son narcotraficantes, han entrado por la puerta grande.

—Bien, dejemos esto en manos de la Policía —dijo Aguirre.

—Queda el tema de la autopsia. En cuanto sepamos qué mató a ese hombre, pasamos el tema si procede.

Aguirre se despidió de Mónica. Dos pasos después, ella volvió a dirigirse a él.

—¡Aguirre! Lo de dar la enhorabuena a tu amigo era una broma.

—No me digas —bromeó él.

—Ya sabes que este asunto...

—Sí, sí, no existe.

Mientras pronunciaba estas frases, el móvil de Mónica Somoza sonó. Contestó enseguida y volvió a reclamar a Aguirre de forma inmediata.

—¡Aguirre, espera!

Esta vez, ella se acercó a él.

—Acompáñame, creo que tenemos un marrón.

Se subieron a un vehículo conducido por un funcionario y abandonaron las instalaciones de la central de Inteligencia. Por supuesto, antes fueron sometidos a un control personal y del vehículo. Ni siquiera los jefes se libraban.

El Instituto Anatómico Forense estaba cerca, así que en pocos minutos llegaron a la Ciudad Universitaria, aparcaron sin dificultad junto a esa pequeña mole de ladrillo rojo gastado por el tiempo y, apurando el paso, accedieron a un interior también envejecido y algo rancio. Les estaban esperando dos expertos de toda confianza, que los dirigieron a una pequeña salita, al lado del depósito. Esos metros los dedicaron a saludarse y a tratar pequeñas cuestiones banales relacionadas con sus respectivos trabajos. Aguirre y Somoza respondieron con habilidad para no contar nada.

—Como le había dicho, ya lo tenemos —comenzó diciendo el mayor de ellos, el doctor Eguiguren, una eminencia de setenta y un años que ya se había encargado de realizar autopsias de casos catalogados como sensibles en incontables ocasiones.

—¿De qué se trata? —preguntó ella ansiosa.

El hombre fue directo al grano.

—Soman.

—¡La madre que los parió! —exclamó Aguirre.

Mónica Somoza escuchaba.

—¿Está completamente seguro? —se quiso asegurar Aguirre.

—Completamente.

—Perfecto. Ahora que alguien me lo traduzca, por favor —requirió la directora de Inteligencia.

Se imaginaba de qué estaban hablando, pero ella necesitaba datos concretos.

—El soman es una toxina mortal —precisó Barcina, un hombre más gestual que su colega y once años más joven.

—Llámalo veneno —precisó Aguirre dirigiéndose a Mónica—. Está prohibido por los tratados internacionales.

—Una sustancia destinada única y exclusivamente a matar —dedujo Mónica.

—No es habitual encontrarla —precisó Aguirre.

—En nuestro caso, nunca lo habíamos hecho —matizaron los médicos.

—Sí, tenemos un marrón —dijo Aguirre.

—Seguro que lo tienen porque hay algo más —continuó Eguiguren.

Esto pilló por sorpresa a los agentes del CNI. El doctor hizo un gesto con la cabeza a su colega y Barcina prosiguió el relato.

—Cuando se nos solicita realizar una autopsia a un cadáver, no solo solemos interesarnos por las circunstancias de la muerte, también lo hacemos por pequeños detalles como la nacionalidad, la ciudad de origen si fuese un dato conocido, el entorno... En fin, diferentes aspectos de la vida de ese sujeto para hacernos una idea de su personalidad. Aunque sea una paradoja, saber detalles de su vida a nosotros nos ayuda a aclarar su muerte. El caso es que mientras hacía la autopsia a este muchacho algo me rondaba la cabeza y no sabía qué. Hasta que caí en la cuenta. Recordé que hacía unos días nos llegó el cadáver de otra persona joven. De ese caso no me encargaba yo, por eso tardé en darme cuenta...

—Siga, por favor —pidió Mónica.

—Era marroquí. De la misma ciudad que el otro y también lo encontraron con una jeringa en el brazo.

Ni Aguirre ni Mónica pudieron disimular su sorpresa.

—La curiosidad me pudo y pregunté por las causas de la muerte al compañero que realizó aquella autopsia. En apariencia se trataba de una sobredosis. Me enseñó los datos y me llamó la atención la presencia de algunos valores químicos. Los drogadictos suelen llevar mucha porquería en el cuerpo, con lo cual...

—Cualquier anomalía no suele ser considerada —terminó Mónica.

—Exacto, nadie le daría importancia. Pero como era un caso muy parecido al que nos enviaron ustedes, procedí a analizar los restos químicos. Y se pueden imaginar lo que encontré.

—Soman —dijeron al mismo tiempo Mónica y Aguirre.

Los dos médicos asintieron a la vez, serios.

—Las casualidades no existen —Aguirre pronunció una de sus frases favoritas.

Los dos forenses eran hombres de confianza y esa era la primera y la última vez que hablarían de ese caso. El procedimiento con respecto a los cadáveres seguiría los cauces normales, como si nada hubiera ocurrido, puesto que los cuerpos ya no eran necesarios; por tanto, ese aspecto de la investigación ya no era labor de los Servicios Secretos. Todo lo demás, sí.

Mónica y Aguirre salieron a la calle y se detuvieron a unos metros de su vehículo.

—Ya lo dijo Shakespeare, algo huele a podrido en... Albacete espetó ella.

Acto seguido soltó una pequeña carcajada. Aguirre dibujó una sonrisa. Ya sabía lo que le había encandilado de Mónica: su sentido del humor, su capacidad para reírse de ella misma y de sus propias ocurrencias, esa sugestiva naturalidad que la acercaba a la ingenuidad de una jovencueta. A Aguirre lo que le había llamado la atención de ella años atrás era su personalidad tan diferente a la del resto de sus compañeros de

trabajo. Ella era natural, con una disposición innata para pasar en cuestión de segundos de ser una mujer seria, con cientos de personas a su mando, a una joven que irradiaba picardía por todas partes. Muy poca gente tenía esa suerte de don y Mónica Somoza era una de ellas. Muchos hombres se habían cruzado en su camino y habían tratado de seducir a esa mujer con cara de pilla, a esa joven perpetua que a sus cuarenta y cinco años todavía seguía aparentando casi diez menos. Menudita, elegante y, cuando quería, desbordante con su sonrisa. Qué cara pondrían todos esos hombres si hubieran sabido realmente delante de quién estaban. Una mujer poderosa bajo una piel de cordero. A muchos les excitaría y a la mayoría les intimidaría, de modo que mejor así.

Los dos se metieron en el coche. Ella delante, junto al conductor, como solían hacer para no llamar la atención, para mostrar que eran solo tres compañeros de trabajo que suben juntos a un vehículo. Durante el trayecto, Mónica pensaba la estrategia y las consecuencias que tendría el asunto. Aguirre solo jugaba a imaginar la cara que pondrían los jefes.

El tema era lo suficientemente grave como para convocar una reunión con los capos de la agencia. Vehículo y ocupantes volvieron a pasar un exhaustivo control al llegar a la sede del CNI. El agente que había servido de chófer se llevó el vehículo y Mónica y Aguirre pasaron primero por sus despachos para realizar el preceptivo informe. De todo lo que hacían, veían o decían en acto de servicio debía quedar constancia por escrito. Superado ese trámite, la reunión estaba gestionada y fueron a despachar con el gran jefe, Luis Balmaseda, con García Verdasco y, en esta ocasión, además, con el subdirector de Inteligencia Exterior, Ezequiel Garrido.

Para no entender de armas químicas Mónica expuso los hechos de manera precisa. Balmaseda, con los brazos cruzados al principio, acabó masajeándose las sienes con una mano.

—Primero hay que saber de dónde ha salido ese maldito veneno. ¿Alguna idea?
—preguntó.

Todos parecían asumir que los Servicios Secretos de algún país estaban detrás, ya que no había antecedentes en el mundo del crimen organizado de un *modus operandi* similar. Las maneras específicas de matar de las mafias y multinacionales del crimen solían tener un objetivo: dejar una firma, que todo el mundo supiera quién estaba detrás. En este caso, el objetivo parecía haber sido el contrario: alguien quería dar una lección, pero evitando que nadie se enterara. Por tanto, se podría corresponder con la forma de expresarse de algunos servicios de Inteligencia pertenecientes a alguna nación donde los derechos humanos o no contaban o estaban varios peldaños por debajo del umbral de la normalidad de un Estado de derecho. Eso sí, tenía que tratarse de países con ciertas capacidades, de modo que la mayoría de los africanos quedaban al margen. América, salvo Estados Unidos, también quedaba descartada. Alguno de Oriente Medio sí podría considerarse. Y en Europa, cualquier país de pasado comunista podría estar en la quiniela. Esa era la primera lista. Había que

afinar mucho en las pesquisas porque no era cuestión de preguntar a todo el mundo sin más. Meter las narices era una de las aficiones de los servicios de Inteligencia, pero consultar este tema con cualquiera dispararía más de una alarma. Había que ser más precisos.

—Aguirre, ¿tú qué opinas?

—Si tuviera que decir algo, apuntaría al Mossad.

—¡Esos judíos! ¿Por qué se creen el centro del universo? —se quejó Balmaseda.

—La táctica es del Mossad. Por lo menos encaja, pero no quiere decir que hayan sido ellos —puntualizó Garrido.

—Más vale que puedan explicarse. Nos cuesta mucho esfuerzo mantener el equilibrio con los países de Oriente Medio.

Cierto. España mantenía muy buenas relaciones con países que simpatizaban con la causa palestina, como Siria, Jordania o Egipto. El trato con sus servicios de Inteligencia era excelente, algo que venía de lejos. Pero, al mismo tiempo, había una relación estrecha con el Mossad. De hecho, los servicios israelíes fueron los que metieron a los servicios españoles en la vanguardia de la Inteligencia.

Durante los últimos cincuenta años, todos los gobiernos que había tenido España habían manejado con maestría el arte de las relaciones, consiguiendo que palestinos e israelíes consideraran hermanos a los españoles. En alguna ocasión se hicieron necesarias algunas llamadas al orden a los responsables de algunas entidades en España para evitar acciones de guerra sucia en territorio español, y siempre habían sido atendidas. Hacía tiempo que ninguna agencia realizaba una acción directa en España. Si este había sido el caso, podría haber más que palabras. No se trataba ya de un incidente diplomático, sino de que, si no había una explicación más que razonable, algún medio de comunicación acabaría conociendo misteriosamente el incidente y propagándolo, y eso serían muy malas noticias para Israel, cuya imagen internacional, siempre pendiente de un hilo, volvería a quedar dañada.

—Confirmemos ese extremo, a ver qué tienen que decir —ordenó Balmaseda.

El subdirector de Inteligencia Exterior tomó entonces la palabra.

—Sería más apropiado ponernos en contacto con el Mossad en Madrid de manera extraoficial. Aguirre tiene una buena amistad con el responsable en España; eso nos ahorraría algunos problemas.

Balmaseda dio el visto bueno.

—Directo al grano —exigió Balmaseda.

—Sí, señor —respondió Aguirre sin gran interés.

—¿Informamos al gobierno? —preguntó Mónica.

Ella no tenía dudas, simplemente quería saber la posición de Balmaseda.

—En cuanto saquemos algo más en claro, informaremos al ministro. De momento, no —fue lo que respondió Balmaseda.

* * *

La relación entre Aguirre y Nahum Varón no se podía catalogar de amistad, pero tras muchos años de trato profesional, dos personas que trabajan con objetivos distintos, aunque en ocasiones coincidentes, pueden llegar a establecer una curiosa relación de respeto. Hacía tiempo que Aguirre no se veía con el viejo Varón. No, no eran amigos, pero se llevaban bien. Se respetaban. Varón era militar y se sentía cómodo entre colegas, aunque fueran extranjeros. Aguirre había estado en Israel participando en cursos de formación y Nahum Varón había sido uno de sus instructores; de eso hacía ya unos cuantos años. Diecisiete, para ser exactos. Luego se habían vuelto a encontrar varias veces. Varón mantuvo con él una buena relación desde el principio; tenía muy claro que el joven español acabaría ocupando puestos de relevancia en la Inteligencia española; sin embargo, nunca se había aprovechado de esa interesante penetración. El trabajo de Varón era siempre muy bueno: tejía y tejía una sólida red basada en el trato personal, sin pedir nada, aportando y colaborando para dejar que el tiempo permitiera recoger frutos de esas buenas relaciones. «Los contactos lo son todo», había dicho en más de una ocasión a sus alumnos.

A Nahum Varón se le podría definir como un auténtico tiburón de la Inteligencia. De carácter adusto, sobrio, no escatimaba sin embargo una sonrisa para hacer que su interlocutor se sintiese cómodo. Hablaba varios idiomas, entre ellos el español con un ligero acento argentino que delataba su presencia en el cono sur durante una larga temporada. Tenía sesenta y nueve años, lo había vivido todo, había pasado por todo. Había llegado a tener un gran poder en la sombra al haber sido uno de los responsables de la División Komemiyute, la sección que tiene la jurisdicción directa sobre los equipos kidom, los comandos del Mossad autorizados a cometer asesinatos.

Aquello ya quedaba atrás y Varón apuraba sus últimos años de servicio a la patria en Madrid, un destino en apariencia tranquilo pero que necesitaba de alguien experimentado. En los últimos tiempos, la mente de Nahum Varón estaba más cerca de la ciudad de Nahariya que de Madrid, concretamente de Shavei Zion, la pequeña localidad donde tenía una casita y en la que pensaba pasar el resto de su vida haciendo lo que le gustaba de verdad, aquello que había visto hacer a sus padres cuando llegaron a ese asentamiento agrícola hacía cincuenta y nueve años. Apenas veinte años antes de aquella fecha el lugar ni siquiera existía. Fue un grupo de alemanes el que por primera vez se estableció allí a finales de los años cuarenta. La madre de Varón, judía alemana, había escapado del nazismo y se había establecido en Israel. Conoció a Amir, se casaron y decidieron trasladarse al tranquilo y pequeño pueblo de Shavei Zion.

Varón quería que el lugar que le había visto crecer le viera morir. Aunque Madrid le gustaba, echaba de menos el clima mediterráneo de su país y sobre todo el mar. Cada pequeño período de vacaciones lo aprovechaba para ir a Shavei Zion y hacer crecer un poco más su huerto. Todo se daba bien en la pequeña parcela de los Varón. El viejo Nahum tenía manos delicadas para trabajar la tierra, las mismas manos que habían firmado sentencias de muerte o que incluso, difícil saberlo, las había

ejecutado. Tomates, calabacines, fresas... Con todo lo intentaba y casi todo le crecía. Trabajar la tierra le relajaba, le acercaba a lo que fue de niño. Una persona. Y pasear, eso también le gustaba. Con frecuencia se acercaba a la próxima Nahariya, sobre todo en períodos de temporada baja para escapar de las aglomeraciones de gente, y paseaba por el Bulevar Ga'aton siguiendo el curso de ese arroyuelo que más de uno se atrevía a llamar río hasta su desembocadura. Luego subía pegado al mar hasta David Ben Ga'on, giraba a la derecha y se metía en su lugar favorito, el diminuto jardín botánico zoológico.

Por eso no fue una sorpresa que Nahum Varón hubiese citado a Miguel Aguirre en el centro de Madrid, en el Jardín Botánico, junto al Museo del Prado.

Aguirre siempre llegaba por lo menos quince minutos antes a sus encuentros. Quería ser el primero, quería estar en los sitios con tiempo, estudiarlos, analizarlos, era parte de su deformación profesional, de su entrenamiento diario, de su rutina de seguridad, pero también de su personalidad perfeccionista. Sin embargo ese día desistió de presentarse antes de tiempo a su cita. Llegara cuando llegara, Nahum Varón ya llevaría allí por lo menos quince minutos más.

El Paseo del Prado no era un buen lugar para aparcar. El coche dejó a Aguirre en la calle Serrano justo después de la plaza de Colón, en la esquina con la calle Jorge Juan. Hacía un día muy agradable, caluroso, aunque las nubes cubrían el sol en ese momento. Era un día ideal para caminar. Tras bajar del coche y dar instrucciones al conductor, miró a los lados, echó un vistazo a la plaza y fijó su vista por un instante en la enorme bandera de España que la presidía. Se preguntó cómo narices se podía lavar una bandera de semejante tamaño. ¿A mano? ¿A máquina? ¿Cuánto detergente hacía falta? Tendría que consultarlo en Inteligencia. Se rio en voz alta y por un momento pensó en la posibilidad de plantear esa pregunta como parte de un ejercicio para alguna nueva incorporación. Todavía sonreía cuando llevaba varios pasos caminados y su vista ya se dirigía hacia la plaza de la Independencia. Cruzó la calle Alcalá y dudó si tomarla hacia abajo, hacia la plaza de la Cibeles o seguir por Alfonso XII. Llegar a su destino por el Paseo del Prado no le hacía demasiada gracia, no había gran cosa que observar. O, mejor dicho, había demasiadas. Desistió; no entraba en sus planes rodear el Ayuntamiento de Madrid, pues hubiera mirado de reojo al pasar junto a la entrada y hubiera vuelto a suspirar como tantas veces había hecho pensando en el tremendo despilfarro que habían supuesto las obras de acondicionamiento del majestuoso edificio de Correos para reconvertirlo en ayuntamiento. Así que optó por caminar por el lateral del parque de El Retiro. Pasar junto a uno de sus restaurantes favoritos era más edificante. Solo había estado en La Gamella tres veces en toda su vida, pero era suficiente para considerarlo su restaurante de referencia. Las tres con su mujer, las tres para celebrar buenas noticias relacionadas con la vida profesional de Eva; por eso le gustaba ese sitio, porque le conectaba con acontecimientos muy felices para ella. Y, por tanto, para él.

Giró a la derecha en Felipe IV, para ir hacia la plaza de Neptuno, pasó junto a la Real Academia de la Lengua y para acortar bajó por las escaleras que le llevaban a la entrada norte del Museo del Prado, la puerta de Goya. Entre las nueve de la mañana y las siete y media de la tarde, pasara a la hora que pasara por allí, siempre había ambiente. Eso le gustaba, saber que la gente era capaz de acudir desde cualquier parte del mundo a admirar obras de arte. Y apreciaba la mezcolanza, la variedad de tipos y estilos que daban vida y color a esa parte tan concreta de la ciudad. Jóvenes y mayores, hombres y mujeres, nacionales y extranjeros, bien o mal vestidos.

Pasó junto a algunos puestecillos de pintura callejera y se acordó de una operación que había realizado años atrás, en la que un compañero controlaba esa esquina disfrazado de artista, con su puesto de lienzos para vender.

Había un ruso que iba con frecuencia por allí, al que le gustaba mezclarse con los turistas, visitar el museo y mantener en ese lugar sus encuentros con los contactos que establecía para captarlos. Un tipo listo aquel Orlov. Era difícil seguirlo, siempre estaba atento, pero la idea de colocar al pintor fue brillante. Porque pintaba de verdad. Ochoa era el nombre del agente, un prodigio dibujando, por eso lo pusieron allí desde un mes antes, todos los días. Aún así, Orlov notó que no era un habitual de la zona y se interesó por las pinturas que vendía con la intención de comprobar si tenía que sospechar de él. Y le pidió que le pintara un cuadro allí mismo, como los que tenía expuestos. Ochoa lo hizo y las dudas del ruso se disiparon. Pero con un par de cojones, Ochoa lo obligó a comprarle el cuadro y le sacó quince mil pesetas de las de entonces. Un *crack*, Ochoa. Orlov se confió y en los días siguientes el agente con facultades innatas para la pintura se hartó de grabar y fotografiar al ruso, que se parapetaba en los puestos de pintura para mantener conversaciones con sus captados, aprovechando el trasiego de gente y el ruido del tráfico.

Aguirre recorrió toda la fachada del museo y llegó al Jardín botánico. Sacó una entrada. Una vez dentro, giró a la izquierda en dirección a los invernaderos. Cuando estaba cerca de ellos, se detuvo. Hacía nueve años había estado allí con su mujer y su hija, cuando Marta era una niña a la que todo sorprendía y para quien su padre todavía era un dios. Recordaba con detalle la visita y sobre todo los ojos de la niña, abiertos como platos al entrar y encontrarse la estancia llena de cactus. Él le había dicho que iban a recorrer el mundo entero en diez minutos. Y así había sido. Primero, el desierto, pardo, seco; luego, las plantas tropicales, un espléndido decorado natural verde, exótico, húmedo, que salpicaba extraordinarios estímulos para los sentidos. La niña, a pesar de su edad, había mostrado una gran disposición para disfrutar de la visita, aunque su cabecita había preferido quedarse con el detalle de los chorros de agua que salían del techo de vez en cuando y especialmente con el impactante descubrimiento que suponía enterarse de que había plantas carnívoras.

Aguirre echaba de menos aquellos tiempos. Estuvo tentado de entrar en los invernaderos de nuevo y recordar aquel día, pero desistió y giró a la derecha. Los dejó atrás y caminó con tranquilidad pero decidido por uno de los paseos, dejando a

un Indo y a otros notables especies de árboles. Un castaño de indias, un álamo blanco, una morera blanca... Enseguida volvió a girar a la izquierda en la estatua de Carlos III y se encaminó hacia el edificio Villanueva. Al instante accedió a la pequeña placita presidida por un estanque. Nahum Varón ya había quedado en ese lugar con él en otras ocasiones. Nunca determinaban el sitio concreto; Aguirre daría con él. ¿Dónde estaría en esta ocasión? Podría estar allí mismo, como en el último encuentro, sentado en el banco junto al cedro del Líbano. Pero no, en esta ocasión Varón había seleccionado un lugar un poco más discreto. Aguirre se fue hacia la izquierda, a un espacio presidido también por una pequeña fuente. Allí encontró al israelí, sentado en un banco al lado de un frondoso madroño, lugar que no había elegido al azar. Nunca hacía ningún gesto por casualidad. Había escogido el madroño, el árbol símbolo de Madrid, en un gesto de amistad y acercamiento. Aguirre se acercó, se sentó a su lado y lo saludó con una sonrisa y un hola.

—No he venido con nadie, nadie me ha seguido, nadie nos observa. Podemos darnos un apretón de manos —dijo el agente judío con gesto afable y sereno.

Aguirre notó que el viejo sabio de la Inteligencia ya estaba trabajando. Llevaba la iniciativa, jerarquizaba el encuentro y daba muestras de cariño y respeto. El español le estrechó su mano.

—¿Qué tal la vida en España? —preguntó Aguirre.

—Excelente, excelente. Un gran país España. Si fuerais un poco más productivos, seriais... la leche —dijo el israelí utilizando una castiza expresión que pretendía relajar el encuentro.

—Si fuéramos más productivos, no sé si la leche, pero desde luego no seríamos España —respondió Aguirre.

Varón sonrió. Recordó entonces la capacidad de Aguirre para mantener el nivel en las conversaciones informales.

—¿Qué le ocurre al CNI para que me reclame? —preguntó yendo al grano.

—¿Estáis metidos en alguna operación en este momento? En España, quiero decir.

—Nada de lo que debáis preocuparos.

—Quizá sí debemos preocuparnos —respondió serio Aguirre.

—Aguirre, no hay en este momento nada que os deba interesar, puedes creerme. ¿Cuáles son tus sospechas?

Aguirre le relató los datos relevantes de lo que le había llevado al encuentro. Todo se concentraba en una palabra: soman. El veterano espía no ocultó su extrañeza y tardó unos segundos en responder.

—No tenemos nada que ver, pero me gustaría...

Antes de que pudiera continuar, Aguirre dejó entre él y su interlocutor una carpetilla que, al igual que las hojas que contenía, no poseía ninguna identificación. En ellas iban los datos de los análisis químicos que habían realizado, los valores y marcas de las sustancias encontradas.

—Espero que me puedas ayudar a aclarar esto. Sé que no habéis sido vosotros — mintió Aguirre, pues de eso no estaba seguro—, pero quizá nos podáis decir de qué se trata entonces.

—No lo dudes.

No hizo falta tratar el tema un segundo más. Sin embargo, los dos hombres aprovecharon para repasar los viejos tiempos y comentar algunas historias del pasado. Se pusieron al día de sus vidas personales. Ninguno de los dos supo si el otro decía la verdad, pero seguro que se le aproximaba. Había un gran respeto y la mentira no cuadraba en ese tipo de conversaciones voluntarias entre militares. Cuando algo no se quería que se supiera, bastaba con no contarlo. Así que Varón dijo la verdad cuando le contó que esperaba retirarse pronto y volver a su tierra a cuidar su huerta. Aguirre le creyó, pero dio por hecho que no se desvincularía durante unos cuantos años más de los Servicios Secretos. El viejo le habló con tal pasión de sus plantas y su huerto que Aguirre, cuando se despidió de él, decidió no acudir a la salida directamente, sino que optó por dar un rodeo.

Caminó hacia el emparrado de hierro forjado que hay en el lado sur y bajó por él tratando de disfrutar del paseo entre juníperos, castaños, abetos y las múltiples variedades de palmas y palmeras para llegar, con toda la intención, al huerto del Jardín botánico. Observó las variedades de habas, acelgas, apio, fresones, espinacas... Quizá algún día seguiría los pasos del israelí decidido a acabar sus días tranquilo, cuidando también un terrenito. Todo había que considerarlo.

Se sorprendió al descubrir la existencia de coles ornamentales moradas de hoja rizada y se maravilló ante las blancas de hoja lisa con el centro morado. Caminó entre plantas aromáticas y contempló la rosaleda mientras el canto de algunos pájaros ponía la música, acompañados de fondo por un suave y uniforme manto sonoro de motores de coches que para nada le resultaba desagradable. Iba y venía, como las olas del mar.

Al salir, podía haber avisado al chófer para que pasara a recogerlo, pero optó por caminar. Esta vez continuó hacia abajo por el Paseo del Prado y luego subió por la Cuesta de Moyano. Acostumbrado a la tranquilidad del Botánico, quiso darse unos minutos más, avanzando al encuentro del coche por un lugar tranquilo como el Parque de El Retiro. Le gustaba caminar. Volvió a pasar, como tantas veces en los últimos años, junto a la estatua del Ángel Caído. Se detuvo a mirarla, la desafió, la compadeció. En ese momento se levantó una ráfaga de viento, violenta pero breve. Aguirre frunció el ceño y continuó su paseo. «*Anda y no me toques los huevos*», pareció pensar.

El vehículo lo aguardaba en la avenida Menéndez Pelayo, casi en la esquina con O'Donnell.

* * *

Cuando llegó a casa, Eva le estaba esperando. Había decidido dejar pronto su mesa en el estudio y continuar en casa para tener la oportunidad de encontrarse con su marido. Quería hablar con él, necesitaba hablar con él. No podían dejar que la relación se consumiera como una vela sin hacer nada. Había estado dándole muchas vueltas y había llegado a la conclusión de que era posible que todo fuera culpa de ella misma. Un sentimiento egoísta la había embargado: si tomaba la decisión de separarse, ¿qué iba a hacer entonces? Era algo que no quería.

Le dijo que deseaba hablar con él, que necesitaba que le dedicara unos minutos. Aguirre se sentó con ella en el sofá.

Miguel, ¿qué nos está pasando?

—Nada.

—Exacto, nada. Eso es, Miguel. Nuestra vida es lo mismo que nada. Los dos trabajamos demasiado y ninguno quiere dar el primer paso para arreglar esto.

—Tú no tienes la culpa, Eva, de verdad. Es que estoy agotado. Mi cerebro ya no funciona igual.

—Miguel, tú no tuviste la culpa de aquello, a ver cuándo te lo sacas de la cabeza. Las cosas ocurren y no tienes que pagarlo tú ni tu familia.

—No se trata de eso, es que no tengo fuerzas para según qué cosas.

—Si no me quieres, dímelo que no pasa nada. El amor se puede acabar —dijo ella.

Aguirre no contestó al momento y ese silencio lo sintió Eva como una punzada.

—No hay otra persona. Sí, te quiero, pero a veces uno entra en una especie de bucle y parece que no puede salir de él —se justificó Aguirre.

—O no quiere.

Aguirre captó el mensaje pero no dijo nada. Fue su mujer la que mantuvo la iniciativa.

—Creo que, por el bien de los dos, debemos tomar una decisión. No podemos seguir haciendo como si nada, abandonándonos a la idea de que nuestra vida va a ser así para siempre. Tú estás cansado y yo estoy perdida. Deberíamos recuperar todo lo que se nos fue. No es justo.

—Dime qué tengo que hacer.

—Miguel, por Dios, no son deberes para hacer en casa como si fuéramos estudiantes.

—No, lo digo en serio, me gustaría poder cambiar la situación. Si tú sabes cómo, dímelo, dime qué tengo que hacer —pidió él.

—Salir de la rutina, darnos una oportunidad. Echo de menos a aquel chico que tenía recursos para todo, que era capaz de conseguir lo que se propusiera, a aquel pesado que me conquistó a base de insistir.

A Aguirre se le llenó la mente de recuerdos y suspiró sin querer.

—¿Por qué no nos tomamos unos días de vacaciones? Desconectamos, hablamos, pensamos, nos reencontramos —fue la propuesta de Eva.

—Me parece bien. Sí, hagámoslo.

—Yo podría terminar todo este lío de Dinamarca en cuatro o cinco semanas. Y después me da igual lo que me digan, me merezco un descanso. Me puedo tomar unos días. Una semana. Tú también, Miguel, te deben días por todas partes.

—Imagino que sí podría.

—Claro que puedes, no tienes que salvar el mundo.

Aguirre no tenía que salvar el mundo, tenía que salvar su matrimonio, así que merecía la pena.

—El mes que viene nos vamos donde quieras. Una semana —accedió Aguirre.

No es posible describir la energía con la que Eva dibujó una sonrisa en su cara. No solo se iluminó su rostro, se iluminó su alma. En ese momento se convirtió en una niña a la que los Reyes Magos le habían hecho el mejor regalo de su vida. Sin querer, sus pulmones inspiraron una larga bocanada de aire y su respiración entrecortada pasó a ser un mal recuerdo. Se sintió muy bien. Después de eso, dedicaron unos minutos a fijar la fecha ideal para los dos —*en seis semanas*— y comentaron los posibles lugares en los que perderse. Ocho días, siete noches.

* * *

Aguirre tardó unos días en recibir una llamada de los servicios israelíes. Era de alguien que decía hablarle en nombre de Varón. No preguntó si tenía algo que decirle con respecto a la consulta que había realizado. Si a Nahum Varón lo había reclamado él para hablarle personalmente, la respuesta iba a seguir el mismo procedimiento, sin importar qué fuera lo que tuvieran que decir los israelíes.

En esta ocasión, la cita fue en la calle Serrano, muy al norte, donde el tráfico no fluye congestionado. Un coche lo recogió justo en la esquina del polideportivo Magariños. Pero dentro no solo estaba Nahum Varón; junto a él iba otro hombre al que no había visto antes, y eso que los tenían a casi todos identificados, lo cual significaba que no era un habitual de la embajada israelí en Madrid.

Y así era, venía de fuera. ¿Específicamente para hablar con él? Esta vez no hubo una conversación familiar; Varón fue directamente al grano.

—El soman era nuestro.

«Era». Aguirre no dijo nada.

—Pero no tenemos nada que ver con ese asunto.

Aguirre siguió sin abrir la boca. El hombre que acompañaba a Varón tomó la palabra en muy buen español. Refrendó la versión de Nahum Varón, con un gesto que Aguirre interpretó como una disculpa, y siguió el relato. Contó que hacía unos años un Kidon del Mossad tenía como misión aniquilar al cabecilla de un grupo terrorista en una operación de altísimo riesgo porque el objetivo residía en territorio enemigo de Israel, y por lo tanto contaba con buena protección.

Mientras Aguirre escuchaba trataba de situar la historia; no podía evitarlo. Cabecilla de grupo terrorista. Por tanto, hombre importante. Por tanto, bien protegido

en lugar seguro. Lugar seguro significa país claramente enfrentado a Israel. No un país europeo, y no Jordania, no Egipto. Después de un rápido análisis, Aguirre se quedó con dos posibles países: Siria e Irán. Mientras elucubraba, no dejaba de escuchar. En esta parte, el hombre desconocido hizo una pausa casi imperceptible; se acercaba el momento delicado del relato. Según dijo, los agentes del Mossad habían planeado asesinarlo rociándolo con un gas mortífero, el soman, aplicado mediante un aerosol. A plena luz de día. Cuadraba con algunas mentalidades directivas del Mossad: si se aprueba el asesinato de alguien, se va a por él, no importa cómo. Y, siendo creativos, la mejor manera de hacerlo era cuando los terroristas pensaban que era el peor momento para atacar a nadie: a plena luz del día, rodeados de gente. Era osado, peligroso, pero no era mala idea. Sin embargo, según contó el hombre, algo pasó y el comando fue descubierto. «*Algo pasó*». Significaba que no sabían exactamente qué, lo cual significaba que no pudieron hacer un informe. Lo cual significaba que el comando kidom había sido abatido. El hombre acabó diciendo que el veneno desapareció, hasta que ahora había vuelto a surgir en España.

—Deberíais decirme quién era ese terrorista tras el que ibais —exigió Aguirre.

—No es necesario —replicó Varón.

—Podría ser el mismo que ha actuado aquí —insistió Aguirre.

—No lo es.

Varón respondió de modo tan tajante que Aguirre supo que no hacía falta insistir.

—No lo es. Lo eliminamos tres años después. A él y a sus hombres —confesó Varón.

De manera que aquel veneno había pasado de unas manos a otras, quizá de un comando a otro y, al no ser un arma preparada para causar un alto número de bajas a la vez, el aerosol podría haber acabado en manos de cualquiera; relacionado con la causa terrorista, sí, pero cualquiera. Como un producto de saldo.

Varón se interesó por los detalles de la reaparición del veneno en España. Aguirre fue comedido; solo dijo que alguien posiblemente árabe había matado usando ese aerosol y que su origen parecía descartar a criminales o mañosos, aunque todavía no sabían quién podía estar detrás. Nahum Varón mostró su disponibilidad para ayudar en la identificación del autor o autores y Aguirre lo agradeció. El banco de datos de terroristas que manejaba el Servicio Secreto israelí pasaba por ser el más completo del mundo, con información y fotografías de todos los terroristas en activo y casi todos los sospechosos de participar en una guerra contra el sionismo.

La conversación terminó en uno de los laterales del Paseo de la Castellana, casi en la plaza de Castilla. Aguirre se bajó, vio desaparecer el vehículo por Félix Boix y esperó treinta segundos hasta que un vehículo del CNI que le había estado siguiendo en todo momento lo recogió.

—¿A dónde vamos? —preguntó el agente que iba al volante.

«*Vamos directos a un problema*» es lo que hubiera podido responder Aguirre, pero de sus labios salieron otras palabras, llenas de retranca:

—A rellenar un informe.

Como era habitual, durante el trayecto conductor y pasajero no cruzaron demasiadas palabras, ninguna relacionada con el trabajo. Los agentes que recibían el encargo de llevar a alguien a una cita o buscar a una personalidad para acercarla a la sede del CNI tenían instrucciones muy precisas, entre las cuales estaba no saber ni hablar de aquello que no resultaba imprescindible para su función. Aguirre ni siquiera lo conocía, no pertenecía a su departamento. El chófer era un miembro del Servicio de Seguridad, dependiente únicamente de la Secretaría General, y solo tenía la misión de acercar al subdirector de la dirección técnica de Apoyo a una cita; no sabía con quién, no estaba autorizado a saberlo, solo tenía que dejar, seguir y recoger. Y eso había hecho. Trabajar en el Servicio de Seguridad no era la mejor de las ocupaciones, pero desde luego sí una de las más cómodas. Eran la Policía del centro.

Aguirre atravesó con decisión el *hall* del edificio Estrella y pisó el escudo del CNI que decoraba el suelo. Tuvo tiempo para repetirse que no le gustaba, prefería el anterior, cuando los servicios se llamaban CESID. El escudo de antes le parecía más apropiado; consideraba más épico tener un águila como emblema con una leyenda en latín. *Ex notitia victoria*. El cambio de nombre conllevó un cambio de imagen y la de ahora no le gustaba. Sus pies pasaban por encima de una rosquilla azul que bien podría ser el logo de un canal local de noticias. Por suerte él pertenecía a un mundo aparte, a la división de agentes operativos y, aunque les hubieran modificado el nombre, la esencia era la misma porque los cambios no llegaron a su departamento. Seguían manteniendo el mismo lema, seguían siendo los mismos: «*Lo difícil está hecho, lo imposible se hará*».

Apuró el paso, no perdió un minuto y fue a contarle los últimos datos a Mónica Somoza.

—Sopla viento de Levante —le espetó a su jefa.

Típico de Aguirre cuando estaba delante de alguien de confianza. De alguien de confianza que, además, le caía bien. Mónica lo miró, esperando. Lo conocía bien; faltaba el final de la frase, la puntilla.

—El olor a podrido ha llegado de Albacete a Madrid.

—¿Están involucrados? —preguntó Mónica.

—Dicen que no.

—¿Les crees?

—Sí.

—¿Y bien?

—El soman es suyo, aunque se lo robaron hace años. Terroristas árabes, pero no los mismos. El veneno ha pasado de un grupo a otro, probablemente sin ninguna intencionalidad ni plan premeditado, pero quien lo tiene no se dedica a nada bueno.

—¿Qué podemos pensar?

—Tú eres la directora de Inteligencia, no yo.

—Tú lo fuiste.

—Exacto, lo fui. Ahora te toca a ti decidir qué hacer.

—Vamos, Miguel, ¿vas a ordenarle a tu cabeza que deje de pensar? Tienes una teoría.

—Tengo ganas de un descanso.

—No puedes evitar pensar, lo llevas dentro, así que no me vengas con tonterías. Habría sido imposible salir de allí sin dar una explicación a Mónica.

—Creo que aquí hay algo que va más allá. No sé qué, pero algo. Tiene toda la pinta —dijo Aguirre.

—Te voy a poner al frente de todo esto.

—Mónica...

—No, rectifico. No te voy a poner porque ya estabas. Vas a seguir; esto hay que cerrarlo.

* * *

Poco después volvían a reunirse con los jefes.

—Es más que probable que se trate de una célula terrorista que ha escapado al control de la Policía, pero no hay datos que nos ayuden en este sentido —precisó Mónica.

Ciertamente, las Fuerzas de Seguridad del Estado no tenían constancia de la presencia de ningún terrorista árabe en España. Una de dos, o no era nadie digno de considerar, o bien quienquiera que fuese lo había preparado todo a conciencia.

—Los hechos probados son que tenemos a dos marroquíes sin antecedentes asesinados. Pero, ¿por qué? ¿Por qué tenemos que pensar en terroristas? ¿No podría ser un ajuste de cuentas? —cuestionó Balmaseda.

—La manera de matar es sofisticada —apuntó el subdirector de Inteligencia Exterior.

—O estúpida —precisó Balmaseda.

—Creo que no estaba planeada para ser descubierta —dijo Mónica.

—Por poder, podrían ser muchas cosas —sentenció Balmaseda.

«Para averiguarlas es para lo que trabajamos, idiota», le hubiera gustado responder a Aguirre.

Mónica Somoza, oportuna como siempre, supo encauzar la conversación proponiendo no dejar ese tema en manos de la Policía hasta que no tuvieran más claro a qué se enfrentaban y propuso que Aguirre se encargase. Balmaseda dio el visto bueno a que Aguirre siguiera el caso; prefería tenerlo ocupado con banalidades como la que presumía que tenían entre manos. No le caía bien; a decir verdad, le caía muy mal. Cuarenta y siete años, solvente, laureado, arrogante. E imperfecto. Si no fuera porque hacía menos de ocho años murieron siete personas que habían estado a las órdenes de Aguirre, Balmaseda hubiera sonreído recordándoselo. Él no era militar, era un político puesto a dedo, no por méritos de carrera, y eso en el fondo le molestaba, le hacía sentirse en inferioridad de condiciones, de manera que mostrarse

firme y dudar de los argumentos de sus subordinados era el mecanismo que él, como político de carrera, tenía para quedar por encima. Consideró razonable la propuesta de Mónica Somoza y no le pareció del todo mal que ella delegase en Aguirre. Si la cosa no funcionaba, podría tener dos cabezas por el precio de una. Si salía bien, el centro hacía bien su trabajo. O sea, él.

—Quiero la confirmación de que ningún grupo terrorista está preparando ninguna acción aquí —fueron sus órdenes.

Aguirre aceptó el encargo y luego pensó que era una suerte; tenía libertad para plantear sus pesquisas, podría estar un tiempo alejado de la burocracia. Para Mónica era la persona adecuada, era agente operativo pero había sido director de Inteligencia y subdirector de Contraterrorismo.

6 SEMANAS PARA LA CATÁSTROFE

Aguirre se puso manos a la obra; tenía libertad de acción, podría moverse a su antojo, contaba con medios y con personal. Imaginaba que en cuestión de días podría sacar algo en claro sobre la identidad de los autores de los crímenes de los jóvenes marroquíes. El trabajo de obtención de información pasaba por sacar a los agentes a la calle. No había tiempo que perder y enseguida la maquinaria se puso en marcha con discreción. Rachid había muerto en Lavapiés, así que cabía la posibilidad de que estuviera de paso por el barrio y hubiera sido abordado allí mismo casualmente, o podía ser que viviera en esa zona. Las casualidades no existen, pensó Aguirre. Pero no había rastro del joven, no se había registrado en ningún sitio, no había contratos a su nombre, ni siquiera un teléfono móvil. Nada. Aguirre puso a trabajar a sus hombres y estos recurrieron a los contactos que el Servicio Secreto tenía en esa parte de la ciudad, el barrio de Lavapiés. Era un buen punto de partida empezar por lo evidente, por lo más simple.

La red de informadores que el CNI había conseguido tejer en estos últimos años debería ser suficiente para sacar algo en claro, supuso Aguirre. Hacía algo más de diez años que se había empezado a producir el despegue del fenómeno de la inmigración en Madrid y este barrio en concreto había acogido a la mayoría de los magrebíes que habían decidido establecerse en la capital. Una auténtica diáspora que hasta ahora no había generado ningún problema racial más allá de un ligero incremento de la delincuencia. Asiáticos y marroquíes predominaban en el barrio. Tras los atentados del 11-M era lógico pensar que los servicios de Inteligencia debían minar el barrio de informadores que los tuvieran al tanto de lo que acontecía o, mejor dicho, de lo que pudiera acontecer en el futuro. Había que controlar el flujo y la presencia de personas sospechosas de pertenecer a grupos de apoyo activo al terrorismo radical islamista o de amparar con su silencio tales actividades. Desde que esa clase de terrorismo se había convertido en una desgraciada realidad, el Estado había lanzado una ofensiva sin precedentes, creando una red de colaboradores, anónimos, civiles, utilizados como simples instrumentos de escucha. Eso era algo que los servicios de Inteligencia sabían hacer muy bien. Ni los propios colaboradores sabían que trabajaban para el CNI. No estaban en nómina. Había costado tiempo seleccionar a las personas adecuadas pero se había conseguido. Portereros de fincas, dueños de pequeños negocios, camareros, animadores de asociaciones culturales, enfermeros del Samur. Gente anónima y sin preparación en Inteligencia militar a los que se les había sabido tocar en el botón adecuado para ser los ojos y las orejas de los Servicios Secretos en el barrio. Solo tenían que ser buenos ciudadanos. Nada más. Y nada menos.

Los agentes salieron a la calle buscando información sobre el marroquí. Llevó su tiempo encontrar quien lo reconociera por las fotografías que lo mostraban, lo cual fue acotando la zona de búsqueda hasta llegar a su calle, a su edificio, a su piso, una humilde buhardilla alquilada de forma ilegal, de palabra y sin contrato, en la calle Tres Peces. Los agentes evidenciaron que no había nada que les sirviera para sus pesquisas. Nada. De alguna manera, suponía un pequeño contratiempo que no por esperado lo hacía menos grave. Poco a poco, Aguirre iba armando su razonamiento: o no estaban ante algo importante, o el marroquí había sido advertido e instruido para no tener nada relevante en la vivienda. Estaba claro que esa buhardilla había sido alquilada previendo un uso breve, puesto que Rachid la había ocupado hacía solo cuatro semanas. Era por tanto un recién llegado. Nadie en Lavapiés podía llegar a sentirse solo. Si algo tenía esa zona era vida en la calle y cualquier inmigrante, por solitario que fuera, tendía a relacionarse con sus compatriotas, Occidente, llorarás por mí así que los agentes buscaron en el barrio cualquier conexión para tratar de reconstruir su vida en el mes que el marroquí había pasado en Madrid. Pero Rachid parecía no haber existido; no frecuentó locutorios, no frecuentó bares, no frecuentó asociaciones de vecinos u oficinas de ayuda al inmigrante, no buscó trabajo, no tenía ninguna cuenta bancaria. Si no tenía nada, ¿cómo se mantenía? Obviamente, no estaba solo. Alguien le hizo ir de Barcelona a Madrid por algún motivo, alguien le dio instrucciones para realizar cualquiera que fuera el trabajo que le hubiera encomendado y ese mismo alguien le daba o había dado dinero en metálico para su sostenimiento. La cuestión consistía en averiguar qué era lo que tenía que hacer ese humilde marroquí en Madrid y, sobre todo ahora que estaba muerto, para quién lo había hecho. Sin duda no era más que un eslabón. Cualquiera podría pensar que ese muchacho había muerto por no haber realizado bien su trabajo o por haber intentado echarse atrás, pero Aguirre fue más básico. No le gustaba complicarse a la hora de iniciar razonamientos; seguía fiel a sus principios y la experiencia le decía que la mejor manera de llegar a algún sitio era siempre pensando de forma simple. De lo simple siempre se puede llegar a algo complicado, pero de lo complicado es difícil conseguir algo simple. De manera que Aguirre llegó a la conclusión —que se reservó para él— de que Rachid, a pesar de haber podido ser un eslabón más, de los más bajos de la cadena, había realizado su encargo y, precisamente por haber concluido con éxito su parte, había sido eliminado. No era necesario para nada más, lo cual implicaba que aquello en lo que se hubiera metido debía ser importante. Y eso asustaba un poco.

* * *

El comandante Espinosa había recibido el encargo de investigar la muerte de Alí en la casa de campo tal y como, por otra parte, le correspondía en calidad de representante de las fuerzas del orden en la zona. Pero con una particularidad: la de realizar esa labor de forma rutinaria y sin levantar demasiadas sospechas. El trabajo de la Guardia

Civil consistió en tratar de buscar en la comarca posibles conexiones del pobre muchacho carbonizado. Pero no hubo ningún avance; el joven se había dejado ver poco o nada. También llevaba un mes en su nuevo destino y, al igual que Rachid, no había hecho vida social. Había acudido en dos ocasiones a La Roda a comprar, ni siquiera a Fuensanta o Tarazona. Pero nada más, no se relacionó con nadie, no trabajó en nada. Los dos jóvenes habían seguido casi los mismos patrones de comportamiento, que pasaban por la discreción absoluta. El dueño de la casita solo había visto y hablado dos veces con el joven marroquí y no recordaba ningún dato que pudiera ser de ayuda. La primera vez, tras recibir una llamada desde un teléfono público de La Roda en la que se interesaba por el alquiler de la casa. Los dos hombres se habían reunido para ver la vivienda y hablar del precio del alquiler. El magrebí no regateó, dato que no pasó desapercibido para Espinosa. La segunda vez, al día siguiente, para darle una cantidad de dinero equivalente al pago de dos meses: un mes de fianza y otro mes por adelantado. Sin facturas, sin contratos. La impresión que sacó Espinosa fue que el muchacho había ido a tiro fijo: una casa en el campo, más o menos solitaria, en un lugar tranquilo, lejos de ojos curiosos, apropiada para recibir visitas o realizar cualquier labor sin ser molestado.

Aguirre sabía que no iba a encontrar demasiada información en Lavapiés, por lo que tenía centradas sus esperanzas en la provincia de Albacete. No tanto en lo que Espinosa hubiera averiguado de Alí, como en quien lo había matado. Pero todo el mundo comete errores. Todo el mundo. La cuestión es que alguien los descubra. En este caso, el primer error que habían cometido los asesinos de Alí fue no vigilar los alrededores de la casa cuando transportaban el cadáver al garaje. El segundo, acercarse al pueblo a matar al niño. El tercero, no conseguirlo.

Aguirre volvió a encontrarse con Ricardo Espinosa y desde La Roda se acercaron a Tarazona. El comandante ya había avisado a la familia del niño de que tendría que interrogarlo de nuevo. Las palabras fueron *volver a hablar con él*, solo que en esta ocasión iría acompañado. Aguirre quería conocer y escuchar de primera mano la versión del pequeño. La noticia del intento de agresión del niño había revolucionado el pueblo, había sido la comidilla el día del Cristo. Pasadas ya unas jornadas, todo parecía haber vuelto a su cauce gracias a la labor de Espinosa que se había encargado de filtrar rumores sobre el atacante, dejando caer que se trataba de un trastornado, familiar de la víctima del incendio, que había huido de la comarca. De esta manera se alejaba la presión sobre el chiquillo y sobre la propia investigación, que dejaba como única tarea pendiente la detención del agresor. Ese pequeño e inocente bulo pareció dar resultado porque la normalidad había vuelto al pueblo. Como era habitual en Aguirre, llegaron con tiempo a Tarazona y aprovecharon para caminar por el pueblo sin rumbo fijo. Llegaron a la Plaza Mayor; Aguirre la contempló, le gustó. Pequeña, antigua, en la que resaltaba un Ayuntamiento casi de juguete, blanco, montado sobre un soportal de arcos de medio punto y con una inscripción con la fecha de su construcción: 1692. Sí, olía a antiguo, a sólido, a asentado, a Historia. A reposo.

No pudieron quedarse mucho tiempo; tampoco era necesario, y de ahí se acercaron a la casa del pequeño. A instancias de Espinosa, Aguirre llevaba un pequeño regalo para Raúl: unos guantes de portero, algo que haría más fácil la conversación. Y así fue.

—¿Eres policía? —preguntó el niño.

—¿Parezco policía?

—Eres amigo de él, pero no llevas el uniforme de guardia civil.

Para tener doce años, el chaval era listo. Aguirre sonrió. Le entregó el regalo.

—Sí, soy policía. ¿Te gustan los guantes?

—Molan.

—Mi amigo me ha dicho que eres muy buen portero. Así que con estos guantes serás aún mejor —dijo Aguirre.

—Son los que lleva Casillas —dijo el niño admirado tras observarlos.

—¿En serio?

En el trabajo de Aguirre no existían las casualidades, de modo que ni siquiera ese detalle había sido dejado a la improvisación.

—Pues entonces cuídalos.

Tras una pausa, Aguirre continuó.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Sí, por lo de la casa.

—En efecto. Me han dicho que tienes muy buena memoria y que lo recuerdas todo muy bien, así que la Policía necesita tu ayuda. ¿Qué te parece?

A estas alturas, el pequeño ya estaba completamente ganado para la causa. No solo tenía los guantes, sino que los policías le pedían ayuda. No hay nada mejor para un niño que sentirse valorado por los adultos.

Aguirre comenzó a preguntarle. Algunas de las cuestiones las formuló varias veces de distinta manera y separadas en el tiempo. Las respuestas coincidían; el niño decía la verdad. Pero no dejaba de ser un crío y, por más esfuerzo que hizo, no pudo recordar la marca del coche que había estacionado junto a la casa incendiada. Pudo decir que eran tres hombres, los tres de tez morena y pelo corto, uno de los cuales era el mismo que luego trató de agredirlo. La descripción no fue muy precisa, pero a Aguirre eso no le importó. Cuando sintió que el niño estaba cómodo con él y había tomado como normal la conversación, se lo llevó a la calle. Fueron hasta el colegio, se situaron delante de la entrada, junto a la verja amarilla y Aguirre le propuso un interesante ejercicio de memoria.

—Raúl, vamos a hacer un juego, a ver si tienes buena memoria. ¿Serías capaz de hacer el mismo recorrido del día en que el hombre te quiso atacar? El mismo.

Raúl dudó un instante, pero no podía fallar ahora que todo había ido tan bien y menos al policía que le había hecho el mejor regalo de los últimos tiempos.

—Vale.

—No hay prisa.

Dudó de nuevo, entornó la vista, pensó durante un segundo y se puso en marcha. Hicieron el recorrido paseando, sin llamar la atención. Para entonces Espinosa permanecía alejado; a él sí lo conocían en el pueblo y no quería entorpecer las pesquisas de Aguirre. Tan solo se ocupó de mantener entretenida a la madre del niño, que hasta entonces no se había separado un instante de él.

Aguirre solo quería repetir el recorrido. Para el niño era un juego y lo hizo bien. Salieron del colegio y giraron a la izquierda, bajando por Portillejo, todo recto. Raúl explicó que a mitad de camino giró su cabeza y vio al hombre, por lo que apuró el paso y torció a la derecha por Canalejas hacia el ayuntamiento y, tras atravesarlo, dobló hacia La Pedrera y enseguida tiró para abajo tratando de despistar al hombre. Cuando dieron la vuelta a la manzana y llegaron a Abdón Atienza, Raúl giró a la izquierda y siguió caminando. Al llegar a Doctor Marañón recordó que allí había echado a correr con ganas. A partir de ahí los recuerdos fueron más difusos, pero le vino a la memoria que había girado a la izquierda en la calle Azorín. Explicó que corría sin rumbo, solo intentando escapar. Supo decir que a cada esquina tomaba una nueva calle. Aguirre interpretó con acierto que el niño escapaba en zig-zag y no le fue difícil determinar el recorrido que faltaba hasta llegar al lugar en el que el pequeño casi fue atropellado en la avenida de la Roda, el final de la persecución. No podían haber pasado por otras calles que no fueran Linares Rivas y Blasco Ibáñez. Acertó porque en esta última había un taller mecánico frente al cual era habitual la presencia de maquinaria agrícola, como el tractor tras el cual el niño se había escondido. Para Aguirre era suficiente.

—¿Ya está? —preguntó el niño.

—Ya está, ¿has visto qué fácil?

—¿Y ahora qué hago?

—Nada. Estudiar, jugar al fútbol y portarte bien.

Raúl no cuestionó las palabras de la autoridad. Aguirre, serio, le ofreció su mano y se despidieron con un apretón profesional, de adultos, de hombre a hombre. Luego hizo un gesto a Espinosa y este acercó el niño a su madre. Después, los dos amigos se quedaron solos.

—¿Qué tal ha ido? —se interesó Espinosa.

—Bien.

—¿Bien? Pero parecía dudar.

—Al final sí, pero no me interesa el final. Puede que tengamos algo.

La última parte del recorrido había transcurrido entre calles con nula vida comercial. Lo que podría servirle a Aguirre estaba al principio.

—Vamos.

A continuación hicieron el camino de vuelta con tranquilidad. Aguirre llevó a su amigo a un lugar muy concreto del recorrido que había marcado el niño, en la plaza del ayuntamiento, y se plantaron en la puerta de una sucursal de Caja Castilla La Mancha. Aunque la oficina estaba al final de un largo pasillo, al fondo pero

apuntando hacia fuera, había una cámara de vídeo. Por fuerza había tenido que grabar el paso del hombre que perseguía al niño, aunque fuera de perfil. Luego dieron la vuelta a la esquina y a los pocos metros aparecieron dos nuevas sucursales bancarias. Primero una de Caja Murcia, que Aguirre observó prestando especial atención a sus medidas de vigilancia, y finalmente descartó, y después otra justo al lado, del Banco Santander, que tenía un gran ventanal y cámaras de seguridad en el interior. Esa sucursal era la gran esperanza de Aguirre.

A continuación se encaminaron al interior de la oficina bancaria y mientras Espinosa se identificaba —un puro formalismo porque su uniforme lo delataba— y solicitaba la presencia del director, Aguirre hizo un rápido análisis visual de las cámaras de vigilancia. Antiguas. La que había llamado su atención era la que estaba colocada junto a la puerta de acceso. Pero había otra más en el interior apuntando hacia la entrada de la oficina. No sabría si podría servirles para algo pero era un comienzo. Los bancos tienen prohibido colocar sus cámaras enfocando deliberadamente a la calle. Su misión es proteger el recinto para controlar quién entra y quién permanece dentro, pero no está en su cometido grabar imágenes del exterior. Sin embargo, es inevitable que en el campo de acción de las cámaras de seguridad se pueda captar una parte de la calle. Aguirre tenía la esperanza de que la cámara que estaba en el techo justo tras la puerta de entrada pudiera haber captado algo, a pesar de estar demasiado elevada, lo que significaba que fuera lo que fuera lo que hubiera grabado, iba a tratarse de un plano bastante picado. La cámara interior, que cubría un ángulo más amplio, también podría servir, gracias a que la fachada de la sucursal estaba ocupada en buena parte por un ventanal. Eso le hizo intuir un problema: cámara en el interior, exterior luminoso, fuerte contraluz, mala grabación. Habría que comprobarlo.

Espinosa estrechó la mano del director de la sucursal, un tipo joven, anodino, vestido con traje y corbata. A Aguirre le hizo gracia. «Somos ovejas», volvió a pensar disparando su cerebro. «Nos movemos por patrones». Manuel Salcedo era director de sucursal y por tanto vestía traje y corbata. Traje que por cierto no le sentaba demasiado bien. Mientras le veía acercarse, Aguirre se imaginó a él mismo ocupando ese mismo puesto de trabajo, pero vestido con camiseta y bermudas, algo que enseguida llamaría la atención. Y siguió imaginando: se correría la voz y le harían una advertencia. El jefe regional de la entidad bancaria le echaría una buena reprimenda por no mantener las formas. Aguirre siguió fantaseando: *si todos tus vecinos del pueblo ya están acostumbrados y te conocen por tu forma de vestir, ¿por qué habría que cambiar?*, se preguntó. ¿De verdad lo obligarían a cambiar su estilo? Y si hubiera duplicado el capital captado para la sucursal con respecto al anterior director, ¿también le llamarían la atención o le dejarían vestir a su gusto? ¿Y si, aún así, le forzaran a un cambio y él dijera entonces que dejaba el puesto y se iba a la sucursal de al lado, a un banco de la competencia, llevándose toda su clientela? Aguirre lo tuvo claro: el señor director regional le habría permitido acudir al trabajo

incluso en pelotas, porque lo único que les importaba a los bancos era la cuenta de resultados.

El joven estiró su brazo hacia Aguirre y se estrecharon la mano. Espinosa presentó a Aguirre como guardia civil, aunque fuera de paisano.

—Necesitamos las grabaciones de las cámaras de seguridad —le espetó Aguirre.

—¿Las grabaciones? ¿Cómo las grabaciones? Aquí no ha ocurrido nada, que yo sepa...

—Aquí dentro no. Pero nos podrían ser de gran ayuda. Buscamos a un delincuente y queremos saber si ha pasado por ahí delante.

—Ah, vaya... En ese caso supongo que no habrá ningún problema. ¿Tiene que ser ahora? Es que es algo que aquí no sabemos muy bien cómo... Quiero decir, es una gestión que no depende de mí...

—Escuche, llame a sus jefes, explíqueles el asunto. Nosotros haremos lo mismo. Lo que no quiero es perder más tiempo.

—Sí, claro.

El hombre se quedó quieto.

—¿Ahora? —preguntó dudando.

—¿Tiene algo más importante que hacer? —respondió Aguirre con extremada educación y una mirada capaz de domesticar a un león.

El atorado director acudió a su pequeño despacho y procedió a realizar las pertinentes llamadas telefónicas. Espinosa sacó su móvil y dio órdenes a sus subordinados en la misma dirección. Una llamada de la Guardia Civil a la sede central agilizaría los trámites. Similar trámite hizo con Caja Castilla La Mancha.

* * *

Aguirre había ido a Tarazona con la intención de hacer un trabajillo lo más exhaustivo posible y no tener que volver nunca más, lo que implicaba regresar a la casa de campo para un nuevo registro.

—No creo que podáis encontrar nada. De verdad, lo hemos registrado hasta el último centímetro —mantuvo Espinosa.

En eso estaba de acuerdo. Pero las circunstancias habían cambiado; Aguirre tenía que jugar con la hipótesis de que quien estaba detrás de todo ese asunto era una célula terrorista. Y los terroristas venían a matar. ¿Dónde estaban las armas? ¿Dónde habían estado? Esas eran las preguntas que pretendían responder, aunque cierto era que nada se había encontrado en ninguno de los registros realizados con anterioridad, ni en los practicados por la Guardia Civil, ni en el que llevaron a cabo los agentes del CNI. Pero Aguirre no buscaba objetos, buscaba indicios.

—El niño les vio dejar un cadáver en el garaje —recordó Aguirre a su amigo.

—Y dijo haberles visto cargar una caja en su coche —precisó Espinosa.

—Armas.

—O droga. ¿Qué otra cosa podría ser?

Los dos llegaron de nuevo a la casa calcinada. Allí se había citado Aguirre con un nuevo equipo de investigadores que llega ion de Madrid en dos furgonetas. Agentes con perros. Quena indicios. No había armas, no había drogas, de acuerdo, pero, ¿las había habido?

Los perros salieron de una de las furgonetas y, acompañados de sus adiestradores, dieron un paseo por los alrededores. No convenía hacerles trabajar después de haber estado dos horas metidos en un vehículo; también los animales tenían derecho a estirar las piernas. Las patas. Aguirre rio ante su propio pensamiento. La expresión era *estirar las piernas*, pero en los animales lo correcto sería *estirar la pata*. Qué paradoja, diciendo lo mismo las dos frases expresaban lo contrario. Aguirre se quedó con *estirar las piernas* también para los animales; al fin y al cabo, los perros son los mejores amigos del hombre y eso les da derecho a dotarse de ciertas cualidades humanas.

La compenetración entre animal y adiestrador exigía que fuese total, una simbiosis completa, la clave del éxito. Si los adiestradores necesitaban dar un paseo para airearse un poco antes de trabajar, eso mismo era lo que requerían los animales. Las necesidades de los perros eran las necesidades de los dueños. Y viceversa. Aguirre les vio pasear y le llamó la atención que agentes talluditos, serios, formales, profesionales, mostraran un lado un tanto infantil, corriendo y atendiendo a los juegos que pedían los animales. Disfrutaban con los perros. En ese momento, Aguirre trató de recordarse viviendo algún momento similar con su familia. Por un instante sonrió al bromear diciéndose que sus mascotas eran su mujer y su hija. Pero acto seguido su rostro se tornó serio. No era capaz de recordar un momento de felicidad al aire libre con su mujer y su hija, de felicidad común, los tres juntos disfrutando a la vez. Él había sido un maldito animal de ciudad sin quererlo. Ni una excursión, ni una escapada, ni unas vacaciones que no fueran las típicas de apartamento en la playa. Era un hombre inteligente que sabía analizar y navegar contracorriente si era necesario. Tenía personalidad. Sin embargo, se había comportado durante años como un imbécil más, como una oveja.

Cuando uno forma una familia, no se sabe por qué extraña razón toda ella se vuelve rutinaria, como si fuera ley de vida perder cualquier personalidad para convertirse en una fotocopia de todas las demás familias. Él nunca había querido ser como el resto; odiaba la chusma, el rebaño de ovejas que repetían los mismos patrones una y otra vez. Contemplando la escena que tenía delante se había dado cuenta de que él era uno más de los que, como otros cientos de miles, escapaban de la capital masificada para ir a descansar en vacaciones a un pueblo del Mediterráneo. Qué incongruencia, pensó: escapas de la muchedumbre para ir a donde iban todos, a un pueblo que en agosto multiplicaba por diez su población. Del atasco al atasco. Por la mañana temprano, de casa al mercado para no hacer demasiada cola en la compra. Del mercado a casa. De casa a la playa a hacerse con un buen sitio. De la playa a casa a comer. De comer a la siesta. De la siesta a seguir descansando. Y luego a cenar. Tu

mujer a tomar el sol durante ocho horas, en silencio. Y tu hija, desaparecida todo el día con sus amigos de verano. A Aguirre le parecía, además de curioso, un poco triste. Pero más lo era darse cuenta de todo esto viendo a unos compañeros de trabajo disfrutar de unas carreras por el campo con unos perros rastreadores de drogas y explosivos. Se sintió patético reconociendo que no podía pedirle nada a su mujer y menos a su hija si él no había mostrado el menor interés por cambiar o mejorar las cosas. Parecía como si, cuando uno forma una familia, ya estuviera todo hecho y solo hubiera que dejarse llevar.

Decidió que pusieran a trabajar su olfato primero los perros especializados en la detección de drogas. Lo hizo porque estaba convencido de que no hallarían nada, pero había que desechar esa hipótesis con hechos cuanto antes. Y eso hicieron los animales, confirmar que allí nadie había dejado ni un gramo de ninguna sustancia estupefaciente. Luego les tocó actuar a los sabuesos olfateadores de explosivos.

Los perros comenzaron a trabajar en el piso de arriba, olisqueando cada rincón. Podría parecer un problema que la casa estuviera calcinada; eso podría confundir a los animales, pero para algo eran los mejores, estaban preparados para trabajar por debajo de varias capas de olores. Ajenos a esta circunstancia, se mostraron tremendamente eficaces, entrando en la casa por turnos, relevándose unos a otros para evitar que se estresaran y así obtener de ellos la mayor eficacia. Primero actuaron en la cocina, que parecía ser la estancia que mejor había soportado el incendio, luego en el salón, y finalmente, en el dormitorio. No dieron señales de encontrar nada en el piso de arriba.

Aguirre no perdió la calma, no tenía esperanzas de hallar nada en el piso superior, pero sí abajo, en el garaje. Era un espacio diáfano, más fácil de rastrear. Los perros se aplicaron en su labor, pero fueron incapaces de dar con ningún rastro de explosivo. Eso contrarió a Aguirre.

—¿Estáis seguros de que no hay rastro de explosivos? —insistió a los hombres.

—No han encontrado nada. Aquí no ha habido explosivos. No en esta casa.

—Está bien. Haced unas pasadas por la finca. Nunca se sabe.

Esa era la última posibilidad que le quedaba: que hubiera podido haber algo escondido en alguna parte de la pequeña parcela. Pero ya a simple vista alguien con experiencia podía darse cuenta, mirando desde el piso de arriba, de que la tierra no había sido removida desde hacía meses por lo menos. La orden de Aguirre no era más que fruto de la impotencia, una manera de ganar un poco de tiempo para pensar. Prefería hacerlo al aire libre y no en un coche de camino a Madrid.

No supo muy bien cómo tomarse la situación. Porque en principio no hallar restos de explosivos era una buena noticia. Pero, entonces, ¿qué habían hecho en esa casa en las últimas cuatro semanas quienes quiera que fueran las personas que habían pasado por allí? ¿Para qué había sido asesinado un hombre? Necesitaba anticipar algunas respuestas y a ello se aplicó. Quizá había algún plan de tipo terrorista en marcha, pero algo pudo haber salido mal y todo se desbarató. Aunque no encontrar explosivos

también podía ser una mala noticia porque quizá esa podía haber sido una casa destinada a recibir terroristas y esconderlos antes de dirigirse a un nuevo destino.

Ni restos de drogas, ni armas, ni explosivos. Ni en la casa del campo, ni en la buhardilla de Madrid.

Sin embargo, en el garaje de la casa se había ocultado algo, si hacían caso de la versión presentada por el niño. Los hombres habían metido una caja en su vehículo. Pero, el chaval no pudo distinguir de qué se trataba, pues el coche estaba colocado con el maletero hacia el interior del garaje. Si no pudo verlo bien, cabía la posibilidad de que solo fuera una percepción equivocada. Pero Raúl, a pesar de su edad, se había revelado como un gran testigo. ¿Qué se habían llevado esos hombres? ¿Una caja con armas? ¿Con explosivos? ¿Eran bolsas de droga? ¿Era simple material de intendencia? A juzgar por los resultados del registro, nada de eso. Quizá estuvieran ante una red clandestina de apoyo a posibles terroristas. O a posibles traficantes. Pero la intuición de Aguirre le hacía desconfiar. No, lo pensó mejor y lo hizo de manera simple. Lo que se presentaba delante de sus narices tenía que ser algo grande. Si alguien mata a un pobre inmigrante y no deja pistas, ¿por qué querría regresar para matar a un niño de doce años? ¿Por qué? Aguirre debía razonar de modo básico: porque había visto demasiado, aunque el chiquillo no fuera consciente de ello, porque la causa era demasiado importante como para dejar algún fleco suelto. Sí, decididamente Aguirre tenía el pálpito de que estaba enfrentándose a algo que no le gustaba nada, algo grande y peligroso. El único camino que podía seguir era el de averiguar la identidad del hombre que había intentado matar a un niño de doce años cuya mayor afición era jugar de portero los domingos por la mañana.

* * *

No hubo ningún problema para intervenir las cintas de vídeo de las dos sucursales bancadas. Enseguida ese material fue puesto a disposición del CNI. Y, al momento, Mónica Somoza entregó las cintas a la Subdirección Técnica, cuyos expertos comenzaron a trabajar.

Apenas tomó tiempo localizar las imágenes. Sabían el día y sabían la hora aproximada; eso no era un problema. Y, dentro de lo malo, hubo suerte. La ubicación de las cámaras no era la ideal, ni siquiera medianamente apropiada para lo que se perseguía, pero la fortuna echó una mano. El miedo había hecho que el niño, en una búsqueda inconsciente de protección, escapara arrimado a la pared de las casas, como si ir pegado a las fachadas y alejado de la calle pudiera ayudarlo en su huida. Eso hizo que los dos, víctima y agresor, entraran en el campo de acción de las cámaras de seguridad de las sucursales bancarias. En la primera, solo de perfil, como una exhalación. En la siguiente, apenas dos segundos, unos pocos fotogramas, la mayoría inútiles, demasiado picados, demasiada luz detrás. Pero en cualquier caso un tesoro porque ahí estaba el hombre sin identificar: pantalón oscuro, polo y cazadora. En

verano con cazadora. Era árabe, el calor parecía no afectarle y menos el de España en septiembre. Para él, entretiempos.

Los especialistas se pusieron manos a la obra para aislar los mejores fotogramas de la cara del individuo. No iba a ser un trabajo fácil. Pose, escala, expresión, componentes estructurales, oclusión, orientación, condiciones de la imagen... De entrada, los dos problemas principales a los que se enfrentarían los técnicos serían la iluminación y la posición del objetivo en el encuadre. El contraluz provocaba una distorsión en los colores, de manera que la iluminación afectaba directamente a la percepción del rostro que tendrían que analizar. A eso no ayudaba la posición del individuo, que aparecía en un plano casi cenital que deformaba el rostro y limitaba la identificación. *Recomposición parcial.*

Aguirre era un tipo listo pero no un experto. Se pudo imaginar a los técnicos exprimiendo al máximo sus conocimientos y sacando todo el provecho posible a los últimos adelantos tecnológicos de los que disponían. Pero no les envidiaba, era un trabajo de ratas de laboratorio. Sabía que había varios métodos, pero no tenía ni idea de cómo se las compondrían sus compañeros. Había oído hablar de las aproximaciones de rasgos invariantes, en las que los algoritmos buscan rasgos de un rostro a pesar de esos problemas de luz y posicionamiento. También había oído hablar de la comparación de modelos, de los algoritmos que captan variaciones en los rostros, de la distancia de Hausdorff, incluso de los modelos ocultos de Markov. Había oído, pero no tenía ni idea. Él sabía lo que tenía que saber, cada vez más, según las necesidades de la casa, que no escatimaba en formación. Pero siempre había límites y esos los marcaba la súperespecialización.

Los técnicos se afanaron sobre las pantallas de los ordenadores marcando vectores, formando matrices, despejando ecuaciones, creando eigenfaces. Era una labor delicada, pero con grandes posibilidades de éxito. Atrás quedaban esos mismos trabajos realizados con imágenes en dos dimensiones; aquello sí que había sido meritorio, qué tiempos. Pero ahora sus recursos iban muy por delante de la propia tecnología conocida, la de uso civil. Mientras universidades y empresas se felicitaban por poder crear *softwares* capaces de identificar rostros a partir de imágenes digitales con una eficacia superior al noventa por ciento, en el centro hacía tiempo que disponían de tecnología de mayor nivel. Cuando se quedara obsoleta, la pondrían a disposición del resto de los mortales. Ellos, y la mayoría de los Servicios Secretos, trabajaban desde hacía tiempo con sistemas que escaneaban los fotogramas bidimensionales y, a partir de ahí, conseguían hacer un mapa del rostro en tres dimensiones. Eso fue lo que hicieron en los laboratorios del CNI. Gracias al sistema empleado, consiguieron reconfigurar las distancias de los puntos del rostro y fueron capaces de crear una nueva imagen tridimensional. De esta manera multiplicaron la capacidad de comparación de las estructuras faciales y evitaron la distorsión que producían las imágenes anteriores. Matemática pura. Cuestión de tiempo. Así que cada uno a lo suyo.

Aguirre aprovechó la tarde del sábado para intentar pasar el mayor tiempo posible con su familia. Pero en eso quedó todo, en un intento. Miguel no quiso molestar a su mujer. Eva agradeció la presencia de su marido en casa, pero no hizo nada más; se sintió cómoda teniéndolo cerca y dio por hecho que podía trabajar, que podía avanzar para completar su proyecto y disponer de esa ansiada semana de vacaciones. A ella le bastaba con que su marido estuviera allí, pensaba que era lo normal, lo elemental; creía que así lo sentían la mayoría de las mujeres, que eso también era una manifestación de la estabilidad de una pareja. Simplemente estar, tenerlos cerca, al lado. Paradójico. Aguirre sabía que esa actitud llenaba a muchas personas, pero no era exclusiva del género femenino. Según él, tenía que ver más bien con el aprendizaje de modelos. Eva se había criado en una familia en la que su padre era el que traía el pan a casa, y en grandes cantidades por cierto, puesto que se había dedicado toda su vida al negocio de la construcción. Pero su madre era y seguía siendo una ama de casa que había transmitido a sus hijos, sin querer, que el amor tiene que ver con la dependencia física, que el amor es una manifestación presencial. Y así lo había absorbido Eva sin cuestionarse la validez del modelo, a pesar de disponer de un cerebro privilegiado. Pero los sentimientos en muchas ocasiones se desconectan del cerebro y esa debilidad Aguirre se la perdonaba a su mujer.

Su hija también se hallaba en casa, así que decidió que no estaría de más un pequeño acercamiento. Cuando fue a llamar a la puerta de su habitación, esta se abrió de repente. Su hija salía en ese momento.

—¡Joder, qué susto! —fue la bienvenida que le dispensó Marta.

Acto seguido, continuó su camino hacia el cuarto de baño.

—Me gustaría hablar contigo —dijo él.

—No tengo tiempo.

—¿No tienes tiempo?

—¿Qué pasa, te extraña? Es una de tus frases favoritas, tú me la dices mucho —le soltó su hija.

De acuerdo, Aguirre casi había olvidado que estaba delante de una adolescente problemática. El mundo contra ella. Es decir, su padre contra ella. Él la siguió hasta la puerta del baño.

—Pues ahora sí tengo tiempo —insistió él.

—Ya, pues yo no. En serio, he quedado.

Ella se detuvo y puso cara de extrañeza. Pareció caer en la cuenta.

—Ah, claro, me vas a castigar.

—No, ¿por qué?

Nuevo silencio para pensar.

—Pensaba que estabas esperando la ocasión... Por lo del instituto.

—No. La gente comete errores. Tú verás lo que quieres para tu vida —le dijo su padre.

—Yo controlo, no me va a pasar nada.

Marta terminó de arreglarse mientras hablaba con su padre. Por lo menos dejó la puerta del cuarto de baño abierta.

—Eso tú no lo sabes —replicó el padre.

—¿Y tú sí?

—Yo sí, por supuesto.

—Vale, no pienso fumar más. ¿Así estás más tranquilo?

El estilo macarra no le gustó nada a Aguirre. Los adolescentes pueden retar a sus padres, pero tratarlos como si fueran estúpidos, no.

—Cuando te pones idiota no hay quien te aguante —contestó él—. Solo quiero que no te pase nada, ¿es que no lo entiendes? ¿Es que no puedes ver que no estamos aquí para fastidiarte? ¿Qué te costaría un poco de...?

—¡Yo no he hecho nada! ¿Qué culpa tengo yo de que me tengas manía? Con mamá es mejor; por lo menos no me da el coñazo. Tú solo apareces para echarme en cara cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas.

—Dime alguna.

—¡Yo qué sé...! ¡Cosas! No voy a ponerme a pensar ahora, tengo prisa.

Aguirre la dejó ir a la habitación. Pero volvió a la carga.

—Es más fácil aprender si te ayudan los demás. Se avanza más deprisa, no lo olvides. Los amigos cambian, no te deben nada. Tus padres están ahí siempre.

—Vale, lo tendré en cuenta.

Marta recibió una llamada perdida en su móvil. Recogió el teléfono de la cama y miró la pantallita.

—Haz lo que consideres oportuno. No creo que te hayamos quitado de muchas cosas. Vamos, digo yo.

—No es eso —contestó ella mientras guardaba el móvil en su pequeño bolso de tela.

—Está bien —Aguirre zanjó el tema.

La niña estaba lista para salir de casa. A diferencia de otras ocasiones, vestía más coqueta.

—¿Con quién has quedado?

—Con mis amigas.

Mentira. Pero era la típica mentira que jamás se le podría reprochar a un hijo.

—Tus profesores creen que eres inteligente y creativa. Se han herniado si han tenido que pensar mucho para llegar a esa conclusión.

Esas palabras descolocaron a Marta. Su padre la estaba valorando, aunque fuera aprovechando una cita de otros. No supo qué decir. Se hizo la loca, pero su padre lo

notó.

—Bueno, me voy.

—Hija, no seas tonta, aprovecha tus cualidades.

—Vale. Adiós.

Ella le dio un beso. Le salió sin querer. Era un beso sin connotaciones amorosas, pero le salió sin querer y eso hacía tiempo que no ocurría.

—Y cuida ese carácter —sentenció él mientras la veía avanzar por el pasillo.

Marta fue junto a su madre y se despidió de ella. Luego salió de casa. Aguirre se dio unos segundos y se acercó a la ventana. Abajo, en la acera había un pipiolo apoyado en una motocicleta. El gesto de repugnancia de Aguirre fue notorio. Pelo largo con un estúpido flequillo, pantalón medio caído, casco colgando de un brazo, cigarro entre los dedos. Un quiero y no puedo, según Aguirre, un memo de los que se comen el mundo pero no tienen ni media leche. Así había sido siempre. Cambian las modas, pero así había sido siempre. Aguirre no supo si el gesto de repugnancia había sido por el aspecto del chaval o porque en el fondo se reconoció en ese inocente mamarracho. Marta salió del portal; los dos chavales se dijeron unas palabras, no se besaron. Él tiró el cigarro con un gesto ensayado, ella se subió a la moto y se fueron. Sin ponerse el casco.

Un poco más tarde, Aguirre marcó el móvil de su hija una y otra vez. Sabía que al principio no le respondería, que pasaría de él. Pero también sabía que ella se cansaría de oír sonar su móvil antes que él de marcar. Así que, finalmente, un par de horas más tarde, ella descolgó para oír las palabras de su padre.

—Ponte el puto casco.

Punto.

Aguirre se echó en el sofá. ¿Debía ser más condescendiente con su hija? ¿O acaso más firme? Por supuesto que se cuestionó si lo hacía bien o mal, pero su orgullo le impedía responder a esa pregunta. Nunca le había levantado la mano a su hija, aunque ocasiones y motivos no le habían faltado. Pero no le gustaba la violencia. Sabía de sobra lo que era eso, lo había vivido, lo había visto. Era curioso que un hombre acostumbrado al combate rehuyera de él. Sabía compartimentar. Recordó sus tiempos en la UEI, la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil, y su participación en alguna acción para detener comandos de ETA. Recordaba las detenciones y recordaba también haber acudido a interrogatorios donde miembros del cuerpo, que no de su unidad, habían utilizado métodos poco ortodoxos para sacar confesiones a miembros de comandos terroristas en el País Vasco. Y no le gustó. Quizá de ahí le venía esa aversión a levantar la mano a nadie. Su arma era su inteligencia. Por suerte, aquellos métodos que reprobaba duraron poco tiempo. No tanto porque escaparan a la ética profesional, que también, sino porque poco a poco se hicieron innecesarios. Se lo comentó un teniente del cuerpo que vivía el día a día de la lucha contraterrorista. Le había anticipado hacía unos años que el fin de ETA se acercaba porque los etarras ya no daban trabajo. En cambio, los de antes, los de los

años ochenta, aquellos sí que eran huesos duros de roer. En aquella época maltratar a los detenidos se hacía necesario en ocasiones para sacar información. No confesaban con facilidad; había que aplicarse y eso casi les hacía merecedores de un respeto. Pero los tiempos cambiaron y poco a poco fue desapareciendo ese tipo de militante. Pasaron a ser, además de muy jóvenes, inexpertos, y sobre todo muy cobardes. No hacía falta darles ni una simple bofetada, alguno se orinaba cuando lo detenían, más de uno gimoteaba y todos confesaban cuando se les preguntaba. Contaban más de lo que se les pedía. Pero todo eso ya pertenecía al pasado, lo uno y lo otro.

No, a Aguirre no le gustaba el uso de la fuerza si no era en situaciones de igualdad. En combate. Por eso nunca se le había ocurrido dar ni un simple azote en el culo a su hija. Ahora se preguntaba si había hecho bien. Tenía amigos bastante más estrictos que él en la educación de sus hijos y debía reconocer que no les había ido mal. Aguirre se frotó los ojos; no tenía sentido darle vueltas a ese tema, el fallo había sido el contacto con su hija, sabía que todo había sido culpa de él desde aquel fatídico mes de noviembre del año 2003. El recuerdo no le gustó, así que supo aislar este asunto y se abandonó a cuestiones más banales, como jugar con el mando a distancia del televisor y poner a parir la programación de una televisión que casi nunca veía. Fue un ejercicio que disfrutó en voz alta. Se desahogó a gusto porque todo le sonaba a chino.

* * *

Era cuestión de tiempo. Los hombres sentados delante de ordenadores con *software* de ultimísima generación agotaron todo el *stock* mundial de algoritmos virtuales y por fin se levantaron de sus sillas con la clara imagen tridimensional de un hombre de unos cuarenta años, moreno. Ahora había que cotejar ese retrato y conseguir una identificación. No les correspondía técnicamente a ellos, pero daba igual, lo habían conseguido; el resto era casi un mero trámite.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Identificación positiva. Tenían al hombre.

Mónica comunicó a Aguirre la buena noticia. Le sobraron minutos para ir a su encuentro. ¿Quién demonios era el individuo?

—Se llama Atiq Zariâb. Es afgano —dijo ella.

—No le conozco.

—No tienes por qué conocer a todo el mundo —contestó la mujer con ironía.

—¿Afgano?

—De Afganistán —volvió a bromear ella—. De nacimiento. Libanés de adopción. Tenemos ya un informe. Es un tipo extraño.

—¿Terrorista? ¿Narco?

—Extremista, radical propalestino. Te he dicho que tenemos un informe sobre él, aunque no es mucho —explicó ella.

—¿Por qué un tipo extraño?

—No puedes esperar, ¿eh? —dijo ella, y tras una pausa continuó—. Porque es un caso curioso. Ha estado metido en un montón de fregados, tiene mucha experiencia, pero no sabríamos dónde ubicarlo.

—Al Qaeda.

—También, por qué no.

«*También, por qué no*». Era una frase llena de sentido. ¿Cómo adjudicar miembros a Al Qaeda? ¿Qué era realmente Al Qaeda? Quedaba aparente para los medios de comunicación, para la opinión pública, dotar de cualidades físicas a una organización terrorista. Pero Al Qaeda no era el caso, pues era lo más parecido a una empresa fantasma, a un ente inmaterial. En realidad era más bien un concepto, solo que demasiada gente lo abrazaba. Cualquiera podría ser parte de Al Qaeda.

—Un activo terrorista. No ha parado en los últimos veinte años, aparece y desaparece, siempre vinculado a distintas facciones. Todo difuso —explicó Mónica.

—¿Un mercenario?

—No lo sé.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Todavía no lo hemos decidido. Solo lo he comentado contigo —concluyó Mónica.

Aguirre tuvo acceso al informe que Inteligencia Exterior había facilitado. No era mucho, pero suficiente para darse cuenta de que el tal Zariâb no era un angelito. Como encargado de las pesquisas que habían llevado a su identificación y como subdirector de los grupos de operaciones —la dirección técnica de Apoyo—, Aguirre pudo asistir a la reunión convocada.

El asunto debía ser importante porque desde que todo había empezado, cada reunión donde se trataba este problema iba creciendo en número de asistentes. Allí repetían el director del centro, Luis Balmaseda, la directora técnica de Inteligencia, Mónica Somoza, el director técnico de Apoyo, García Verdasco, y el propio Aguirre, segundo de esa misma división. Pero en esta ocasión se sumaba por segunda vez el subdirector de Inteligencia Exterior, Ezequiel Garrido y al grupo se integraba el subdirector de Contraterrorismo, Samuel Viguera.

Y no estaban todos los que eran. Porque la Dirección Técnica de Inteligencia, al mando de la cual estaba Mónica Somoza, contaba con cuatro subdirecciones: las ya mencionadas de Inteligencia Exterior y de Contraterrorismo y dos más, la Subdirección de Contrainteligencia y la Subdirección Técnica.

La Subdirección de Inteligencia Exterior se encargaba de obtener información en el extranjero y le correspondía además evaluar dicha información con el fin de prevenir cualquier tipo de amenaza exterior. Por lo general se ocupaba de amenazas contra la integridad territorial de España, pero en este caso, y dado que habían compilado toda la información sobre el hombre identificado, Mónica hizo que Ezequiel Garrido estuviera presente en la reunión para exponer la información personalmente.

Por su parte, la Subdirección de Contraterrorismo tenía una misión muy clara: «prevenir, detectar y posibilitar la neutralización» —así se disponía en la ley 11/2002— de personas o grupos que amenacen o atenten contra la seguridad del Estado español. Mónica, anticipándose a cualquier posible plan, había querido que Samuel Viguera estuviera también presente, por si acaso este asunto no terminaba ahí.

Pero la Subdirección de Contrainteligencia no tenía por qué estar representada. Este brazo de la Inteligencia se ocupaba de vigilar a los servicios de Inteligencia extranjeros en territorio español, de manera que, descartada en principio la posibilidad de que todo aquello fuera obra de algún Servicio Secreto, no era necesaria su presencia.

Y lo mismo ocurría con la Subdirección Técnica, más ocupados en cuestiones de base técnica y carácter estratégico.

—¿Ante qué estamos? —preguntó Balmaseda.

El subdirector de Inteligencia Exterior tomó la palabra después de recibir una mirada de aprobación por parte de Mónica. Él era el responsable del informe, realizado tras reunir la información que tenían en el centro y cotejarla con la que pusieron a su disposición los servicios de otros países.

—Se llama Atiq Zariâb. Es afgano de nacimiento...

El subdirector repitió aquello que Mónica le había contado a Aguirre y que además él acababa de leer. Mientras, Aguirre pensaba, imaginaba. ¿Qué hacía un extremista, un mercenario, un terrorista, en España? Que fuera una persona difícil de ubicar en cualquier esquema terrorista lo convertía a sus ojos en un tipo muy peligroso. No le gustaba la gente que iba por libre, que no tenía patronos.

—De acuerdo. Pero, repito, ¿eso a dónde nos lleva? —insistió Balmaseda.

—Podría estar montando la infraestructura necesaria para crear un grupo terrorista, o captando hombres para llevárselos a Irak o Afganistán —respondió Ezequiel Garrido.

—Para eso no vendría a España un hombre como él —aseguró Aguirre.

Ese tipo de aseveraciones un tanto arrogantes disgustaban a Balmaseda. Pero no a quien conocía bien a Aguirre, un hombre que no tenía miedo a expresarse. Solo estaba trabajando; los modales los dejaba para las bodas, los bautizos y las comuniones.

—No tenemos constancia de que últimamente haya estado detrás de ninguna acción terrorista —matizó el subdirector de Contraterrorismo—. Por supuesto, eso no debe tranquilizarnos.

—Si es que todavía está aquí —Balmaseda se hizo oír de nuevo—. ¿No cabría la posibilidad de que su presencia en España hubiese sido debida a un ajuste de cuentas? Matar a esos dos marroquíes.

Nadie le supo contestar. O nadie quiso hacerlo. Ni Aguirre, que no dijo nada, aunque sí pensó algo. «¿Zariâb en persona se va a otro país a ajustar cuentas con dos pobres desgraciados?». Mónica le hizo ver al director que eso era poco probable.

—Analicemos los datos que tenemos —solicitó el director.

Balmaseda parecía tener prisa. Posiblemente tuviera algún acto oficial en las próximas horas y su cabeza estuviera más pendiente de esa cita que de la reunión en la que se encontraba en ese momento. Al fin y al cabo, todos los días despachaba con los responsables de área. Para él, esta era una más. Él mismo continuó hablando.

—No hemos encontrado armas, no hemos encontrado explosivos, solo dos cadáveres de gente sin antecedentes. No es un terrorista al uso adscrito claramente a un grupo determinado, sino un hombre que va y viene. Un mercenario, según se ha apuntado aquí. ¿Y qué es un mercenario? Un hombre que se mueve por dinero. Es afgano, ¿no podría estar metido en el tráfico de heroína?

—En estos momentos cualquier teoría podría ser válida —reconoció Garrido.

—Pero no hemos encontrado droga —replicó Mónica.

—No hemos encontrado nada —lo apoyó Aguirre.

—Está acreditado como terrorista —aclaró Viguera.

—Drogas para financiar actos terroristas —volvió a proponer Garrido.

—En definitiva, es sospechoso de haber asesinado o inducido al asesinato de dos hombres. ¿Detenerlo es tarea de esta casa? —preguntó Balmaseda, mostrando tener prisa.

—Quizá sea precipitado poner esto en manos de la Policía —acertó a decir Mónica—. Todavía no hemos evaluado en profundidad la información de la que disponemos.

—En muchas ocasiones os he oído decir que hay que pensar de manera simple. Pues siguiendo ese criterio, este es el pensamiento simple: este hombre ha matado a dos personas, o de forma planificada o por complicaciones de última hora. En el primer caso, misión cumplida. En el segundo, misión fallida, y encima ha quedado expuesto. Es lógico pensar que, en los dos casos, la opción final sea regresar por donde ha venido.

Cuando quería, Balmaseda sabía razonar. Demasiado apegado al papel, pero razonaba. Aguirre le escuchó sin decir nada. Era correcto lo que decía el director, pero de tan correcto sonaba superficial. «*Los árboles no te dejan ver el bosque*», pensó. Mónica le miró, pero no dijo nada. Este silencio lo interpretó Balmaseda como una desaprobación.

—¿Qué propones? —preguntó entonces.

—Apuntalar lo que tenemos. Hasta ahora lo hemos hecho bien, solo falta seguir un poco más, tratar de dar con él y despejar la duda de qué hace o hacía en España. Verificar su presencia.

—¿Y si ya no está?

—Recolectar cualquier indicio en ese sentido y ponerlo en conocimiento de otros servicios. Con este tipo de gente nunca se sabe. De acuerdo con que de momento no hay nada, y mejor así, pero... nuestro trabajo consiste en controlar y prevenir.

A Balmaseda no le parecía ni bien ni mal. Pero tampoco quería contradecir a la directora de Inteligencia delante de sus subdirectores, gente posicionada de su lado. Por otra parte, estos días con Aguirre alejado le habían sentado bien, así que ¿por qué no seguir manteniéndole ocupado?

—De acuerdo. Veamos a ver dónde nos lleva esto —permitió Balmaseda.

«*Veamos a ver*». A Aguirre le hizo gracia la incorrección. «*Veamos a ver*». ¿Era de verdad una incorrección gramatical? Y qué más daba, era un jefe que no le caía bien. Pensó por un momento que era por el hecho de ser civil y, aunque en realidad no se trataba de eso, acertó en parte. Había tenido mandos militares que no soportaba, pero también subordinados, así que no era una cuestión de estamentos. Nunca había entendido que gente sin experiencia ocupara cargos de tanta responsabilidad. Balmaseda había estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores y luego había sido portavoz de su grupo en el Congreso. Era un hombre de confianza del ministro de Defensa; por ese motivo pasó a ocupar el puesto que desempeñaba ahora. Aguirre decidió que no solo le caía mal Balmaseda, sino también el ministro de Defensa por designarlo y el presidente del Gobierno por permitirlo. Casi se le escapa una carcajada; era el día de poner cruces a todo el mundo.

Terminada la sesión, cada uno de los asistentes se dirigió a sus ocupaciones. Inteligencia Exterior procedió a recabar información sobre Zariâb y sus actividades pasadas para intentar dilucidar el motivo de su visita a España. Contraterrorismo abrió las orejas y puso en guardia a sus recursos humanos para encontrar a Zariâb, en el caso de que estuviera todavía en España.

Mónica se llevó a Aguirre por el pasillo.

—Has estado en silencio.

—Escuchando —se defendió él.

—Claro. Vale, ahora cuéntame lo que opinas.

—¿Voy a seguir con esto?

—Sí, ¿por qué no?

—Creo lo contrario a lo que piensa Balmaseda —dijo Aguirre.

—Así que debemos preocuparnos.

—Que haya por aquí un terrorista que nunca pisa este país me preocupa. Nadie se expone de esa manera.

—¿Crees que se trata de armas? —preguntó ella.

—Si fuera tráfico de armas, no me encaja que él se desplazara hasta aquí. Conozco bien cómo actúan los jefes de comandos terroristas. Él es un pez gordo.

—Si no hay armas... —recordó ella.

—Yo no he dicho que no las haya. Pongámonos en lo básico, un comando terrorista que viene a España. Supongamos que a preparar un atentado, aquí o utilizando España como base para saltar a un país de la Unión Europea...

—España como puerto de entrada —entendió ella.

—Supongamos. El hecho casi irrefutable es que nadie de su categoría viene a pegar tiros a Europa. En cambio, sí merece la pena correr un riesgo por algo grande.

—Pero no has encontrado explosivos.

—No los hemos visto —precisó Aguirre—. Eso no quiere decir que no los haya.

—Otro hecho: dos de sus hombres son asesinados por él mismo, hombres que no tienen antecedentes.

—Conjetura: no son importantes.

—¿Meros correos? —apuntó ella.

—Un buen punto de partida.

—Gente que no es necesaria, gente que sobra.

—Gente que es mejor que esté muerta, así no podrán hablar bajo ninguna circunstancia —apuntilló Aguirre.

—Me gusta la teoría.

—Hay que ponerse en lo peor, cuesta el mismo esfuerzo que lo contrario. Ese Zariâb no está por estas latitudes haciendo turismo.

—Coincido contigo, pero, ¿qué estaba haciendo aquí? —preguntó ella.

—Conjetura básica: preparar lo que sabe hacer —respondió él.

—Algún tipo de atentado —continuó Mónica—. La mejor manera, con explosivos. Pero nadie puede llegar de repente con todo lo necesario para cometer una acción semejante. Lo hubiéramos sabido...

—¿Y si todo lo han preparado aquí...? Quiero decir, ¿y si han conseguido ese material en España... o pretenden conseguirlo aquí? Recuerda el 11-M —aventuró él.

Aguirre pensó en la dinamita sustraída de una mina en aquella ocasión pero no dijo nada. Mónica, sí.

—No es la hipótesis del jefe, pero al cuerno, esto lo llevo yo. Miguel, vamos a darle pruebas más sólidas. Busca ese maldito explosivo, tiene que estar en alguna parte.

—Sí, jefa.

—Encuentra ese explosivo o encuentra a Zariâb.

Estaban a punto de perderse de vista cuando ella realizó una última puntualización.

—Me informas a mí, no a Balmaseda.

* * *

5 SEMANAS PARA LA CATÁSTROFE

Atiq Zariâb tuvo la mala suerte de nacer en Afganistán en 1972 y la desgracia de hacerlo en la provincia de Herat. El país estaba viviendo en esos años un período de expectación gracias al rey Mohammed Zahir Shah, quien ocho años antes había depuesto de su cargo al primer ministro Daud para asumir él mismo el gobierno. Sorprendentemente para un país de la zona, el monarca promulgó una constitución que convertía a Afganistán en una democracia parlamentaria y reconocía derechos como el de la igualdad entre hombres y mujeres, con todo lo que eso traía aparejado: derecho al voto, al trabajo y a la educación... Incluso abolió la norma que las obligaba a ellas a cubrirse por completo en público. Eran los años sesenta y Afganistán parecía caminar hacia el futuro en línea recta, lo cual suponía un gran mérito teniendo en cuenta que lo hacía desde el medio de ninguna parte, desde un enclave geográfico poco propicio: una zona formada por países que, de una manera u otra, siempre estaban metidos en conflictos. Quizá por eso el cuento no tuvo un final feliz.

Los milagros no existen. El ex primer ministro Mohammed Daud había permanecido mientras tanto agazapado como una alimaña a la espera del mejor momento para cobrarse su presa y dar al traste con el sueño afgano, algo que ocurrió cuando Atiq Zariâb solo tenía un año de edad. En 1973, aprovechando que el rey estaba fuera del país, Daud dio un golpe de Estado con ayuda de la Unión Soviética y se hizo de nuevo con el poder. El mal ya estaba hecho. La política que desarrolló a continuación fue un fracaso y el propio Daud, populista y autoritario, escapó de la sombra de la URSS fundando un nuevo partido político y buscando el acercamiento a otras naciones árabes, algo que no pareció gustarle a la todopoderosa Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Y ocurrió lo que todos los libros de Historia relatan: el 27 de abril de 1978 se produjo otro golpe auspiciado de nuevo por la Unión Soviética. Las reacciones en contra fueron extremas, la situación del país se tornó cada vez más ingobernable y, finalmente, un año más tarde, los tanques soviéticos iniciaron la invasión de Afganistán. Comenzaba la guerra, la tristemente famosa guerra de Afganistán, la primera. Atiq Zariâb solo tenía siete años y quiso el destino situarlo en una provincia que se convirtió en uno de los primeros frentes de batalla, en una de las zonas más castigadas por el conflicto durante sus inicios. Buena fe podrían dar de ello su padre y su madre si no hubiera sido porque los dos murieron en una ofensiva del vecino comunista del norte.

Fue su tío Kamâl quien se hizo cargo de él. El hombre, avisado y emprendedor, había conseguido hacerse un hueco como comerciante en la capital de la provincia, pero, con la invasión, las perspectivas no parecían las mejores y ni era un patriota, ni

era un iluso. Así que, previendo que en su país no había futuro y, si lo había, estaba muy lejos, optó por hacer lo más inteligente. Él mismo y su sobrino formaron parte del millón y medio de personas que solo en los dos primeros años de la guerra huyeron hacia Irán en busca de una vida mejor. Casi otros tres millones lo hicieron hacia el este, hacia Pakistán.

Pero el destino, implacable y dictador, parecía haber decidido que la guerra, la violencia y el mal habrían de grabarse en la piel de Zariâb para siempre y allá adonde fuera. Porque escapando de una guerra se encontraron con otra. La revolución iraní liderada por el Ayatolá Jomeini había derrocado al Sha de Persia frenando la trayectoria prooccidental del país y sumiendo a Irán en una etapa de marcado carácter islamista. Irak, su país vecino, con quien no mantenía buenas relaciones, vio en el caos provocado por la revolución de los ayatolas una oportunidad para recuperar territorios que eran objeto de disputa ancestral y, confiando en su superioridad, invadió Irán en septiembre de 1980, dando comienzo a una devastadora guerra entre los dos países.

El emprendedor Kamäl entendió que dedicándose al comercio poco tenía que hacer en un país que empezaba a empobrecerse y, con la misma determinación con la que había atravesado la frontera de Afganistán, decidió continuar su camino en busca de algún trocito de tierra prometida. Escapó de la guerra yendo hacia el norte y consiguió pasar a Turquía, desde donde se dirigió a Siria. Este podría haber sido un buen final de trayecto, pero dos años después de rehacer su vida, una libanesa se cruzó en su camino y, animado por la idea de establecerse en su país, el que un día fuera conocido como la Suiza de Oriente Próximo, empacó sus cosas y junto a su sobrino y la que sería su nueva esposa realizó la última etapa de su particular peregrinaje.

Fiel a lo que el destino había predispuesto para Atiq Zariâb, no llegaron a un país tranquilo. En 1982, Israel invadió el sur del Líbano, pero el emigrante afgano, su esposa y su sobrino ya no se moverían de ahí, para bien o para mal.

Kamäl prosperó, con esfuerzo y ambición, dedicando muchas horas a su negocio de telas hasta convertirse en un respetado comerciante. Y Atiq creció entre la falta de atención de su tío y un cierto desinterés por parte de su esposa. De niño pasó a adolescente y lo que aprendió lo hizo en la calle. Aprendió que había invasores y que eran malos, aprendió a odiar a Israel y a todos sus aliados, aprendió a amar la causa palestina. Aprendió lo que no debía y se dio cuenta de que estaba inmunizado contra la violencia porque la llevaba dentro. Pronto empezó a tener contacto con grupos poco recomendables. Con dieciséis años ya no había marcha atrás y con veinte ya era un ser independizado de su tío, quien nunca más volvió a saber de él. Se había convertido en un terrorista y comenzaba su peregrinaje como luchador de no se sabía muy bien qué. En su adolescencia, la OLP colmaba todas las aspiraciones de Zariâb, pero la renuncia a los actos de terrorismo de esta organización y la firma en 1993 de los Acuerdos de Oslo, que daban por finalizada la guerra con Israel, le hicieron sentir

una gran decepción, lo que provocó la radicalización de sus planteamientos y su integración en otros grupos, como la Yihad islámica. Su presencia en Egipto coincidió con una etapa de especial actividad terrorista lanzada por el nuevo responsable de esa organización, Ayman al-Zawahirí. Atiq Zariâb fue uno de sus mejores activos. Para entonces, el Mossad ya le tenía identificado. Pero no pudo dar con él. De ahí a conectar con Al Qaeda fue un simple paso natural, porque el grupo al que pertenecía acabó fundiéndose en el poderoso ente terrorista y Zariâb se esfumó de la faz de la Tierra, apareciendo y desapareciendo, ganándose el respeto de las células terroristas vinculadas a Al Qaeda pero actuando al mismo tiempo con autonomía. Tan autónomo que, sin perder el contacto con otros líderes del terror integrista, hacía tiempo que tenía sus propios planes. Esos planes, con el paso de los años, lo habían llevado a España.

* * *

Miguel Aguirre estaba aplicado a la labor de investigar minuciosamente cada gramo de explosivo que hubiera en España. Sabía que en los últimos meses, años, no había habido ningún robo notable de explosivos. Todo lo más recordaba que eso solo había ocurrido en Francia hacía varios años y la autoría la había reivindicado ETA, lo cual dejaba fuera a los grupos islamistas: si la organización terrorista vasca hubiera traficado con ese material, los servicios de Inteligencia lo habrían sabido. No, él buscaba un robo sin golpe de efecto, un robo discreto, una sustracción. Empezó por orden, poniendo en marcha una labor de doble sentido, investigando a la vez el origen y el destino de los cargamentos de explosivos para poder cruzar la información. Todo el explosivo que se producía en España, fuera cual fuera su destino, militar o civil, salía de una sola empresa, Unión Española de Explosivos, lo que limitaba la búsqueda; por lo menos, facilitaba el control del material en origen. Los analistas del CNI revisaron cada nota, cada factura, cada albarán, cada fichero, para saber cuánto, dónde, cuándo. Bajo la apariencia de una revisión del Ministerio de Industria, Miguel Aguirre hizo comprobar qué compañías habían adquirido explosivos y en qué cantidad en los últimos tres años. Pronto supieron cuánto había salido de las factorías de UEE para su utilización minera. A continuación había que saber el uso que se le había dado en destino, cuánta dinamita se había utilizado y cuándo, además de cuánta quedaba almacenada y en qué condiciones.

No dejó una explotación minera sin escudriñar. Pero toda la documentación estaba en regla. Desde el atentado de Madrid del once de marzo de 2004, los controles se habían implementado y no era fácil hacerse con material explosivo. Pero hasta entonces la vigilancia de los depósitos no era exhaustiva y pequeñas cantidades salían de los almacenes sin ser vistas. En la mayoría de las ocasiones, los autores de los robos eran los propios mineros para supuestos usos particulares. Poco a poco, el tráfico de dinamita se convirtió en un buen negocio y hubo quien se dedicó a sustraer cantidades importantes para vender a mafias y bandas de ladrones. Y pasó lo que

pasó. Un día de febrero de 2004 alguien se llevó de golpe casi trescientos kilogramos de explosivo del polvorín de una mina en Asturias. A partir de entonces, los controles y las normas para el uso, manipulación y vigilancia de explosivos en las minas cambiaron y mejoraron. Pero cabía la posibilidad de que alguien hubiera robado el material suficiente para cometer un atentado. Cabía esa posibilidad, aunque Aguirre no creía que fuera a llevarse una sorpresa. Dudaba de que, de repente, pudieran faltar de un polvorín más de cien kilos de explosivos. No lo veía muy factible, pero él necesitaba hechos.

Desde la Dirección General de la Guardia Civil se dio orden de realizar inspecciones por sorpresa en todas las empresas mineras de España, con la excusa de supuestos controles aleatorios propiciados por el Ministerio de Industria. Como siempre, más de algún empresario pensó que se trataba de controles de mala fe para tratar de encontrar alguna infracción administrativa con la que poder abrir un expediente que terminaría en una sanción económica, lo cual conectaba con el afán recaudatorio del Estado que, en tiempos de dificultades, buscaba cualquier excusa para sacar dinero de cualquier parte. Tenía sentido.

Todo fue bien hasta que las primeras sospechas se canalizaron hacia Aguirre. Anomalías. Sin embargo, la llamada no procedía de Asturias, la principal zona minera del país donde Aguirre, por un momento, pensó que podría encontrar algo. La alarma había saltado un poco más al sur. Algo de importancia podría estar ocurriendo en la provincia de León, en particular en la zona del Bierzo. Aguirre no perdió un minuto y se plantó diligente en Ponferrada, la capital de la comarca.

Había pasado por esa ciudad en muchas ocasiones, aunque nunca se había detenido. En la etapa en la que su padre servía en A Coruña, cada viaje que hacían a Palencia, la tierra paterna, obligaba a pasar por Ponferrada. Recordaba con nitidez aquel período de su vida, tanto los viajes como los paisajes que divisaba desde la ventanilla del coche. Poco a poco, los recuerdos de aquellos desplazamientos le fueron abriendo la memoria: Villafranca del Bierzo, Cacabelos, Ponferrada, Bembibre, el puerto del Manzanal, Astorga... Astorga. Sonrió. Parada obligatoria. Sus padres siempre, siempre, se detenían a comprar varias cajas de mantecadas para regalar a las tías y a la abuela. Pudo recordar con claridad su sabor e incluso su olor y visualizó cómo se empapaban en la leche y cómo se deshacían y caían en el tazón si uno no era rápido llevándoselas a la boca. También recordaba que volvían a parar a comprar más cajas en el mismo sitio al hacer el camino de regreso, esta vez para regalar a los compañeros del cuartel. En esas ocasiones, sus padres hacían una pausa más larga para tomar un café. Era, aquel de Astorga, un bar pequeño con butacas rojas de escay. A Aguirre los recuerdos le venían poco a poco, pero frescos. Entrar en Ponferrada era una vuelta al pasado. Le sorprendió ver un rascacielos, el único, divisible por tanto desde cualquier parte de la ciudad, con forma de estructura retorcida o de hongo amorfo; esa fue la descripción más amable que se le ocurrió.

El responsable de la Guardia Civil que lo recibió no sabía quién era Aguirre, solo que se trataba de un mando superior y que tenía órdenes de informarle y someterse a sus requerimientos. Fue directo al grano tras presentarse haciendo el saludo militar.

—En un primer momento no parecía tener importancia, pero la cuestión es que las cantidades que deberían quedar en los polvorines no cuadraban —comenzó diciendo.

—¿En los polvorines? —preguntó Aguirre.

—Sí, casi se nos escapa —reconoció el guardia civil—. Si no fuera porque teníamos orden de mirar con lupa, no nos habríamos dado cuenta; es algo que siempre se deja pasar.

Aguirre dejó que el hombre se explicara.

—Solo cuando nos dimos cuenta de que ocurría lo mismo en varios sitios, comenzamos a sospechar.

Aguirre no acababa de entender. Buscaba una cantidad notable de explosivos, un golpe certero y silencioso en algún lugar donde se moviera semanalmente mucha dinamita, toneladas al mes, pero acababa de recorrer casi cuatrocientos kilómetros para escuchar que en algunas minas faltaba un poco de dinamita.

—¿Sospechar de qué? —preguntó Aguirre.

—De que falta dinamita en algunos sitios.

—Se supone que eso puede ocurrir porque...

—Sí, sí. Pero con el debido respeto, señor, esto es lo que nos llamó la atención: siete minas que nunca habían tenido ningún problema acaban de darse cuenta gracias a nuestra inspección de que les faltan en total unos ciento veinte kilos de dinamita. Y lo curioso es que son minas que están dentro de un radio de cuarenta kilómetros.

Eso sí tenía sentido. Para qué robar de una mina cien kilos de explosivos si puedes llevarte quince o veinte de seis o siete sin levantar sospechas. Aguirre prestó atención al mapa que su interlocutor extendió delante de él y sobre el que fue marcando los emplazamientos de las minas. No pudieron establecer la fecha exacta de las sustracciones, pero, según todas las averiguaciones, los hurtos habían tenido que hacerse en un período no anterior a dos meses. En los últimos sesenta días. Y dibujadas en el mapa, las localizaciones de las minas se mostraban conformando algo parecido a un círculo. No podía ser casualidad.

A partir de ese momento, la Guardia Civil comenzó a investigar los hechos con tranquilidad, con normalidad y, sobre todo, con discreción.

Se tomaron huellas y se hicieron algunas preguntas a empleados sobre el transporte, el almacenamiento y el acceso a los minipolvorines. Todos tenían las mismas características: no eran accesibles para cualquiera que visitara la zona, lo cual implicaba que quien lo hubiera hecho contaba con la colaboración de gente que conocía bien esas explotaciones mineras. Empezaron por investigar primero a los empleados actuales y comprobar sus conexiones con el resto de las minas. Luego les tocó el turno a antiguos trabajadores. No hizo falta más.

Fernando Vega Martín, conocido como el Jatín, tenía cincuenta y seis años y estaba prejubilado, lo mejor que le podía haber pasado en la vida porque todo parecía indicar que el esfuerzo no se contaba entre sus virtudes. Había trabajado en la mina, sí, pero no bajo tierra, sino arriba. Su trayectoria sindical se había iniciado muchos años atrás, exactamente cuando se dio cuenta de que metiéndose en política podría trabajar todavía menos. Lo había hecho en dos de las minas investigadas, pero las conocía bien todas, precisamente debido a su actividad como sindicalista. Había estado en todas ellas en muchas ocasiones, alentando y exigiendo a sus compañeros realizar huelgas y acudir a manifestaciones. Fernando Vega Martín era un fanfarrón y, tan pronto como abandonó su trabajo, cuando se prejubiló, su estrella se apagó. Su mala cabeza no mejoró. Con todo el día por delante para no hacer nada y con un sueldo más que aceptable para un vago crónico, el Jatín se había dedicado a la buena vida. Bares y más bares. Y malas compañías. Hasta que descubrió que podría hacer dinero fácil entrando donde no debía y llevándose lo que no era suyo. ¿Quién lo iba a notar?

Por desgracia para él, lo notaron. De casualidad, pero lo hicieron. La Guardia Civil. Los seguimientos conectaron al Jatín con gente del hampa, personas de mala reputación metidas en el tráfico de drogas, un negocio que había hecho su agosto en la época buena de la minería en la zona cuando había trabajo para todos con sueldos excelentes. Eso ya quedaba atrás. Pero las escuchas e investigaciones no acababan de ligar al Jatín con el terrorismo islamista. ¿Habría intermediarios?, fue la siguiente pregunta que tenían que responder. Se buscaron todas las posibles ramificaciones y se miró con lupa a cualquier persona que tuviera que ver con cualquier parte de la trama por insignificante que fuera. Hasta que se llegó a una pared. No había nada más allá. Pero sí más acá. Al final de esa pared había una banda de ladrones de joyas que operaba por toda España y que se nutría de explosivos gracias al Jatín. Delincuentes, atracadores. Y ahí terminó todo. Pocas veces un investigador se había sentido tan frustrado al desmantelar una banda de delincuentes, pero qué otra cosa se podía sentir si no era eso lo que Aguirre quería haberse encontrado. Volvía a estar como al principio, con la agravante de que había desperdiciado varios días. Cualquiera lo celebraría como un gran éxito porque en contadas ocasiones una investigación tan intensa daba resultados en tan poco tiempo, pero a él eso no le valía como excusa.

—Ha sido un buen trabajo, Aguirre —enfaticó Mónica Somoza—. A veces no se puede ir directo al grano, hay que descartar y eso es lo que has hecho.

—Hasta ahora, la manera de operar que tenían los terroristas era mediante la colocación de bombas —Aguirre estaba a lo suyo—. World Trade Center, Islamabad y las demás embajadas americanas, Londres... Con la excepción de las Torres Gemelas, siempre han usado explosivos.

—¿Y si Balmaseda tiene razón y no hay que preocuparse? —preguntó Mónica.

—Entonces, ¿qué hacía aquí uno de los terroristas más buscados del mundo? —respondió preguntando Aguirre.

—Bien, no hay que desistir. Hemos adoptado una estrategia, así que seguimos con ella hasta que podamos sentirnos tranquilos. El avance es importante, Miguel. Si esto va de bombas, o no tienen el explosivo todavía o por lo menos no lo han conseguido aquí. Hay que buscar fuera.

La idea de Mónica era hacer lo mismo que había hecho Aguirre pero fuera de las fronteras españolas. Había que buscar en países del entorno, la Unión Europea, los países del Magreb por supuesto y, por qué no, el otro lado del Mediterráneo, Egipto, Jordania, Siria...

—Si hay explosivos en toda esta historia, tienen que venir de fuera —convino él.

—Pues descartemos esa posibilidad.

La gestión más complicada la constituía Marruecos. Explicar la importancia de una petición sin contar demasiado podría levantar las sospechas del país vecino y máxime teniendo que ocultar la conexión de este embrollo con la muerte de los dos jóvenes marroquíes, así que por el momento se optó por no decir nada; era mejor de esa manera. El recelo de los servicios españoles con Marruecos venía de lejos, tanto como las disputas y los problemas que los dos países mantenían desde hacía años y años. A nadie en los Servicios Secretos se le escapaba que España y Marruecos eran dos vecinos mal avenidos políticamente que no tenían más remedio que aceptarse, y asumían que era Marruecos quien venía manteniendo una posición más beligerante hacia el vecino del norte que al revés. El vecino pobre y orgulloso mantenía varios frentes abiertos contra España que implicaban un esfuerzo extra por parte de la diplomacia de Madrid. Dicho de otra manera, Marruecos era un dolor de cabeza. O un pequeño grano en el culo. Pequeño, pero en el culo.

Para los analistas españoles no había duda de que Marruecos hablaba dos idiomas. Por una parte necesitaba llevarse bien con España; por tanto, fomentaba las relaciones comerciales y favorecía las inversiones en su territorio. Además, a los ciudadanos marroquíes siempre les había gustado el modo de vida del otro lado del Estrecho de Gibraltar, adoraban su liga de fútbol y soñaban con cruzar la frontera para trabajar y prosperar. Pero, por otra parte, el Estado magrebí tenía abierta desde tiempo inmemorial una velada campaña de obstrucción y hostigamiento contra su vecino. Las autoridades españolas se quejaban de forma ya endémica de la falta de interés por parte de la Policía marroquí para controlar el flujo de droga que salía de su territorio hacia España, para controlar el flujo de inmigrantes ilegales que salían hacia España y para controlar las campañas de acoso a la Policía española organizadas en la frontera con Ceuta y Melilla.

Resultaba difícil colaborar con un Estado que envolvía en sombras sus intenciones de cooperación. De todos los países encomendados, la Subdirección de Inteligencia Exterior empezó por Marruecos, la que consideraba la tarea más comprometida. Solo tenía que avisar de la presencia de un terrorista afgano-libanés en España y de la búsqueda de explosivos, procurando no contar demasiado, de momento. La estrategia para dar respuesta a una cuestión tan simple fue algo más

compleja. Dado que se pretendía obtener una contestación completa y ajustada a la verdad, la solicitud fue doble: ¿tenía constancia el gobierno de Marruecos de la presencia de Atiq Zariâb en su territorio?, y ¿tenía constancia el gobierno de Marruecos de la desaparición o tránsito de material explosivo dentro de sus límites territoriales? De esta manera, si no había una respuesta clara, se daba a entender que, de acontecer algo en el futuro, cabría la posibilidad de sospechar de la falta de interés por parte de Marruecos a la hora de investigar estos hechos, y eso era algo que su orgullo les impedía tolerar. Además, el reino alauita tenía mucho empeño en impedir cualquier asentamiento terrorista en su territorio, puesto que el extremismo islamista era una fuente de inestabilidad para la monarquía y combatirlo era un objetivo que compartía con sus vecinos del norte. Cómo manejara el *tempo* y la estrategia según sus intereses era ya otra cosa.

La solicitud llegó al Ministerio del Interior de Marruecos, que enseguida la puso en manos de la DGSN, la casi todopoderosa Dirección General de la Seguridad Nacional, que a su vez puso a trabajar a la DST, la secreta Dirección de Vigilancia del Territorio. Y como en Marruecos no se mueve un dedo sin la aquiescencia real, de arriba vino la orden de colaborar. El gobierno, es decir, el rey, no quería una mancha en su expediente, así que, si no había nada sospechoso en su territorio en ese momento, tampoco quería que lo hubiera más adelante. Si los servicios españoles sospechaban que un cargamento de explosivos circulaba por alguna parte del norte de África, Marruecos estaba decidido a investigarlo. En su territorio y en el de los demás. Si ese cargamento estaba en camino, en ningún caso habría de pasar por Marruecos y, si lo hacía, debía ser interceptado. De modo que el rey en persona dio orden a la DGED, la Dirección General de Estudios y Documentación, que en este caso depende del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Reales, de ponerse manos a la obra. Lo que pretendían los servicios españoles, que era la implicación máxima de Marruecos, se consiguió.

Con el resto de servicios fue más fácil, un mero trámite. En Europa la solicitud se hizo a las respectivas Policías, puesto que se trataba de una consulta en materia de lucha antiterrorista. Solo había que investigar la posible desaparición de explosivos. Aunque los Servicios Secretos de países como Francia, Reino Unido y Alemania ya habían sido alertados al solicitar su ayuda para identificar a Zariâb cuando no era más que una imagen tridimensional en la pantalla de un ordenador, estos se mantuvieron al margen y dejaron que los diferentes cuerpos policiales se ocuparan de una investigación que tenía más de gestión que de acción.

Egipto era otra pieza importante. Las relaciones con el CNI eran buenas, siempre lo habían sido. Los servicios españoles mantenían un trato cordial con los egipcios desde tiempo casi inmemorial. España era un país que desde la época de la dictadura de Franco, fruto del aislamiento, había girado su mirada hacia el sur y había tejido unos contactos extraordinariamente positivos con los Servicios Secretos de países como Egipto y Jordania, unas relaciones que se mantenían en la actualidad y que

suponían la envidia de otros servicios occidentales con menor penetración en la zona. España se había mostrado siempre sensible hacia la causa palestina y ni siquiera la alianza con el Mossad israelí pudo entorpecer ese buen flujo de comunicación. Los servicios españoles supieron mantenerse en una posición equidistante, sacando lo mejor de árabes e israelíes y jugando un papel mediador entre ambos que beneficiaba a todas las partes. Egipto, aunque abiertamente propalestino, mantenía una buena relación tanto con los servicios de Inteligencia de los países desarrollados como con los de otros países árabes. Por tanto, España y Egipto tenían mucho en común y un papel parecido, cada uno a un lado del mar Mediterráneo.

La gestión con el Mukhabarat egipcio, el GIS, Servicio de Inteligencia General y Seguridad, fue directa y rápida. Los egipcios no eran ajenos al hecho de que parte de la carrera como terrorista de Zariâb se había construido en su país, así que si existía algo relacionado con explosivos, con armas o con las intenciones de Zariâb, Egipto lo sabría. Tenía muchas teclas donde tocar, puesto que el GIS era quien mejor conocía las particularidades y el funcionamiento de las diferentes organizaciones palestinas y otras facciones radicales que se habían decantado por el uso de las armas.

Las buenas relaciones con los servicios de Inteligencia de países árabes llevaron al CNI a solicitar también la ayuda del otro gran servicio de Inteligencia de la zona, el GID de Jordania, el Directorio General de Inteligencia. Y para cerrar el círculo con garantías, estas gestiones se pusieron en conocimiento del Mossad, que decidió aplicarse en la faena. Antes de dar una respuesta, Israel ya sabía que ni en su territorio ni en su área de influencia más próxima había desaparecido ni un gramo de material del que se debiera preocupar, pero su misión era decirlo en el momento adecuado para mantenerse lo más cerca posible de las pesquisas de los otros servicios, especialmente del español. El interés del Mossad se llamaba Atiq Zariâb. Cualquier terrorista árabe era enemigo de Israel y Zariâb, por tanto, era un objetivo desde hacía tiempo.

* * *

A la espera de recibir noticias sobre la pista de los posibles explosivos, Miguel Aguirre no había descuidado su labor de investigación, pero sí decidido rebajar el nivel de dedicación a su trabajo. Como ejercicio personal, se había propuesto cambiar un poco, despejar su mente, no tener iniciativa durante un breve período de tiempo para tratar de probarse a sí mismo. Su hija se había ido de fin de semana a la casa de la sierra de una amiga. No mentía. Lo que hiciera allí era otra cosa. Aguirre no se opuso cuando ella lo comentó en casa, al considerar que el tema de los explosivos y la pista leonesa le podrían mantener demasiado ocupado y no le apetecía recibir nuevos reproches de su hija. Con respecto a su mujer, una vez acordado que se tomarían unas vacaciones, todo el esfuerzo de Eva estaba focalizado en una única dirección: trabajar para disponer de esos días libres que tanto añoraba. Por tanto, Aguirre tuvo que hacer el ejercicio de desconexión solo.

No le costó. Pensaba que no era capaz de estarse quieto, pero lo hizo. Se dio cuenta de que la mayor parte del tiempo que había dedicado a su trabajo en todos estos años consistía precisamente en eso, en estarse quieto, en tener paciencia. Había desarrollado una gran capacidad de aguante y silencio, como la denominaba él, y recordó los ejercicios de los grupos especiales del Ejército, cuando los dejaban en medio de ninguna parte y ellos tenían que sobrevivir sin nada durante días. Aguante y silencio. Y las horas apostado en tierra de nadie, camuflado con un fusil de mira telescópica. Aguante y silencio. O las horas en las oficinas y salas del Centro Nacional de Inteligencia analizando decenas de informes, buscando nimios detalles que pudieran convertirse en pistas importantes. ¿Cómo no iba a estar preparado para desconectar del mundo en su propia casa para poder *resetearse* a sí mismo? Aguante y silencio.

Aguirre aprovechó para hacer algo que tenía bastante olvidado desde hacía tiempo. Ver películas. Cuando era un chaval, su mayor afición había sido ir al cine. Podía recordar sin problema el olor a ambientador que impregnaba la mayoría de las salas de cine de su infancia y el tacto de las butacas. Se acordó de su mejor amigo Paco, fallecido con catorce años. Rememorando aquellos tiempos ya estaba desconectando. En aquella época, o su padre o el de Paco les solía acercar al centro de la ciudad y los dejaban a la puerta del cine; ese era el plan de los sábados. Iban a ver una película a la primera sesión y luego se juntaban con otros compañeros de clase para hacer sus incursiones en el apasionante mundo del ligoteo juvenil y la cata de cañas de cerveza. Pero lo importante era el cine, así se había aficionado, semana tras semana, con el ritual previo de consultar las páginas del periódico para conocer las novedades de la cartelera. Roger Moore, las películas de James Bond. Muchas ni eran de estreno. Jackie Chan, las películas de artes marciales. *El mono borracho en el ojo del tigre*, qué tiempos. Aguirre no quiso salir del salón. Se pegó un atracón de cine antiguo, que no clásico, en casa y disfrutó quedándose dormido en varias ocasiones antes de que acabara la película.

Mónica no lo reclamó. La directora de Inteligencia difícilmente podía hacerlo, puesto que no estaba en su mejor momento. Su cabeza había empezado a luchar contra un fuerte dolor en una muela que, al hacerse insoportable, la había obligado a acudir al médico, de manera que ella también había optado, no le había quedado otro remedio, por reponerse en casa y hablar lo menos posible. Los efectos de la anestesia le impedían mover la boca con normalidad y por tanto conversar fluidamente.

Cuando por fin se vieron en las oficinas del CNI, Mónica todavía vocalizaba con cierta dificultad, aunque lo disimulaba bien. Solo Aguirre percibió algo raro en el rostro de la directora de Inteligencia, una pose demasiado hierática. Mientras se dirigían a la sala de reuniones, ella le relató sus problemas con las muelas: le habían tenido que quitar una.

—Pensaba que te patinaba la lengua porque le habías estado dando al vodka — bromeó Aguirre.

—Pero qué gracioso —respondió ella sonriendo irónica.

Tras este cordial saludo y la pequeña charla introductoria, Mónica aprovechó para ponerle al tanto de la información que el centro había recabado. Al parecer, ninguno de los países consultados había detectado robo alguno de explosivos, ni transacción de ese material en el mercado negro. Con una excepción: el Servicio Secreto alemán, el BND, había podido verificar la desaparición de treinta kilos de trinitotolueno de un almacén en un pueblo de Austria hacía menos de dos meses.

—¿Tú qué opinas? —preguntó ella.

—No parece tener relación. Treinta kilos no dan para mucho.

—Treinta kilos dan para bastante —replicó Mónica.

—No, esta gente no prepara atentados con esa cantidad. Es ridícula. Ya sabes que cuando golpean lo hacen a lo grande. No debería tener relación con lo que buscamos. TNT... No, hay explosivos plásticos mucho más efectivos.

Pero la cabeza de Aguirre no quiso olvidar el tema.

—¿Seguro que no hay nada? —insistió él.

—Hasta donde hemos podido averiguar, no parece haber nada que debiera preocuparnos, lo cual reduce considerablemente las posibilidades de que algo inminente se pueda estar cocinando —apuntaló ella.

—Ya, eso parece. Pero no sé...

No volvieron a abrir la boca hasta estar delante de Luis Balmaseda. En esta ocasión, de la reunión se había descabalgado García Verdasco. O ya había despachado con el director o el nivel de alarma había decrecido y lo que quedaba de ese tema en ningún caso era asunto ya de los grupos de apoyo. Sí que estaban Ezequiel Garrido, subdirector de Inteligencia Exterior, y Samuel Viguera, subdirector de Contraterrorismo. Aguirre se dio cuenta enseguida de la ausencia de su inmediato superior, García Verdasco, de modo que pensó que también él sobraba allí, pero Balmaseda insistió en que estuviera presente en la reunión. Descartada una acción terrorista inminente, al menos con explosivos, Balmaseda quería cerrar el tema de la mejor manera posible antes de dejar toda la responsabilidad en manos de la Policía y la Guardia Civil. Como era habitual, se expusieron todas las novedades. A saber, ninguna, salvo la desaparición de los treinta kilos de explosivo, que cada uno de los presentes ya conocía. A continuación comenzó un pequeño debate analizando esta única circunstancia y la presencia en España de Zariâb. Aguirre permaneció en silencio al principio, hasta que su opinión fue requerida.

—¿Qué hacía este hombre aquí? —preguntó Balmaseda.

Viguera no supo responder, así que cuando la mirada de Balmaseda se cruzó con la de Aguirre, este abrió la boca.

—Cuando dice «hacia», ¿está usted dando por hecho que ya no está?

Mónica conocía muy bien ese tono de voz, auguraba tormenta, pero no dijo nada y se mantuvo a la expectativa. Balmaseda no se arredró.

—¿Puedes demostrar que sigue en España? —preguntó firme el gran jefe.

—¿Podemos demostrar lo contrario? —replicó Aguirre—. Si nos movemos por hechos, el hecho irrefutable es que la última vez que se le vio estaba en nuestro país. A todos los efectos debemos considerar que sigue aquí hasta que lo podamos ubicar en otro lugar. Las especulaciones nos ayudan a centrar los hechos, pero no los resuelven.

—Para buscarle está la Policía. Dejamos zanjado este tema —concluyó Balmaseda.

Acto seguido, se dirigió a Mónica.

—Pasa todo lo que tenemos al Ministerio de Interior, ahora es su turno —le exigió.

—De acuerdo —asumió Mónica—. Pero, si no te importa, todavía tenemos abierto algún frente, así que antes me gustaría ir cerrándolo, para asegurarnos. Si encontramos algo de utilidad que nos lleve a alguna parte lo pondremos también en conocimiento de la Policía y la Guardia Civil.

Balmaseda no puso objeción alguna; consideraba a Mónica Somoza una persona razonable y eficaz. El director del CNI salió de la sala el primero, pues Mónica se quedó departiendo unos minutos con sus subordinados, Garrido y Viguera. Fue una conversación puramente formal; coordinaron el traspaso de información, algo que por otro lado ya se había hecho en parte unos días antes, solo que ahora se iba a poner oficialmente en conocimiento de las fuerzas del orden la presencia de un terrorista que al parecer podría estar reclutando gente para ser entrenada en las bases terroristas de Afganistán y Pakistán, o preparando en España o cualquier otro país europeo la infraestructura necesaria para atentar en un futuro. Solo especulaciones.

Mónica le había dicho a Balmaseda que le gustaría cerrar flecos por su cuenta, con independencia del hecho de poner la información de la que disponían en manos del Ministerio de Interior, porque era una persona concienzuda y todo lo que empezaba lo tenía que acabar. Debía estar plenamente convencida, y en ese momento no lo estaba del todo, principalmente por culpa de la respuesta que Aguirre le acababa de dar a Balmaseda. Eso fue lo que le hizo considerar que el tema no estaba cerrado. Al terminar de tratar pequeñas cuestiones formales con sus subordinados, se fue en busca de Miguel Aguirre. Lo encontró en su oficina.

—Ahora explícame si tu teoría coincide con la mía —exigió Mónica.

—¿Mi teoría?

—Vamos, Aguirre. Cuando estás en silencio, piensas. No lo puedes evitar. No dijiste nada en toda la reunión, salvo cuando el jefe sugirió que Zariâb ya no estaba en España. Saltaste como un resorte.

—Ya sé que no hay pruebas —dijo él.

—No pido pruebas, quiero una nueva hipótesis. A partir de ahí vendrán las pruebas.

—Está bien —admitió él.

—¡Así que tienes una! Aguirre, tenías que haberlo dicho hace un rato.

—Ya te lo estoy diciendo a ti.

—Es el jefe, me da igual que te caiga mal. Es tu obligación.

—No tenía teoría en ese momento.

—Claro —escupió Mónica con una mueca de incredulidad.

Y se quedó en silencio esperando. Aguirre se arrancó a hablar.

—Sigo sin teoría. Solo tengo preguntas. Nada firme.

—Vente a la cafetería y tratamos de responderlas —propuso ella.

Aguirre sonrió.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Mónica.

—De tu forma de hablar. Te patina la lengua no sabes de qué manera. ¿Seguro que no has bebido?

Mónica por fin sonrió.

—Todavía me dura la anestesia, gilipollas. Anda, vamos. Necesito algo caliente.

Aguirre guardó los papeles que tenía esparcidos en la mesa, se aseguró de que todos los cajones quedaban cerrados con llave y se guardó esta en el bolsillo. Los dos abandonaron el despacho camino de la cafetería.

Por los pasillos, como era habitual, había un flujo constante de gente; nadie estaba parado en corrillos, por allí solo se veían personas caminando, firmes pero sin prisas. Y en silencio. Esa tranquilidad era la que invitaba a no explayarse en conversaciones vehementes. Era un efecto contagio, así lo había diagnosticado Aguirre. No había una orden expresa de no hablar por los pasillos, ni de quedarse parado; sin embargo, nadie lo hacía. Es verdad que todo el mundo cumplía una función y el tiempo no sobraba, pero el hecho era que nadie decía una palabra más alta que otra, de manera que ni Mónica Somoza ni Miguel Aguirre contravinieron esa regla no escrita y se dieron un paseo hasta la cafetería, donde el ambiente se animaba un poco, pero no mucho más. Ligeros murmullos. Qué diferencia con cualquier otra cafetería. Al observador Aguirre no se le habían escapado esos detalles. «*Somos animales sociales, nos movemos por convenciones*», pensó. Complacido, observaba todo lo que sus ojos alcanzaban a contemplar. Mientras pedían un café, disfrutaba del paisaje humano y establecía teorías: mucha gente joven, empleados de la casa de reciente incorporación deseando hacer bien su trabajo, deseando encajar, aceptando ser diferentes del resto de los mortales, pero asumiendo un ligero rol de fotocopias humanas. Convención. Como cuando entras en un museo y no hay nadie. ¿Acaso los protagonistas de los cuadros se iban a molestar? No importa, el tono de voz baja de forma automática e inconsciente. Una convención. A Aguirre le gustaba el silencio que reinaba en su empresa; era propicio para la reflexión, similar al de un hospital. Privado, por supuesto. Los públicos destacan por su griterío. Otra convención. Aguirre dejó de crear imágenes.

—Sí, ahora mucho mejor. Por fin siento la boca —comentó aliviada Mónica al dar el primer sorbo a un café solo bien caliente.

—Ten cuidado, no te vayas a quemar.

—No más de lo que ya estoy —respondió sonriendo.

Aguirre le devolvió la sonrisa. Le caía bien porque era honesta y no tenía complejos. Cada vez quedaba menos gente así. Se salía de las convenciones. Además era conciliadora y diplomática, sabía manejar el tiempo.

—A ver si me equivoco, Aguirre. Tú crees que no está mal dejar esto en manos del Ministerio de Interior, pero... piensas que hay algo que se nos escapa. Estás convencido de que esta gente está preparando algo y lo va a hacer en España. Te ha descolocado no haber encontrado explosivos porque no te encaja con la manera de operar de estos terroristas, así que has estado dándole vueltas a la cabeza y se te ocurren varias posibilidades, casi todas en la misma dirección. ¿Sí o no?

Aguirre aumentó la lista de cualidades de su jefa: conciliadora, diplomática, sincera, sin complejos. Y lista.

—¿Y si la muerte de los dos marroquíes hubiera sido..., cómo decirlo, una prueba de eficacia? —propuso Aguirre.

—¿A qué te refieres?

—Estoy lanzando ideas al aire. ¿Y si el gas del aerosol fuera lo que deberíamos estar buscando? Quiero decir, que no solo dispusieran de una pequeña cantidad, sino que hubieran conseguido más...

—¿O sido capaces de fabricarlo? —remató ella.

—Sería posible. Irak es un caos desde hace años, sobran los especialistas químicos, pueden estar repartidos por todas partes.

—Así que no deberíamos estar buscando explosivos —sugirió ella.

—Es una idea.

—Un ataque masivo igualmente, pero con armas químicas —adivinó Mónica.

—Exacto.

—Miguel, me estás asustando.

—Es una hipótesis.

—No puedo ir con estas a Balmaseda.

—No digas que has hablado conmigo —le propuso él.

—Ni aún así.

—¿Qué vas a hacer?

—Aprovechar la coyuntura. Le he dicho que quería cerrar algunos flecos. Esto encaja en ese apartado. Quizá tú... —Mónica no pudo terminar la frase.

—No. Habla con los de Tecnología. Búscate los mejores analistas. Escrutadores, ratillas de ordenador. Que comiencen por lo evidente, siempre funciona. Nada de transporte terrestre, ni aéreo. Que empiecen por los barcos. Llegadas de dos meses para acá. Compañías, origen, escalas, mercancía de los contenedores...

Mónica sabía a qué se refería Aguirre. Un trabajo de chinos. Trabajo de hormigas. No lo dudó un instante; la propuesta de Aguirre le parecía razonable. Si era necesario, buscaría hormigas chinas. No quería que algo pudiera suceder mientras ella ocupaba un cargo de responsabilidad; ya había visto cometer errores de bulto a compañeros y

superiores y ella no quería algo así. Y no por su currículum, ella estaba por encima de todo eso. Solo quería hacer bien su trabajo.

Esta actitud reforzaba la opinión que Aguirre tenía de ella. Era conciliadora, diplomática, sincera, sin complejos, lista. Honesta y muy responsable.

* * *

En los días siguientes, Mónica en persona coordinó un grupo de especialistas que desde la misma sede del CNI tuvo acceso a toda la información imaginable en materia de transporte, contenedores, barcos mercantes, puertos europeos y de más allá... Un flujo extraordinario de información que fue adquirida y procesada por especialistas organizados en pequeños grupos, cada uno de los cuales se encargaba de un tema: rutas de barcos de mercancías, materiales declarados para el transporte, lugares de origen de los contenedores, empresas, escalas, consignatarias, destinos... Para cualquier persona esta tarea podría parecer inhumana, y en verdad lo era, pero solo era posible afrontarla con método. Las nuevas tecnologías permitían hacer asequible este trabajo. Las tecnologías y el criterio. Este último obligaba a trabajar de lo general a lo particular, acotando lo que se consideraba destacable o sospechoso como si fueran círculos concéntricos cada vez más pequeños. La tecnología permitía tratar la información seleccionada haciendo que todos los datos obtenidos se cruzaran para obtener relaciones de coincidencia. Un barco en Chipre no significaba nada. Ese mismo barco en Bosnia una semana antes podría significar algo. Un cargamento de «material industrial» podría no ser nada. Pero un cargamento con ese nombre tan difuso y genérico que hace escala dos veces antes de llegar a su destino realizando un trayecto más largo de lo normal sí podría significar algo. Y si ese cargamento venía en ese barco de Bosnia, no había duda de que debía ser investigado. Obtener información, intuir, cribar y cruzar. Una y otra vez.

Aguirre se desentendió del tema.

Ya casi se había olvidado del asunto del grupo terrorista que estaba de excursión por España cuando una llamada de Mónica Somoza le trajo de vuelta al mundo real. Algo iba mal porque fue escueta al citarle.

Aguirre pensaba encontrarse con más gente, pero no fue así. Solo estaba ella en su despacho.

—Siéntate —le pidió ella con gesto serio.

—Tú dirás.

—Me sé de memoria cuántos barcos han circulado por el Mediterráneo, cuántos veleros han llegado a las costas españolas, cuántas descargas de contenedores se hacen en Barcelona, Valencia, Málaga, donde sea. Pregúntame lo que quieras.

—Aprender cosas nuevas nunca está de más. Y has averiguado que...

—Que, como tú dices, las casualidades no existen. Si quieres profundizar, esto es para ti.

Mónica señaló una pila de papeles de unos diez centímetros de grosor.

—No, me fío de tu resumen —dijo él.

—Bien, dos cosas. Por una parte, hemos cotejado, comparado, cruzado y seleccionado cada detalle relacionado con el transporte de mercancías por vía marítima.

—¿Y?

—Hay algo raro. Creo que es una pista buena.

Mónica explicó a Aguirre el extraño recorrido de un contenedor que había realizado una ruta poco habitual. Su origen estaba en Bosnia. Su destino, en Valencia. Pero antes de llegar a España había pasado por Chipre, Grecia y Argelia.

—Eso no tiene sentido —dijo él extrañado.

—No solo eso. La empresa que envió el contenedor se dedica al comercio de bienes de equipo, pero la destinataria no existe.

—¿Cómo que no existe?

—Lo que oyes. Pero eso no es lo único. Los servicios de Inteligencia de Holanda han podido saber que en ambientes radicales islámicos de Ámsterdam se conocía que en Austria habían desaparecido treinta kilos de trinitotolueno.

—¿Y eso qué tiene que ver? —volvió a preguntar Aguirre.

—Que una de las personas de ese círculo asentado en Holanda sospechoso de apoyar el terrorismo islámico estuvo en Bosnia hace tres semanas.

—No me digas más; es la fecha en que fue embarcado el contenedor.

Mónica asintió.

—Las casualidades no existen.

—¿Crees que el TNT iba en ese contenedor? —preguntó ella.

—No lo sé. ¿Tú lo crees?

—¿Qué, si no?

—¿Pero para qué pasar explosivos a Bosnia desde Austria si hay frontera? Es más fácil traerlos por carretera; estamos en la Unión Europea —dijo Aguirre contrariado.

Mónica se encogió de hombros.

—¿Y el hombre ese, el de Holanda? —preguntó Aguirre.

—Ya te lo imaginas. Ni rastro. ¿En España?

—O muerto.

Hubo unos segundos de silencio.

—Aguirre, te vas a Valencia.

Miguel no protestó. Miró a Mónica Somoza sin decir nada, tomó la pila de papeles y los ojeó por encima.

—Echaba de menos el mar —dijo de forma lacónica.

Luego se levantó y se acercó a la puerta. Antes de salir, ella lo reclamó.

—Miguel. Sigue haciendo un buen trabajo.

Él encontró rápido un buen cumplido con el que corresponder.

—Es fácil con jefes como tú.

Aguirre tomó prestado un vehículo y se fue solo a Valencia. Prefería no ir acompañado. No dependía de nadie y no quería hacer depender de él a nadie. Salió con más tiempo del que necesitaba por un motivo. Había dicho que echaba de menos el mar. Tomó la A-3, pero su primer destino no fue la ciudad de Valencia. Poco antes de llegar, giró a la derecha en la autovía del Mediterráneo y enfiló directamente hacia Cullera. Su memoria le permitió no dudar ni un instante. Tras tomar la dirección adecuada en varias rotondas, acabó su periplo en la calle Max Aub, donde aparcó el coche. Luego caminó hasta la playa. El día estaba nublado; en esa época del año las posibilidades de fuertes lluvias aumentaban de modo significativo en esa parte del país, pero le gustaba el tiempo lluvioso y algo desapacible. Le gustaba el olor a mar y le gustaba el aspecto que tenía el pueblo y especialmente la playa. Casi vacía. Nada que ver con aquellas estancias veraniegas con su mujer y su hija peleándose por un metro cuadrado de arena. No entendía cómo se les había podido ocurrir veranear allí en agosto. Solo había sido durante dos años, y menos mal que él no había podido estar toda la quincena. Muchos veranos el deber le había tenido ocupado y alejado de su casa, de su familia, de su país.

Mientras aspiraba el aire que rezumaba salitre, recordó las conversaciones que mantenía por teléfono con su mujer cuando estaba en misiones secretas, o trabajando, o de maniobras. Por ese motivo, no le estaba permitido decir dónde se encontraba, ni siquiera dar pistas por nimias que fueran. Las llamadas estaban controladas para evitar deslices y cuando alguno ocurría enseguida sonaba un pitido de advertencia.

—¿Qué tal estás, cariño? —preguntaba Eva.

—Muy bien, estupendamente. Pasando bastante calor.

Inmediatamente, alguien sentado en un centro de control en alguna estancia fresca de Madrid apretaba un botón y enseguida sonaba un pitido censor. «*Bastante calor*» no era una información permitida, acotaba geográficamente el lugar de la operación. ¿Oriente Medio? Aguirre lo hacía a propósito para reírse un poco.

—Bastante calor... porque la calefacción está muy alta —puntualizaba.

—Cuídate y no te aburras mucho, mi amor.

—Difícil, porque por aquí hay poco que ver. Todo el paisaje es igual.

Pitido. Demasiadas pistas, era evidente pensar en una zona desértica.

—Todo el paisaje es igual... a lo que ya conocemos. Nada del otro mundo —volvía a matizar él.

Si no le tomaba un poco el pelo a quienes controlaban las llamadas, ¿qué aliciente tenía hablar por teléfono con su mujer sabiendo que le estaban escuchando? La verdad es que en muchas ocasiones prefería el calor del desierto en Oriente Medio al de los meses de verano súpermasificados del Mediterráneo español, donde las poblaciones costeras llegaban a multiplicar su población habitual. Prefería muchas veces las tiendas de campaña y las maniobras militares encubiertas a los edificios de quince plantas de las primeras líneas de playa que mostraban sin vergüenza la catadura moral de políticos y constructores. ¿Catadura moral? La ausencia de

catadura moral, rectificó en su mente. Él había estado allí mismo en dos ocasiones, ¿en qué podría haber estado pensando? Probablemente en una hija preadolescente que suplicaba ese destino porque algunos miembros de su grupo de amigos también pasaban allí las vacaciones. Sí, era eso. Y el sentimiento de culpa por haber dejado de ser buen padre, buen marido. Marido ausente, marido infiel.

Estaba por la labor de cambiar. Para empezar, había prometido a su mujer una semana de vacaciones juntos. Aún no habían decidido el destino, pero ahora tenía claro que le valía cualquier lugar, siempre y cuando tuviera mar. No hacía falta que se lo sugiriese a Eva; ella tenía un sexto sentido para esas cosas. También se podía llamar compenetración.

Tras mirar su reloj, abandonó Cullera, tomó la autopista del Mediterráneo y se dirigió a Valencia rodeando el Parque de la Albufera. Tomó la autovía y accedió al puerto de la ciudad por el sur hasta llegar a la zona de estiba. Mónica había gestionado bien la operación. Cuando llegó, dos hombres de la casa le estaban esperando con un responsable de la autoridad portuaria. No se identificaron como miembros de los Servicios Secretos. De momento, eso no entraba en sus planes, pero sí lo hicieron como agentes de los cuerpos de seguridad del Estado. Investigación más o menos rutinaria. El hombre del puerto estaba informado de todo lo que se le requería y tenía localizadas y avisadas a las dos personas que habían controlado el contenedor objeto de la investigación.

El puerto era inmenso. Aguirre no lo recordaba así. Lo habían ampliado en los últimos años; se había hecho necesario. En tráfico de contenedores, el de Valencia era el primer puerto español y estaba entre los diez primeros de Europa y los cincuenta del mundo. Sin duda era un buen lugar para enviar cualquier mercancía sin levantar sospechas. Cuatro millones de contenedores se habían movido en el puerto en un año y en solo diez se había triplicado el movimiento de mercancías. Aquello era un mundo.

El trabajo de concienzudos analistas del CNI había conseguido concentrar las sospechas en un contenedor en particular. Para ratificarlo o desestimarlos estaba Aguirre allí. Acompañados por el representante de la autoridad portuaria, se acercaron a las oficinas, escudriñaron los albaranes, las fechas de llegada y se cercioraron de que les enseñaban el contenedor en cuestión. Necesitaban que fuera ese y no otro el que había iniciado un singular viaje en Bosnia. Lógicamente, ya estaba vacío. A pesar de controlar y entregar cientos de ellos al día, los dos empleados por cuyas manos había pasado este recordaban las circunstancias de la entrega. La razón era muy sencilla: los contenedores llegaban al puerto y su contenido era derivado a su destino final en camiones pertenecientes a las empresas destinatarias o a empresas de transporte. Pero en este caso concreto, el contenido fue recogido por dos individuos de aspecto árabe que se lo llevaron en una camioneta sin identificación de ninguna empresa.

Aguirre les mostró una fotografía de Zariâb y otra del malogrado Alí. Los dos hombres dudaron.

—Podría ser uno de ellos, pero no sé... —dijo uno de los hombres.

—Todos se parecen mucho, no estoy seguro —apostilló el otro.

De aspecto árabe sí, en eso coincidían. Y no pertenecían a ninguna empresa, eso estaba claro. La marca de la furgoneta no la recordaban; el color era blanco, como el noventa por ciento de ellas. Ninguna marca distintiva, ningún golpe llamativo, nada que pudiera hacerles recordar. Claro que había cámaras, pero estas, como se comprobó después, solo pudieron grabar la entrada y la salida del vehículo sin conseguir retratar a sus ocupantes. La furgoneta era robada y apareció en Albacete dos días después. Sin huellas de los terroristas.

Aguirre habló con Mónica: todo lo averiguado en Madrid era correcto; el contenedor estaba localizado y vacío, pero no había pistas sobre el tipo de mercancía ni su destino final. Como la hipótesis que manejaban seguía en pie, una vez confirmado que estaban ante el contenedor que buscaban, Mónica Somoza movió los hilos necesarios para realizar «la prueba del algodón». Mientras tanto, Aguirre procedió a coordinar una operación previa, la misma que había realizado en la casa de campo calcinada. En esta ocasión, los perros no venían de Madrid, aunque seguían perteneciendo al SECIR.

El Servicio Cinológico y Remonta de la Guardia Civil es el cuerpo encargado del entrenamiento y utilización de perros rastreadores. Cuando Miguel Aguirre solicitó a la Comandancia de la Guardia Civil de Valencia la ayuda de su servicio de perros rastreadores, solo pidió la presencia de los animales entrenados en la localización de explosivos.

Aunque no le cuadraba que treinta kilos de explosivos robados en Austria realizaran un trayecto por vía marítima desde Bosnia, no podía descartar esa posibilidad. Por eso, en el fondo albergaba la esperanza de que los perros, después de examinar el contenedor por dentro y por fuera, pudieran mostrar el gesto entrenado que anunciara que allí había estado el TNT que se suponía que buscaban.

Ninguno de los agentes de la Guardia Civil sabía si se trataba de un caso real o un ejercicio impuesto por el órgano central; así venían las órdenes desde arriba. Los simulacros los solían planificar ellos mismos, pero eso no descartaba los ejercicios por sorpresa. La orden era trabajar y callar. Y de paisano.

Los perros llegaron al puerto y, antes de acometer su trabajo, dieron un pequeño paseo, como el calentamiento que realizan los atletas antes de disputar una prueba. Los guías no se acercaron al contenedor para una breve inspección ocular. Cuando llegó el momento de trabajar, se pusieron a ello con el empeño habitual, solo que esta vez parecía más fácil. Se trataba de un contenedor vacío, en un lugar apartado, donde no había gente que pudiera distraer la labor de los canes. Mejor para todos, porque así a nadie le llamó la atención que en ese rincón discreto del puerto de Valencia tres hombres hicieran olisquear un contenedor vacío a unos perros.

Pero ninguno de los animales se detuvo, se sentó y permaneció inmóvil, como es protocolario que hagan cuando encuentran algo. No, eso no ocurrió. Allí no había habido explosivos.

Aunque Aguirre se lo podía esperar, esa circunstancia lo contrarió; no sabía si era bueno o malo. En cualquier caso, esa débil hipótesis de los explosivos se descartaba por completo y ya solo quedaba verificar la última de las teorías propuestas. ¿Había transportado ese contenedor armas químicas?

Aguirre se despidió de los agentes de la Guardia Civil y esperó junto a los dos agentes del CNI que lo acompañaban la llegada del equipo realmente importante. Estos dos compañeros, especialistas de la Subdirección Técnica, eran parte del grupo de ojos y cerebros escrutadores de toda la información que habían estado cruzando sobre transporte marítimo, los que se devanaron los sesos investigando empresas, facturas, albaranes, registros, fábricas de media Europa desde unas pantallas de ordenador; las mentes que fueron capaces de sospechar y seguir la pista al contenedor que los había llevado a Valencia.

—Que no hayan encontrado explosivos, ¿es bueno o malo? —preguntó uno de ellos.

—Depende de si encontramos algo peor.

La respuesta cáustica de Aguirre no sorprendió a ninguno. Lo conocían desde hacía tiempo y, aunque no tenían una relación profunda, lo respetaban. Sabían que los miembros de la sección operativa eran personas a las que había que dar de comer aparte.

—Ojalá sea bueno —matizó.

Los dos hombres no cruzaron más palabras sobre el tema; sabían demasiado bien cómo se deben manejar los asuntos de trabajo.

—Si es bueno, luego nos tomamos una paellita —remató el de acento andaluz.

Aguirre recibió una llamada.

—¿Sí? De acuerdo...

Escuchó y a continuación dio unas indicaciones sobre la ubicación del lugar, orientando al grupo que se acercaba a Valencia. Una unidad NRBQ, especializada en dar respuesta a amenazas o ataques nucleares, radiológicos, bacteriológicos o químicos llegó al puerto en un camión camuflado.

Los tres hombres más expertos de la unidad venían dispuestos a detectar cualquier rastro de un agente químico sospechoso. No podían fallar. Venían de paisano, pero al llegar y hacerse las presentaciones, uno de ellos no pudo evitar hacer el saludo militar a Aguirre, el hombre a cuyas órdenes se ponían en ese mismo momento.

—¿Sabéis lo que tenéis que buscar? —les preguntó él.

—Lo vamos a mirar todo.

—Pues adelante.

No había peligro de contaminación, no buscaban armas sino su rastro, por lo que pudieron colocar una pequeña carpa a modo de tienda de campaña a la entrada del contenedor para luego arrimar su vehículo al toldo y evitar de ese modo miradas indiscretas. Los hombres se prepararon en el camión, vistiendo los preceptivos trajes de aislamiento. A continuación se metieron en el contenedor con una especie de pequeño carro multiuso.

Comenzaron por tratar de identificar posibles agentes biológicos. Se aplicaron con sus sensores para detectar la presencia en el aire de cualquier anomalía, analizaron con sus equipos de prueba muestras de polvo de cada esquina en busca de cualquier agente biológico y pusieron en marcha sus sistemas de monitorización en tiempo real del aire para la detección agentes nerviosos y cualquier tipo de composición nociva. Todo iba bien, era cuestión de tiempo.

Aguirre les dejó hacer, más preocupado en ese momento por no llamar demasiado la atención. Para entonces el puerto había ido bajando su actividad. Aprovechó para caminar un poco sin alejarse de la zona. Su mirada acabó perdiéndose en el nuevo puerto deportivo, moderno, funcional, caro, como los yates y veleros que se adivinaban en sus amarres. Por un momento sintió envidia de los propietarios de aquellas máquinas. El mar le gustaba demasiado como para pasar por alto aquellas bellezas. Le llamaban la atención los yates, pero le maravillaban los veleros. Sabía bien lo que era deslizarse por el mar; él había aprendido de niño a manejarse en un Optimist. Entendía el mar, lo disfrutaba, y se imaginó surcando el Mediterráneo con alguno de aquellos amigos de la infancia en una jornada de viento generoso, sentados en la borda con las piernas fuera del barco para hacer contrapeso y evitar que el velero se escorase en exceso, sintiendo batir el mar contra el casco y avanzando sin escuchar ningún ruido artificial. Sin motor. El viento acariciando las velas, provocando ese sonido característico que hace la mayor antes de llenarse de aire en un cambio de rumbo.

El instinto le hizo girar la cabeza hacia el contenedor en el momento en que uno de los hombres de los trajes especiales salía de él y buscaba a alguien con la vista. A Aguirre. Miguel se encaminó a su encuentro y, mientras se quitaba la máscara, el subdirector técnico de Apoyo habló.

—¿Qué habéis encontrado?

El hombre meneó la cabeza.

—No hay rastro de armas químicas o bacteriológicas.

Antes de que pudiera seguir, Aguirre puso en marcha su cerebro. Eso significaba que su teoría era errónea; Zariâb no estaba planeando un ataque con armas químicas, lo cual podía considerarse una buena noticia.

—Pero... pero hemos encontrado trazas de radiaciones...

—¿Qué? —preguntó contrariado—. ¿Estás seguro?

Al hombre no le quedaba más remedio que estarlo, no había otra opción posible porque no estaba expresando una opinión, ni siquiera era un diagnóstico sustentado

en probabilidades. Eran los resultados de unos análisis. El hombre que quería datos, hechos concretos, ya los tenía. Los expertos NRBQ habían sido muy exhaustivos y su celo profesional los había llevado a utilizar todos sus medios y conocimientos, no solo en materia de amenazas biológicas o químicas, que era la idea con la que habían sido requeridos. Más allá de eso, disponiendo de material y conocimiento habían procedido también a utilizar su sistema de detección de radiaciones, lo último en tecnología radioisotópica de alta precisión. No era posible el fallo: la máquina que manejaban procesaba espectros mediante algoritmos que transforman las señales de yoduro de sodio en un espectómetro de alta resolución. Por eso la posibilidad que ofreció Aguirre no era factible.

—¿No podría ser la radiación natural del ambiente? —fue lo único que pudo aventurar.

No, no era posible. La señal correspondía a una fuente que el nivel de alarma del detector consideraba como peligrosa. Ni siquiera sospechosa. Aguirre sintió una especie de mínima ausencia. Milésimas de segundo. No era posible, estaban hablando de material nuclear. Plutonio y uranio. Atiq Zariâb no parecía tener interés en dejar en cualquier esquina una camioneta cargada de dinamita y hacerla explotar. Tampoco parecía haberse decantado por extender gas tóxico en no se sabe dónde por no se sabe qué procedimiento. Si lo que le venía a la cabeza a Aguirre era cierto, ese individuo nacido en la otra punta del mundo, al que una cámara de seguridad de un banco había situado en España, iba a lanzar el mayor órdago de la Historia: ¿pretendía atentar colocando una bomba nuclear?

Mientras sacaba el móvil de su bolsillo, advirtió a los expertos —era una orden— de que nada de lo que le habían dicho volviera a salir de su boca hasta obtener su permiso. Acto seguido llamó a Mónica Somoza. En toda su vida, la que había vivido y la que le faltaba por vivir, Miguel Aguirre solo escucharía salir de la boca de la directora de Inteligencia una única expresión realmente malsonante, y eso ocurrió trascurridos cuarenta segundos. Justo después de que Aguirre le contara lo que sabía.

—¡Hostia puta!

Nunca antes, y nunca después, la moderada, equilibrada y diplomática Mónica Somoza había pronunciado ni pronunciaría palabras semejantes.

4 SEMANAS PARA LA CATÁSTROFE

Para el camino de vuelta a Madrid había pedido al responsable de la unidad NRBQ que lo acompañara en su coche con la intención de que le repitiera cada detalle, cada dato que había reunido en el registro del contenedor. Aguirre escuchaba, memorizaba, procesaba, preguntaba. Era difícil no corresponder a su acompañante dando algún tipo de explicación sobre lo que los había llevado a todos ellos al puerto de Valencia, pero no podía hacerlo. No debía. Tenía que mantenerle alejado de la principal sospecha. A lo más que había llegado el jefe de la unidad NRBQ fue a sugerir que le parecía un caso bastante claro de tráfico de material radiactivo, sin entrar a valorar la naturaleza del mismo pues no conocía los antecedentes del caso; por tanto, no podía ponerse en lo peor. Mejor para él, pensaba Aguirre, quien le siguió la corriente, dejando entrever que todo estaba bajo control y que iban por delante de los acontecimientos. La tranquilidad con la que se expresaba Aguirre daba una extraña normalidad a la conversación, incluso la trivializaba. Eso era exactamente lo que pretendía para no levantar ninguna sospecha cuando le adelantó al jefe de la unidad que probablemente tendría que requerir sus servicios para cerrar ese tema. Manejó sus palabras con tal ausencia de expresividad que parecía envolverlas con un manto de hipnótica rutina, de tal forma que nada extrañó al hombre que lo acompañaba.

Entraron en Madrid sin contratiempo y Miguel Aguirre dejó a su compañero de viaje en la calle Francisco Silvela. A continuación, enfiló hacia el oeste por María de Molina, José Abascal y Cea Bermúdez hasta llegar a la plaza de Cristo Rey. Con el tráfico acostumbrado en esa zona de Madrid, accedió a la salida de la ciudad por Puerta de Hierro y se dirigió a su cita en la sede de los Servicios Secretos en el kilómetro ocho de la A-6.

En esta ocasión volvían a estar todos reunidos: el asunto era para tomárselo en serio. Cada director y subdirector esperaba en la misma sala de otras veces, pero ahora el silencio tenía más presencia. Al menos así se lo pareció a Aguirre cuando entró. Suponía que habían estado hablando, comentando los nuevos hallazgos, valorando la situación, pero de modo inconsciente habían cerrado la boca en cuanto la puerta se abrió y apareció su figura. Balmaseda fue el primero en intervenir para pedir un relato pormenorizado de lo acontecido durante la jornada. Aguirre contó todo lo que había ocurrido en Valencia. Como siempre, fue un relato completo, sintético, sin decoración. Narró los hechos en la forma que estaba acostumbrado, significó los datos obtenidos y repitió las conclusiones que habían salido de la boca del especialista NRBQ. La entonación algo monótona y cansada no era debida a la naturaleza de los acontecimientos descritos, sino a que eso mismo que contaba allí de viva voz era lo que tendría que escribir, casi con las mismas palabras, en su informe

cuando la reunión se diera por concluida. Y eso sería tarde, bastante tarde. En ningún caso llegaría a casa a una hora prudencial. Aguirre concluyó su exposición de forma mecánica. Por alguna extraña razón, su mente estaba en otra parte, todavía en el mar, forzando las posibilidades de un velero que navegaba a velocidad de vértigo gracias a una generosa empopada difícil de mantener, decidiendo si soltar vela o trasluchar para tomar el viento por rachas. Su cabeza, quizá como mecanismo de defensa, estaba empezando a evadirse.

—No hay que adelantarse a los acontecimientos —improvisó Balmaseda, tratando de mantener la calma.

«*No hay que adelantarse a los acontecimientos*». Balmaseda lo decía porque la exposición de Aguirre apuntaba en una dirección que no pintaba nada bien y no quería ponerse en lo peor. Esa frase le trajo de vuelta a la realidad. «¿*Cómo se podía ser tan imbécil?*», pensó. «*No hay que adelantarse a los acontecimientos*». Aguirre siguió cocinando juicios en su mente: después de cuatro años al frente de los Servicios Secretos, ¿todavía no se había dado cuenta de que esa era, precisamente, una de las funciones del CNI? Manifestaciones como esa no hacían más que reforzar la opinión que Miguel Aguirre tenía del gran jefe y le amparaba para decir que lo que tenía contra él no era nada personal; simplemente no lo soportaba porque era un inútil. «*No hay que adelantarse a los acontecimientos*».

La misma Mónica Somoza torció el gesto sin querer al oír las palabras de Balmaseda, que prosiguió sin dejar que nadie interviniera.

—Quiero decir que podríamos estar ante un caso de tráfico de material nuclear.

—Desgraciadamente, todo apunta en otra dirección —se contuvo Aguirre, manteniendo la compostura.

—Ojalá fuera esa la hipótesis, pero me temo que no es así. El robo de explosivos conecta a ciertas personas con el contenedor. No, no es tráfico de nada. Creemos que se está preparando algo, pero no sabemos dónde —dijo Mónica.

—¿En España? —preguntó Balmaseda.

«*Blanco y en botella, idiota*». Le hubiera gustado decirlo en voz alta, pero Aguirre solo lo pensó. Balmaseda golpeó con los dedos la mesa y cerró la mano apretando el puño. Lo que nunca nadie hubiera deseado le iba a tocar vivirlo a él, eso sí que era mala suerte. Ya no se atrevió a tomar la iniciativa. Miró a Mónica.

—¿Qué sugieres?

—Seguir trabajando. No sabemos qué cantidad exacta había en el contenedor, en qué condiciones venía, ni si había otros elementos que se nos escapan. No sabemos si realmente quieren montar una bomba. No sabemos nada.

—¿De verdad no podría ser... contrabando? Camino de Latinoamérica, para algún cartel de la droga... —insistió él, encerrado en una nebulosa.

—Eso es algo que no podemos considerar en este momento. Tenemos que seguir trabajando. Sin descanso —respondió ella.

Mónica miró a Aguirre.

Todos los presentes habían manejado situaciones extremas durante los últimos años, pero no estaban preparados para algo así. Incluso la gente más experta se muestra en ocasiones confundida y este parecía uno de esos momentos. Por ese motivo, ninguno de los subdirectores abrió la boca para sugerir nada. Simplemente se pusieron a disposición de la directora de Inteligencia. La consigna era clara: seguir trabajando con el máximo secreto.

Mónica despachó con cada uno de sus subdirectores y exigió actualizaciones periódicas de la información, que incluía más presión sobre los Servicios Secretos europeos, a los que había que poner al día. Aguirre seguiría con su trabajo sobre el terreno y multiplicando su labor como analista: era el hombre de confianza de Mónica Somoza y ella quería su opinión. Miguel consideraba prioritario seguir el rastro del material. ¿Ante qué estaban? ¿Cuánta cantidad? Determinar su potencia era fundamental. El paso que tenía que dar a continuación era evidente: tenía que volver a la casa incendiada y comprobar si allí había también rastros radiactivos. Aguirre convocó para el día siguiente a los mismos hombres de la sección NRBQ desplazada a Valencia, terminó de despachar con sus compañeros, dejó listos sus informes y se fue a casa. Ya estaba amaneciendo. Se duchó y salió de nuevo en dirección a La Roda.

* * *

Déjà vu. La misma carretera de nuevo, la misma entrada a La Roda, el encuentro con Espinosa, el mismo recorrido hasta la casa en el campo. Todo casi igual, pero esta vez no hubo café previo, ni paseo. Aguirre lo había programado todo para que se hiciera lo antes posible. Espinosa supo que algo iba mal, ya era la tercera vez que visitaban la casa.

—Miguel, ¿qué pasa?

—Nada. Problemas.

—¿Algo que deba conocer?

—No, pero lo sabrás enseguida.

No dijo más. Cuando los hombres de la unidad NRBQ llegaron y procedieron a cambiarse, Espinosa empezó a comprender.

—¿Es algo gordo?

—No sabemos si alguien está traficando con material sensible —mintió Aguirre.

—¿Armas químicas?

—Productos... químicos —matizó.

Espinosa hizo esa pregunta al ver a los hombres enfundados en sus trajes con mascarilla, pero no cayó en la cuenta de nada más y Aguirre le siguió la corriente. Fue más fácil de lo esperado.

Los tres agentes encargados de rastrear la casa siguieron el mismo procedimiento que el día anterior en el puerto de Valencia. Ya estaban allí también analizaron el lugar desde el punto de vista bacteriológico y químico. Al igual que en el puerto, los

resultados fueron negativos, y al igual que en Valencia, los análisis revelaron que en el garaje de la casa había restos de radiactividad. El material nuclear había estado allí. Aguirre no comentó nada con los hombres de la unidad y mucho menos con Espinosa.

—Ya está. Esta vez sí que es la última —concluyó.

—¿Debo preocuparme por la seguridad del niño? —preguntó Espinosa.

—No.

—De acuerdo. Si necesitas algo más...

—Has ayudado mucho, Ricardo, no sabes cuánto. De no ser por ti...

Aguirre se calló. Espinosa sabía que no podía darle más explicaciones, así que no las pidió.

—Aquí estaremos para lo que haga falta. Espero que podáis manejar lo que demonios sea que estéis manejando.

El agente del CNI agradeció la dedicación y las palabras de ánimo de su amigo y prometió que cuando detuvieran a los hombres que buscaban se lo haría saber. A fin de cuentas, Espinosa sería parte del éxito. Los dos hombres se despidieron. A continuación, Aguirre llamó a Mónica Somoza y le puso al corriente. El material nuclear había llegado a España por Valencia y todo parecía indicar que de allí había ido a la discreta casa de campo. Una vez solucionada toda la logística para lo que fuera que estuvieran preparando los terroristas, el material se trasladó de nuevo. ¿A dónde? Ese era el punto en el que estaban en ese momento. ¿A dónde iba el material y de dónde había venido?

La primera de las respuestas era una incógnita y desvelarla correspondía al CNI. La segunda llegó pronto. Llegó de lejos, pero llegó.

Cuando se dio a conocer a los Servicios Secretos extranjeros la presencia en España de material radiactivo, poniendo en su conocimiento los datos revelados en los análisis, todos ellos se pusieron manos a la obra. Dos zonas geográficas quedaron acotadas enseguida. El este de Europa era un lugar posible y, sobre todo, África. El MI6 británico, el Mossad y la CIA se centraron en África, mientras el SVR y el FSB hacían lo propio en Rusia y sus países limítrofes.

El centro de África era un punto caliente en cuestiones como la del contrabando de material nuclear, y más concretamente la exportación ilegal de uranio. Las primeras sospechas fueron directas hacia la República Democrática del Congo, específicamente al Centro de Investigación Nuclear de Kinshasa, la capital. Esa instalación, desprotegida y casi ruinosa, contaba con dos reactores nucleares ya en desuso pero que todavía contenían residuos atómicos muy codiciados, como el uranio-235 o el uranio-238 —necesario para la obtención del plutonio—, además de barras de combustible, que en los últimos años habían ido decreciendo en número injustificadamente. No era la primera vez que parte de ese material de contrabando había sido requisado a miles de kilómetros por los Servicios Secretos de países denominados «desarrollados», antes de llegar a caer en manos de algunas mafias y

grupos criminales de países como Italia. Incluso se sabía de que parte del uranio desaparecido había acabado en Irán. La CIA, el Mossad y los Servicios Secretos de Sudáfrica tenían que emplearse a fondo y jugaban una partida perpetua en este campo. Pero, en contra de lo pensado, no se tuvo constancia de que el origen del material que había entrado en España estuviera en África.

Las dudas se despejaron cuando el Servicio Federal de Seguridad Interior ruso, el FSB, movió sus tentáculos. Con contactos e infiltrados en cada capa de la sociedad y del Ejército ruso, en mafias, en organizaciones empresariales de dudosa legalidad y en instituciones públicas, los servicios de información rusos pudieron confirmar la desaparición de una cantidad importante de plutonio-239. Determinar cuánto se hizo difícil, pero los cálculos más optimistas —una paradoja, porque en cualquier caso no dejaban de ser pesimistas, mirase por donde se mirase— hablaban de unos diez kilogramos. Eso era una catástrofe. Y más desastroso fue comprobar que no habían desaparecido de algún remoto rincón del Cáucaso, sino del mismísimo corazón de Rusia, de un lugar situado a menos de cuatrocientos kilómetros de la capital, Moscú. El material había sido sustraído de la central nuclear de Sarov, la en tiempos secreta Arzamas-16, la joya de la corona, el centro más importante de investigación nuclear de toda Rusia. A pesar de los controles para evitar que se repitieran incidentes del pasado, había vuelto a ocurrir. Se había podido mantener oculto el último de ellos, ocurrido en 1994, cuando de allí mismo se sustrajeron cuatro kilos de uranio-238, que finalmente fueron recuperados cuando una banda de traficantes estaba a punto de venderlos. Pero en esta ocasión el incidente no se podía ocultar ni por un segundo. La información pasó al SVR, el Servicio de Inteligencia Exterior y Contrainteligencia. El gobierno ruso dispuso ponerla en conocimiento del CNI, a través de su representante en la embajada de Madrid.

Igor Morózov los recibió en las instalaciones de la sede diplomática en la capital madrileña sin alterar el gesto, así que de su expresión no cabía sacar conclusiones, pues el ruso parecía vivir con una permanente parálisis facial. Los representantes del CNI que acudieron a la cita en la embajada supieron de la gravedad de los acontecimientos, no por el gesto adusto de Morózov, sino por el hecho de que los hubiera citado en la misma embajada rusa. Aparte de Balmaseda, acudieron al encuentro Mónica Somoza, el subdirector de Inteligencia Exterior, Ezequiel Garrido y el propio Miguel Aguirre, que sustituía a su jefe directo, García Verdasco, por petición expresa de Mónica Somoza.

El estupor con la que el director del CNI recibió la noticia era lo más alejado de la expresión del rostro del ruso que jamás nadie hubiera visto. Bien merecía un retrato de algún notable pintor expresionista. A Aguirre no le costó elegir uno. Munch, sin duda, el pintor que supo reflejar la angustia como pocos. Por un momento dudó si el genial pintor noruego no habría recibido en su día una señal divina que puso ante sus ojos la futura cara de Luis Balmaseda porque, por un instante, el protagonista de *El grito* y el director del CNI parecieron ser la misma persona. Pero no era momento

para bromas y Aguirre se centró en los hechos que Morózov les relató. A saber que diez kilos de plutonio-239 circulaban por algún punto de España. Diez kilos. Había motivos de sobra para que la angustia se apropiara de todos los presentes. Con esa cantidad había más que suficiente para crear una bomba atómica de aproximadamente diez kilotones.

Nuevamente fue Mónica Somoza quien tomó las riendas de la conversación, que fluyó en torno a la manera de trabajar conjuntamente en la resolución del problema. Los rusos ya estaban en ello investigando a todas las personas del centro de energía nuclear de Sarov que pudieran estar implicadas. Podría llevar algo de tiempo, pero era crucial saber quién había sido la persona que había logrado sacar el plutonio de la central para tratar de seguir el hilo. Todos los empleados, desde el último peón hasta el más notable de los científicos, estaban siendo investigados, aseguró Morózov. Aguirre sabía que era cierto, tan cierto como que el futuro que le podía esperar al culpable era más negro que una noche sin luna. No el negro de una celda sin ventanas. El negro de la muerte. Porque los perros sin alma ni sonrisa de los servicios de seguridad rusos sacarían hasta el último aliento de información al traidor que había osado comerciar con el material nuclear. Sabían cómo hacerlo porque les sobraban métodos. Aguirre estaba seguro de que pronto tendrían noticias de la persona en cuestión, aunque dudaba de que pudieran disponer de más información, pues esa misma persona sabía que si lo detenían debía darse prisa en consumir la única opción que podía tomar en ese momento en su vida y que, paradójicamente, consistía en quitársela. Si no, los hombres sin sonrisa ni alma lo harían por él. Y se tomarían su tiempo.

* * *

—¿Para qué lo quieres?

—Para equilibrar el mundo.

Alexander Koltsov llevaba en este planeta setenta y siete años. Tenía buen porte y su mente todavía se mantenía joven, aunque el devenir de los acontecimientos había envejecido su alma hasta casi desintegrarla.

Alexander nació en Kiev justo el año en que Járkov dejó de ser la capital de la República Socialista Soviética de Ucrania. Era hijo de un militar bolchevique natural de la región y de una profesora originaria de la ciudad rusa de Tula. Ambos comunistas convencidos. Habían vivido la revolución, habían visto a la Unión Soviética convertirse en una potencia mundial y, por suerte para ellos, no habían podido ser testigos de la decrepitud del sistema, de cómo el imperio rojo se consumió casi de forma instantánea para renunciar a su esplendoroso pasado. Mejor así, porque no lo hubieran podido soportar.

El joven Koltsov heredó de su padre un sentido de la disciplina a prueba de bombas y una inalienable motivación ideológica, la única que había conocido pero que colmaba sus aspiraciones de lograr un mundo donde nadie tenía por qué ser más

que el vecino. Y de su madre tomó una prodigiosa inteligencia que canalizó hacia la ciencia, de modo que el joven de cabeza privilegiada fue elegido para servir a la patria en el campo de la física nuclear. Su talento siguió desplegándose en Moscú donde acabó formando parte de esa élite de desconocidos cerebros privilegiados que harían de su país una temible potencia. De eso hacía mucho tiempo.

Solo unos meses atrás, Alexander Koltsov, que ya apenas visitaba su ciudad natal, paseaba por una renovada Kiev con el rostro circunspecto. Había aprovechado unos días libres para visitar a su hija, a quien veía poco pero con la que nunca había dejado de tener contacto. Y fue allí donde, lejos de miradas sospechosas, había fijado el penúltimo encuentro con el hombre moreno de modales delicados que había llegado de ninguna parte.

Aquella mañana anunció a su hija que se iba a dar un paseo, como solía hacer. En esa ocasión, el clima casi primaveral acompañaba. Huyó del metro y prefirió acercarse al centro en tranvía. Le recordaba a su infancia. A pesar de no gustarle el mundo en el que vivía, disfrutó de los recuerdos. Sentía atracción por los ríos; no sabía de dónde le venía esa querencia, pero lo cierto es que no podía evitarlo. Pasear cerca del Dniéper le relajaba, sentir la humedad lo despertaba, le mantenía alerta. Desde siempre. Lo mismo le ocurría con el Moscova y también con el Sarovka. Le gustaban los ríos. Como disponía de toda la mañana, optó por acercarse a la catedral de Santa Sofía, desde donde divisó la ciudad y contempló el río una vez más, reconoció cada lugar de la capital y trató de separar en su mente lo nuevo de lo viejo. Cada vez que iba a Kiev, que era cada mucho, algo había cambiado, todo iba demasiado deprisa y sentía que no era bueno; le desagradaba. Luego tomó un tranvía que le llevó a la plaza de la Independencia, la Maidan Nesaleshnosti, en el bulevar Kreschatik. No le gustó verla renovada, con esas dos especies de extraños obeliscos, un centro comercial subterráneo y rodeada de establecimientos comerciales. No era el recuerdo que quería guardar. Se le hacía tarde, así que, finalmente se dirigió a su lugar de destino, al otro lado del río, a la calle Andriy Malyshko.

El punto de encuentro estaba fijado en el número uno, en una mole rectangular: el hotel Bratislava. Seco, feo, rancio, antiguo. Con treinta años a sus espaldas o, mejor dicho, sobre sus cimientos, el edificio mantenía una pose soviética imposible de disimular. Había sido remodelado, pero todavía expedía un olor a caverna comunista. Las paredes habían cambiado de color, aunque la distribución de las estancias y los pasillos poco acogedores seguían sin poder esconder su historia. Solo había estado una vez allí y de eso ya hacía veinticuatro años.

Todo había cambiado a su alrededor, esa era la triste realidad. A Alexander Koltsov no le costó reconocer que aquellos tiempos, que aquellos ideales sobre los que había construido su vida, nunca más regresarían. El mundo iba muy deprisa y todos sus compatriotas, todos sus camaradas, habían renunciado al sueño de un mundo donde todos habrían de ser iguales, habían claudicado como vulgares traidores a los que se convence con la promesa de una simple miga de pan, eso sí,

envuelta en papel de celofán con lazo rojo. Tantos años para nada. Por eso, cuando todos los sueños de un futuro comunista compartido con más pueblos se esfumó y la gran diosa soviética sucumbió a los encantos del capitalismo, las palabras de aquel hombre moreno de portos delicados parecieron tener sentido. «*Para equilibrar el mundo*». La decisión le había llevado tiempo tomarla, pero lo había hecho. Se sentó y esperó.

Después de estudiar en Moscú y formarse con los mejores, Alexander Koltsov fue forjando una trayectoria impecable, en lo personal y en lo profesional, orgulloso del trabajo que realizaba y de ampliar sus conocimientos con camaradas de otros países que compartían sus mismos ideales. En 1970 fue destinado al ultrasecreto centro de Arzamas-16, el corazón de la investigación nuclear soviética. El centro que no existía. O sí, pero nadie sabía dónde. Construido en un pequeño y poco accesible enclave llamado Sarov, a cuatrocientos kilómetros de Moscú, donde en un principio solo se asentaba un monasterio, perdido en el centro de Rusia y lindando con la República de Mordovia, los soviéticos establecieron allí la punta de lanza de la investigación nuclear, el lugar donde gran cantidad de armas atómicas vieron la luz, entre ellas la temible bomba H que desarrolló Andrei Sajarov. Debido a su importancia, la ciudad que fue creada en torno al centro de investigación desapareció de los mapas y cambió su nombre por el de Arzamas-16, la ciudad cerrada, la ciudad secreta, el paraíso para cualquier físico nuclear. Allí desarrolló su carrera científica Koltsov, allí permaneció fiel a sus principios y a sus conocimientos, enfrentado incluso a Sajarov, que acabó cayendo en desgracia y deportado en su propio país por suavizar su discurso sobre las armas atómicas.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se desmoronó, pero Koltsov siguió trabajando para su patria. Arzamas-16 recuperó el nombre de Sarov, siguió manteniéndose como una ciudad cerrada con un gran porvenir científico, pero acariciada por los aires aperturistas que soplaron ya no era lo mismo. El amargado y recientemente viudo Alexander Koltsov empezó a quejarse del nuevo mundo, tantos años luchando contra el enemigo occidental para acabar convertidos en lo mismo cuando todavía estaba todo por hacer. Sin saber muy bien cómo, encontró compañeros de conversación que añoraban los viejos tiempos y pronto entró en su vida una persona que empezó a tantearlo para contribuir a la causa de los pueblos oprimidos, aquel hombre de modales delicados que un buen día le preguntó acerca de la posibilidad de facilitarle plutonio. Primero lo consideró una broma, luego le resultó indiferente y finalmente se lo acabó tomando en serio.

—¿Plutonio? ¿Para cometer un atentado? No soy un terrorista —dijo Koltsov.

—A los terroristas de traje y corbata hay que combatirlos con métodos terroristas. Mira todo lo que han hecho. El mundo es suyo, ¿te parece justo?

Con su modo de vida insuperable, con su exportada todopoderosa libertad, se estaban haciendo con el mundo a base de explotar y chantajear al resto del planeta. No, no era justo.

—¿Para qué quieres el plutonio?

—Para equilibrar el mundo.

Koltsov prometió pensárselo. Hubo varios encuentros, siempre breves y discretos, hasta que un día anunció que tenía algo que decir. La mejor manera de tratar el tema era lejos de Sarov, en Kiev, durante una de las contadas visitas que hacía a su hija.

Y, por fin, allí estaba, esperando a su interlocutor en el hotel Bratislava, determinado a contribuir a la causa, asqueado del mundo que le había decepcionado. Ceder el plutonio era una manera de descargar esa rabia aderezada con apatía que llevaba dentro contra un sistema que no había estado a la altura de las circunstancias. Y al mismo tiempo era también una manera de sacar provecho material de ese acto de ira. Una incongruencia más, rabia hacia el capitalismo pagada con dinero para llevar una vida capitalista. Ese acto despechado de melancólica apatía se había acabado convirtiendo en una transacción económica que pervertía su gesto y lo descargaba de razón ideológica. Pero Koltsov no podía reprocharse nada; también era víctima de sus propias contradicciones, como cualquier mortal, como el estado descompuesto del que formaba parte. Lo sabía y sentía asco; ojalá el mundo pudiera destruirse para empezar de nuevo de cero. Con todas sus fuerzas lo deseaba.

Su interlocutor se sentó a su lado. Hablaron poco; simplemente concretaron la manera en que el científico le pasaría diez kilos de plutonio-239.

—¿Es seguro sacar esa cantidad del centro nuclear?

—Ya está fuera —dijo Koltsov.

Hacía tiempo que había tomado la firme decisión de colaborar y no había perdido un minuto. De forma discreta, el científico había dedicado buena parte de su tiempo a realizar el trabajo con el que se había comprometido: sacar el plutonio de las instalaciones nucleares.

Los siguientes minutos los dedicaron a repasar la manera en que se haría la entrega. Simples detalles. Con discreción. Diez kilos de plutonio que pronto iniciarían un viaje que empezaría en dirección a Mordovia. Fácil, muy fácil, y más si nadie estaba sobre aviso.

* * *

Todas las hipótesis habían ido convergiendo en una dirección que no podía augurar nada bueno, pero la esperanza es siempre lo último que se pierde. Si nunca antes se había llevado a cabo la amenaza que sospechaban, ¿por qué tenía que ser esa la primera vez? Ya se habían equivocado anteriormente. No era tráfico de drogas, no era contrabando de armas convencionales, no era un ataque químico... ¿Por qué tenía que ser un ataque nuclear? En ese punto se encontraban los investigadores, simples mortales que, como seres imperfectos, no dejaban de buscar inconscientemente la manera de engañarse a sí mismos y trataban de aferrarse a teorías que los liberasen, que les dieran seguridad. Era un mal sueño; a nadie se le podía pasar por la cabeza

algo semejante. ¿O sí? De momento era una hipótesis de trabajo que era necesario poder descartar.

Había prisa. Si una bomba atómica fuese como fabricar un coche, nuevamente habría tocado trabajar delante de una pantalla de ordenador, multiplicando el número de hombres asignados a esta nueva misión de rastreo. Aguirre coordinaría este trabajo en el que seguirían la pista a todo circuito comercial de ventas de componentes, legal o ilegal, necesario para hacerse con los elementos imprescindibles para la fabricación de una bomba de tales características. La mecánica de trabajo sería la misma que la utilizada con el contenedor: buscar y analizar, hacer acopio de información por separado, piezas, permisos, aduanas. Cualquier elemento. Una vez reunidos los datos, cuando se relacionaran unos con otros, la figura representada en el rompecabezas comenzaría a cobrar forma. Sería como realizar una gran división de quebrados, en la que uno empieza a simplificar arriba y abajo y todo se despeja facilitando el resultado. En esa labor de análisis se afanarían durante horas y horas, quizá días, los mejores analistas de la casa. Mejor dicho, todos, lo cual incluía a los mejores. Pero el mal sueño llevaba camino de ser una pesadilla porque no buscaban un coche. Solo tenían treinta kilos de TNT robados en Austria y diez kilos de plutonio. El origen del resto de componentes era imposible de localizar. Por desgracia, con muy poco se puede hacer mucho daño. Casi imposible de rastrear. Y, aún así, eso era algo que jugaba a favor de la investigación, pues habría sido peor si los terroristas se hubieran hecho con un maletín nuclear. Porque existir, existían. O existieron. Y, para qué engañarse, si existieron significaba que existen.

Durante la guerra fría, en esa espiral de locura incontrolada que vivieron las dos irresponsables superpotencias mundiales, ambos bandos acometieron la fabricación de bombas atómicas portátiles. Los estadounidenses, como una forma más de reforzar su superioridad, y los soviéticos, para tratar de equilibrar las fuerzas. El hecho es que la Inteligencia militar soviética, el temido GRU, tuvo en sus manos una ingente cantidad de bombas del tamaño de una maleta similar a las usadas como equipaje de mano. Maletines con una capacidad de un megatón, capaces de ser armadas en media hora, material ultrasecreto del que nada se sabía y de cuyo paradero nada se sabe. Por su naturaleza secreta, siempre inmune al control armamentístico. Pero, no parecía que ninguno de esos maletines hubiera caído en manos de Zariâb y eso daba un cierto respiro a los investigadores, ya que una bomba de fabricación casera debía tener unas mayores dimensiones y necesitaba un tiempo para montarse, una vez sabido que sus diversos componentes habían viajado desde sitios distintos. Supuestamente, desde Austria por carretera, el TNT, un explosivo no plástico, bastante rígido, ideal para iniciar la detonación de un artefacto nuclear; y por mar, el plutonio.

A estas alturas, Aguirre seguía haciendo cébalas. Zariâb no había dejado nada a la improvisación; el plutonio había estado en la casa del pueblo de Albacete, pero no el TNT, lo que significaba que habían tenido destinos diferentes. Ahora mismo, todo ese material y el resto necesario estaba en algún lugar de España. Pero, ¿dónde?

Sin tiempo que perder y con buen criterio, Luis Balmaseda solicitó una reunión de urgencia al más alto nivel. Cuando había tenido que dar buenas noticias, siempre lo había hecho personalmente y ahora que venían mal dadas era de justicia obrar del mismo modo. Su cara no había mudado de color; seguía manteniendo una tonalidad pálida de puro expresionismo. El presidente del gobierno, avisado de la gravedad de los hechos, fijó la cita cuatro horas después en el mismo palacio de la Moncloa en un encuentro que tenía carácter de secreto, por lo que, en un primer momento, solo acudiría un número limitado de personas. El presidente, el ministro de Defensa, el ministro de Interior, el secretario de Estado de Seguridad, el director del CNI, la directora de Inteligencia y Miguel Aguirre, descubridor de la trama y quien mejor podía informar del asunto.

Cada uno de los asistentes llegó por separado en momentos diferentes. Mónica quiso que Aguirre la acompañara en el mismo coche. El presidente tenía cuarenta y cinco minutos disponibles antes de partir hacia un acto oficial donde estaría presente el rey y este no podía esperar, así que tendrían que aprovechar el tiempo.

Durante el trayecto, Mónica y Aguirre hablaron poco; todo lo que tenían que saber ya lo habían comentado anteriormente; los dos estaban al tanto de todo.

—Si te preguntan, contesta, pero no te pases —dijo ella.

—No les voy a morder.

—Son políticos, así que modera tu discurso.

—Trataré de vocalizar —bromeó Aguirre con su proverbial ironía.

Pero era una broma que tenía todo el sentido del mundo. Aguirre no sabía muy bien por qué extraña razón los políticos eran incapaces de comprender lo que se les decía cuando no se les hablaba en clave política. Se sentían como peces fuera del agua. Según él, tenía mucho que ver con su incapacidad natural para procesar temas que requerían un mínimo de raciocinio al margen del puro interés personal en la lucha política.

Durante el breve trayecto que unía la sede del CNI con la residencia del presidente del gobierno, Aguirre se dedicó a mirar por la ventanilla. Iban camino de una reunión para dar una de las peores noticias de la Historia, mientras a su alrededor todo continuaba con la normalidad de siempre. En el hipódromo de la Zarzuela, los caballos, montados por enjutos jinetes, entrenaban bajo la supervisión de exigentes cuidadores, cronómetro en mano. En los cercanos campos de golf, ejecutivos y jubilados se afanaban por no perder bolas y justificar sus fallos en la antigüedad de un determinado palo de golf o en una vieja lesión de espalda mal curada. En los clubes deportivos, jóvenes y no tan jóvenes terminaban sus partidos de tenis. Y en medio de todo eso, cientos de vehículos circulaban por las autovías y sus desviaciones, que se repartían como terminaciones nerviosas por la zona oeste de Madrid. Todos ellos ajenos a los problemas de los demás, todos ellos ajenos a lo que se le venía encima a un país.

Aguirre recordó de repente que en esos días previos se había propuesto pasar más tiempo en casa, pero no lo había conseguido. Sin darse cuenta, no había sido posible. Le hubiera gustado charlar de esto con Mónica durante el trayecto, pero no lo hizo debido a la presencia del agente de seguridad que conducía el vehículo, al que ni siquiera conocía. Sabía que estos hombres eran tumbas, que oían y callaban. Pero a él le daba igual que callaran; lo que no le gustaba era que oyeran. Al pensar en esta circunstancia, sonrió puesto que se consideraba a sí mismo una de las pocas personas discretas que había en Madrid, una ciudad que era particular hasta para eso. Fue de lo que más le sorprendió cuando llegó a la capital hacía ya muchos años: la gente no tenía pudor al hablar en público de sus asuntos. En el metro, en el autobús, en cualquier sitio, la gente comentaba de sus intimidades sin ninguna vergüenza, ajena a la presencia de desconocidos. Madres e hijas charlando sobre problemas sentimentales de última hora, vecinas dando detalles sobre cuitas familiares, compañeros de trabajo encorbatados planificando visitas a locales de alterne, jubilados explicando por teléfono en voz alta los resultados de unos análisis médicos, adolescentes cotilleando sobre sus experiencias de fin de semana con las drogas. Madrid era un chollo para cualquiera con orejas. Sí, así era Madrid, la capital de los desinhibidos, de la gente que siente la necesidad de compartir sus vidas con cualquiera, la ciudad de gente afable, la ciudad de gente necesitada de atención. Qué distintos de Aguirre, el hombre que aprendió a mantener largas conversaciones en las que no decía nada y a cambio exprimía información de su interlocutor, el hombre que heredó de su madre la costumbre de responder a preguntas con otras preguntas, el hombre que escuchaba y procesaba.

El vehículo llegó al complejo de la Moncloa y, tras pasar los controles de seguridad, un empleado de la Secretaría General recibió a Mónica Somoza y a Miguel Aguirre y los acompañó al discreto pabellón del consejo de ministros. Parecía que eran los primeros en llegar. A los cinco minutos hizo acto de presencia Luis Balmaseda y acto seguido el mismo funcionario que los recibió los acompañó a la sala del consejo.

Allí estaban los políticos. El presidente se acercó a saludar, ofreciendo su mano a los tres nuevos visitantes. Era la primera vez que se encontraba en persona con Mónica Somoza y con Miguel Aguirre. Mientras se completaban las presentaciones, y a pesar de la gravedad de los hechos, Aguirre no pudo evitar escrutar en décimas de segundo la estancia en la que se encontraba. La había visto muchas veces en televisión, con todos los ministros del gobierno posando para la prensa en los instantes previos a la celebración de un consejo de ministros. No había mucho que analizar; era muy fácil de memorizar: una sala rectangular con una enorme mesa ovalada de madera noble, paredes color crema, cuadros no figurativos que colocados en esa sala perdían todo su encanto, y enormes cortinas que, al estar corridas, impedían el paso de la luz natural. Al sentarse, en un gesto inconsciente, los políticos lo hicieron juntos, unos cerca de los otros, como miembros de una misma manada —

instinto de protección, según Aguirre—, dejando a los representantes del CNI al otro lado de la mesa. El jefe del ejecutivo se situó en medio presidiendo una mesa que se hacía demasiado grande. Una estampa un poco triste. Hubiera sido más apropiado acondicionar a los presentes en una sala más pequeña, quizá un despacho, pero el presidente, en su afán por ser cortés, con esa tendencia a la ampulosidad, había pensado que sería un detalle reunirlos en uno de los lugares más importantes de las instalaciones gubernamentales.

El ministro de Defensa^[1], como responsable del CNI se vio en la obligación de tomar la palabra para hacer una pequeña introducción y apoyarse enseguida en su protegido, Balmaseda, que repitió lo que de manera sintética ya había adelantado al solicitar la reunión.

—Tenemos indicios más que suficientes para pensar que... —tomó aire— un grupo terrorista islamista estaría preparando un atentado en España con una bomba atómica.

Tras un silencio, el ministro de Interior tomó la palabra.

—¿Por qué no hemos sido informados antes? ¿Qué clase de indicios?

—Una información así ha de ser contrastada antes de ser puesta a disposición... —trató de replicar Balmaseda.

—¿Qué clase de indicios? —repitió el ministro—. Quiero verlos.

Balmaseda, algo contrariado, miró al ministro de Defensa y al presidente del gobierno. Pero fue Mónica quien tomó la palabra.

—De momento no los va a ver, señor ministro, porque ningún documento ha salido de la sede del CNI.

Al ministro le sorprendió la educada firmeza de la directora de Inteligencia que acto seguido cedió la palabra a Aguirre para que explicara la historia desde el principio. Así lo hizo. Nadie necesitaba ver nada, ni las grabaciones de Zariâb de la sucursal, ni los resultados de los análisis radiactivos, ni nada de lo que había constancia hasta la fecha. Solo el ministro de Defensa y el presidente en última instancia podrían mover un dedo en ese sentido, pero a nadie le quedó ganas de ver nada tras el relato minucioso y contundente de Aguirre, pues esa era la mejor fotografía.

—Es peor de lo que pensaba —fue la única coletilla que acertó a decir el presidente—. ¿Dónde pretenden atacar? ¿Cuándo?

—No lo sabemos —contestó Balmaseda.

—¿Y qué podemos hacer?

—Presidente, deberíamos movilizar a todas las fuerzas de seguridad para localizar a los terroristas. Tendría que ser una prioridad... —convino el ministro de Interior, que parecía tenerle tomada la medida al presidente.

—Y ponemos carteles, no te jode —murmuró Aguirre al oído de Mónica.

—¿Me estoy perdiendo algo? —increpó el ministro.

Mónica salió al quite.

—Sería un error. Movilizar a las fuerzas de seguridad sería un gran error; significaría perder la ventaja que tenemos.

—¿Ventaja? No saben cuándo ni dónde y ¿eso es una ventaja? —la recriminó el ministro.

—Ellos no saben que nosotros conocemos sus planes, eso es una ventaja. En cuanto tengan la menor sospecha podrían adelantarlos. Sacar la Policía a la calle sería anunciarlo con altavoces —argumentó Mónica.

—Pero si trabajamos de un modo discreto... —insistió el ministro.

—¿Puede garantizar que no se filtrará a la prensa el objeto de la investigación si esto lo ponemos en manos de la Policía? —replicó Aguirre mirando fijamente a los ojos al ministro.

Al ministro de Interior no le gustó esa actitud, pero antes de que pudiera decir nada, el ministro de Defensa tomó la palabra.

—El CNI hasta ahora ha realizado un buen trabajo. Todo lo que tenemos es gracias a esta labor de investigación.

—No lo pongo en duda. Solo digo que estamos ante una amenaza muy seria —volvió a defenderse el ministro de Interior.

—Pues rememos todos en la misma dirección porque no estamos aquí para perder el tiempo —concluyó Aguirre.

Balmaseda no sabía dónde meterse, pero tenía que mostrar su autoridad.

—Aguirre, no son modos.

—¿Qué sugiere el CNI? —cortó el presidente.

—Seguir trabajando como hasta ahora, pero necesitamos más recursos —concretó Mónica Somoza—. Necesitamos a la Policía y a la Guardia Civil. Sí, su trabajo hasta ahora está siendo extraordinario, pero hace falta que sigan buscando sin saberlo, sin darles explicaciones. Buscan, pero no saben por qué. Estamos funcionando con compartimentos estancos y está yendo bien. Nuestro personal también trabaja sin conocer la razón última y las fuerzas de seguridad tampoco deberían saberla. Buscamos traficantes, nada más, ni una alusión a terrorismo, ni a radicalismo, ni a bombas.

—Parece razonable...

El presidente se acarició la barbilla y miró a todos los presentes. Estaba en fuera de juego.

—Quizá deberíamos poner al tanto al jefe de la oposición —se le escapó.

Parecía un gesto de responsabilidad política, pero Aguirre supo mirar más allá. Si el presidente involucraba al partido de la oposición, sería una manera de cerrarle la boca si todo salía mal. Faltaba menos de un año para las elecciones y el futuro no pintaba nada bien. Compartir la gestión de esta crisis repartía la responsabilidad y anulaba cualquier intento político de minar al gobierno.

—Nadie debe saber nada —volvió a insistir Mónica Somoza—. Lo que hoy hemos comentado aquí debe ser absolutamente confidencial, nadie de los aquí

presentes debe comentar nada con nadie.

—Muy bien, así será —concluyó el presidente—. De esta reunión no quedará constancia por escrito, al menos por ahora, y nadie hará ningún informe hasta ver cómo discurren los acontecimientos y valorar de nuevo la gravedad de los hechos.

«¿Valorar la gravedad de los hechos? ¿Pero qué se cree que hemos estado haciendo estas semanas?», rabió por dentro Aguirre.

—Sería bueno saber cuál es el objetivo del plan terrorista y para cuándo está previsto —insistió el presidente.

—No puede ser tan fácil montar una bomba de esas características —prosiguió el ministro de Interior—. Deberíais poder hacer un cálculo, para eso sois los Servicios Secretos.

Balmaseda se puso nervioso, sin saber muy bien qué decir, pero no quería quedar como un inútil.

—No lo sabemos todavía, pero pongamos que un par de meses o tres...

—Yo no daría fechas mientras no tengamos indicios en los que apoyarnos —cortó Mónica Somoza.

A lo largo de los siguientes treinta minutos se consolidó la estrategia. Era labor del Ministerio de Interior movilizar sus recursos humanos para seguir buscando a Atiq Zariâb de modo discreto para no levantar ninguna sospecha, especialmente entre los medios de comunicación. Además, se coordinó la utilización de forma casi prioritaria del sistema integrado de interceptación telefónica, SITEL. Este maquiavélico sistema de escuchas era competencia Exclusiva del Ministerio de Interior, bien lo sabía Mónica, por eso había sido inteligente y, sobre todo diplomática, al haber empezado adulando la capacidad de las fuerzas de seguridad del Estado —sobre las que mandaba el ministro de Interior—, justo al tiempo que insistía en la necesidad de que cuanto menos supieran, mejor. Mónica quería que el Ministerio no interfiriera en el trabajo del CNI, sobre el que no tenía autoridad, pero cuyos recursos necesitaba. Sus agentes, por ejemplo, y el sistema de escuchas. Los necesitaba, pero pasando por encima del ministro. Apelar al requisito indispensable de que nadie supiera nada, aparte de imprescindible era inteligente, pues obligaba al ministro a colaborar dejando «sus recursos» en manos del CNI.

El ministro de Interior era perro viejo; poseía un cierto sentido de la responsabilidad patriótica, pero también el don de la búsqueda permanente de la oportunidad. No dudaba de que todo acabaría con éxito —siempre era así— y, por tanto, controlar la operación también le permitiría controlar los tiempos, tan necesarios en política. SITEL quedaba a disposición del CNI. Importante. Los terroristas tendrían que ponerse en contacto con alguien en algún momento, tendrían que cometer un error. Si eso ocurría, el CNI tenía que saberlo. Todos los teléfonos de posibles sospechosos o conectados con posibles sospechosos serían objeto de examen, cientos de llamadas serían intervenidas y decenas de conversaciones

grabadas, interpretadas y analizadas cada día atendiendo al criterio de pronunciación de palabras sospechosas.

Durante toda la reunión, solo una persona no había abierto la boca: el secretario de Estado de Seguridad, el número dos del Ministerio de Interior. ¿Para qué estaba allí? Aguirre llevaba toda la reunión haciendo cébalas, porque sabía que algo iba a ocurrir. Pronto salió de dudas. Al terminar, el presidente anunció que pondrían a una persona a trabajar con el CNI, un enlace directo con el ministro de Interior y el gobierno: el secretario de Estado de Seguridad. Esta idea no pareció gustar al ministro de Defensa.

—Presidente, creo que tal y como venimos funcionando hasta ahora...

—Las decisiones no las puede tomar el Ministerio de Defensa. No estamos hablando de mandar tropas al extranjero —se adelantó el ministro de Interior.

No estaba siendo justo; pretendía separar la gestión del Ministerio de Defensa a base de argumentar incorrecciones. Por supuesto que era misión del Ministerio de Defensa. Precisamente para separar los temas militares de los civiles, hacía poco más de cinco años que se había creado un departamento independiente, el CIFAS, que se ocupaba de la Inteligencia militar y funcionaba al margen del CNI. Por tanto, el ministro de Interior no hablaba con la mejor de las intenciones, lo que hacía visible una lucha por el control de la crisis. Para evitar suspicacias, el ministro de Interior suavizó su discurso.

—Es una manera de agilizar el tema. Hablamos de terrorismo dentro del territorio nacional y todos sabemos de quién es jurisdicción. Sería bueno no dispersarnos.

—El Ministerio de Interior estará permanentemente informado —trató de insistir el ministro de Defensa.

—No puede estar al tanto de lo que ocurre; debe ser parte de lo que ocurre —justificó el presidente.

Tenía su lógica. El ministro de Interior había conseguido lo que buscaba: tener la narices metidas en medio de todo el proceso y controlarlo. El ministro de Defensa no puso más objeciones; no quería ser un obstáculo ni poner en peligro su posición en el gobierno, así que no tenía sentido buscarse problemas. Mejor así, pensó. Si todo iba bien, el éxito del CNI era el éxito del Ministerio de Defensa. Si todo iba mal, la responsabilidad recaería sobre el Ministerio de Interior. Acostumbrados a las rencillas políticas y a las batallas por pequeños ámbitos de poder, esos hombres de corbata parecían no darse cuenta de la gravedad de los hechos a los que se enfrentaban.

Mientras les escuchaba comportarse como niños, Aguirre dejó una parte de su cerebro pendiente de la conversación y el resto lo dedicó a imaginar, con su proverbial capacidad, a esos burócratas en medio de una zona desértica. Los visualizó en ropa interior mientras desde lo alto de un otero un grupo de profesionales hacía prácticas de tiro utilizándolos a ellos de referencia. Primero, haciendo blanco a dos metros. Luego, lo más cerca posible. Los imaginaba incapaces de tomar la decisión de echar a correr, de dispersarse; los veía poniéndose de rodillas moviendo los brazos

suplicando compasión. De lejos parecían patos intentando echar a volar. Pobres ilusos. Si todo salía mal, daba igual de quién fuera la culpa porque nadie estaría ya en este mundo para reprocharse nada. Juan Carlos Cortés, número dos del Ministerio de Interior, secretario de Estado de Seguridad, pasaba a ser los ojos del ministro de Interior en todo el operativo. El grano en el culo, si a Aguirre le hubieran pedido opinión.

La reunión se dio por finalizada; todos se despidieron de modo educado y desaparecieron camino de sus respectivas ocupaciones. El presidente, de forma indiscreta a una cita con el rey rodeado de coches con sirenas y luces azules que le abrieron paso por las calles de Madrid. Los demás, sin hacer ruido, en sus vehículos oficiales.

Antes de subir al coche con Mónica, Aguirre escribió el epílogo.

—No me vuelvas a traer a esta mierda de reuniones.

* * *

Atiq Zariâb no podía haberse esfumado; el terrorista afgano tenía que estar en algún lugar de la geografía española, esa era la premisa sobre la que trabajaban los investigadores. Los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado tenían el encargo de encontrarlo, pero sin que su nombre fuera impreso en la lista de los delincuentes más buscados. Su foto con otro nombre estaba ahora en los archivos de búsqueda policial. A su captura no se le había dado el rango de urgente, ni a él se le había catalogado como muy peligroso, de momento. El CNI necesitaba a la Policía, pero paradójicamente precisaba la mayor discreción posible sin que las propias fuerzas de seguridad fueran advertidas de este detalle. Los medios de comunicación contaban con sólidos contactos en la Policía y la Guardia Civil y era obligado que la noticia de la búsqueda no trascendiera. Atiq Zariâb, a efectos de su búsqueda, era un traficante de droga. Uno más.

Efectivamente, el afgano estaba en España. Pero poco adelanto suponía esa información; quinientos cinco mil kilómetros cuadrados componían una superficie demasiado extensa. Los servicios de seguridad no tenían ni idea de dónde se podía esconder el escurridizo terrorista. ¿Una ciudad grande? ¿Un pueblo discreto y apartado? Ajeno a las investigaciones de los Servicios Secretos españoles, Atiq Zariâb circulaba tranquilo por Madrid. Previamente había pasado unos veinte minutos en el Mercadona de la calle Bravo Murillo realizando una compra que completó sin ningún contratiempo. No llamó la atención; Zariâb sabía lo que hacía y dónde lo hacía; la zona era un barrio multicultural, aunque con predominio de gente procedente de países latinoamericanos y él podría pasar sin problema por uno de ellos.

En esta ocasión no iba al volante del vehículo de gran cilindrada con el que se había desplazado anteriormente. Por muy pequeño que fuera el niño de la bicicleta, no podía confiar en que no hubiera podido dar alguna pista sobre las características

del coche, color, marca, incluso algún dato de la matrícula. Así que, experto en artes criminales, sabía guardarse las espaldas y ahora conducía un discreto Volkswagen Polo negro, ni muy limpio ni muy sucio, el coche perfecto para pasar desapercibido. Sin ayuda de un GPS, parecía desenvolverse con soltura por esa tela de araña que formaban las calles y circunvalaciones de Madrid. O llevaba tiempo en la ciudad, o ya había estado en otras ocasiones, o este trayecto ya lo había realizado más veces en los últimos días. Tras acceder a la plaza de Castilla y realizar un par de cambios de dirección, enfiló una de las salidas de la capital. El tráfico poco a poco se fue descongestionando y Zariâb, siempre pendiente del retrovisor y de los coches que lo seguían, se relajó. Pudo continuar su viaje con tranquilidad, incluso contemplando el paisaje. Dejó a un lado un complejo militar y, con el horizonte despejado, al cabo de un rato divisó lo que ya se había convertido en una referencia para él, la torre de la iglesia de un pequeño pueblo pegado a la carretera. Luego se desvió de la autovía, aunque al llegar a la localidad no se metió en ella ni pasó de largo. En una rotonda a la entrada hizo un giro y acabó por tomar la desviación hacia un pequeño polígono industrial. Como tenía por costumbre, dio varias vueltas para comprobar que nadie lo había seguido y finalmente se detuvo frente a una de las naves de tamaño medio que jalonaban algunas de sus calles. Salió del coche con las bolsas de la compra y se metió en el almacén, donde estaban ya sus dos hombres, Elquasabi y Haykal. No hubo mucho de qué hablar, solo de las novedades de las últimas horas, pero estas eran inexistentes, así que el parte de los hombres fue breve. Esa ausencia de noticias era motivo de celebración; todo estaba yendo según el plan previsto. Anocheceía y Zariâb no iba a quedarse mucho más allí; la naturaleza de su misión exigía, como comando organizado que eran, no estar demasiado tiempo juntos.

La nave tenía unos doscientos metros cuadrados y estaba poblada de material de chatarra y viejas estanterías metálicas, herencia de anteriores inquilinos que habían redistribuido la planta del local creando varios ambientes, de manera que hasta se podía decir que era acogedor en su penosa decoración con marcado aire de taller. Varias máquinas fresadoras y herramientas pesadas llevadas por los terroristas se distribuían por el espacio que quedaba libre más al fondo, oculto a los ojos de curiosos que, por cualquier casualidad o fallo, pudieran asomar el cuello hacia el interior de la nave. Junto a esa maquinaria había una mesa cuadrada y cuatro sillas.

Elquasabi se ocupó de las bolsas de la compra y metió su contenido —en su mayoría comida preparada— en un frigorífico que había situado en un pequeño cubículo que en tiempos sin duda había funcionado como oficina en la que además había un par de sofás, una destartada mesa de despacho, dos sillas y un microondas. El frigorífico pasó de estar casi vacío a rebosante. O los dos sicarios iban a pasar un tiempo allí metidos o esperaban visita o, por qué no, las dos cosas.

Mientras Elquasabi se hacía cargo de la intendencia, Zariâb se dedicó a revisar embelesado el material que allí mantenían escondido. No era para menos; poca gente estaba en disposición de tener esa sensación de poder que a él lo embargaba. Ante sus

ojos se presentaban los elementos necesarios para fabricar una bomba atómica que según sus planes en poco tiempo cumpliría su cometido. Volvió a revisar las herramientas, las tocó, las acarició, mientras sus ojos brillaban. Estuvo tentado de abrir, como ya había hecho días atrás, una caja de plomo donde reposaba el plutonio, pero se contuvo y volvió a dejar todo como estaba.

* * *

Una de las ilusiones de Eva era viajar por Francia. De joven lo había hecho. Era un país que le gustaba, sobre todo aquellas partes que no estaban masificadas. Nada de la Costa Azul; ella prefería el rural francés, admiraba lo ordenados y limpios que eran los pueblos del país vecino. Uno de sus deseos era realizar un recorrido por la ruta de los castillos del Loira. Sí, era turístico, pero tranquilo. No sabía muy bien de dónde le venía ese deseo, quizá de las fotografías que había visto en revistas, pero el caso es que tenía antojo de ríos, castillos, campiña... Viajar en coche era algo que la atraía; siempre había sido muy echada para adelante. Con sus compañeros de carrera había hecho varias escapadas alocadas durante su periodo universitario, de esas que apenas se piensan; solo había que alquilar un coche entre cinco amigos y poner rumbo a cualquier punto que tuviera algún tipo de interés, generalmente relacionado con el arte o la arquitectura. Así había hecho con Roma, con París, por supuesto, y con Berlín. Ah, Berlín. Aquella aventura sí que había estado bien, Berlín en invierno. Madrid-Berlín del tirón, casi sin parar, sin dormir. De Madrid a San Sebastián a comer. De San Sebastián a París a desayunar. De París a Hannover a cenar. Y de Hannover a Berlín por una autovía que de madrugada se hacía interminable. Dos días en Berlín para contemplar una mitad de la ciudad en plena descomposición y la otra en pleno crecimiento. Y vuelta a Madrid.

Noruega también llamaba su atención; no había estado nunca. Pensando, se había dado cuenta de que no podía dejar de encontrar destinos apetecibles, aunque todos eran trayectos para hacer en coche. No, no era ese el tipo de viaje que le convenía; el coche significaba Europa y ella no quería eso, por dos motivos. El primero, porque Europa significaba proximidad: temía que en cualquier momento el teléfono de su marido sonara y tuviera que regresar a Madrid de urgencia; no sería la primera vez. Tenían que irse lejos. Y segundo, era un viaje para descansar, para olvidarse, para relajarse, para reencontrarse. Daba igual el destino, pero lejos. Avión. Océano Atlántico. No fue muy original, pero se decidió por Puerto Rico. Podrían pasear por el viejo San Juan dos días y podrían descansar y no hacer nada en Vieques durante cinco más.

Hizo todo lo posible por salir pronto del estudio. Esa noche oyó a su marido llegar a casa. No era tan tarde y sonrió; había veces que no aparecía hasta la madrugada. Se acercó a él.

—Ya está. Ya lo he hecho —le dijo ella.

—¿El qué?

—¿El qué va a ser? —replicó algo contrariada—. El viaje.

Eva le mostró las reservas impresas. El gesto de Aguirre le no gustó. Él escrutó los papeles en busca de fechas.

—Eva... Tenías que habérmelo dicho.

—Lo hablamos, ¿no lo recuerdas? Me dijiste que me encargara yo.

—Sí, pero debiste volverme a... Por las fechas.

—¿Qué ocurre?

—No sé si voy a poder.

Eva se desesperó. Su sonrisa desapareció. Era jueves. Nadie sabía que era, además, el día de la última sonrisa de Eva Estévez. Antes de que pudiera decir nada, Miguel continuó.

—Creo que no voy a poder. Dentro de diez días es muy pronto.

—Pues lo cambio, yo podría retrasarlo una o dos semanas.

—No lo sé. Creo que no. No, definitivamente no voy a poder, estoy metido en un marrón de cojones.

—Siempre tienes algo —protestó su mujer.

—No, esto es importante.

—¿De qué se trata? —insistió ella.

—No te lo puedo decir, ya sabes que...

—Siempre estás ocupado, siempre eres imprescindible, siempre piensas primero en tu trabajo.

—No, en esta ocasión es diferente.

—No, Miguel, es siempre igual. Déjalo estar.

Aguirre trató de arreglar la situación, pero Eva no se lo puso fácil. A decir verdad, no se lo puso.

—Quizá nos precipitamos al hablar de fechas —terció conciliador—. Solo son eso, fechas.

—Siempre es eso, Miguel. Nunca puedes, es como si tu familia no te importara nada. Y yo no tengo paciencia; te prometo que se me está acabando.

Aguirre no quería decir nada, pero le salió.

—Tú también estás ocupada; no eres la única a la que le importa su trabajo. Si pudiera, lo mandaría todo a la mierda, pero es que no puedo. Y menos ahora. Joder, Eva, no puede ser tan difícil de entender.

Eva no le dijo nada. Pero Aguirre lo remató y fue ahí cuando lo echó todo a perder.

—Ya sabías lo que había cuando te casaste conmigo.

Mientras pronunciaba esta frase, ya se estaba arrepintiendo, pero las palabras salieron de su boca hasta el final e impactaron en el corazón de Eva como una bala. Y eso duele más que una bofetada, duele muchísimo porque es como un puñetazo que impacta en la cara, pero, lejos de detenerse, penetra en el cuerpo como un rayo de tormenta, destroza las entrañas y se aloja en el alma para quemarla. Eva cerró la

puerta tras de sí, llorando. Aguirre se sintió miserable. ¿Por qué siempre han de pagar los más débiles, los más próximos? ¿Por qué no podía haberse comedido, qué le hubiera costado? Sabía hacerlo, lo practicaba todos los días. ¿No se creía un ser por encima del bien y del mal? ¿No era el individuo equilibrado que todo lo controla? ¿Cómo arreglar una situación así? ¿Debía decirle en qué lío andaba metido? ¿Ayudaría eso en algo? No, claro que no. Justificaría la negativa a viajar, pero haría partícipe de un problema descomunal a alguien que no lo merecía ni estaba preparado para asumirlo. Era lo malo de su trabajo, nunca podía irse de la lengua. En otras circunstancias, en otro momento, ella lo hubiera entendido, pero eran ya muchas gotas de agua en el vaso. Aguirre no sintió la necesidad de ir a la habitación, tocar en la puerta y hablar con su mujer. Eso era lo terrible; era probable que él fuera el problema.

Su hija todavía no había llegado a casa.

* * *

El día era como cualquier otro, no llovía, la temperatura era agradable, pero a mediados de octubre ya empezaba a refrescar. A media mañana el sol lucía y algunos estudiantes aprovechaban esos rayos solares para departir al aire libre y fumar un cigarrillo. No era una de las zonas de mayor concentración humana de todo el campus universitario y por eso mismo era una de las más agradables. Situada junto a las facultades de Químicas y de Matemáticas, la de Ciencias Físicas ofrecía esa pequeña cortina de privacidad que muchos cerebritos demandaban. Nada era especialmente atractivo a la vista. Todo era tranquilo, hasta el trasiego de estudiantes. Qué diferente de otras facultades, como la de Bellas Artes o Periodismo, auténticos zoológicos de animales recién despertados a la vida con apetito voraz y una ignorancia directamente proporcional a su autoafirmación. La facultad de Ciencias Físicas de la Universidad Complutense de Madrid no era ni el centro del universo, ni una pasarela de moda, ni la capital del cambio mundial. Era simplemente un lugar donde cada día se parecía demasiado al anterior y al siguiente.

Mir Sánchez Jamali era un cerebro privilegiado que podría pasar por un estudiante de los últimos cursos debido a su aspecto casi aniñado, su figura delgada y su carácter apocado. Era un joven reservado, pero muy próximo cuando le reclamaban. Preocupado por los demás, se diferenciaba de los otros profesores en que siempre estaba disponible para hablar de las clases fuera de ellas, para explicar conceptos que no estaban claros, para revisar exámenes. Era un buen profesor, uno de esos que todavía no había caído en la rutina de un puesto que aproxima más a la categoría de funcionario que a la de docente o investigador. Tenía treinta y un años pero acumulaba una gran formación académica, herencia de su padre, y una gran humildad en su carácter, herencia de su madre pakistaní. Era doctor en Físicas, especializado en Física Atómica, aunque su apetito de conocimiento y sus cualidades lo habían llevado a titularse también en Ingeniería de Materiales y en Ingeniería

Electrónica. Lo tenía todo. Dominar todos los aspectos de la carrera de Ciencias Físicas lo había acreditado para ejercer la docencia con autoridad y ahora desempeñaba su labor en el departamento de Física Atómica, Molecular y Nuclear. Durante el primer cuatrimestre, daba clases en quinto curso de Física Nuclear y de Partículas y en el segundo cuatrimestre impartía la asignatura de Física Atómica y Molecular a los alumnos de cuarto curso. Él había insistido en hacerlo así. Era un profesor ejemplar.

Esa mañana había estado hablando de modelos nucleares y más concretamente del modelo de gas de Fermi. Tras una breve introducción, se había lanzado sobre la pizarra afanándose en explicaciones apoyadas por fórmulas que lo llevaron de los fermiones de espín hasta las posibilidades de gases cuánticos pasando por las distribuciones de Maxwell. Cuando daba clases, para Mir Sánchez Jamali no existía nada más; aprovechaba el tiempo, lo exprimía y no dejaba un hueco por cubrir, generando la curiosidad de sus alumnos y el afán por saber más. El profesor de aspecto juvenil se había ganado el respeto de todos.

Pero aquel no era un día más. Al acabar su clase, se dirigió a su despacho en la tercera planta. Al llegar dejó su carpeta sobre la mesa y vio que había en ella varios sobres, como era costumbre. Los revisó hasta detenerse en uno en concreto. No le hizo falta abrirlo para darse cuenta de que era el primero que tenía que atender. Cerró la puerta del despacho, echando un ojo hacia afuera para comprobar que no había actividad en los alrededores, se sentó, abrió el sobre, sacó una pequeña hoja que había dentro y leyó el contenido. Era escueto y solo él entendía lo que decía. Su respiración se aceleró. Luego sacó de un cajón un mechero que tenía dibujado el escudo del Real Madrid, prendió fuego a la carta y al sobre y, cuando se consumieron, echó las cenizas en la papelera. Se quedó en silencio unos segundos con la mirada perdida, miró su reloj, luego a su alrededor, reparó en el resto del correo y se puso al día. Contestó unos cuantos e-mails y finalmente abandonó la facultad —el viernes no tenía prácticas, con lo cual su jornada laboral terminaba en ese momento— en dirección a su casa.

* * *

3 SEMANAS PARA LA CATÁSTROFE

La directora de Inteligencia nunca había lamentado entrar en los Servicios Secretos, ni siquiera ahora. Ella era una mujer capaz de crecerse ante las dificultades. Aún así, era difícil de creer que pudiera soportar toda esa presión sin alterarse; pero lo que pasara por dentro, nadie lo sabría. Era una mujer especial, de eso no cabía duda. Si hubiera orientado su carrera profesional hacia cualquier otro campo, igualmente habría triunfado. Podría haber sido alta directiva de una gran empresa o una prestigiosa abogada experta en derecho internacional intermediando en operaciones multimillonarias entre empresas y gobiernos, podría ser ministra, o podría ser la primera mujer presidiendo un gobierno de España. Eso era tan evidente que, si se pudiera apostar, la ganancia hubiera sido ridícula. Ella no había llegado allí por suerte; no solo no había tenido fortuna sino que no la quería, la suerte era para quien no confiaba en sus posibilidades.

Había participado en muchas crisis, había mediado entre grupos políticos de dudosa vocación democrática en otras partes del planeta, sabía pelearse en el barro sin mancharse. Hasta sus rivales la querían como interlocutora. Siempre tenía algo positivo que ofrecer, siempre tenía una visión optimista de los acontecimientos que ayudaba a generar un buen ambiente entre los suyos y nunca dejaba un hueco sin cubrir. Tenía un cerebro prodigioso; pocos sabían que su cociente intelectual sobrepasaba con holgura el ciento sesenta. Ahora el destino le había puesto delante el mayor problema al que nunca se hubiera tenido que enfrentar un país. En una catástrofe natural hay unos protocolos que se pueden seguir y modificar según las circunstancias, se pueden movilizar todo tipo de recursos. Pero cuando buscas una aguja en un pajar y nadie debe saberlo... solo cabe confiar en el buen criterio. Apresada por esta circunstancia, por primera vez rectificó y pidió, rogó dentro de su ser, un poco de suerte. Esta vez sí.

La mejor manera de conseguir discreción es muchas veces siendo transparente, un gesto que con frecuencia obtiene recompensa. Mónica optó por no dejar de hacer ni una sola gestión que pudiera dar algún resultado. Algunos Servicios Secretos europeos ya estaban advertidos —ese frente lo consideraba cubierto—, pero dado que el tema era serio y por ahora no había resultados, optó por profundizar con Marruecos, pues quedaba un hilo del que todavía no habían tirado y ella no quería dejar de tocar. Las relaciones con el país del otro lado del Estrecho no eran ni buenas ni malas en términos políticos, ni siquiera en el de la colaboración de los Servicios Secretos. El país vecino conspiraba a diario para debilitar en lo posible la estabilidad de España, a base de por ejemplo sobornar y captar para su causa a militares de origen marroquí que sirven en el Ejército español en las plazas de Ceuta y Melilla.

Pero en relación al terrorismo radical islamista, a Marruecos se le podía considerar algo parecido a un aliado, porque si algo temía Marruecos era que su territorio albergara de forma permanente o temporal grupos de criminales asociados a Al Qaeda. Cualquier sospecha que se les transmitiera en este sentido iba a ser tomada muy en serio; de eso no tenía duda Mónica Somoza, y por ese motivo se puso en contacto con la Dirección General de Seguridad Nacional de Marruecos. Había algo que todavía no habían investigado en profundidad y era lo referente a los dos súbditos marroquíes asesinados en Lavapiés y en el pueblo de Albacete. El CNI puso en conocimiento de los servicios de Marruecos las sospechas que tenía de que Alí Assem y Rachid Gouzi pudieran tener conexión con alguna trama terrorista, aunque fuera residual. No se dijo que tenía la certeza de que estaban conectados, sino que habían muerto en extrañas circunstancias y estas apuntaban en la dirección de una célula radical. Ahí lo dejaron. Por supuesto que la DGSN se lo tomó en serio, sobre todo al estar relacionados con la búsqueda de los explosivos, aunque los españoles no consideraron oportuno compartir la información de la presencia de material nuclear en España. La Dirección General de Seguridad Nacional enseguida se puso manos a la obra y su brazo ejecutor, la DST, la Dirección de Vigilancia del Territorio, movió sus tentáculos. Solo la mención del nombre infunde pavor en la población marroquí; la sutileza no era un don de los servicios de seguridad de Marruecos. Las familias y el entorno de Alí y Rachid recibieron la visita de unos hombres que comenzaron a hacer preguntas y más preguntas. No había ninguna acusación contra ellos, pero era lo más próximo a un interrogatorio. No se les podía acusar de nada, razón por la que aquellos hombres no pudieron excederse. Comenzaron fuerte, presionando a unos y a otros en busca de cualquier detalle, de cualquier contradicción. Luego fueron espaciando sus apariciones. Era una pena que Alí y Rachid estuvieran muertos porque si hubieran caído en manos de la DST, los dos jóvenes no habrían tenido un futuro incierto; directamente no habrían tenido futuro. Habrían sido trasladados a la sede de la DST en Temara, cerca de Rabat, donde habrían sido recluidos en el sótano, un lugar acondicionado como cárcel secreta, e interrogados hasta escupir la última letra de todo lo que supieran sobre contactos, conexiones, terroristas, planes... Todo, todo lo habrían vomitado. Sus torturadores no se habrían dado por satisfechos y, pensando que todavía sabían más, los interrogatorios se habrían alargado durante semanas, con sesiones cada vez más separadas en el tiempo, acompañadas de descargas eléctricas, ahogamientos, uso de tenazas... Habrían confesado y finalmente habrían sido internados en alguna cárcel de alta seguridad. Recluidos, aislados, sin ver la luz del sol; por simple cálculo estadístico uno de ellos habría muerto y el otro habría acabado saliendo libre unos catorce años después, habiendo envejecido treinta, sin dentadura y con una tara mental que lo habría convertido en un despojo humano. Por suerte para ellos, estaban muertos.

Mónica tenía la certeza de que poco averiguarían los marroquíes, pero ese contacto, sumado al de la petición anterior de la búsqueda de explosivos, formaba

parte de una estrategia de acercamiento. Ella preveía la posibilidad de complicaciones más graves que por el momento desconocía, pero para las que seguiría necesitando la colaboración de los vecinos del sur, esta vez de manera más intensa. Nunca se sabía, pero estaba acostumbrada a anticiparse. Si a estas alturas no hubiera tenido al corriente a los servicios de seguridad marroquíes en aquellos temas, habría tenido que contactar en ese momento por primera vez con ellos para esta nueva gestión, lo que supondría haberse encontrado con el recelo de los responsables de la DGSN que, por la naturaleza de la información, a buen seguro se hubieran tomado su tiempo para valorar la colaboración. Y en ese caso Mónica intuía que tiempo sería lo que no tendrían. En cambio, involucrados casi desde el principio aunque filtrando solo la información que convenía, los marroquíes tendrían la sensación de formar parte de la investigación y podrían reaccionar con rapidez cuando fuese necesario. Sabía manejar los tiempos, actuaba así por si acaso: anticipación, una estrategia que nunca podía ser equivocada. La semilla estaba sembrada por lo que pudieran necesitar.

Aguirre no dejaba de darle vueltas. Tenía que ponerse en la cabeza de Zariâb, pensar como un terrorista, crear una dinámica de razonamiento y tratar de acercarse, reconstruir el plan, establecer la película de los hechos. El grupo tenía tres miembros; Atiq Zariâb parecía el jefe, tenía que serlo, lo era, acompañado de dos sicarios. Luego estaban Alí Assem y Rachid Gouzi, los dos muertos, sin antecedentes, con lo cual Aguirre les consideraba peones, individuos al servicio de la causa a los que poder sacrificar. Según las cábalas del subdirector de Operaciones, por mucho que rascaran en sus vidas los servicios de seguridad marroquí, nunca encontrarían nada porque nada había.

—Tenemos un plan complejo: poner una bomba. Para lograr el éxito es necesario que nada falle y si algo lo hace, es preciso que no comprometa al resto —Aguirre pensaba en voz alta poniéndose en el lugar de los terroristas, mientras se movía de un lado a otro del despacho de la directora de Inteligencia.

—Eso explicaría las vueltas que ha dado todo el material —confirmó Mónica.

—Es retorcido, pero eficaz. Cuestión de paciencia. Hay tres elementos importantes: explosivos, detonadores y material nuclear —prosiguió Aguirre—. Cada una de esas partes parece haber seguido caminos distintos. Por mar, el material atómico y quién sabe si lo necesario técnicamente para montar el dispositivo. Alí se encargó de custodiarlo en la casa de campo, es un hecho probado, de mantenerlo a buen recaudo, aunque es posible que no supiera de qué se trataba.

—Por tierra llegó el explosivo, en una ruta independiente. Difícil conectar los dos hechos. Rachid se habría hecho cargo de la custodia del TNT... —continuó Mónica.

—O de su recepción, casi con toda seguridad. El piso de Lavapiés no era muy discreto, así que no lo ocultó allí. Da igual, está muerto.

—Y luego están los detonadores —concluyó Mónica—. Todavía no sabemos de dónde han salido, no han aparecido. ¿Crees que venían en el contenedor, o con los explosivos?

—No, por separado —aseguró convencido Aguirre.

—En ese caso, o bien Zariâb o bien alguien más se habría encargado de esta parte —dijo Mónica.

—Yo diría que alguien más. Tres partes, tres compartimentos estancos, tres personas distintas.

—Nos falta. Nos faltan los detonadores y nos falta esa persona —se quejó Mónica, mientras se acercaba a la ventana, quizá buscando una vista menos aburrida que las paredes de su despacho.

—Siguiendo el mismo razonamiento, esa persona también debería estar muerta —imaginó Aguirre.

—No hay constancia de ningún fallecido en extrañas circunstancias que pudiera encajar. Lo hemos mirado y vuelto a mirar.

—Quizá no haya terminado su trabajo.

—¿Quieres decir que todavía no tienen todo el material necesario? —preguntó Mónica con gesto serio mientras se volvía de nuevo hacia Aguirre.

—No lo digo, solo lo sugiero.

—Ojalá tengas razón, eso nos daría más margen —suspiró esperanzada.

—Son peones. Para no comprometer la operación, en cuanto concluyen su trabajo, son asesinados.

—Una cosa parece clara: esa bomba está en España —sentenció firme Mónica.

En ese momento, Aguirre cayó en la cuenta.

—¡Falta un cuarto elemento!

—¿A qué te refieres? —preguntó la directora de Inteligencia.

—Di mejor a quién. Alguien tiene que montar la bomba.

—Zariâb va acompañado de dos hombres —recordó ella.

—Hombres de confianza, asesinos, terroristas de campo. No, esa persona es demasiado importante para estar expuesta durante todo el proceso. Es otro peón que tendrá que entrar en acción en algún momento.

—¿A quién debemos buscar? ¿Quién está capacitado para algo así? —preguntó ella.

—Ni idea. Cualquiera, algún loco de la causa sin antecedentes, alguien que habrá aprendido en... yo qué sé dónde, alguien venido de la otra punta del mundo como un turista más. No sé.

A Mónica ya le estaba empezando a doler la cabeza solo de pensar que tendría que buscar la manera de controlar a todas las personas sospechosas, solo sospechosas, sin antecedentes, que hubieran pisado suelo español en las últimas semanas. Podría ser incluso que la persona en cuestión no hubiera llegado todavía al país. ¿Cómo se podía controlar todo eso?

* * *

Jamali no tenía coche; decía que no lo necesitaba, un acierto en la ciudad de Madrid. Había llegado a la conclusión de que no era rentable disponer de vehículo propio. Unas veces llegaba a su barrio en autobús; otras, en metro. En esta ocasión, con su gastada carpeta de cuero bajo el brazo, salió por la boca de metro de Puerta del Ángel y, con tranquilidad —nunca hacía nada deprisa—, caminó calle abajo por Caramuel hasta llegar al parque. Esta vez no lo dejó a un lado, sino que paseó un rato por él y finalmente se sentó en un banco en la zona más alta, dando la espalda a su barrio buscando así aislarse por un momento. Allí permaneció durante casi media hora, en silencio, quizá pensando, quizá evitando hacerlo. Por momentos cerraba los ojos, dejando que la brisa acariciara su rostro. Muchos años atrás, por aquellos solares y calles, por ese barrio humilde, Jamali pedaleaba en su bicicleta. Todo había cambiado mucho. Qué pena que su padre no viviera ya; una enfermedad se lo había llevado hacía doce años. Él le había inculcado la afición por la física, por la ciencia, por el estudio, por la justicia, por alejarse de la mediocridad. Y había hecho un buen trabajo, porque Jamali adoraba a su padre y su recuerdo lo acompañaba siempre. Posiblemente por haberle perdido tan joven lo había mitificado; el caso es que la influencia que había ejercido sobre él había dado sus frutos. De su padre solo tenía buenos recuerdos; era un hombre que iba a contracorriente, que había educado a su hijo en unos principios muy concretos, pero que le había dejado al mismo tiempo espacio para decidir. Jamali no recordaba a su padre obligándolo a nada, imponiéndole nada, ni siquiera castigándolo. Siempre lo recordaba tratándolo como un amigo, más que como un hijo. Como un compañero. Y así, de igual a igual, o casi, el pequeño Mir aprendió los fundamentos de la física. Resolvía problemas planteados por su padre, construía globos de papel y chapa y diseñaba artilugios mecánicos, cuyo disfrute trataba de compartir con otros niños de su edad. Luego llegó su entrada en la universidad en la misma carrera que su progenitor; al poco, la muerte de su padre, el título de licenciado, el doctorado, los viajes, los congresos, los contactos... Y testigo de todo, su madre, una dulce pakistaní que era el centro de su vida. Su padre la conoció durante una estancia en Islamabad con motivo de unas jornadas académicas. La visita se repitió unos meses después. Él, hombre de carácter y gran personalidad, no lo dudó y todo culminó con el viaje a España de ella después de una modesta boda en el lejano Oriente. Y ahí germinó una semilla llamada Mir, hijo de un profesor universitario español y una humilde ama de casa pakistaní que iniciaron una vida en común en Madrid, España.

Jamali y su madre siempre estuvieron muy unidos, siempre juntos durante las ausencias temporales del padre por trabajo y siempre juntos desde la ausencia definitiva. Era frecuente verles pasear los domingos. El trabajo en la universidad no dejaba mucho más tiempo libre y a eso había que sumar que desde hacía unos años el joven profesor se veía obligado a viajar por los mismos motivos que su padre. Pero el resto del tiempo era para ella.

Sin perder un minuto más, se levantó y cruzó la calle, se metió por Fideas y luego giró en la calle Porthos para al final meterse en su portal y subir a casa, un piso modesto, decorado a la antigua. A la entrada, a mano derecha, había una pequeña habitación que servía como despacho, la pequeña oficina casera de Jamali. Entró en ella, dejó sobre la mesa su carpeta de cuero y siguió su camino. Tras el diminuto vestíbulo empezaba hacia la izquierda un pasillo. En primer término, a la derecha, estaba el salón, con una decoración y un mobiliario que no se había tocado en al menos veinticinco años, salvo el aparato de televisión. Ocupando casi toda una pared había un armario con cajones, estanterías y vitrinas. Enfrente, un sofá y a su lado un sillón, el lugar favorito de su madre. Junto a él, una mesita con aperos de costura y una caja de hojalata de la que sobresalían carretes de hilo. A lo largo del pasillo se situaban las puertas que daban a su habitación, a la de su madre y al cuarto de baño. Al fondo, la cocina, donde se encontraba ella, morena y menudita. Jamali la saludó con un beso que ella recibió con gusto. Él olió el aroma que desprendía la olla que tenía al fuego y bromeó con su madre, la mejor cocinera del mundo. Como siempre, ella le preguntó qué tal le había ido el día y como siempre él se lo empezó a contar con el mayor detalle aunque sin entrar en profundidades académicas, mientras se sentaba en una banqueta de la cocina. Ella lo interrumpió.

—No, vamos al salón, que se está mejor.

La comida estaba bajo control. Los dos se fueron a la sala de estar; ella se sentó en su sillón y su hijo a su lado, en el sofá. Ella continuó cosiendo mientras Jamali le relataba las incidencias del día. Por supuesto eran banalidades, pero se había acostumbrado a hacer un parte diario. Le habló de las novedades del departamento, de la capacidad de algunos alumnos y de los tiras y aflojas con el decano de la facultad. Después permanecieron en silencio, cada uno concentrado en sus cosas. Al cabo de un tiempo, Jamali volvió a tomar la palabra.

—¿Recuerdas lo que te había comentado de las clases en el extranjero?

—No, ¿el qué?, ¿un congreso? —preguntó su madre.

—No, te lo había dicho hace tiempo. Mejor que un congreso; me han invitado a dar clases en una de las mejores universidades de Europa, solo llaman a los mejores. Me han invitado a mí.

—¿Qué me dices? ¡Qué bien! ¿Y dónde es?

—En Alemania.

—¿Ya eres importante? —bromeó ella.

—Claro, importante de verdad.

—Yo sabía que estabas llamado a hacer cosas grandes. Qué orgulloso estaría tu padre.

Jamali sonrió y bromeó con su madre.

—¿Qué pasa, que tú no lo estás? ¿No estás orgullosa de tu hijo?

Mientras se reía, le hacía unas carantoñas a su madre.

—¿Yo? No, claro que no.

Los dos reían mientras el hijo acariciaba a la madre.

—¿Y cuándo es?

—En un par de semanas, ya te avisaré. Estaré fuera unos días. Diez o doce.

—Pues prepara bien tus clases; tienes que impresionar a todos.

—Sí, eso voy a hacer.

—Para mí ya eres el mejor.

Jamali se puso serio.

—Mamá, te quiero. Solo quiero darte un buen futuro.

—Yo no necesito nada. Mi vida eres tú, para qué quiero más.

El resto de la jornada discurrió sin contratiempos. Por la noche, Jamali se metió en su despachito, como solía hacer habitualmente cuando preparaba sus clases. Pero esa noche fue distinta. Primero se dedicó a asuntos relacionados con la facultad y más tarde entró en Internet en una página dedicada a la búsqueda de vuelos. Estuvo mirando opciones; buscó la más económica para la fecha que le convenía. Luego sacó su tarjeta de crédito y procedió a pagar el billete. Al poco, recibió una confirmación en su correo electrónico. Hizo lo mismo con una reserva de hotel, lo imprimió todo, lo metió en un sobre y lo guardó entre unos libros, donde él consideraba seguro. Se levantó y fue al cuarto de baño; eso le sirvió para asegurarse de que su madre ya dormía. Al volver a su despacho cerró la puerta, abrió un cajón, lo desencajó del todo y le dio la vuelta. En la parte de atrás tenía armado una especie de doble fondo hecho de forma casera con una tablilla donde había una carpeta. Sacó de ella varios cuadernos de fotocopias y libretas llenas de anotaciones manuscritas. Durante la noche se aplicó a repararlo, tomando nuevas notas, realizando esquemas, memorizando gráficos. Unas horas después recogía ese material y lo volvía a dejar oculto en el cajón. Así haría durante todas las noches de las siguientes dos semanas.

* * *

Aguirre estaba cansado, tenía sueño. Repasaba todos los informes que tenía a su disposición, incluyendo los que él mismo había redactado. Se los sabía de memoria, quizá por eso su atención se dispersaba y amenazaba con abandonarlo. Era en momentos así cuando le quedaba claro que no estaba hecho para los despachos; él debía estar pegado al terreno, en continuo movimiento. Para bien o para mal, era un hombre de acción. Renunciar a la dirección de Inteligencia había sido una buena decisión; la manera de hacerlo, no tanto. Seguir de aquí para allá le había hecho ganar, paradójicamente, tranquilidad, a pesar de que el riesgo al que se exponía con sus operaciones era en muchas ocasiones elevado. Pero para él eso era su vida, aunque por otra parte esa misma vida había contribuido a hacerle perder una familia; al menos, en ese proceso estaba. Tanto quería a su trabajo que incluso lo exculpaba, haciendo recaer toda la responsabilidad sobre él mismo. No, su trabajo no tenía nada que ver; siempre había hecho lo mismo y su vida no había sido siempre tan mala. Era él. Sus pensamientos en torno a este tema funcionaban siempre como un bucle:

cuando parecía haber asumido que la culpa la tenía él, volvía a hacer acto de presencia su trabajo. ¿Con otra ocupación todo iría mejor? Sí, claro, sería la persona menos motivada del mundo, pero no habría hecho infeliz a una familia. Una y otra vez se analizaba a sí mismo, repasaba los acontecimientos de su vida y no había duda: el cambio, sutil, el principio del fin, ocurrió hacía ya casi ocho años. Hasta entonces, Miguel Aguirre era indestructible, un privilegiado, un hombre capaz de todo, un todoterreno dotado de una inteligencia especial. Cuando vivió la caída del muro de Berlín, cuando el mundo desactivaba la guerra fría, él había dicho, siendo un joven de poca experiencia, que solo habían cambiado los bandos, que Occidente seguía teniendo enemigos. Seguro de sí mismo, mientras los demás se felicitaban por el final de los conflictos internacionales a gran escala, él decía que el enemigo llegaría ahora del mundo islámico. Se reían. No contento con su formación militar y universitaria, Miguel Aguirre profundizó su interés en el sur y en Oriente. Y, por supuesto, los Servicios Secretos enseguida lo captaron; no hacerlo hubiera sido una blasfemia, no se pueden dejar pasar oportunidades así. Transcurrió el tiempo y el joven Aguirre se convirtió en un experto en Inteligencia y perfeccionó sus maestros conocimientos en técnicas de combate. Cuando las cosas se complicaron en Oriente Medio, fue enviado a Irak para hacer una labor de campo de incuestionable valor. Allí creó una red de información que sería la envidia de otros Servicios Secretos. Sus logros no pasaron desapercibidos. Lo que era un secreto a voces en la casa se acabó cumpliendo y Aguirre fue propuesto como director de Inteligencia. El hombre que se creía indestructible, aunque dudó, aceptó. Solo tenía que acabar lo empezado en Irak. Allí se rodeó de excelentes hombres, amigos aparte de compañeros, gente de confianza, los mejores, que acudieron a su llamada sin dudarle. Con Aguirre al fin del mundo. La red tejida en Irak era sólida y aquel un buen momento para irse. Dejaba a los mejores y acababan de llegar nuevos agentes que harían el relevo a los que llevaban más tiempo. Incluso en zona de guerra tuvieron tiempo para celebrar el ascenso de Aguirre. Él no dejó de repasar todos los protocolos de actuación con sus hombres hasta el último minuto. Y los dejó allí, orgulloso de ellos. Veintidós de noviembre. Solo una semana después, esos ocho hombres sufrían una emboscada en la ruta Jackson cinco. Ocho hombres en dos vehículos, atacados en la carretera a golpe de granadas y kalashnikovs. Treinta minutos de combate desigual. Aquellos hombres se parapetaron como pudieron e hicieron frente al ataque. Lograron ponerse en contacto con Madrid con su teléfono satélite Thuraya. Al otro lado Aguirre no pudo tener peor castigo, solo podía oír impactos y ráfagas, mientras sus hombres pedían ayuda y trataban de explicar lo ocurrido. Ni siquiera pudieron darle sus coordenadas. La comunicación fue breve y los refuerzos no pudieron llegar a tiempo. A solo treinta kilómetros de Bagdad, siete de sus hombres murieron, solo uno salió con vida. Y Aguirre no pudo hacer nada. No estaba allí, tras un vehículo con las ruedas reventadas. Aguirre no quiso ver que el destino le había salvado la vida, no quiso ver que él no hubiera podido cambiar las cosas, que a él no se le hubiera

ocurrido modificar la estrategia a la hora de trasladarse desde Bagdad hacia el sur. No quiso pensar que estas cosas ocurren, que van en el sueldo. No se lo perdonó y soñó durante semanas que estaba con sus amigos repeliendo el ataque, defendiendo a los heridos, empuñando su HK MP7 A1, racionando su ridícula cantidad de munición hasta morir bajo el fuego implacable de los AK 47. Porque en sus sueños también moría.

Él los había elegido, él los había llevado a la muerte y él no estuvo allí con ellos. Desde ese momento empezó a ser otro, en el trabajo, en casa, poco a poco. Al cabo de unas semanas, dimitió. Se culpó, se castigó y se buscó una penitencia que no fue otra que volver a la acción, a la calle, lejos de la seguridad de un despacho. Poco a poco. Hasta olvidarse de una hija, hasta olvidarse de una esposa. Poco a poco. Hasta el día actual, el punto en el que se encontraba en ese momento, delante de una pila de folios con el sello del CNI, tratando de pensar y solucionar el nuevo problema en el que estaban todos metidos hasta el cuello. Lejos de afrontarlo, miraba para otra parte, pero algo se removía en su interior, siempre con la misma intensidad. Sabía de sobra lo que le estaba pasando, conocía el diagnóstico, cómo no iba a conocerlo con unos síntomas tan claros. Pérdida de interés, distanciamiento psíquico, irritabilidad... Pero él podía solo; Miguel Aguirre estaba entrenado para superar cualquier problema, aunque fuera martirizándose con sus culpas.

A punto de ahogarse en ese océano de recuerdos llegó Mónica a salvarlo sin saberlo.

—Aguirre.

Él no reaccionó.

—Aguirre, ¿estás bien?

Mónica tenía un sexto sentido y enseguida se dio cuenta de que algo pasaba, no sabía qué.

—Estoy perfectamente —despertó Aguirre.

La determinación en la respuesta le confirmó que algo le sucedía a su amigo. Problemas personales, sin duda. Si estuviera relacionado con la investigación, la respuesta habría sido otra. Mónica no quiso insistir porque se dio cuenta de lo que podía tratarse.

—Hay novedades.

—Cuéntamelo fuera —exigió él.

Aguirre salió apresuradamente del edificio con Mónica, un gesto que daba la razón definitivamente a la directora de Inteligencia. Al pisar la calle, él volvió a escudarse en su carácter mordaz.

—¿No tienes a la chinche contigo? —le preguntó a su jefa.

La «chinche» era Juan Carlos Cortés, secretario de Estado de Seguridad, número dos del Ministerio de Interior y a la sazón nuevo enlace con el gobierno, el hombre que debía estar al tanto de todo, al mando de todo.

—No, está con Balmaseda. Pero ya sabe esto que te voy a contar —precisó Mónica.

—Tú dirás.

—Hay novedades. Tenemos una nueva pista y esta puede ser buena. El BND ha localizado los detonadores.

—¿Los ha interceptado?

—No exactamente.

«*No exactamente*», pero casi daba igual porque esta vez se podría tirar del hilo. Los Servicios Secretos alemanes, el BND, el Bundesnachrichtendienst, les había informado de los resultados de una operación policial llevada a cabo en Dresde hacía unas semanas contra el tráfico de armas.

—Parecía una operación más. Armas de fuego, fusiles ametralladores... y detonadores —continuó ella.

Dicho así, no parecía tener relación. Contrabando de armas automáticas procedente de la República Checa. ¿Y qué?

—No han podido hacerse con la mercancía, pero la investigación les ha llevado a averiguar que había varios compradores, no todo el material tenía el mismo destinatario. Los detonadores parecen haber acabado en manos de un yemení.

—¿Qué nos hace pensar que esos detonadores formen parte del plan de Zariâb? —preguntó Aguirre.

—Ese yemení tiene pasaporte diplomático. Trabaja en la embajada de Yemen aquí, en España, en Madrid.

Ahora sí tenía sentido.

—¿Lo han investigado? ¿Seguido? ¿Qué hacía en Alemania?

—Estuvo en la embajada de Yemen en Berlín. Viaje de trabajo, pero su presencia allí coincide con la operación y, aunque no se ha podido verificar su relación directa, la información de la Policía a través de confidentes y la investigación de los Servicios Secretos conectan al yemení con los detonadores. No es cien por cien seguro, pero...

—Las casualidades no existen —remató Aguirre.

—Es de suponer que utilizó su condición de diplomático para trasladar los detonadores desde Alemania a España. Los alemanes les han perdido la pista. ¿Crees que más gente de la embajada de Yemen está metida en todo esto o, lo que es peor, el propio Yemen?

—No lo creo. Pero no podemos poner la mano en el fuego por que no haya más personas involucradas —respondió él.

—Una cosa más. Por todas las averiguaciones que se han hecho, este hombre no viaja demasiado a Alemania. Lo hizo hace poco coincidiendo con el tema de los detonadores. Y lo hizo ayer también.

—¿Está en Alemania? —preguntó Aguirre sorprendido.

—Sí, pero lo tienen controlado.

—No deben detenerlo.

—Aunque quisiéramos, no podrían hacerlo —aseguró Mónica.

—Que ni se les ocurra; podría poner al tanto a Zariâb de lo que está ocurriendo y hacerle adelantar sus planes.

Aguirre caminó unos segundos en silencio mirando al suelo.

—Si ya tiene los detonadores, ¿qué coño hace allí?

—Quizá esté por motivos de trabajo —aventuró ella.

La que hizo una pausa ahora fue Mónica.

—Vete —le pidió ella.

—¿Qué?

—Los alemanes nos ofrecen participar en la vigilancia, que alguien de los nuestros esté allí; una cuestión de cortesía por si hay que tomar decisiones que a ellos se les escapan. Te vas a Alemania.

Aguirre miró a la directora de Inteligencia sin gran expresividad, solo le faltó encogerse de hombros. No tenía mucho tiempo, el avión de Iberia salía en menos de dos horas. Mónica Somoza no tenía más que decirle, salvo que el hombre del que estaban hablando, el agregado cultural de la embajada de Yemen en Madrid, se llamaba Izzadin Al Mikhlafi. Suficiente; recabar información sobre el yemení no le correspondía a Aguirre, que se fue al aeropuerto de Barajas, directo a la T4. Llegó con tiempo para sentarse unos minutos cerca de la puerta de embarque; cerca, pero no junto a ella; era una de sus manías. Siempre que viajaba solo por motivos de trabajo se sentaba en las butacas de las puertas de embarque adyacentes a la suya; se mantenía alejado y observaba desde la distancia a sus futuros compañeros de viaje. Esta no iba a ser una excepción. Pero en esta ocasión, los compañeros de vuelo le traían sin cuidado. En realidad se mantuvo alejado para garantizarse unos minutos de soledad cerca del ventanal, para no escuchar conversaciones de móvil. Todo el mundo que espera embarcar habla por teléfono, tenga o no tenga por qué hacerlo. En su mayoría son llamadas de trabajo. Aguirre no lo pudo evitar y observó desde la distancia. Había gente que hablaba mientras miraba la pantalla de su ordenador, había quien lo hacía mientras caminaba sin rumbo, yendo y viniendo, como autómatas. Eran conversaciones de trabajo, fácil adivinarlo por la actitud y por el volumen, que siempre es elevado. Se preguntaba por qué. Y luego había alguna persona que mantenía conversaciones privadas, íntimas, en las que el tono de voz era más bajo. En estos casos esa gente no caminaba, se quedaba sentada y por lo general mantenía un brazo apoyado en el otro. Aguirre sería capaz de identificar a todos los pasajeros solo por su actitud al hablar por el móvil, a lo cual ayudaba también la indumentaria, sin duda. Había ejecutivos que volaban en viaje de trabajo, españoles y alemanes; había varias parejas con niños; había un par de mujeres con niño; había varios grupitos de alemanes de edad, turistas sin duda; y había estudiantes, pocos. Sin querer, Aguirre había realizado el ejercicio del que quería escapar, pero muchas veces el cerebro actúa sin control. Torció su cabeza y miró hacia el resto de la terminal. Grande y moderna; no paraba el trasiego de personas, todas con un objetivo, todas con un

destino. Luego giró la cabeza y su mirada se perdió en la pista. Lo mismo: vehículos yendo de un lugar a otro, aviones circulando despacio, unos buscando la cabecera de pista para iniciar el viaje, otros el *finger* asignado para terminarlo. Cada uno a lo suyo, ajeno a las intenciones de los demás. Pensó en lo curioso que era considerarnos animales sociales cuando vivimos de espaldas a los demás. Tan cerca y tan lejos. Un enorme grupo formado por individuos solitarios, cada uno preocupado por sí mismo. Él no era muy diferente del resto, por tanto. Suspiró después de inspirar profundamente y sintió la necesidad de sacar del bolsillo su teléfono móvil. Marcó; confiaba que a esa hora Eva no estuviera ocupada. Eran casi las tres y media.

—¿Qué quieres? —fue la respuesta que encontró.

—Eva, no sabría muy bien por dónde empezar...

—No, Miguel.

—Escúchame, Eva. Hay una parte de mí que me dice que lo mande todo a la mierda, que me dice que me aleje. Pero otra me lo impide y me obliga a no dejar que todo se eche a perder.

—Miguel, siempre es igual.

—Escúchame, Eva...

—No, escúchame tú.

Se hizo el silencio.

—Miguel, no te quiero.

—¿Qué?

Una voz ajena ensució la conversación. Era la de la empleada de Iberia que desde la puerta de embarque anunciaba por la megafonía el comienzo del embarque del vuelo de Iberia 3548 con destino a Berlín.

—De verdad que no puedo irme ahora de vacaciones...

—Miguel, es que no puedo más.

Por la megafonía se volvió a repetir el anuncio, esta vez en inglés.

—Estás en el aeropuerto.

—Sí.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Ves? Es siempre lo mismo, siempre hay algo más importante. ¿A dónde vas?
—preguntó ella sin convicción.

En esta ocasión no había nadie interceptando la llamada. Dijera lo que dijera, no habría ningún pitido ante ninguna frase impropia. Podría hablar de lo que quisiera, podría sincerarse a través del auricular, podría explicarle a su mujer la razón para cancelar las vacaciones. Aguirre dudó por un instante, pero no pudo contarle nada, no pudo hacerlo, no le salía de dentro, un sentido del deber demasiado asentado le impedía decir nada a su esposa, nunca lo había hecho cuando se trataba de temas delicados. Este lo era mucho más, y estaba aún por resolver.

—Fuera de España, pero voy y vengo. De verdad que no puedo, de verdad.

—Tú verás, pero la paciencia tiene un límite. También se agota, Miguel, como el amor.

Él no fue capaz de responder. Colgaron. Aguirre se quedó cómo estaba, en la misma posición, mirando hacia la pista. Él era como esos aviones, grandes, poderosos, que cuando están en el aire son los reyes del espacio, pero cuando aterrizan acaban necesitando que alguien les marque el camino por la pista y los oriente para colocarse en la posición adecuada. ¿Qué o quién guiaba la vida de Miguel Aguirre? Esta vez no pudo hacer como acostumbraba. Siempre se mantenía alejado a la espera de embarcar para luego colocarse en la fila por la mitad y así entrar en el avión entre la gente y ocupar su sitio discretamente, en medio del trasiego de los pasajeros que se afanaban por colocar sus bolsas, maletas y chaquetas en el portaequipajes superior. En esta ocasión, absorto en sus pensamientos, acudió a la fila casi en última posición. Cuando entró en la cabina, todos los pasajeros ocupaban ya sus sitios. No molestó a nadie porque tenía asiento de pasillo. Permaneció todo el vuelo sumido en sus pensamientos; ni siquiera ojeó la revista de la compañía aérea y dedicó todo el viaje primero a meditar sobre su triste existencia y luego a cavilar sobre el asunto que lo llevaba a Alemania. Decididamente era lo mismo; de las dos maneras estaba pensando en su vida.

En Alemania le esperaba un hombre del BND, de nombre Dieter, tal y como le había anticipado Mónica. No tenía por qué saber más; el tal Dieter era alemán y con eso estaba dicho todo. No era rubio, pero sí serio, no muy alto, con gafas de montura metálica, muy limpias, y vestido de manera informal. Sorprendentemente, como detalle de cortesía, lo recibió pronunciando una frase en español con un marcadísimo acento alemán.

—Buenas tardes, Miguel. ¿Qué tal está usted?

—*Guten Abend, Dieter. Sehr gut, vielen Dank.*

Eso fue todo, el teutón se recompuso en figura de mármol y, tras meterse en un Mercedes que lo esperaba en la puerta donde había un hombre al volante, salieron del aeropuerto. En quince minutos llegaron a su destino. Enfilaron la A111, se desviaron para tomar la A110 y poco después se metieron hacia el centro por Kaiserdamm, plantándose en un abrir y cerrar de ojos en los alrededores de la embajada de Yemen. En ese breve trayecto, el alemán le explicó la situación. Mikhlafi estaba siendo vigilado en todo momento y que no había hecho nada sospechoso en las pocas horas que llevaba en Alemania. Nada. Era más que probable que hubiera venido por motivos de trabajo, algo difícil de comprobar sin levantar sospechas. La hipótesis que manejaban era que estuviera allí para preparar algún envío de material, quizá más detonadores, aunque no sabían muy bien qué. Pero nada había ocurrido hasta el momento y nada ocurrió en las horas que Aguirre estuvo en Berlín. Nada ocurrió esa noche y nada ocurrió al día siguiente. Los hombres del BND pusieron en manos del español la decisión de qué hacer con el yemení; iniciar los trámites para su detención era una opción, pero Aguirre la desestimó. No se le conocían contactos en Alemania

fuera de la embajada y Mikhlafi permaneció en ella casi todo el tiempo. Aguirre consideró de gran valor la pista que suponía la conexión de Mikhlafi con los detonadores y felicitó a los alemanes por ello; era una pista excelente. Caliente. Reciente. Y, a diferencia de Alí Assem y Rachid Gouzi, el yemení no estaba muerto. No tenían a Zariâb, no tenían los explosivos, no tenían los detonadores, pero tenían a un hombre que podría llevarlos a algún sitio. No, sería un error detener a Mikhlafi; más pronto que tarde les tendría que llevar al siguiente eslabón de la cadena en cuyo extremo se encontraba Zariâb, de eso estaba seguro Miguel Aguirre. Izzadin Al Mikhlafi abandonó en dos ocasiones la embajada ese día, pero no hizo nada relevante. Iba acompañado del agregado cultural de la embajada en Berlín, a quien también se le sometió a seguimiento, mas el tiempo confirmó que este no tenía nada que ver con la trama terrorista. Mikhlafi volvió a salir a las seis y media de la tarde, esta vez solo, tomó un taxi y se dirigió al aeropuerto. Volvía a Madrid. Miguel Aguirre subió en el mismo avión, el vuelo de Iberia 3547 de las 19:30 h.

* * *

—No es posible que un país entero esté metido en un complot semejante —fue lo único que acertó a decir Luis Balmaseda.

Juan Carlos Cortés tenía que hacerse notar.

—No podemos descartar nada —dijo.

—Primero vamos a los hechos —comenzó Mónica poniendo orden—. Repasemos: hay una operación de contrabando de armas y explosivos en Alemania, cerca de la frontera con la República Checa. Una parte se la quedan criminales de segunda, pero los detonadores conducen a un hombre, Mikhlafi, que trabaja aquí y que, aprovechando un desplazamiento a Alemania, se hace cargo de ellos. No sabemos cómo, los traslada a España supuestamente, lo más probable en valija diplomática.

—¿Estamos completamente seguros de la conexión? —preguntó Cortés.

—¿A qué habría ido ese hombre a Alemania, si no? Tienen la bomba, tienen los explosivos, necesitaban los detonadores. Cada una de las partes viene de un lugar distinto. Tiene todo el sentido —insistió Mónica.

—Si este hombre se traslada a Alemania a hacerse cargo personalmente de los detonadores, prácticamente viene a dar calidad de hecho a una conjetura —prosiguió Aguirre.

Cortés asintió esperando, exigiendo, que Aguirre continuara.

—Yemen como país no tiene nada que ver —sentenció Aguirre.

—Pero hay Estados que apoyan el terrorismo —volvió a insistir Cortés.

—Haberlos, hailos —replicó Aguirre con una escondida mala leche que el secretario de Estado de Seguridad no captó.

Acto seguido, permaneció en silencio mirando a Cortés. Esa chulería era la que Balmaseda no soportaba de Aguirre, pero en esta ocasión, por primera vez disfrutó al

verle mostrándole a Cortés toda su esencia. Este se quedó cortado.

—No, Mikhlafi actúa por su cuenta. Simpatiza con los ideales de Zariâb y ha sido captado para la causa —continuó Aguirre.

—Pues le detenemos y le interrogamos —propuso Cortés.

—Tiene pasaporte diplomático —recordó crecido Balmaseda.

—Si lo detuviéramos, cortaríamos la cadena y eso pondría en alerta a Zariâb —replicó Mónica.

—En ese caso, el gobierno debería poner en conocimiento del embajador este asunto —replicó Cortés.

—He dicho que Yemen como país no tiene que ver, pero nada nos garantiza que no haya más gente implicada dentro de la embajada, empezando por el propio embajador —volvió a repetir Aguirre.

—Esto es de locos —exclamó harto Cortés.

—Claro, son terroristas —apuntilló Aguirre con ironía.

A estas alturas, Cortés ya se había dado cuenta de que Aguirre no era una persona recomendable. No volvió a dirigirle la mirada. Intentaba ser un acto de desprecio, pero en realidad era un acto de cobardía; así es cuando un animal intenta hacerse líder de la manada. Al ser derrotado, aparta la mirada del macho dominante. Sigue en la manada pero rehúye al jefe.

—Bien, ¿qué podemos hacer? Porque algo tenemos que hacer —exigió Cortés a Balmaseda.

Balmaseda miró a Mónica, que volvió a tomar la palabra.

—La única conexión que tenemos en este momento con Zariâb es Mikhlafi. Solo podemos hacer una cosa. Vigilarlo. No sabemos si ya ha puesto en manos de Zariâb los detonadores. Si no es así, en algún momento lo tendrá que hacer.

—Hay que comprobar si los tiene él, es evidente —recordó Aguirre.

—Tan evidente que ya lo hemos hecho. Aprovechando que estaba en Alemania hemos entrado en su domicilio. Nada —informó García Verdasco.

—¿Por qué no me han dicho nada? —preguntó Cortés.

—Lo estamos haciendo ahora —contestó Mónica.

Parecía que Cortés iba a añadir algo, pero Mónica continuó.

—Usted está aquí como enlace con el gobierno, para supervisar la investigación, no para participar en cada detalle. Nosotros sabemos lo que tenemos que hacer y lo hacemos rápido.

Cortés no dijo nada, solo asintió ligeramente.

—Veremos lo que ocurre en las próximas horas; no tenemos mucho tiempo y según lo que detectemos tendremos que actuar.

Mónica enseguida cedió la palabra a García Verdasco, que explicó el operativo que había montado para vigilar día y noche a Izzadin Al Mikhlafi. Ocho personas, dos equipos, habían sido destinadas al seguimiento y vigilancia del agregado cultural. No era un hombre escurridizo, pero había que darse margen. A pie, en coche y en

moto, todas las posibilidades de desplazamiento estaban cubiertas. Nunca se sabía con quién se podría citar, ni a dónde podría ir. Mikhlafi parecía llevar una vida normal, de casa a la embajada y de la embajada a casa. Demasiada normalidad. Pero no conocían los hábitos anteriores del yemení, así que no sabían si ese era su comportamiento habitual.

* * *

Era por la tarde cuando salió de la embajada con un compañero de trabajo. Allí mismo pararon un taxi y se despidieron, pero Mikhlafi no se subió a él. Lo vio marchar y acto seguido miró a los lados en un gesto instintivo, como buscando alguien que lo vigilara. Caminó por la acera, Paseo de la Castellana abajo. En coche era imposible seguirlo en ese momento, pues esa vía lateral solo permitía circular en el sentido opuesto al de Mikhlafi.

—Está comprobando si lo siguen —explicó una voz de mujer.

—Bien, no sabe nada. Es tuyo.

—De acuerdo.

Mientras, un coche bajaba por el lado contrario, al tiempo que recibía órdenes.

—Sigue hasta la plaza de Gregorio Marañón y espera a ver qué hace.

Un segundo vehículo bajaba a la misma altura por la calle Serrano y dos motos permanecían aparcadas esperando instrucciones. Mientras, Mikhlafi seguía caminando y de vez en cuando miraba discretamente para atrás.

—Es nuestro hombre.

A unos metros detrás de él, una mujer vestida de chaqueta y pantalón caminaba hablando por el móvil. Mejor dicho, haciendo que hablaba por el móvil. Semanas atrás conducía un Megane rojo que había estampado a las puertas de un chalet, no mucho más al norte. Era Rebeca, la agente que hacía el seguimiento del yemení a pie. Al llegar a la plaza de Gregorio Marañón, Mikhlafi giró a la izquierda por María de Molina y comenzó a subir. En el cruce con Serrano miró para atrás por última vez. Nada sospechoso. Rebeca caminaba por la acera contraria a su misma altura. Cuando el yemení cruzó la calle, pasó a dos metros de ella y ni se fijó. En ese momento detuvo un taxi y se fue. Los agentes encargados de la vigilancia comenzaron a cruzar información.

—Se ha subido a un taxi. Sigue por María de Molina.

—Lo vemos, yo lo sigo.

—No puedo girar. Sigo hasta Colón.

Una moto se acercó a Rebeca y la recogió. Era Silva. El seguimiento continuó hasta que el taxi dejó a Mikhlafi en la esquina de la calle Alcalá con Príncipe de Vergara. Los últimos metros de su recorrido los hizo a pie hasta meterse en la Casa Árabe, frente al parque del Retiro. No le perdieron la pista. Chicote se metió en el edificio para continuar con el seguimiento, pero una vez dentro, todo cobró sentido: comenzaba un ciclo de cine documental en la Casa Árabe, lo que significaba que el

agregado cultural de la embajada de Yemen en Madrid estaba trabajando. Participó en la presentación de la película y se quedó a su visionado. Entre el público, Chicote simuló disfrutar con la proyección. Al acabar, Mikhlafi intervino en el debate y al finalizar regresó a la embajada, donde permaneció por espacio de una hora para luego ir directo a su casa, de donde no salió hasta el día siguiente. Por supuesto, sus teléfonos estaban intervenidos. No habló con nadie.

El CNI no desesperó. Sabían que ese hombre que se había delatado a sí mismo mirando para atrás cada vez que se movía por Madrid los llevaría a alguna parte. Pero el operativo no podía limitarse al agregado cultural; no sabían si contaba con apoyos dentro de la propia embajada, de modo que eso también formaba parte del trabajo de los Servicios Secretos. Se asignaron recursos a la vigilancia de cada una de las personas que se relacionaban con él. Cada miembro de la embajada fue sometido a vigilancia, aunque no de forma tan estrecha como a Mikhlafi, y eso incluía al propio embajador. No se podía dejar ningún cabo suelto y, aunque todo apuntaba a que el yemení actuaba solo, debía ser un hecho constatable. Con paciencia, agentes de la casa se aplicaron a realizar un mareaje a los empleados de la representación diplomática en busca de nuevas conexiones con el terrorista más buscado en ese momento en España. Qué paradoja, el terrorista más buscado que nadie sabía que era buscado.

Bastó poco tiempo para reforzar la creencia de que Mikhlafi actuaba solo puesto que no hubo nada, ni en el comportamiento ni en las conversaciones intervenidas en sus domicilios, correos electrónicos y teléfonos móviles, que delatara la participación de otra persona que no fuera el propio Izzadin Al Mikhlafi, con lo cual muy poco después se decidió dar por confirmada esta tesis. Los recursos humanos son muy valiosos, así que la operación se centró en el sospechoso.

Esos días, los agentes del CNI pudieron comprobar que el yemení era un principiante, un mero eslabón más, como Alí Assem y Rachid Gouzi, porque se comportó como un sospechoso que se comporta como si no lo fuera y de esa manera no actúa igual que de costumbre por un exceso de celo. Cada vez tenían más claro que Mikhlafi era el hombre que se había encargado de traer los detonadores a España. No se podía decir que fuera una persona sociable, al menos esos días, y eso llamaba la atención. Un agregado cultural debe socializar, relacionarse, es el encargado de promocionar un país. Sin embargo, esos días la estrella de Mikhlafi estaba apagada, como si quisiera pasar desapercibido, consiguiendo, a ojos de los servicios de Inteligencia, el efecto contrario. El ciclo de cine documental era un compromiso adquirido con anterioridad. Aparte de eso, no se le conoció más actividad. Raro. Incauto y principiante. Su ausencia de agenda podría llegar a desesperar, pero algo que es forzado no puede durar siempre. Pronto empezó a ponerse nervioso, se desconocía qué hacía dentro de la embajada, con quién hablaba y de qué manera, pero el caso es que empezó a mirar más de la cuenta hacia los lados. Demasiadas precauciones comprobando si lo seguían. ¿Sospechaba de la Policía? No parecía

probable. Todo apuntaba a que se aproximaba la hora de hacer algo y el nerviosismo, la subida de adrenalina, provocaba un exceso de celo. Por tanto, un novato.

En esta ocasión partió de la embajada al volante de un coche con matrícula diplomática y sus sombras lo siguieron como de costumbre. Tomó el paseo de la Habana, siguió por él hasta que pudo girar a la derecha y luego nuevamente a la derecha con la intención de conectar con la calle Serrano a través de la calle del Tambre. Bajó unos pocos metros por Serrano hasta enlazar con Joaquín Costa en dirección este y proseguir por Francisco Silvela hasta avenida de América. ¿Se iba de la ciudad? En contacto permanente con la sede del CNI, se continuó con el seguimiento en coches y motos, como era habitual, por la A-2, a la espera de instrucciones. Su viaje iba a durar poco porque Mikhlafi se desvió hacia el aeropuerto de Barajas. Los perseguidores informaron de este hecho en previsión de que alguien tuviera que tomar un avión con el de Yemen, y enseguida en la sede de los servicios de Inteligencia comenzaron a reorganizar los equipos. Pero Mikhlafi no iba a tomar ningún avión; los agentes encargados de su seguimiento pudieron verle hacerse cargo de una especie de bolsa de cuero y pronto pudieron confirmar a la sede central que el sospechoso había acudido al aeropuerto de Barajas a recoger una valija diplomática. Por un momento pensaron en una acción rápida contra él, pero no sabían si ese viaje al aeropuerto tenía que ver con la trama terrorista, así que le dejaron hacer. Solo pudieron constatar que su nerviosismo se acentuó. Comprobó los cierres de la valija varias veces y regresó al coche. Todos los agentes estaban preparados para seguirlo de nuevo. Pero Mikhlafi no se puso en marcha. El motor de su vehículo permaneció apagado. Uno de los agentes se acercó y pasó por detrás del coche del yemení. Fue una pasada discreta prestando atención.

—Está haciendo algo. Creo que está manipulando la valija —informó.

Los agentes no supieron qué hacer, no podían acercarse más al coche para observar. Imposible. No les quedó otra que esperar. Finalmente, Mikhlafi arrancó y abandonó el aeropuerto. Lo siguieron hasta la embajada y lo perdieron de vista cuando se metió dentro del edificio.

—No es posible que se trate de los detonadores, no puede haber pasado tanto tiempo —razonó Mónica.

—Los detonadores a estas horas ya están en manos de Zariâb —intuyó Aguirre.

—De manera que se encarga de algo más.

—Sí, pero no sabemos de qué. Material.

—Eso podría significar que no tienen todo lo necesario para activar la bomba. Nos da un poco de margen —volvió a remarcar Mónica.

Balmaseda había conseguido librarse de Cortés, aunque solo fuera por unas horas. A pesar de que los dos formaban parte de ese peculiar grupo de políticos de segunda, no se caían demasiado bien. La labor de Balmaseda era disimularlo porque en este momento estaba por debajo. Si no fuera así, otro gallo cantaría. Luis Balmaseda era un político de carrera y esta no se detenía en el cargo de director del CNI, por lo que

llevarse bien con la mano derecha del ministro de Interior era fundamental para él. Aunque le costara reconocerlo, tenía mucho más en común con él que con cualquiera de los funcionarios de la central de Inteligencia. Sabía bien a quién se debía arrimar, pero no tener a Cortés delante era un alivio, debía reconocerlo. Solo quería que todo fuese según lo previsto, sin darse cuenta de que era un objetivo que nacía de un deseo egoísta: quería que todo saliese bien por él, por su carrera, para seguir en la pomada, para no caer en desgracia, para mejorar, para acceder a otros puestos de responsabilidad, para seguir teniendo un chófer y una tarjeta Visa cuyos gastos nunca se cargarían a su cuenta bancaria.

—No podemos detenerlo, no podemos interrogarlo —se lamentó el director del CNI.

Estaba quejándose en voz alta al comprobar que su margen de actuación y decisión era cada vez más reducido. Claro que no podían interceptarlo; ya estaba suficientemente explicado, no era momento de crear nuevos conflictos. Airear el complot terrorista no conduciría a nada. A nada bueno. Hacerlo público no aceleraría la investigación, ni provocaría la llegada de resultados positivos, sino que generaría alarma en primer lugar. Si las cosas se torcían, lo siguiente sería la histeria. ¿Quién es capaz de manejar y dominar una situación así? Y después, el caos. No hacía falta hablar de esto porque sabían lo que había sobre la mesa, no estaban jugando con fuego; estaban tratando directamente con la muerte a gran escala, se enfrentaban a un magnicidio. A Balmaseda se le notaba cansado, y no solo físicamente.

—Confío en vosotros —se atrevió a decirles a Mónica y a Aguirre.

Era sincero lo que decía, pero hipócrita. Horas antes había mostrado a Cortés su satisfacción porque este entrara a formar parte del equipo que gestionaba la crisis. Simplemente estaba apostando a las dos únicas opciones disponibles, como un jugador de ruleta que apuesta al rojo y al negro a la vez: no pretende hacerse rico, solo no perder para tener siempre el mismo número de fichas con las que continuar en la partida. Sobrevivir es la misión última de un político; para arriesgarse y triunfar o fracasar ya está la empresa privada.

—A Zariâb y a sus dos hombres parece habérselos tragado la tierra. ¿Por qué nadie sabe nada? —se quejó Balmaseda.

—La Policía hace lo que debe, ¿no es así? —contestó Mónica mirando a Cortés.

Este se había sumado a la reunión después de departir con el ministro en el Paseo de la Castellana número 5. Los dos estaban en permanente contacto y era el ministro quien informaba al presidente.

—Las fuerzas y los cuerpos de seguridad del Estado trabajan sin descanso —fue la muletilla que repitió Cortés—. ¿Qué más está haciendo el CNI?

—¿Crees que nuestra labor se ha terminado? Quizá deberíamos dejar esta investigación en manos de la Policía —dijo Balmaseda.

Aguirre no daba crédito a lo que estaba oyendo, pero se contuvo. Con lo que acababa de decir Balmaseda no estaba propiciando un acercamiento hacia el

Ministerio de Interior, solo estaba mostrando una debilidad. Ya lo había hecho al decirles a Aguirre y a Mónica aquello de «*confío en vosotros*». No sabía lo que se le venía encima. Mejor dicho, lo sabía y no se veía capacitado para resolverlo, de ahí esta reacción de última hora. Mónica sí tomó la palabra; su tono suave surtía efecto siempre.

—El CNI recaba información y la pone al servicio de las fuerzas de seguridad. ¿Qué actuación puede hacer la Policía en estos momentos?

Mónica estaba disparando con mira telescópica. Cortés sabía que no podía hacer gran cosa, pero contraatacó.

—A lo mejor estáis haciendo mal vuestro trabajo.

Mónica, Aguirre y el propio Balmaseda se lo consintieron. Era un peaje y una medida inteligente. Enseguida se recondujo la conversación. Repasaron de nuevo cada elemento que había en la investigación, incluyendo la sospecha de que Mikhlafi mantenía en su poder algo que debería acabar en manos de Zariâb. Después de todo el análisis, Aguirre se centró en avanzar y realizar cábalas sobre el objetivo de la acción terrorista. Para ello tenía delante de él un mapa de España, pero Cortés presionaba.

—¿Dónde tienen previsto atentar? Se supone que no lo puede saber él solo, a alguien se lo habrá tenido que contar, con alguien lo habrá tenido que planificar. En alguna parte del mundo alguien también lo tiene que saber. ¡Os encargáis de recabar información, coño! ¡Pues hay que redoblar los esfuerzos! ¿No estamos bien colocados en el mundo árabe? ¿No tenemos infiltrados?

Cortés estaba perdiendo la paciencia, empezaba a darse cuenta de que tenía una patata caliente en las manos y seguía una buena estrategia, exigir a los demás. Mónica no entró en el juego, ni siquiera pareció afectarle, estaba muy acostumbrada a tratar con gente como él, lo había hecho en innumerables ocasiones en sus anteriores ocupaciones. Fue Aguirre el que habló señalando el mapa.

—Parte del material llegó por mar a Valencia, podría ser el punto de encuentro. Relativamente cerca está la casa de campo donde se almacenó el material nuclear. Bien, tenemos hacia el sur la Costa del Sol. Marbella. No es mala zona, centro de ocio de las élites del mundo árabe supuestamente vendidas al poder occidental. Al norte, bien comunicado desde Valencia, Barcelona. Hacia el centro, Madrid, la capital de España.

—Piensa usted en una ciudad —interrumpió Cortés—. ¿Y una central nuclear? Están desprotegidas. Sería una catástrofe.

—Es un buen objetivo, pero no el de esta acción —contestó Aguirre.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—¿Atentar en una central nuclear con una bomba nuclear? Solo a un idiota se le podría ocurrir algo así.

A Cortés le mudó el gesto, se sintió ofendido.

—¿Quién se cree usted que es?

—En estos momentos, un simple analista al que pagan por establecer hipótesis y luego confirmarlas o refutarlas. ¿Y usted? ¿También es analista?

Eso era demasiado. Mónica salió al quite.

—No es muy plausible tu propuesta —le dijo a Cortés.

—¿Por qué? —preguntó.

—Para atentar con éxito en una central nuclear no hace falta una bomba atómica. Se puede hacer el mismo daño colocando una carga explosiva en algún lugar sensible o lanzar un misil. Pero nadie correría el riesgo de conseguir una bomba nuclear para detonarla en una central nuclear —explicó Mónica.

—Solo un idiota lo haría, lo que yo le decía —apuntilló Aguirre con una mala leche descarada.

Mónica lanzó una mirada poco amistosa a Aguirre, que había vuelto a jugar a la provocación. O se lo estaba llevando al terreno personal o simplemente estaba intentando sacar de sus casillas al secretario de Estado de Seguridad. Balmaseda no se atrevió a meter baza; era un simple testigo silencioso.

—Entonces Barcelona, la Costa del Sol o Madrid —retomó Cortés.

—El objetivo es matar, destruir; cuanto más, mejor. Una ciudad grande. Marbella no. Es un ataque contra Occidente, no contra los árabes que viven en Occidente. Barcelona tampoco, no tiene sentido; enviaron a uno de los marroquíes de Barcelona a Madrid a hacerse cargo de parte de la infraestructura. Madrid es la ciudad —sentenció Aguirre.

Todos lo imaginaban, pero oírlo decir de modo directo, descarnado, ponía los pelos de punta. De tan crudo y cruel que sonaba, nadie de los presentes quería aceptar esa idea.

—Ojalá se equivoque —dijo Cortés.

Pero no fue un reproche. La frase sonó a plegaria.

—¿Qué podemos hacer? ¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Balmaseda.

—El gobierno tendría que valorar... —contestó Cortés, un poco agobiado.

—¿Valorar? No estamos hablando de hacer política —se impuso Mónica.

—Si algo no nos sobra es tiempo —remató Aguirre.

—¿Entonces qué? ¡No tenemos nada! —se desesperó Cortés.

—Tenemos mucho, muchísimo, así que te ruego que no pierdas la calma —replicó Mónica.

—Hay una cosa que podemos hacer; nos haría avanzar como no lo hemos hecho hasta ahora —propuso Aguirre.

Consiguió captar la atención.

—¿El qué? Hable —exigió Cortés.

—Entrar en la embajada de Yemen, revisar las cosas de Mikhlaifi, buscar lo que esconde y cualquier otra pista que nos lleve a Zariâb.

—¿Entrar en la embajada? ¿Está usted loco?

—No, el loco es él.

—Pero... eso es ilegal.

—También lo es introducir en España detonadores y pertenecer a una banda terrorista y, mucho más, poner una bomba atómica —disparó Aguirre.

«Capullo». Esta última palabra solo la pensó.

—Esto sí que lo tendría que valorar el gobierno —precisó Mónica.

—Yo doy el visto bueno a esta operación —se mojó Balmaseda.

—Claro que estamos hablando de algo ilegal, de algo especial, pero la situación que vivimos lo es. Tenemos fundadas sospechas para pensar que merece la pena —apoyó Mónica.

—Mikhlafti tiene algo y no está en su casa, lo mantiene en un lugar seguro: la embajada —concluyó Aguirre.

—Cualquier cosa que hagamos siempre será poco —remarcó Mónica, saliendo en ayuda de Aguirre.

—El riesgo es elevado... —pensó en voz alta Cortés.

—No es ese el riesgo que debe preocuparnos —le corrigió Mónica.

No era habitual conculcar la legalidad. Pocas veces habían vivido situaciones tan extremas, por lo que en pocas ocasiones habían tenido que plantearse soluciones extremas. No era, sin embargo, la primera vez que se invadía territorio extranjero dentro del territorio nacional. Hacía años se habían realizado operaciones semejantes. Sí, no era la primera vez que se entraba en una embajada. Nadie lo sabía, lógicamente, pero así había sido. Ahora se volvía a plantear una acción similar y dependían del visto bueno del presidente del gobierno, eso era lo malo. Y lo bueno. A fin de cuentas, no era apropiado que los Servicios Secretos actuaran por su cuenta. Era lo lógico, lo demócrata. No era algo que molestara a los viejos tiburones del CNI; lo inoportuno era que, ante una necesidad acuciante, el presidente se echara para atrás. Los políticos lo miden todo en términos de oportunismo y creyendo hacer lo apropiado pueden acabar poniendo la semilla para cosechar una desgracia. Aguirre no pudo evitar pensar, su cabeza se iba y venía y se volvió a ir pensando en todas las acciones que se hacían para establecer la democracia en regímenes totalitarios, y acabó por enunciar su propia teoría: ¿por qué interesaba derrocar a tiranos en Irak o Libia y no en China? De cara a la opinión pública, derrocar a un dictador para ayudar a instaurar una democracia suma puntos, pero por desgracia las cosas no son tan simples. En política, las decisiones correctas no tienen que ver en muchas ocasiones con lo justo. Aguirre lo sabía bien; conocía otros países, otras mentalidades, otras culturas y no entendía por qué en Occidente se seguía mirando al mundo desde una única perspectiva. Para él, había varios mundos, varias dimensiones que no convenía mezclar, lo había comprobado en su trato con líderes tribales, territoriales, en sus incursiones en el mundo árabe. ¿Cómo se podía imponer la democracia de un día para otro en países donde el machismo, el separatismo racial, el pensamiento único religioso estaban implantados en los genes de sus habitantes? Suena bien la expresión «liberar a un pueblo». El problema es que se trata de un pueblo que no está

preparado, que no sabe y que no quiere vivir en democracia. Aguirre seguía con su discurso silencioso: invadir Irak fue un error. Masacraron las fuerzas occidentales, y luego unas etnias se masacraron a otras, unos grupos terroristas a otros. Y, en medio, civiles inocentes que no entienden por qué el destino les ha marcado con la cruz de víctimas de por vida. El mundo no es un lugar justo; por tanto, no puede regirse por resoluciones justas. A veces, merece la pena tomar decisiones injustas que sirven para hacer lo correcto. ¿Merece la pena mantener un régimen tirano si con eso se evita un baño de sangre mayor? Las reglas están para saltárselas. En ocasiones. Por eso había que entrar en la embajada de Yemen, por eso había que ser ilegal. ¿A quién le importaba lo lícito? Era lo correcto. Aguirre odiaba cuando su cabeza se ponía a dar vueltas, cuando establecía en su mente un monólogo en el que sacaba punta a cada detalle. No le gustaba, prefería ser inocente. O ingenuo.

La respuesta no tardó en llegar. El presidente del gobierno se vio en la obligación de dar el visto bueno a la operación, habida cuenta de que era la única pista fiable de la que disponían hasta el momento. Pero tuvo dudas.

—No sé si estaremos haciendo lo apropiado... —llegó a decir.

A Aguirre no le sorprendió el titubeo, sabía que los políticos acostumbran a ser incongruentes y ese era uno de esos momentos: el presidente y todos los de su clase piensan por una parte que no deben invadir la intimidad, protegida por ley, de una embajada, pero, por otra, dan el visto bueno a espiar la vida de rivales políticos. Los celos del jefe del gobierno se disiparon cuando se acrecentaron sus temores: el argumento incontestable era que la seguridad de todo un país estaba en juego. Estaban haciendo lo apropiado, no lo legal.

La maquinaria del CNI se puso en marcha, no había un minuto que perder, el operativo tenía que prepararse en tiempo récord. Se hizo una nueva inspección de la zona a partir de la cual se podría empezar a tomar decisiones. Por fortuna, ya llevaban días merodeando en los alrededores con motivo del seguimiento de Mikhlafi, con lo cual el barrio, las calles adyacentes, no presentaban ningún secreto. García Verdasco se reunió con Aguirre, que coordinaría la operación. La suerte estaba de su parte. Yemen no disponía de un edificio propio, al estilo de los palacetes que albergan las representaciones diplomáticas de otros países en el exclusivo barrio de Salamanca. De haber sido así, entrar habría sido casi imposible. Sin embargo, la embajada de Yemen ocupaba un piso en un edificio de diez plantas en el Paseo de la Castellana, una zona de mucho tránsito pero asequible. Para empezar, enfrente de la fachada no había nada, solo al otro lado de la Castellana, lejos, se erguían los edificios de El Corte Inglés y del BBVA, lo cual permitiría a los agentes moverse cerca de las ventanas, pues nadie repararía en su presencia. El problema era el edificio que había en un lateral, demasiado cercano, separado del de la embajada por un callejón que daba acceso a un aparcamiento. No era grave. Segundo golpe de suerte: había dos pisos en alquiler, uno de ellos justo encima de las oficinas de la embajada. Tercer golpe de suerte: la de Yemen era una embajada tan modesta que por las noches

permanecía vacía, vigilada únicamente por la cámara de seguridad que había en la puerta y un simple sistema de alarma comercial. Sin tiempo que perder, el CNI alquiló el piso disponible encima de la embajada, que fue ocupado por una empresa de nombre GESCONSA, dedicada a la gestión de bienes inmuebles, una de las empresas registradas por los Servicios Secretos, que tenían para operaciones encubiertas. Una de tantas. Cualquiera que quisiera comprobar si era real podía hacerlo porque nada le haría sospechar. Así lo hizo la embajada. En tres días, la oficina estaría amueblada y funcionando. Además, habría que seguir sometiendo a vigilancia a los empleados de la legación para conocer sus hábitos y asegurarse de los horarios de apertura y cierre y, lo que era más importante, de que nadie visitaba el piso a horas intempestivas. Solo había dos estrategias posibles. Una, entrar por la puerta una vez anulada la alarma y la cámara de seguridad, y eso era demasiado arriesgado ya que alguien del mismo piso podría verlos. Y dos, acceder desde la ventana de la oficina alquilada por el patio interior. Solo habría que descolgarse un piso. Esa fue la opción elegida. Enseguida seleccionaron a las personas que entrarían en acción.

* * *

2 SEMANAS PARA LA CATÁSTROFE

A varios miles de kilómetros, en un lugar frío, un hombre de bata blanca permanecía concentrado en su trabajo, sentado en una mesa mientras garabateaba en un papel fórmulas antes de teclearlas en el ordenador. Era una estancia grande que compartía con otros compañeros, poblada de mesas y estanterías. Tan abstraído estaba que no sintió la llegada de dos hombres sin alma ni sonrisa.

—¿Alexander Koltsov?

La pregunta sonó fría como la nieve de Siberia. Fría y lacerante. A Koltsov no le hizo falta levantar la cabeza para darse cuenta de que aquello que temía que podía ocurrir, que tenía la certeza de que iba a ocurrir, finalmente se consumaba. Sabía quiénes eran esos dos hombres sin necesidad de verles, sabía a lo que venían y sabía lo que le ocurriría en cuestión de horas, primero en algún lugar allí cerca, probablemente en la misma ciudad de Sarov, y luego en Moscú, en alguna lúgubre estancia desconocida por el mundo. Daba igual; Koltsov se incorporó con tranquilidad.

—¿Sí? Soy yo.

Los hombres sin sonrisa le enseñaron unas identificaciones.

—Nos gustaría hablar con usted. Acompáñenos.

El viejo Koltsov no perdió la compostura, manteniendo la misma amabilidad y buena disposición.

—Claro, lo que ustedes digan.

Se levantó, recogió sus notas y las amontonó en un cajón. Sus compañeros de departamento, que al principio parecían un poco sorprendidos, enseguida retomaron sus quehaceres, tranquilizados por la actitud del científico.

—Ahora vengo —les dijo a sus colegas.

Koltsov salió al pasillo del primer piso acompañado por los dos hombres de fría mirada y avanzaron en dirección a las escaleras. Estaban en un primer piso. Antes de llegar a ellas, el viejo se dio cuenta de que olvidaba su raída americana.

—¡Vaya! Si no les importa, me pondré la chaqueta —dijo.

Acto seguido regresó tranquilo hacia el departamento. Pero antes de entrar giró hacia el ascensor que estaba abierto en ese momento y como un rayo se metió en él, apretó un botón y la puerta se cerró. Al verle actuar así, los hombres trataron de abalanzarse sobre el científico, pero el ascensor ya se había ido. Instintivamente corrieron hacia las escaleras y bajaron dando saltos, comiéndose los peldaños con una facilidad prodigiosa hasta situarse en segundos delante de la puerta del ascensor en la planta baja. Pero esta no se abrió. El botón luminoso les dio la información.

—Está subiendo —le dijo uno al otro, sorprendido.

Y de nuevo corrieron escaleras arriba. Koltsov había apretado el botón del último piso, tenía una ligera ventaja. Tras salir del ascensor, realizó el último tramo a pie, no había otra manera de hacerlo, y salió a la azotea. Caminó por ella, se acercó al borde, se asomó y miró hacia abajo. Sin ser un edificio muy alto, había una altura considerable. Aún así, tenía que ser preciso. Tenía muy claro qué debía hacer; no bastaba con saltar, debía hacerlo de la forma más eficiente para conseguir su objetivo. En ese momento aparecieron en la azotea los hombres sin sonrisa. Cazadores y presa se miraron durante unas décimas de segundo. Acto seguido, Koltsov les dio la espalda y, antes de que los hombres dieran un paso más, se abalanzó hacia el vacío, saltando como un nadador tras impulsar su cuerpo, con la cabeza por delante, dejando sus pies detrás. Así viajó hacia el suelo, tal como había previsto. El salto se podría considerar un éxito rotundo. Lo primero que impactó contra el pavimento fue su cabeza. Su cráneo golpeó el suelo, estallando en el cemento. Por efecto del peso de su cuerpo, sus cervicales se separaron violentamente, su cuello se dobló y quedó roto entre las vértebras O3 y C5. A continuación tomó tierra su espalda, las piernas aterrizaron en último lugar. Uno de sus zapatos salió disparado. Desde la azotea, los dos hombres sin sonrisa ni alma contemplaron el cadáver tendido en el suelo en una postura de imposible contorsionista mientras un charco de sangre crecía a su alrededor como un aura llegada del infierno. No hubo nada que hacer.

Tras los trámites correspondientes, su cuerpo fue enviado a Kiev, su ciudad natal, donde su hija se hizo cargo de él. Alexander Koltsov fue enterrado en la zona ortodoxa del cementerio de Baikove tras una losa presidida, no por una hoz y un martillo, sino por una cruz de ocho brazos. Paradojas de un destino cruel; ni siquiera muerto Alexander Koltsov encajaba en su entorno.

* * *

Ningún cargo oficial vivía en las inmediaciones de la embajada de Yemen. No había por tanto que preocuparse de patrullas de Policía ni de frecuencias de radio. Lo primero no era un problema; los hombres irían entrando sin llamar la atención en la oficina de GESCONSA a lo largo del día. Lo segundo era un alivio porque podrían comunicarse sin problemas durante la operación. La polea ya estaba instalada. Las noches previas habían analizado las ventanas, que daban al patio interior y averiguado que nadie dormía en la embajada, con lo cual no había costumbre de bajar las persianas al término de la jornada laboral. Eran ventanas sin sensores. No hizo falta demorar más la operación; los planos de la planta estaban perfectamente memorizados.

El mes de octubre quedaba atrás. Empezaba a hacer frío. Tres agentes esperaban para descolgarse mientras otros tres permanecían de apoyo en el piso. Seis agentes dispuestos a entrar en acción en cuanto recibieran la orden, seis agentes operativos que desconocían la naturaleza de la operación.

Compartimentos estancos. No estaban al tanto del operativo montado en torno a Mikhlafi; sabían lo que tenían que hacer, pero nada más. El visto bueno para ponerse en marcha pasaba por esperar a que todas las luces de las viviendas cercanas estuvieran apagadas y sus ocupantes sumidos en una fase de sueño profundo. Esperaron dos horas desde que la última luz se apagó. A las cuatro de la madrugada, Aguirre dio la orden de entrar. Conectados a la frecuencia también estaban García Verdasco, Balmaseda y Cortés. Este último no hacía falta para nada, pero no quería perderselo; era como un niño que viaja en avión por primera vez. Los tres agentes, uno a uno, salieron por la ventana enganchados a un cable con un arnés y se deslizaron en silencio hacia el piso de abajo. Uno de ellos era el jefe del grupo, el que decidía lo que se hacía dentro y abría, no solo la expedición, sino también las ventanas. Otro era un especialista en cajas fuertes y el tercero lo era en fotografía. Con pericia, el jefe abrió la ventana seleccionada y uno a uno fueron entrando.

—Estamos dentro.

Los agentes que quedaron arriba recogieron el cable, haciendo desaparecer todo rastro; solo tenían que esperar en silencio. Abajo, los tres hombres se movían con precaución. Unos días antes una agente de aspecto juvenil había acudido a la embajada a solicitar información para realizar ciertos estudios de antropología en Yemen. Su misión consistió en comprobar si la distribución del local había sufrido cambios con respecto a los planos de los que disponían y si había alguna medida extra de seguridad, como cámaras en algunas salas. Pero todo resultó correcto. Los agentes se movieron en silencio y evitaron entrar en el despacho del embajador. Sabían cuál era el del agregado cultural y una vez allí procedieron a realizar su trabajo. Buscaron la caja fuerte. El especialista se puso manos a la obra. Mientras, los otros dos comenzaron a fotografiar de cerca y minuciosamente la mesa del despacho y los cajones, tal y como estaban antes de empezar a mover papeles. A continuación, con cautela y exceso de celo, el jefe del comando empezó a hojear y leer. Cuando cada parte del despacho había sido escrutada, todo lo que se había tocado se volvía a colocar exactamente como estaba antes, utilizando las fotografías previas como referencia. Todo se iba haciendo por partes, como si se hubieran establecido cuadrículas. Una vez revisada cada una de ellas, se pasaba a la siguiente. De momento, no había nada destacado.

—Ni rastro de momento.

Tal y como creían, los detonadores no estaban allí.

—Ya los ha entregado —se le escapó a Cortés.

Escondida en un cajón, apareció una agenda. Parecía una agenda personal, escrita a mano.

—Aquí hay algo. Son notas.

El jefe del comando la abrió página a página, al tiempo que su compañero le pasaba por encima un minúsculo escáner. Cada letra, cada página se iba al CNI.

Mientras, el otro especialista conseguía abrir la caja, aunque a él no le tocaba mirar dentro.

—Ya está.

El jefe miró. Pidió a su hombre que hiciera fotografías y luego sacó el contenido. Había una caja de cartón que fotografiaron desde todos los ángulos.

—Hay una caja.

Tras abrirla, volvió a hablar.

—Lo que hay dentro no sé qué es.

—¿Qué tienes delante? —preguntó Balmaseda.

—Es de metal. Dos piezas.

El agente no perdió un segundo y tomó fotografías de las piezas metálicas desde todas las posiciones imaginables. Una, diez, veinte, cincuenta, cien... En la caja de seguridad había algunos papeles más que también fueron escaneados. Siguieron examinando la oficina con minuciosidad. Acabada su labor, cada objeto, cada papel, quedó en la misma posición que al principio, exactamente la misma. Eran las cinco menos cuarto de la madrugada.

—Nos vamos.

Los hombres de arriba descolgaron el cable con la polea y los tres agentes fueron subiendo al piso superior. Allí permanecieron hasta media mañana, momento en el que uno a uno fueron abandonando la oficina cuando desde la calle otros compañeros les iban avisando de las ausencias puntuales del portero del inmueble. En GESCONSA se quedaron las dos personas que atendían la oficina y que, como era habitual, habían llegado a las nueve y veinte de la mañana a su puesto de trabajo. Así habrían de hacer durante los siguientes dos meses para no levantar sospechas, momento en el que la empresa encontraría un local en mejores condiciones económicas, información que las dos empleadas se encargarían de comentar con el portero.

En la sede del CNI los expertos se pusieron sin demora a analizar todos los papeles y fotografías. Todas. ¿Qué demonios eran esas dos piezas metálicas con forma de semiesferas?

* * *

Eva no era la misma, hacía tiempo que no lo era, pero en los últimos tiempos todo había ido a peor. Se culpaba a sí misma. Quizá era su carácter. ¿Una ineludible crisis existencial? Había oído hablar de ella, la crisis de los cuarenta; unas veces llega un poco antes, otras después. El caso es que se veía incapaz de localizar el origen de su tristeza, no lo encontraba dentro de sí. Todo la remitía a la misma conclusión, un agotamiento de la llama del amor. ¿Qué habían hecho mal? Lo primero en lo que pensó fue en la rutina, todo el mundo la vive, por qué no ella, su marido... Pero su matrimonio era casi como los demás, se repetía en su cabeza; sin embargo, muchos no pasaban por lo mismo. No podía ser eso, debería ser algo más sencillo: el amor se

desgasta, bastaba con esa explicación pueril. Pero ella no era una persona simple, su vida consistía en realizar cálculos y resolver ecuaciones, ¿cómo iba a haber algo que no pudiera explicarse de la misma manera? Eva se desesperaba ahogada en sus pensamientos. Tonterías, ella no era así, en todo caso esa forma de pensar se la había contagiado Miguel. Ella era emocional, entregada, así que llegó a la conclusión de que toda su energía se la había absorbido su marido, de que ella se había dado demasiado. Cuanto más se entrega una mujer, más papeletas tiene para acabar siendo despreciada, pensó. Pero no podía exigirle responsabilidades a él. Esos últimos días, como los anteriores y los anteriores, su cabeza no había dejado de reflexionar; era incapaz de centrarse en los planos que tenían que ocupar su mente, su ritmo de trabajo descendía, su rendimiento bajaba a pesar de ocupar el mismo número de horas. Su energía se difuminaba, se apagaba como la llama de una vela en sus últimos estertores. Eva se creía presa de sus propias inseguridades, esas que nadie percibía, que todos desconocían. Curioso el ser humano: el peor juez es uno mismo. Acto seguido, se miró en el espejo. Digna y miserable al mismo tiempo. ¿Quién podría pensar que la atractiva arquitecta, una mujer rigurosa, inteligente, era un mar de dudas, una persona frágil y vulnerable? La respuesta era muy sencilla: nadie. Porque lo tenía todo para no serlo. Su problema, —bien lo sabía su marido—, era que todavía no había sido capaz de aprender a usar favorablemente aquello que le beneficiaba. Pero no era capaz. Todo el mundo la percibía como alguien de personalidad atractiva, segura de sí misma, capaz de tomar decisiones sin dejarse influenciar. Era una mujer envidiada, una profesional admirada entre sus compañeros que podría tener a quien quisiera y hacer lo que le diera la gana de la forma que gustase; pertenecía a ese tipo de mujeres destinadas a estar al mando. Sin embargo, no había aprovechado esa ventaja. Porque era un ser humano. Y, poco a poco, la moral se le fue minando. Cuanto más amas, más puedes sufrir, recordó que le había dicho alguien en alguna lejana ocasión. ¡Qué razón tenía! En estos últimos años, casi sin darse cuenta se había convertido en una parodia de sí misma, un alma dependiente del hombre al que amaba. Amaba, ¿en pasado? Eva lloraba de rabia, de pena. Sabía que lo tenía todo para hacer las cosas bien, pero entonces, ¿por qué le habían salido mal? ¿Debería, quizá, pensar más en sí misma? Todos estos pensamientos se amontonaban cada vez más deprisa en su cabeza, mostrándose incapaz de darles salida a la misma velocidad que llegaban. Le costaba dormir, se levantaba por la noche al cuarto de baño y allí derramaba alguna lágrima. Compartía todavía cama con su marido, pero en estos últimos tiempos él no aparecía por el lecho conyugal en bastantes ocasiones y, cuando lo hacía, le escuchaba dormir plácidamente. ¡Qué diferentes! Eva apartó la vista de su reflejo y tomó una decisión, nadie sabría si meditada o fruto del despecho, nadie sabría si era una medida de ataque o de defensa. «*Por el bien de los dos*».

—Esto cada vez tiene menos sentido, Miguel.

Se lo soltó en una de esas contadas ocasiones en las que él aparecía por casa a una hora razonable. Su marido se le quedó mirando, esperando más. Ella se crispó; era

algo que no le agradaba de él, no transmitía emociones, era capaz de esconderlas. ¿Por qué era así? Podía entender que formaba parte de su trabajo, pero su vida no era su trabajo. A ella le hubiera gustado un poco más de compromiso.

—Por el bien de los dos, debemos separarnos.

Él siguió sin decir nada. Ella lo imitó, esperando una reacción.

—Yo necesito tiempo —terminó diciendo Aguirre.

—No, Miguel, el tiempo se ha acabado. Si seguimos así, vamos a terminar mal. Por nuestro bien y el de nuestra hija.

—Si eso es lo que quieres...

—¿Por qué eres así?! —estalló Eva.

—Así, ¿cómo?

—Si eso es lo que quieres... —repitió imitando con desgana la frase de su marido—. ¿Es que no puedes mojarte? ¿Qué pasa por tu cabeza? Parece como si no fuera contigo.

—No tengo gran cosa que decir porque no puedo reprocharte nada. Sé lo que sientes.

—No, no lo sabes.

—Sí, Eva, sí.

—¿Pues no lo parece!

—No puedo culparte de nada, yo soy el problema. Te juro que no lo hago a propósito, pero es que no sé qué me pasa.

—Pasa que quizás te hayas vuelto un insensible.

Aguirre no dijo nada durante unos segundos.

—De verdad, te pido perdón.

—Los problemas no se solucionan así —le dijo ella.

Por un momento, al notable agente del CNI se le pasó por la cabeza sentar a su mujer y contarle el lío en el que estaba metido, pero fue un pensamiento que enseguida desapareció de su cabeza; eso no iba a arreglar nada, todo venía de más lejos.

—De acuerdo. Haremos lo que tú quieras. Si lo consideras definitivo... —fue lo único que dijo él.

Eva bajó la cabeza, no quería volver sobre lo mismo; se había propuesto ser firme, ser directa, no dejarse llevar. Cada vez que su marido se había disculpado, cada vez que le había pedido perdón, ella había cedido y no había encontrado más que soluciones pasajeras, pausas. Esta vez no podía ser igual, su vida merecía mucho más. Aguirre se quedó solo en el salón pero no supo qué hacer en casa y se marchó. Eva oyó el sonido de la puerta principal al cerrarse. Y se echó a llorar.

Miguel se mezcló con los peatones que, decididos, se movían por las calles de Madrid, sin importarle con quién se cruzara o a quién tuviera delante o detrás. Caminó como un ciudadano más, cruzó sin respetar los semáforos, como la mayoría de la gente, y callejeó por el centro histórico hasta llegar al Palacio Real y meterse en

los Jardines de Sabatini. Trató de alejarse un poco y se sentó en uno de los bancos de piedra. Allí cerca, más gente, turistas, hacían lo mismo. Descansaban, revisaban guías, comprobaban memorias de cámaras digitales. Revisó su propia memoria. ¿Por qué era así?, ¿qué le hacía reaccionar de esa manera?, ¿qué le provocaba comportarse como lo hacía? Por un momento llegó a pensar que era su naturaleza, pero no, no podía ser eso, no siempre había sido así. ¿Qué quedaba de aquel que en su día había sido un joven lleno de ideales? Había cambiado. ¿O simplemente había aflorado un defecto? ¿Era la responsable de ello, quizá, su incapacidad para amar? Su cerebro buscaba explicaciones, pero él sabía que solo eran excusas. ¿Incapacidad de amar o incapacidad natural del ser humano para permanecer en pareja? Su cabeza rebuscaba en sus conocimientos de antropología y psicología y recordó esa teoría que dice que el amor no dura más que un período determinado de tiempo y que, estableciendo una media, las parejas sufren una crisis a los siete años de convivencia. ¿Era fiable esa tesis? Pensó en su caso, pero evitó hacer unos números que sabía que no le resultarían favorables. ¿En qué podía escudarse? Él quería a Eva. El tiempo, los acontecimientos, lo habían endurecido, pero eso no justificaba su manera de comportarse. Cada vez que lo pensaba hundía más la mirada en el suelo. El hombre de reacciones rápidas no sabía qué conclusiones sacar en ese momento. Irse de casa había sido la primera señal de no querer afrontar el problema. Su mente dejó de pensar por unos segundos. Solo levantó la cabeza y miró hacia arriba, hacia el cielo; luego cerró los ojos y trató de relajarse, procurando limpiar su cerebro de imágenes que le pudieran perturbar. Madrid no era la ciudad adecuada, pero por un momento insignificante escuchó el silencio. Inspiró con fuerza varias veces y regresó al mundo real. A lo mejor no había que buscar en las profundidades; el amor se podía haber acabado, ¿qué tenía eso de anormal?

* * *

Balmaseda y Mónica departieron sobre el devenir de los acontecimientos. Lo primero que pusieron en común fue la información llegada de Rusia. La FSB les había confirmado que Alexander Koltsov había vendido el plutonio y, al ser descubierto, se había suicidado. Esa línea de investigación se detenía ahí porque no había sido posible interrogarlo.

Analizar los datos de los papeles escaneados en la embajada de Yemen no resultó un problema porque nada interesante contenían. El agregado cultural no parecía pertenecer a esa mayoría de personas abducidas por las nuevas tecnologías. No disponía de *iPad*, ni de ningún tipo de agenda electrónica, su teléfono móvil era de lo más normal y para sus citas y anotaciones usaba una simple agenda de papel, la misma que los agentes secretos habían escaneado de cabo a rabo. Solo llamó la atención una fecha y un lugar apuntado en la agenda de Mikhlafi. Era una cita, una de las varias que tenía anotadas pero la única de la que no se daban más detalles. Un lugar, una hora, dentro de dos días. Todo parecía indicar que en esa cita Mikhlafi iba

a entregar las piezas que todavía tenía en su poder. Pero había que verlo. El yemení estaba vigilado las veinticuatro horas del día; cualquiera que fuera la naturaleza de ese encuentro pendiente, el CNI lo sabría; quienquiera que fuera el interlocutor de esa cita, el CNI lo conocería; cualquiera que fuera el objeto de esa reunión, el CNI lo averiguaría. Nada se dejaría al azar y, con la ventaja de saber que se disponía de dos días, los Servicios Secretos se pusieron a preparar el dispositivo de vigilancia. La cita era en el parque del oeste, en las inmediaciones del templo de Debod.

Al día siguiente, en pocas horas se estudió la zona y muy pronto ya había en las proximidades algunos agentes trabajando como operarios del servicio de Parques y Jardines del ayuntamiento y otros como ciudadanos normales paseando el perro a la misma hora a la que se produciría el encuentro. Simplemente estaban preparando el momento, dotando de normalidad su presencia en el parque. Este trabajo había sido encargado a un veterano de los grupos operativos, Aguirre había sido liberado de esta ocupación a sugerencia de Mónica Somoza; no había por qué ocuparle en una actividad que cualquier otro podía hacer. Era una acción de libro, para eso había más gente, por mucho que él se hubiera querido implicar. Ese fue el miedo que tuvo Mónica, que Aguirre hubiera querido hacerse cargo de los preparativos; ella sabía que habría aceptado para poder mantenerse al margen de discusiones que tenían más de política que de estrategia. Y no le dio la opción de decidir. Cuando Mónica lo citó, el trabajo de campo ya se estaba realizando y enseguida le puso al corriente.

—Esa parte no me preocupa.

—¿Qué más hay? —preguntó Aguirre.

—Las piezas metálicas.

—Forman parte de la bomba —adivinó él.

—Eso creemos. Hemos estado analizando las fotos una a una.

Mónica lo llevó a la sala de reuniones y esparció sobre la mesa las fotos más destacadas. Dos piezas semiesféricas, en apariencia inofensivas.

—¿Para qué son? —preguntó Aguirre.

—No lo sabemos, pero no hay que ser muy listo para pensar...

—Que puede ser el recipiente donde va el plutonio —remató Aguirre.

—Así es. Son piezas talladas de alta precisión; probablemente sea lo menos casero de todo el dispositivo. Miguel, no sabemos qué más tienen, no sabemos si los demás elementos ya están hechos o si tienen que construirlos ellos. No sabemos nada.

—Sabemos mucho. En primer lugar, les falta algo para poder hacer la bomba. De momento no hay riesgo, podemos estar tranquilos. En segundo lugar, nosotros sabemos que les falta algo, sabemos que ellos no saben que lo sabemos. Y, en tercer lugar, sabemos dónde está lo que les falta, lo tenemos controlado. Jugamos con ventaja.

—Da gusto encontrar gente con esa visión tan positiva.

Pero Aguirre no modificó el gesto, no agradeció el comentario, ni siquiera con una leve sonrisa. Su expresión no tenía nada de particular en apariencia, pero Mónica

lo notó; algo pasaba.

—¿Hay algo que quieras añadir?

—No.

La respuesta sonó ausente, imperceptiblemente ausente para cualquiera que no fuera la directora Técnica de Inteligencia. Enseguida se sumaron García Verdasco, director Técnico de Operaciones, Luis Balmaseda, director del CNI y su sombra, Juan Carlos Cortés, secretario de Estado de Seguridad. Mónica Somoza repitió las conclusiones que había expuesto Aguirre.

—Tenemos la situación bajo control, esa es una gran noticia —exclamó Cortés—. Debo felicitaros, pero no hay que bajar la guardia.

El Aguirre de los mejores tiempos habría realizado una mueca, pero no la hizo y Mónica se dio cuenta de nuevo. La conversación siguió con la puesta al día sobre la vigilancia de Mikhlafi y más concretamente sobre los detalles del operativo del templo de Debod. Todo parecía estar bien atado.

—No podemos fallar —suplicó Balmaseda mirando a García Verdasco y Miguel Aguirre.

—Confiemos en que en esa cita Mikhlafi entregue la esfera a Zariâb —puntualizó Mónica.

—Si es así, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Cortés.

—Tendremos que ver qué nos conviene más —respondió Mónica, al ver que Aguirre no estaba muy hablador.

—¿Qué nos conviene más? Detenerlo —precisó Cortés.

—El resto del comando sigue libre y no sabemos exactamente cuántos son —recordó Balmaseda.

—Pero no tienen la bomba —se defendió Cortés.

—Claro que tienen la bomba. Lo que no tienen es una parte, pero, ¿por cuánto tiempo? Tienen explosivos, tienen detonadores, tienen plutonio. No sabemos dónde están y a Zariâb nunca se lo sacaríamos —se arrancó a hablar Aguirre.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—¿Y si el contacto de Mikhlafi no es Zariâb? —preguntó Balmaseda.

—Es posible que no lo sea —dijo Aguirre.

—Podría ser el encargado de montar la bomba —sugirió Mónica.

—Podría. En cualquier caso, nosotros llevamos ventaja. Quienquiera que sea, si Mikhlafi le entrega el material, deberíamos tenerle controlado. Es el eslabón que nos conecta con Zariâb —respondió Aguirre.

—Es arriesgado. ¿Y si se escabulle? —volvió a cuestionar Cortés.

—Nuestro trabajo consiste en evitar ese extremo —contestó Mónica—. Nada debe fallar.

—Bueno, ya veremos. A ver qué dice el ministro —dijo Cortés.

—¿Cuál de ellos? —Aguirre tuvo un arranque humorístico relleno de mala leche.

No le faltaba razón. El ministro a cargo del CNI era el de Defensa, aunque Cortés solo pensaba en el de Interior. El secretario de Estado de Seguridad estuvo a punto de contestar, pero en el último momento se dio cuenta de que la pregunta no iba con la intención de obtener una respuesta. Lanzó una mirada de odio a Aguirre y al poco se fue a dar parte a su amo. Quedaba día y medio para el encuentro y poco más había que hacer. Se lo jugaban todo a una carta. Estaban convencidos de que Mikhlafi entregaría el material y eso los llevaría a Zariâb, que caería por sorpresa. Fin de la historia. Mónica se acercó a Aguirre.

—¿Te encuentras bien?

—¿Tengo mal aspecto? No he dormido mucho últimamente, me has dado mucho trabajo.

—No es el trabajo.

—¿Ah, no?

—Te conozco bien, Miguel. No es una pregunta de trabajo, te hablo como amiga.

—Nada, historias.

Lo conocía bien, así que esa contestación bastó para que Mónica confirmara que algo marchaba mal en la vida de Aguirre.

—Se trata de Eva —sugirió ella sin poder evitar un leve gesto de tristeza.

Aguirre tardó unas centésimas de segundo en reaccionar y lo hizo tras apartar la mirada de Mónica.

—Quiere separarse —dijo de forma lacónica y monótona.

—Vámonos de aquí —dijo firme Mónica.

La sede del CNI no parecía el lugar adecuado para conversaciones personales. Cada uno de ellos culminó sus funciones, dejando atadas y bien atadas sus respectivas labores. Como de costumbre abandonaron el complejo por separado siguiendo los mismos y rutinarios protocolos de seguridad. Aguirre salió sin problema, Mónica no lo tuvo tan fácil. El destino, o mejor dicho el programa de un ordenador había elegido al azar a la directora de Inteligencia para ser sometida a un control al abandonar la sede de los Servicios Secretos. Daba igual el grado que tuviera en el escalafón, el agente que le impidió la salida no tuvo ninguna consideración especial. Para él, ella no era nadie y se aplicó a examinar a conciencia el coche y las pertenencias de Mónica Somoza con la minuciosidad y asepsia a la que estaba acostumbrado. Ni un gesto de cortesía especial, ni una frase de disculpa. Un miembro más del engranaje que sabía lo que se jugaba haciendo su trabajo.

Salvo este pequeño incidente, todo continuó con normalidad. Mónica y Miguel se encontraron en la tranquila cafetería del hotel Occidental Miguel Ángel. Decorada de manera elegante, era discreta, apartada, no estaba cerca de la calle y por tanto no había ventanas cerca. No tenían nada que esconder, pero el ambiente a esas últimas horas era más que aceptable, muy tranquilo; además, el lugar invitaba a hablar bajo. Se trataba del típico local de cierto nivel en el que ejecutivos de empresas de la zona improvisan pequeñas reuniones o se toman algo antes de regresar a casa a última hora

de la tarde. Después de varias semanas trabajando al límite, un momento como este se disfrutaba como unas vacaciones a miles de kilómetros. Los dos agentes, los dos amigos, los dos examantes pudieron hablar tranquilos. Examantes. Eva había tenido una aventura con un apuesto arquitecto años atrás y Aguirre no pudo ni quiso reprochárselo. ¿Cómo iba a hacerlo? Él había caído también en brazos de alguien que le ayudaba a olvidar sus problemas. Mónica Somoza, su amiga, su amante, su examante, su jefa, su amiga. Era difícil escarbar en los sentimientos de Aguirre, por eso lo mejor era dejarlo estar. Mónica le miraba mientras sorbía su tónica. Él sonreía y su mirada se iba a la nada, o posiblemente a los detalles decorativos del bar.

—Algo he hecho mal.

—No tienes por qué culparte.

—Sí, porque soy consciente de que tengo razón.

—¿Y?

—Y no sé qué debo hacer.

—Si vas a necesitar razonarlo y establecer una estrategia, malo. Acéptalo como viene, mira hacia delante y toma decisiones que salgan de tu corazón, no de tu cabeza. No es tan difícil.

—Es ella la que me preocupa. No se lo merece.

—No, Miguel, eso no vale. Es la típica disculpa de hombre. Que si es mi culpa, que si no se lo merece, que si soy así... No.

Aguirre sabía que Mónica tenía razón; no le permitía ningún desliz y se lo hacía ver con total naturalidad.

—No seas tonto —apuntilló ella, mientras se reía quitando hierro al asunto.

—Es que desde hace unos años no remontamos. Desde...

—Miguel, no. Sabes separar perfectamente. Piensa y trata de ver si lo que pasa es que estás cansado. Puede ser, piénsalo, del trabajo, de tu matrimonio, de lo que sea. Piensa lo que has hecho y lo que puedes hacer todavía. Manda narices que esto te lo tenga que decir yo.

—De verdad, el problema está en mí.

—¿La quieres?

—Claro.

—¿Estás enamorado de ella?

Aguirre no contestó. Su mirada se volvió a perder, esta vez en la barra del bar, aunque su expresión no parecía denotar ningún tipo de preocupación. Cualquier cosa podría estar pasando por su cabeza.

—Es la vida —fue lo único que dijo.

Mónica sonrió y le miró.

—¿Cenamos? —preguntó Aguirre.

—Claro.

—Pero pagas tú, que cobras más que yo.

—Eso está hecho —aceptó ella.

Pagaba Mónica pero elegía Miguel. Caminaron unos metros, cruzaron el Paseo de la Castellana, siguieron hasta María de Molina y se metieron en el Café Saigón, uno de los sitios favoritos de Mónica Somoza. A ella se le abrió el corazón.

—Buena elección, sí señor.

No hubo ningún problema para encontrar sitio, era día entre semana y el restaurante era grande. Se acomodaron en una mesa del piso de abajo, al fondo, cerca de las ventanas que daban al jardín. Empezaron por un primero para compartir, unos rollitos crujientes de langostino con mango y albahaca. De plato principal ella se pidió pato caramelizado, mientras que él optó por unos medallones de ternera con jengibre y mandarina. Y vino tinto para los dos, un Ribera de Duero de precio aceptable. Una botella. Durante la cena no volvieron a hablar de problemas personales ni por supuesto de trabajo, nunca lo habían hecho cuando estaban juntos por cuestiones que no eran laborales. Hacía tiempo que ninguno de los dos tenía una conversación tan interesante sobre temas tan intrascendentes, hablar por el placer de hablar. Fue como una parada en el tiempo, una pausa en la historia de sus vidas, como una burbuja en el aire a la que no le importa nada lo que haya más allá, sople como sople el viento. Disfrutaron de la comida, saborearon el vino, bromearon. Y siguieron degustando el vino, viviendo ese momento de irrealidad en el que los problemas no existen, ese momento en el que todo es bueno, ese momento en el que todo está bajo control, en el que todo parece flotar plácidamente. No pidieron postre. La casa les invitó a una copita de licor. Mónica pagó.

—Vámonos a mi casa —dijo ella.

Pero sus palabras no eran firmes, no tenían la entonación decidida y segura de costumbre, sino que sonaron delicadas, casi como una tímida propuesta. En el fondo era un ruego. Aguirre no dijo nada; se levantó de la silla y los dos salieron del restaurante. No dijo nada. No dijo que sí, pero tampoco dijo que no.

Mónica abrió la puerta de su casa y avanzó por el pasillo sin encender las luces. Detrás de ella caminaba Aguirre. Los dos en silencio. Antes de llegar al dormitorio, él le puso la mano en el hombro, ella se detuvo, se giró y, sin decir o esperar nada, lo abrazó por el cuello y le besó. Se besaron con fuerza, se acariciaron los cuerpos y allí mismo comenzaron a quitarse la ropa, cada vez con más urgencia. A trompicones llegaron al dormitorio y se dejaron caer en la cama. Se tocaron, se estimularon, se rozaron, se frotaron, se dejaron hacer. Se dedicaron el uno al otro durante un período que parecía interminable. Ella lo agarró del pelo y le hizo acercarse a sus ojos.

—Penétrame.

—Qué.

—Quiero sentirte dentro.

Aguirre obedeció. Comenzaron con suavidad. Él besó sus labios, su mejilla, su cuello. Separó su cara de la de ella y le hizo el amor. Poco a poco sus pulsaciones comenzaron a subir de nuevo, sus respiraciones se aceleraron y sus cuerpos comenzaron a moverse. Ella le agarró de las caderas, lo atrapó con sus piernas y se

retorcieron. Ella se giró y se subió encima de él. Comenzó a moverse con fuerza, mientras él le besaba los pechos. Ella echó a Miguel contra las sábanas y siguió moviéndose cada vez con más velocidad. Apartó su pelo para atrás, abrió su cuerpo, mostrándose y giró su cabeza hacia arriba, arqueando la espalda. No se decían nada. Sudaban. Miguel se incorporó y acarició su cuello, navegando con su mano entre su pelo revuelto y se acercó a ella cada vez más. Se acercó a su cara y la miró. Y en ese momento desapareció Mónica y vio a Eva. Alejó su mano instintivamente y se detuvo. Cerró los ojos, tomó aire y apretó a Mónica contra él, mientras apuraban los últimos momentos de placer. Luego se tendieron en la cama uno al lado del otro. Ella se acercó y lo abrazó, pero él no correspondió. Mónica no dijo nada, le besó en el torso y se giró. Aguirre siguió sin moverse, mirando al techo. Al cabo de unos minutos, la abrazó desde detrás. Ella le agarró su mano y la besó.

Durmieron.

* * *

En pleno corazón de Madrid, un pedazo de Egipto ocupa una pequeña explanada en un alto muy cerca de la plaza de España, junto al paseo Pintor Rosales. Trasladado piedra a piedra a finales de los años sesenta, el templo de Debod había sido un regalo del gobierno de Egipto a España en compensación y agradecimiento por la ayuda prestada en la construcción de la presa de Asuán. En perfecto estado de conservación, su ubicación mantiene la orientación original, de este a oeste. Con miles de años de antigüedad, la presencia majestuosa del exótico monumento africano embellecía un parque arbolado ya de por sí hermoso, que proporciona unas excelentes vistas a la catedral de la Almudena, el Palacio Real y la Casa de Campo. A esas horas de la tarde, las mejores vistas las tenían los dieciséis agentes del CNI que estaban implicados en el operativo de vigilancia del encuentro de Mikhlafi. Era un día normal, gente joven, universitarios, turistas extranjeros y jubilados poblaban principalmente el parque, todos ellos ajenos a la secreta auscultación a la que estaban siendo sometidos desde fuera y desde dentro del recinto. El recurso de la pareja con perro ya había dado buen resultado, así que hoy repetía. Había dos jardineros a los que ya se les había podido ver los días anteriores. Dos personas más vigilaban desde el quiosco de bebidas que había enfrente del número 12 del paseo de Pintor Rosales. Además, en cada una de las salidas del parque había un agente preparado. Se sabía por dónde podría llegar Mikhlafi, pero no por dónde podría irse su contacto. Mirando hacia la Casa de Campo, Silva esperaba, cámara de fotos en mano, tomando instantáneas de las vistas del sur de la ciudad como un viajero más de paso por Madrid. Al otro lado, abajo, cerca de la estatua de sor Juana Inés de la Cruz, Chicote esperaba órdenes sentado en un banco, leyendo un periódico y escuchando música a través de los auriculares que tenía conectados a su *iPhone*. ¿Escuchando música? Eso es lo que pensaría cualquiera que lo observara. Dos coches permanecían a la expectativa en Pintor Rosales, cada uno en un sentido diferente; otros dos, al otro

lado del parque. De apoyo, tres motos, siempre necesarias, pues el centro de Madrid es muy complicado en cuanto a tráfico rodado se refiere. A unos cien metros del punto caliente, sentado en un banco, Aguirre se concentraba en su ordenador portátil, donde recibía en tiempo real las imágenes que los agentes con cámara grababan del encuentro. Así de fácil, los tiempos habían cambiado. Poco era lo que necesitaban para realizar su trabajo: sofisticados equipos electrónicos de grabación audiovisual y comunicación camuflados bajo la forma de inocentes *iPhones* y simples ordenadores portátiles, similares a los que cualquier estudiante o comercial podría utilizar en un parque cualquier día a cualquier hora.

Las cinco menos cuarto.

Mikhlaflí tenía a tres personas siguiéndolo desde que había salido de la embajada portando una bolsa roja de deportes. Allí había detenido un taxi. Los sabuesos que se habían convertido en su sombra advirtieron al resto del equipo de los movimientos del yemení, que llegó a su destino diez minutos antes de la hora prevista. Se le notaba ligeramente nervioso. Paseó por los alrededores del templo, miró el reloj y finalmente se sentó en un lateral a las cinco menos dos minutos. Y esperó. Nada ocurrió en los siguientes veinte minutos. Algo no previsto estaba sucediendo, puesto que el propio Mikhlaflí empezaba a impacientarse. Miraba hacia los lados sin saber muy bien de qué manera actuar.

—No aparece nadie —se oyó por los auriculares.

—Tenemos todo el día —contestó Aguirre.

Nadie dijo nada más. Pronto la actitud de Mikhlaflí empezó a cambiar; cuanto más tiempo pasaba, más relajado parecía estar, como si se hubiera liberado de la presión, aceptando que el encuentro se había malogrado por cualquier circunstancia. En el fondo era un alivio. Pero a las cinco cuarenta, su propia expresión lo delató. Vio a un hombre merodear por el templo y al final colocarse junto a uno de los carteles que anuncia los horarios de las visitas al monumento. Joven, moreno, de aspecto árabe, pero vestido de forma elegante, occidental. Cuando las miradas del yemení y el recién llegado se encontraron, Mikhlaflí agarró su bolsa y se levantó.

—Preparados, su contacto puede ser el de la cazadora azul, junto al cartel.

Los agentes extremaron sus precauciones.

—Tiene que serlo, llevaba veinte minutos sentado sin hacer nada junto al mirador, a diez metros de donde estoy —apuntó Silva, mientras continuaba de espaldas a todo.

—No es Zariâb —precisó uno de los agentes que más cerca se encontraban.

—¿Estás seguro?

Mikhlaflí caminó hacia un extremo del parque, a una zona más protegida, donde se volvió a sentar. Detrás de él no había nada de qué preocuparse porque solo había la barandilla que limitaba el parque. Tenía todo controlado: delante de él únicamente se erguía un grupo de pequeñas palmeras que constituían un buen parapeto y, un poco más allá, el templo egipcio. Cinco minutos después se acercó el hombre al que esperaba. No cruzaron palabra alguna. Completamente camufladas, las cámaras de

los *smartphones* grababan un encuentro que no duró ni un minuto. El desconocido se sentó en el banco. Poco después, Mikhlafi se marchó. Aguirre asignó su seguimiento solo a dos de las tres personas que se habían estado encargando de él, el otro se quedaba de refuerzo. El desconocido esperó. A los agentes les quedó claro que no era un advenedizo porque rastreaba el parque con la vista en busca de elementos sospechosos, de cualquier detalle que pudiera salirse de lo normal. Con pasmosa tranquilidad, cuidándose de que no hubiera nadie mirando, recogió la bolsa que Mikhlafi había dejado bajo un extremo del banco y acto seguido se fue con paso firme por las escaleras que había muy cerca detrás de él. Aguirre movilizó a sus hombres, los que estaban disponibles, prescindió de los que se habían expuesto en el parque y dejó a su disposición uno de los vehículos. El resto comenzó a seguirle.

—Se va hacia el Palacio Real. Muévete, Chico, pero por delante.

Chico, Chicote, le vio bajar por las escaleras y echó a correr para situarse por delante de él, unos veinte o treinta metros, para seguir su misión guiándose por las indicaciones que le daban. El desconocido, cada poco, giraba la cabeza buscando perseguidores. Nadie le seguía... por detrás. Decidió bajar hacia la Cuesta de San Vicente, pero en vez de continuar hacia la plaza de Oriente, giró a la izquierda en plaza de España. Chicote, que ya estaba junto a los jardines de Sabatini fue advertido y echó a correr para cruzar la calle junto al Senado y regresar a la plaza de España.

—Vete hacia Gran Vía, vas delante de él, todavía está cruzando por debajo.

Así lo hizo. Al llegar a la esquina con Gran Vía, recibió la orden de esperar. El desconocido caminaba unos treinta metros detrás. Chicote lo vio, pero no llegó a cruzarse con él porque en Leganitos el objetivo giró a la derecha y comenzó a subir la calle.

—Se va por Leganitos —informó.

Chicote recibió la orden de seguirlo. Caminó unos treinta metros por detrás mientras una moto con dos ocupantes se abría paso entre los coches y ascendía por Gran Vía para llegar a la plaza de Santo Domingo, desde donde controlaron la llegada del desconocido, que se detuvo en la esquina con Isabel la Católica. De repente se giró y se quedó quieto. Ese gesto pilló por sorpresa a Chicote, que no pudo hacer lo mismo y se vio obligado a seguir caminando y pasar de largo por la acera de enfrente. El hombre de la cazadora azul se movilizó de nuevo, accedió a la plaza de Santo Domingo y comenzó a bajar por la calle Campomanes, hacia la plaza de Ópera.

—Va hacia Ópera.

—Ha estado dando un rodeo.

—No hay problema, se está asegurando de que no le siguen —dijo Aguirre.

Otra moto con dos ocupantes se dirigió a Ópera. Una vez allí, uno de ellos se sentó en la plaza. El desconocido la atravesó y giró en la calle Arenal. Caminó con tranquilidad. Antes de llegar a la Puerta del Sol se detuvo de nuevo y se quedó mirando un escaparate, aunque no parecía interesarle lo que había dentro de la tienda. Utilizaba el cristal como un espejo para vigilar la calle, comprobando en el reflejo el

recorrido que había hecho y las personas que se acercaban. Luego se apoyó en la pared y esperó. Cuando se sintió seguro, regresó sobre sus pasos y acabó metiéndose en un edificio.

—Se ha metido en el hotel Francisco I.

El agente apuró el paso y con cautela caminó delante de la puerta del hotel mirando con disimulo hacia el interior.

—No está en la recepción. Repito, no está.

Volvió a pasar por delante del hotel y esta vez se detuvo. Nadie. Eso solo podía indicar una cosa: había subido a una habitación. O se alojaba allí o había ido a encontrarse con alguien. No se perdió un solo segundo en reorganizar el operativo, asignando a los agentes nuevas funciones para controlar todas las posibles salidas. No podía escapárseles.

Tenían una nueva cara, solo había que ponerle nombre. Para ello, en la sede de la carretera de A Coruña se analizaban las imágenes de vídeo grabadas durante el encuentro. Al mismo tiempo se reservó una habitación en el último piso del modesto pero bien adecentado hotel de dos estrellas, que fue ocupada por una pareja de agentes.

A las nueve de la noche, el objetivo salió del hotel y se acercó a un restaurante turco situado al lado del Teatro Real donde cenó solo. Cuarenta minutos después regresó y coincidió con la pareja de agentes, reconvertidos en novios, de La Rioja para ser exactos, que también entraba en el hotel. Se metieron juntos en el ascensor y pudieron averiguar el piso en el que estaba. Transmitieron la información. Poco después, el CNI ya había averiguado la habitación exacta en la que se alojaba el hombre y su identidad. Las imágenes casi no dejaban lugar a la duda.

—Se llama Ibrahim Rekab. Marroquí. Terrorista acreditado con un currículum que mete miedo —avanzó Mónica—. Ha participado en numerosas acciones. Se da por descontado que es el responsable del atentado de Marraketch.

—No es el encargado de montar la bomba —lamentó Aguirre.

Era ya la madrugada, pero la directora de Inteligencia parecía estar viviendo lo mejor del día.

—¿Hay que avisar a Marruecos? —preguntó Cortés.

—De momento no —respondió ella.

Siempre con prudencia. Primero había que atarlo todo.

—¿Qué ha dispuesto el CNI?

—Mikhlafi nos ha llevado hasta él. Rekab nos llevará a Zariâb, tiene que entregarle la esfera.

—¿Cuál es el plan?

Mónica miró a Aguirre. Era una mirada limpia, profesional. Este tomó la palabra.

—Vigilarlo. En cuanto salga de la habitación, entraremos nosotros. Pondremos micrófonos, nos haremos cargo del teléfono y esperaremos. Mientras mantenga la esfera con él, podemos estar tranquilos.

Cortés no puso ningún obstáculo; había optado por dulcificar su discurso, quería tenerlos a todos de su parte y creía que el hecho de estar disponible a esas horas, compartiendo su tiempo con los agentes, podía ayudar a mejorar las relaciones.

A las nueve de la mañana, Rekab salió del hotel. Dos minutos después, tres hombres entraron en la pequeña recepción y solicitaron avisar a la pareja de La Rioja. Eran amigos, dijeron.

Ella bajó, los saludó efusivamente y los invitó a subir. Un paripé bien montado; no haberlo hecho habría resultado sospechoso. El hotel era pequeño y no había manera de subir a las habitaciones sin llamar la atención. Las cuatro personas, todos agentes del CNI, llegaron a la habitación, donde esperaba «el novio». De una maleta sacaron el material necesario y, sin un segundo que perder, bajaron por las escaleras al segundo piso hasta plantarse delante de la habitación de Rekab. Entraron en ella con suma facilidad y en tres minutos colocaron un micrófono en la cama y manipularon el teléfono de la habitación. La bolsa roja con la esfera estaba en el armario. No encontraron nada más de interés. Se fueron con el mismo sigilo con el que llegaron. Ahora solo era cuestión de esperar.

* * *

Mónica meditaba la posibilidad de ponerse en contacto con Marruecos para advertir de la presencia de Rekab en Madrid.

—¿Qué conseguimos con eso? —fue la pregunta de Balmaseda.

Cuando un servicio proporcionaba información siempre era con la intención de conseguir algo a cambio. Marruecos estaría muy interesado en detener a Rekab, de eso no había duda ninguna, pero no se lo iban a poner en bandeja. ¿Qué información iban ellos a recibir como contraprestación?

—Podemos conseguir algo mejor que información. Si, por lo que fuera, esto se complicase, tendrán que involucrarse y para eso necesitan saber. Habría que prepararles el terreno —respondió Mónica.

—¿Eso nos compromete? —preguntó Cortés.

—No. Es una cuestión de formas. A pesar de la discreción del resto de servicios, no tenemos ninguna garantía de que Marruecos no sepa lo que está sucediendo, y es mejor tenerlos de nuestro lado.

—Está bien. Simplemente una notificación de que lo hemos localizado. Querrán que lo detengamos —sugirió Balmaseda.

—Por eso hay que avisarlos. Forma parte de la trama de Zariâb —dijo Mónica.

—¿Vas a decirles lo de la bomba? —preguntó Balmaseda.

—Voy a decirles que sospechamos que forma parte de una trama terrorista para atentar en España, nada más. Si saben algo, quizá así se decidan a contarlo. Ahora uno de ellos es marroquí; eso no les beneficia.

Visto así era una buen idea. Aunque el gobierno no tuviera nada que ver, un terrorista marroquí era una mancha, y últimamente Marruecos tenía unas cuantas. Era

mejor tenerlos cerca.

Marruecos correspondió y pasó a los servicios españoles información sobre Rekab, fotos, huellas, historial... Era el mismo hombre, un candidato óptimo para ser el eslabón con Zariâb, alguien con currículum, la última puerta antes del tesoro.

No pasó nada durante todo el día, pero sí en la jornada siguiente. A las dos de la tarde sonó el teléfono de la habitación de Rekab. Este dejó que sonara varias veces, por si resultaba una equivocación. Finalmente descolgó, pero no contestó. Hubo un silencio a ambos lados. Lejos de allí, el CNI escuchaba. Al otro lado sonó una voz que hablaba en árabe.

—*Salam Aleikum*.

—*Aleikum Salam* —respondió Rekab.

Era la llamada que esperaba. Ninguno de los dos se identificó al empezar a hablar, ninguno de los dos preguntó por el otro al empezar a hablar. En el CNI sonaron todas las alarmas; se había producido el contacto, también para ellos era la llamada que esperaban. Pero se quedaron de piedra cuando comprobaron que los dos hombres fijaban una hora y un lugar para entregar el material y hacían hincapié en la vestimenta que llevarían.

—¡No se conocen! —exclamó Mónica.

—Eso nos lo pone más fácil —dijo Balmaseda.

Compartimentos estancos. Zariâb se había rodeado de gente con la que no tenía relación personal; lo había preparado todo para que nadie supiera nada más allá de su misión en todo ese proceso. Tenía que haber sido lento, pero desde luego era la manera más segura. El contacto había llamado a la habitación de un hotel, lo que les hacía suponer que por lo menos Rekab no disponía de un teléfono móvil. En los Servicios Secretos hicieron todas las cábala posibles. Zariâb había solicitado trabajar con gente de confianza, pero gente con la que no tuviera relación. A cada uno de los miembros del engranaje se le había pedido desarrollar una labor concreta. La fama de Zariâb era incontestable en los círculos terroristas; cualquiera querría colaborar con él; incluso si Zariâb no existiera, aunque fuese una invención, una leyenda, habría lista de espera para sumarse a su causa. De hecho, el afgano parecía un espíritu porque pocos en todo este proceso le habían visto la cara. Los dos hombres fijaron una cita para entregar el material pendiente. No hablaron más.

—No se conocen. Podemos hacer lo que queramos —exclamó un exultante Cortés.

—Que no se conozcan personalmente no significa que no se reconozcan. Quizá sepan el uno del otro por fotografías. Así es como los identificamos nosotros... —matizó Mónica.

—Eso nos dará igual; no podemos permitir que se haga la entrega. Los apresaremos. Tengo que informar al gobierno. Esto se quedará ahora en manos del Ministerio de Interior.

A Cortés le faltó tiempo para irse. Balmaseda no sabía a qué bando pertenecía.

—Buen trabajo. La pesadilla se termina.

El cumplido parecía real. Y con respecto a la pesadilla, Aguirre no supo si su jefe se refería a la trama terrorista o al propio Cortés y el ministro de Interior.

Treinta minutos después fueron convocados. Los mismos que se habían reunido la vez anterior en la Moncloa, a excepción de Aguirre, se volvían a ver las caras.

—Al final, cuando las cosas se hacen bien, acaban funcionando —esas fueron las palabras con las que inició la reunión el ministro.

El presidente le tomó el relevo.

—Todos debemos felicitarnos por este éxito. La decisión de trabajar más de cerca coordinados por este ministerio se ha revelado como acertada. Estoy muy orgulloso de todos ustedes. Sin el CNI, desde luego, nada de esto habría sido posible.

Mónica enseguida supo a qué se enfrentaba, así que dispuso el gesto adecuado para este tipo de situaciones: el presidente parecía haber preparado un discurso para una recepción. ¿De qué éxito hablaba? La operación no estaba cerrada todavía y ya estaban celebrándolo. A Mónica no le gustaba especialmente el fútbol, pero el símil le vino de forma inmediata: era como ese lanzamiento a puerta vacía desde el medio del campo que va directo a la portería. El ansia de triunfo es tan grande que el gol se canta antes de que el balón dé el primer bote en el césped. Nadie parece darse cuenta de que es un día de mucha lluvia, el campo está mojado, encharcado. Con el primer bote, el balón sale disparado a toda velocidad. Al segundo bote, el balón se para casi en seco y se detiene, hundido en el agua. La portería, vacía y lejana. ¿Dónde está el gol? Mónica no salía de su asombro y por un momento se transformó en Aguirre al observar a sus interlocutores: ahí estaban esos cretinos de traje y corbata felicitándose por el primer golpe de una carambola. Cuando nada tenían, solo sabían exigir resultados; ahora que los tenían, solo querían darse palmadas en la espalda.

—¿Todo esto qué quiere decir? —preguntó Mónica Somoza, recuperando su personalidad.

El ministro parecía no entender.

—Quiero decir, ¿para qué estamos aquí? —repitió Mónica.

—Por una parte, desde este gobierno queremos reconocer el trabajo bien hecho.

El ministro miró al presidente y continuó.

—Y, además, marcar las pautas que nos guiarán a continuación.

—¿Las pautas?

—Tenemos la situación bajo control. Es hora de que todo este asunto pase completamente a manos del Ministerio de Interior. No hay nada más que investigar. Digamos que lo que queda es un trámite; nosotros vigilaremos al enlace y procederemos a su detención y a la de Zariâb cuando se produzca el encuentro. Lo tenemos todo atado —explicó el ministro.

—Ha sido un trabajo magnífico —recordó el presidente—. De verdad, magnífico.

—¿Retiramos la vigilancia? —preguntó algo confundido Balmaseda.

—No, todavía no. Haremos un relevo de funciones. Agentes de la Policía se encargarán a la mayor brevedad posible —recalcó el ministro de Interior.

El ministro de Defensa no abrió la boca, él también se sentía aliviado.

—El encuentro será pasado mañana a las seis, ¿no? Esa rata se quedará metida en el hotel hasta entonces. No se nos va a escapar —sentenció el ministro de Interior, por completo metido en su papel.

—Ministro, ¿va a decirles a sus policías de qué se trata realmente? —preguntó Mónica.

—¿Hay algún motivo para no hacerlo?

—Quedan casi dos días. Filtraciones —respondió de forma obvia ella.

—¿Qué pasa, no confía en la profesionalidad de la Policía?

—Por supuesto que sí, pero esto es demasiado grande. ¿Qué pasa si, por lo que sea, no sale bien?

—Saldrá bien, por la cuenta que nos trae.

No hubo más que hacer. El ministro en persona coordinó la operación de vigilancia asignando diez hombres al seguimiento de Rekab y tuvo tiempo de comentar con el presidente la posibilidad de realizar una comparecencia ante los medios tras la detención de los terroristas. Si el encuentro iba a ser a las seis de la tarde, a las ocho la operación estaría resuelta con la captura de los dos terroristas. Podrían salir en directo dando explicaciones en los informativos de las nueve de la noche.

* * *

Eran las cinco y cuarto de la tarde cuando diez policías de paisano se dirigían a tomar el relevo en la vigilancia. Antes de las cinco y media sonó el teléfono de Aguirre. Era uno de sus agentes en las inmediaciones del hotel Francisco I.

—Se mueve. El objetivo se mueve —le informó uno de sus agentes.

—¿Qué?

—Ha salido del hotel, con una mochila.

Balmaseda y Cortés no tardaron ni treinta segundos en enterarse. Cundió la alarma. Diez segundos después el ministro tomaba cartas en el asunto.

—¿Cómo que ha salido del hotel? ¿A dónde va?

—No lo sabemos.

El ministro cayó en la cuenta de que eran las cinco y media. Rekab y Zariâb habían hablado de encontrarse a las seis de la tarde dos días después. ¿O no? Sus nervios saltaron en dirección al CNI.

—¿Cuándo coño iba a ser el encuentro? —preguntó el ministro.

—Pasado mañana —contestó Balmaseda.

—¿Dónde va? ¿Lleva el material? —preguntó Aguirre.

Los agentes del CNI iban tras los pasos de Rekab.

—Lleva una mochila; no es la roja, pero lleva una mochila —informaron.

—¡Mierda, coño! ¿Nos hemos podido equivocar? —preguntó el ministro.

—Imposible, fueron muy claros al hablar —se justificó Aguirre.

—¿Podrían haber hablado en clave? —preguntó en esta ocasión Cortés.

No hubo respuesta. Mientras esta conversación tenía lugar, Aguirre iba raudo al encuentro de sus agentes, que seguían a Rekab por las calles de Madrid mientras el ministro, en permanente contacto a través de la frecuencia usada por el CNI, daba órdenes a sus policías para que se dirigieran también hacia el objetivo.

—Se ha metido en el metro —informaron los perseguidores.

En la Puerta del Sol había varias líneas. Las comunicaciones funcionaban sin problema bajo tierra.

—Se ha metido en la línea I hacia Plaza de Castilla.

Aguirre, en un coche, volaba por Madrid al tiempo que seguía dando instrucciones.

—Gran Vía, Tribunal, Bilbao. La moto a las bocas de metro —ordenó.

Los agentes que no se metieron en bajo tierra esperaban a que un coche fuera a su encuentro.

—Cambiamos de línea —informaron desde el subterráneo.

—No llega a Tribunal.

—Se va en la 5, hacia el este.

—Nos movemos. Chueca, Alonso Martínez, Rubén Darío.

La moto se puso en camino, los coches también.

—Cuidado en Alonso Martínez, hay varias líneas —recordó Aguirre.

Pero Rekab pasó Alonso Martínez y Rubén Darío y Núñez de Balboa.

—Se baja en Diego de León.

—¿A qué línea se va?

—Sale a la calle.

—Rápido a Diego de León. Quiero a alguien en Diego de León con Príncipe de Vergara. Y en Conde de Peñalver —exigió Aguirre.

Rekab parecía salir a la calle, pero se giró sobre sus pasos. Al hacerlo, los dos agentes que lo seguían se cruzaron con él. Estaban ya quemados.

—Ha dado la vuelta. No podemos seguir.

Rekab no volvió al andén. Salió a la calle por otra boca.

—Se va por Francisco Silvela.

Continuó la persecución, silenciosa, agobiante, tenaz. La ciudad perdió la banda sonora de bocinas y motores de los vehículos para dejar paso a las voces metálicas que se escuchaban por los radiotransmisores que llevaban los agentes implicados en la persecución. Chicote era el único que tenía a Rekab a la vista. Lo seguía e informaba mientras sus compañeros se reorganizaban. En ese momento, un coche camuflado de la Policía se acercaba por la calle Joaquín Costa.

—¿Dónde está? Mis hombres están llegando —dijo el ministro.

—Que se vayan —contestó Aguirre.

—¿Dónde está? Mis agentes van a ayudar —insistió.

—Ha cruzado. Se mete por la calle México. Parece que va a avenida de América.

—¡Va al encuentro, va al encuentro! —gritaba el ministro—. ¿Cómo no lo habéis podido prever?

—Aléjate de él, aléjate de él —le pidió Aguirre a Chicote.

Pero Chicote no hizo caso, no podía perderlo, no quería perderlo, era el único que lo seguía.

La moto de los agentes del CNI hizo su aparición en Francisco Silvela y se metió por Cartagena. Al mismo tiempo, los policías del ministro llegaron a la zona, se bajaron del coche y prosiguieron a pie por Pilar de Zaragoza. Chicote seguía a Rekab a unos veinte metros de distancia. El marroquí giró en Agustín Durán y luego en Juan de la Hoz. En la esquina divisó a tres hombres buscando con la mirada el nombre de las calles en las paredes de los edificios. Y se echó todo a perder. Uno de ellos dejó entrever en la parte de atrás del cinturón una funda con grilletes. Policías. No vieron al marroquí, ¿cómo le iban a ver si no sabían a quién buscaban! El instinto hizo retroceder a Rekab; eso no podía ser casualidad. Y Chicote quedó vendido al ir de frente hacia el terrorista. Rekab y él se cruzaron la mirada durante una milésima de segundo. Chicote cruzó la calle como si tal cosa.

—Mierda puta —informó Chicote—. Ha dado la vuelta y me lo he cruzado.

Siguió caminando por la acera contraria y vio aparecer a los policías de paisano. Enseguida supo lo que eran, no podían ser otra cosa.

—Es probable que haya descubierto a los policías y se ha dado la vuelta —volvió a informar.

Rekab continuó caminando. Pero no estaba calmado, algo no cuadraba. Conocía Madrid, pero sin embargo no trataba con gente de la capital. Entonces, ¿por qué le resultaba familiar el hombre con el que acababa de cruzarse? Apuró el paso, mientras su cerebro de terrorista bien entrenado procesaba los recuerdos y entonces cayó en la cuenta. Era el mismo hombre que había visto cerca de la plaza de Santo Domingo, subiendo por Leganitos. Le estaban siguiendo.

Los coches del CNI llegaron a la avenida de América. Aguirre se bajó.

—Se va por donde ha venido —informó Chicote.

—Aléjate.

Pero nadie había localizado todavía al marroquí, así que desde más lejos Chicote lo siguió; era el único que podía mantener contacto visual con el objetivo.

—Está bajando por Castelló —anunció mientras se iba tras él.

Los hombres se reorganizaron sobre la marcha. No podían ir a pegarse a sus talones; debían controlarlo desde la distancia. Aguirre mandó hombres a Ortega y Gasset, y a Serrano con Juan Bravo. Tarde o temprano se lo encontrarían. Rekab giró a la derecha en Maldonado y en ese momento, sin previo aviso, esprintó. Escapaba. Chicote hizo lo mismo.

—Ha echado a correr. Nos ha descubierto —avisó Chicote.

Entre Lagasca y Claudio Coello, Rekab se metió en el callejón de la plaza de Alfredo Mahou.

—Lárgate de ahí, chaval —le ordenó Aguirre.

Chicote no hizo caso; esprintó, giró en el callejón, pero al fondo, hacia Juan Bravo, no vio a nadie. El marroquí había volado como un diablo, había desaparecido como un fantasma. Chicote corrió unos metros y, por sorpresa, se topó con el terrorista. No se había esfumado, se había escondido tras unos enormes maceteros. Se volvieron a mirar. Chicote vio y sintió. Vio que el marroquí empuñaba un arma y sintió un calor extremo en su abdomen. Hacía un buen rato que la adrenalina le impedía escuchar el sonido de la ciudad. Ni siquiera escuchó el disparo. Sus piernas temblaron y se desplomó. Rekab no perdió más tiempo, se giró para salir corriendo y se topó con Aguirre. Trató de hacer fuego, pero el agente fue más rápido. Rekab cayó fulminado. Muerte instantánea. Aguirre se acercó a Chicote.

—El objetivo está muerto. Repito, el objetivo está muerto. Tenemos un herido. Necesitamos una cobertura ya —informó Aguirre.

Mónica no tardó un segundo en actuar.

—¿Qué coño ha pasado? —se oía preguntar al ministro.

—Desconectadme a ese gilipollas —exigió Aguirre.

La cara de Chicote estaba desdibujada, no podía evitar una mueca de dolor.

—No quiero morir —imploró Chicote.

—No vas a morir.

Mentir se le daba muy bien a Aguirre. Lo único que pudo hacer fue ver cómo el joven agente perdía el sentido mientras se desangraba. Nada más. Primero se le fue el sentido y unos segundos más tarde la vida. Los compañeros llegaron enseguida. Por el gesto de Aguirre supieron que no había nada que hacer. Tuvieron suerte de que aquello ocurriera en el callejón, porque se pudo evitar la llegada masiva de curiosos. Hubo tiempo para husmear en la mochila de Rekab. Ni rastro de las esferas; solo había una cazadora y una cámara de vídeo. Una ambulancia del Samur llegó cinco minutos después. Los agentes desaparecieron como por arte de magia, con las pertenencias e identificaciones de los dos fallecidos. Aguirre permaneció al lado de Chicote.

En los minutos y horas posteriores, Mónica puso en marcha la poderosa maquinaria de desinformación de los Servicios Secretos y, al no ser posible obviar el suceso, preparó una explicación para los medios, que se filtraría a través de la Policía. Todo quedaría en un tiroteo provocado por un ajuste de cuentas entre delincuentes relacionados con el narcotráfico. Incluso hicieron llegar nombres y fotografías diferentes de los dos fallecidos.

Esa noche, en la sede del CNI todo eran caras largas. El ministro de Interior irrumpió como un elefante en una cacharrería, acompañado de su perro de compañía, Juan Carlos Cortés.

—¡¿Qué coño habéis hecho?!

Balmaseda no fue capaz de articular palabra.

—¿Dónde está ese... como se llame? ¡Lo quiero fuera!

El ministro se refería a Aguirre.

Aguirre entró en la sala a tiempo de contestar.

—Aquí estoy.

—¡Mira lo que has hecho!

Antes de que pudiera continuar, Aguirre tomó la palabra abalanzándose sobre él.

—¡No, mira lo que has hecho tú, grandísimo hijo de puta!

—¿Cómo te atreves?! —reaccionó el ministro como un poseso.

—¡Cállate, no te he dado permiso para hablar! —amenazó Aguirre.

El ministro no esperaba esa reacción y, sorprendido y amedrentado, se calló, encogido.

—¡Todo esto ha sido culpa tuya, imbécil! Los hombres que enviaste por tus santos cojones fueron los que alertaron a Rekab. Los vio y eso puso al descubierto a mi agente, pedazo de mierda. Así que te hago responsable de su muerte.

—¡Voy a acabar contigo! ¡Estás fuera! —gritó el ministro.

—Si salimos con éxito de esta, van a ocurrir dos cosas. La primera es que me vas a hacer el hombre más feliz del mundo si cumples tu palabra sacándome de aquí. La segunda es que voy a contarle todo el mundo tu incapacidad para gestionar esta operación. Lo voy a largar todo. ¡Gilipollas! —contraatacó Aguirre.

—¿Cómo te atreves a hablarle así? —Cortés salió en defensa de su amo.

—¿Me hablas a mí? Si quieres que te escuche, primero sácate el graduado escolar, lameculos.

—¿Podríamos centrarnos, por favor? —acabó por decir Mónica Somoza.

No era casualidad que hubiera tardado en hablar. Solo había permitido el enfrentamiento para disfrutar unos pocos segundos viendo cómo uno de sus hombres se enfrentaba al ministro. Ella tenía también un lado hipócrita.

—Así no vamos a ninguna parte —reaccionó Balmaseda suscribiendo la sugerencia de Mónica.

—No hay tiempo para reproches, estamos hundidos en el fango —volvió a recordar Mónica.

—Ministro, nosotros hicimos lo correcto —se defendió Balmaseda.

—¿Qué vamos a hacer ahora?, ¿qué vamos a hacer ahora? —se lamentaba el ministro, mientras caminaba de un lado a otro aflojándose la corbata.

—Tú estabas al mando, dínoslo tú —respondió desafiante Aguirre.

—Basta ya, Aguirre —imploró Mónica—. Tenemos que buscar una solución.

—Zariâb no tiene la esfera. Eso es bueno —apuntó Cortés.

—Tiene todo lo demás —sentenció Balmaseda.

—Rekab no iba al encuentro de Zariâb, así que este no sabe nada. Rekab llevaba una cámara de vídeo en la mochila. Podría haber decidido ir al punto de encuentro a grabar el lugar para estudiarlo por si acaso —dijo Mónica.

—¿Y qué? —preguntó el ministro.

—No podemos rendirnos, tenemos que continuar —continuó Mónica.

—¿Cómo?

—A todos los efectos, Rekab sigue vivo —apuntó Aguirre.

—Se te ha ocurrido algo —afirmó esperanzada la directora de Inteligencia.

—Estoy fuera.

—Por Dios, Aguirre.

Aguirre permaneció en silencio mirando desafiante al ministro. Este no pudo aguantarle la mirada más de un par de segundos. Apretó los dientes y dudó. Finalmente, abrió la boca dirigiéndose a Aguirre.

—Hable.

—Nadie sabe que Rekab ha muerto. Nadie. Sigamos como teníamos previsto. Solo necesitamos a alguien que lo suplante.

—Alguien que acuda a la cita. Y los detenemos como teníamos previsto —añadió Cortés.

—¿Pero quién va a suplantarlo? —preguntó Balmaseda.

—Cualquiera. No se conocen —volvió a añadir Cortés.

—No se han visto, pero sí se han oído —puntualizó Mónica—. Y es posible que se conozcan por fotografías, no lo sabemos.

—Estamos perdidos, entonces. ¿Quién va a ocupar su lugar? ¿De dónde sacamos a alguien que hable árabe y se le parezca? —preguntó el ministro.

Aguirre miró a Mónica y asintió.

—Es hora de pedir ayuda.

Mónica cayó en la cuenta.

—¡Marruecos!

Sí, esa era la única solución posible, pedir ayuda a los Servicios Secretos del vecino del sur. Ahora sí que tendrían que implicarse.

* * *

Jamali comprobó que lo poco que se llevaba estaba donde tenía que estar. Era una maletita bien apañada. Su madre le observaba.

—¿No te dejas nada?

—Nada.

Nada. Solo una pequeña maleta y su inseparable carpeta, no necesitaba más. Su madre lo acompañó a la puerta y allí descolgó de un perchero su abrigo.

—¿Qué haces? —preguntó su hijo.

—Te acompaño.

—¿A dónde? —preguntó un poco fuera de juego.

—Al aeropuerto, ¿a dónde va a ser?

—Pero, mamá... No hace falta.

—Ya sé que no hace falta, pero no tengo nada mejor que hacer.

—Pero voy en metro. Va a ser un paseo para nada.

—Es igual. ¿O no quieres que vaya?

—Sí, claro. Lo decía por ti...

—Yo voy encantada.

Jamali acabó cediendo.

—Pues vamos.

Los dos salieron a la calle. Pasaron junto al centro municipal de la tercera edad y subieron por Caramuel hasta la parada de metro de Puerta del Ángel. A pesar de que el aeropuerto estaba en la otra punta de la ciudad, no era un trayecto tan largo, el metro comunicaba muy bien cada rincón de la capital. En Nuevos Ministerios cambiaron de línea y esta los llevó directamente al aeropuerto de Barajas. Se bajaron al final del trayecto.

—Mamá, si sales de la estación vas a tener que pagar suplemento. Y arriba no vamos a poder estar mucho tiempo juntos. Yo saco la tarjeta de embarque y me meto dentro.

—Como quieras —dijo ella.

—Espera, me sobra el tiempo, te hago compañía un rato.

Madre e hijo se sentaron en el andén a esperar la llegada de un nuevo convoy. Mientras, charlaron un poco.

—¿Llevas bien preparadas tus lecciones?

—Perfectamente.

—Así me gusta.

—Si quieres te doy los apuntes y me vas preguntando, a ver si me lo sé —bromeó él.

Los dos se rieron. Cuando Jamali era niño, su padre le preguntaba la lección cada día. No hacía falta exigirle estudiar, pero sí lo acostumbró desde pequeño a tener el hábito del estudio, le inculcó la importancia de la disciplina necesaria para dedicar todos los días un tiempo a estudiar y repasar lo que había aprendido cada jornada. Cuando su padre estaba de viaje, era su madre la que intentaba preguntarle las lecciones. La pobre hacía lo que podía porque apenas entendía nada de lo que preguntaba. Pero su interés y sus ganas por no bajar el listón establecido por su marido dotaban de significado el gesto y provocaban un sentimiento de ternura en su hijo. Jamali siempre había valorado mucho esos detalles de su madre, ese esfuerzo que ella hacía por él.

Conversaron un ratito y dejaron pasar dos convoyes de metro. Al tercero, su madre se levantó.

—Ahora sí, vete.

Él se despidió de ella con un abrazo efusivo. Ella le besó la cara, se metió en el vagón y se despidieron de nuevo con la mano. El joven profesor universitario subió por las escaleras mecánicas. Al pasar las puertas automáticas del metro, no se dirigió al ascensor, sino que continuó hasta la rampa mecánica y subió por ella, pero se

quedó en la primera planta, la terminal de Llegadas. Luego se dirigió a la salida y allí tomó un taxi. El vehículo se perdió en el tráfico.

* * *

Mónica había pasado toda la noche realizando gestiones. No fue fácil contarle lo ocurrido al director de la DGSN, la Dirección General de la Seguridad Nacional de Marruecos. Fue una conversación manejada con mucho tacto. Tenía que exponerse, pero sin ceder demasiado. Cuando un servicio pide, el otro quiere algo a cambio. Mónica lo sabía, por eso no dejó que el viejo zorro Mehdi Timoumi pudiera madurar demasiado lo que él iba a pedir. Ella se le adelantó, solicitó la ayuda de su país al requerir su máxima implicación cediendo un agente que participara en un operativo en suelo español, pero la directora de Inteligencia acto seguido dejó caer que ese gesto sería muy valorado y que los servicios españoles borrarían todo rastro de Rekab en España y su implicación en la trama terrorista. No sería nada bueno para la imagen de su país que el mundo supiera que un terrorista de nacionalidad marroquí había estado metido en un complot de magnitudes colosales, y todo esto sin que los servicios marroquíes supiesen nada del asunto, algo que no les dejaba en buen lugar. Para cerrar el círculo, Mónica les pedía ayuda. La española ofrecía el paquete completo, cerrado, innegociable, pero sin decirlo explícitamente. Era su manera de razonar, su forma de expresarse, lo que la hacía imbatible. El viejo Timoumi no tardó en dar el visto bueno. En cuestión de horas el trato estaba hecho. En día y medio debía producirse el encuentro entre los terroristas y con ello, más que probablemente, el fin de la pesadilla.

En Marruecos conocían bien a Rekab. Tenían fotos y grabaciones. Sin dejar pasar un minuto se procedió a buscar al candidato ideal para suplantar al terrorista marroquí.

A lo largo de la mañana, Balmaseda departió varias veces por teléfono con su homólogo marroquí. Las cosas iban bien. Esa misma noche llegaría a Madrid el agente seleccionado. Cada paso lo comentaba con Juan Carlos Cortés y este ponía al tanto al ministro.

Por la tarde, a veinticuatro horas del encuentro, Cortés se reunió con Balmaseda y Mónica Somoza. De forma educada y profesional se dieron las últimas consignas; esta vez no podían fallar. Luego, Cortés se llevó a Balmaseda; quería hablar con él.

—No es necesario que te diga que ese Aguirre no me gusta. No me gusta a mí y no le gusta al ministro.

—A mí tampoco me gusta.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Es bueno en su trabajo. Aquí todo el mundo parece adorarlo.

—Pues que monte un grupo de música. Te lo advierto, si va a ser un problema, hay que apartarlo.

—Lo necesitamos más que nunca. Hemos llegado hasta aquí por él.

—Pues le damos las gracias y continuamos.

Balmaseda no dijo nada.

—Que no la joda y todo irá bien. Estamos muy cerca del final —apuntilló Cortés.

—Más nos vale que no fallemos ninguno. La muerte del marroquí ha sido un contratiempo —fue lo único que se le ocurrió decir a Balmaseda.

—¿Tú también crees que salvaremos la situación?

—Sí.

—Si, por lo que fuera, esto se retrasa, ¿de cuánto tiempo crees que dispondríamos? Quiero decir, ¿cuándo crees que podría estar preparada la bomba?

—Ya lo hemos hablado; preparar toda esa infraestructura y montar una bomba de esas características es complicado y lleva su tiempo. Quizá tengamos un par de meses de margen —concluyó Balmaseda.

* * *

El taxi se detuvo a la entrada del pueblo. Jamali pagó y luego se acercó a una parada de autobús. Se sentó y esperó bajo la marquesina. Al poco tiempo se le acercó un hombre. Era Elquasabi. Solo se dijeron hola. Permanecieron sentados hasta que el lugarteniente de Zariâb se puso en pie, Jamali hizo lo propio y juntos caminaron en dirección al polígono cercano. En el almacén los esperaba Atiq Zariâb. No hubo grandes palabras, todos sabían para qué estaban allí. El terrorista más buscado le mostró lo que custodiaban: todos los elementos de la bomba estaban a disposición del joven profesor. El hispano-pakistaní les echó un ojo. Delante de él tenía todo lo necesario. Tocó y miró en silencio, como pasando revista. Lo que había pedido se lo habían traído.

—¿Dónde está...?

No pudo concluir la pregunta. Con un gesto, Zariâb le señaló una esquina junto a una estantería. Algo apartada del resto del material, una caja de plomo se convirtió en el blanco de las miradas. Solo Jamali se acercó, su pulso se aceleró. Estaba tan cerca... Pero no abrió la caja, no lo necesitó. Volvió sobre sus pasos y procedió a hacer un rápido inventario mental. No puso ninguna objeción. Zariâb fue contundente.

—Tienes menos de una semana para hacer que la bomba funcione.

* * *

1 SEMANA PARA LA CATÁSTROFE

Madrid puede presumir de tener uno de los mejores cielos. Azul siempre, a pesar del manto de contaminación que la cubre. Desde abajo, mirando justo hacia arriba, no se ve. Cielo azul, despejado, con hermosas y contundentes nubes blancas que se extienden de forma equilibrada como manchas de color esparcidas en un lienzo por un artista. Así había ocurrido en las jornadas anteriores, pero esa mañana de noviembre el día se entristeció de repente, el cielo perdió su brillo y se oscureció, se tornó gris. Como si de una premonición se tratara. Así recibió la ciudad a los tres ciudadanos marroquíes que aterrizaron en Torrejón de Ardoz en un avión privado sin pasar ningún control de aduanas. Nadie podía saber que estaban en la capital de España. Los recibieron Luis Balmaseda y Mónica Somoza. No se habían visto demasiadas veces, pero lo conocían casi todo los unos de los otros, aunque quién sabía más era un misterio que nadie iba a desvelar. Las primeras atenciones fueron para el general Mehdi Timoumi. Cualquiera se lo imaginaría entrado en carnes, regordete pero no obeso, con ojos saltones, muy moreno y con un bigote negro como el azabache. No, no era un personaje de tebeo. Muy al contrario, Timoumi era fino, delgado, sin ser moreno en exceso. Ojos pequeños e inexpresivos, acostumbrados a verlo todo sin padecimiento alguno. Pertenecía a la vieja guardia, si es que en algún momento se podría hablar de nueva guardia. Protegido de Hassan II, había sobrevivido al viejo monarca y seguía sirviendo a su país también bajo el mandato del hijo de aquel, el actual rey, Mohammed VI. Timoumi era una garantía, un hombre sin ambición política, pero con grandes cotas de poder. Inmenso poder, temible poder. De su garganta habían salido órdenes que aterrarían al más duro de los criminales, al margen de las leyes, siempre al margen de las leyes. Su currículum era extenso y abarcaba un gran número de acciones al servicio de su país. Pieza clave en la ocupación del Sahara con la Marcha Verde, se había distinguido por haber atenazado y desintegrado cualquier síntoma de resistencia en el pueblo saharauí. Sus servicios a la patria incluían la lucha contra el terrorismo interior —así denominaban a cualquier intento de desestabilización de la monarquía— con eficaces resultados. Torturador, manipulador, criminal, el hombre ideal para dirigir la DGSN, la Dirección General de la Seguridad Nacional de Marruecos. Esa era la persona a la que Luis Balmaseda estrechaba la mano con una sonrisa, al tiempo que agradecía la colaboración que iba a prestar. El viejo marroquí, curtido en mil batallas, enseguida apartó los ojos del director del CNI y fue a saludar a Mónica Somoza. No se la imaginaba tan joven; por alguna razón creía que las fotos que había visto de ella eran más antiguas. En las conversaciones que habían mantenido, ella había mostrado una gran capacidad de razonamiento y persuasión, motivo por el que pensaba que debería ser una mujer

mayor que la que se le presentaba delante. Pero no, era joven y guapa, eso puede descolocar a cualquiera. La miró con la misma falta de entusiasmo que había mostrado con Balmaseda, aunque consiguió mantener una conversación. Y ya era mucho, porque no se sentía cómodo con gente joven que representaba una cuota de mando o poder similar a la que él tenía en su país. A pesar de estar de vuelta de todo, a Timoumi no le gustaba España, no le gustaban las democracias. Siempre acababan metidas en problemas, siempre pendientes de hacer lo que las leyes dictaban. Mónica sabía bien a quien tenía delante, así que no le regaló una sonrisa. Fue directa al grano; ella estaba en su país, ella dirigía y ella llevaría el peso de la conversación. Por supuesto, agradeció la colaboración de Marruecos «*en este espinoso asunto, que esperamos resolver de manera satisfactoria, para bien de nuestros países*». En francés. Era lista; empezaba por hacer de Marruecos no solo parte de la solución, sino también del problema. Junto al general llegaba un asistente que Mónica no reconoció, alguien importante pero no una cabeza visible del entramado de la Inteligencia marroquí. El tercer hombre se llamaba Mohammed Bénitah y era el agente elegido para la suplantación. Mónica, desde el primer momento en que puso los ojos en él supo que el país vecino había hecho una buena elección: se parecía increíblemente a Rekab.

Sin tiempo que perder, en dos vehículos abandonaron Torrejón de Ardoz y fueron directos a un piso franco que el servicio de Inteligencia español tenía en las inmediaciones del Palacio de Hielo. No quisieron llevarlos a la sede del CNI; era mejor que no quedara demasiada constancia de la presencia de los marroquíes en Madrid.

En el punto de encuentro los recibió Aguirre. No era un lugar preparado para vivir; se trataba de un apartamento diáfano y con el mobiliario imprescindible, que había sido escogido por lo discreto del acceso, a través del aparcamiento. No hubo tiempo para discursos; Aguirre fue directo al grano. Tenían un problema: tal y como ya habían informado a Timoumi, en una operación de seguimiento a un grupo terrorista que traficaba con material sensible, un enlace, Ibrahim Rekab, había fallecido en un tiroteo. Para continuar con la operación y desbaratarla necesitaban un suplantador. En pocas horas se produciría el encuentro; por tanto, no podían desperdiciar un minuto. Las grabaciones de vídeo y fotografías tomadas en el parque del oeste se ponían a disposición del agente marroquí, así como las grabaciones de voz de la conversación telefónica con Zariâb. Allí mismo había que empezar a prepararse, a ensayar. No tanto los gestos, la manera de andar —Rekab y Zariâb no se conocían en persona—, pero sí el aspecto físico y, sobre todo, la voz, la entonación. Para la caracterización el CNI contaba con inmejorables expertos. Para la voz, todo quedaba en manos de la capacidad del agente marroquí. Habían pasado pocas horas desde que la Inteligencia española se había puesto en contacto con la marroquí, pero en ese tiempo, de los archivos del país vecino, entre los que estaban interrogatorios grabados hacía varios años, se habían repasado todos los datos de interés que poseían

sobre Rekab. Quizá el timbre de voz hubiera cambiado un poco, pero no así su entonación. Bénitah no había perdido el tiempo y llevaba horas ensayando. Cuando le pusieron la grabación de la conversación telefónica, el agente marroquí ya tenía mucho trecho avanzado. Comenzó escuchando toda la grabación. Sin parar. Luego volvió para atrás. Esta vez, solo la primera frase. «*Aleikum Salam*». Y la repitió una y diez veces, hasta encontrarle el punto. Luego la siguiente. Y la siguiente. Y vuelta para atrás. Y las tres primeras frases seguidas. No necesitaba a nadie con él. Dos especialistas en caracterización lo observaban, mientras comparaban su fisonomía con las fotos, decenas de ellas, de Rekab. Fotos precisas.

Timoumi departió con Mónica y Balmaseda, cerrando los detalles de la operación, lo que incluía la confesión de que sospechaban que lo que los terroristas se traían entre manos era la preparación de un artefacto... atómico. Por primera y única vez en toda su estancia, los ojos de Timoumi reaccionaron. No era para menos. Pero no dijo nada, dejó que Mónica prosiguiera. Si todo salía según lo acordado, el encuentro se produciría en cuestión de horas. Cabía la posibilidad de que Zariâb se pusiera en contacto telefónico con Rekab nuevamente. No era problema; si eso ocurría, la llamada sería desviada hacia el piso franco. Bénitah no tenía que pisar siquiera el hotel del terrorista muerto.

La tarde se presentó igualmente desapacible, triste, mientras la ciudad, ajena a inclemencias meteorológicas, continuaba con su vida en cada uno de sus distritos, en cada uno de sus barrios. Las nubes eran más grises que por la mañana y amenazaban con descargar. Como siempre, había tráfico, miles de vehículos que se movían como hormigas por las arterias de la capital, aunque en esta ocasión la congestión se notaba un poco más. Cuando llovía o amenazaba con hacerlo, el tráfico rodado se multiplicaba en Madrid. En todos los sentidos era un día pesado.

En el barrio de Vallecas, en un pequeño cementerio, un grupo reducido de personas lloraba la muerte de un joven de treinta y un años. Fallecido en acto de servicio, ni siquiera sus familiares más cercanos supieron qué servicio había sido ese. Ni cuál, ni dónde. Ni lo preguntaron. Balmaseda, Cortés, Mónica Somoza, García Verdasco y Aguirre estaban allí, mezclados entre los asistentes. Amigos, familiares y algún compañero de trabajo. Julio Chacón, Chicote para sus compañeros, funcionario. Una ceremonia anónima, un funeral más, un funeral cualquiera en el cementerio público de un humilde enclave, ahora barrio anexionado a Madrid, un camposanto modesto y pequeño encajado entre pistas deportivas más o menos descuidadas, testigo del paso de los años, historia viva de los muertos, con aroma a ciprés y sudor de obrero, observador impasible del avance de las excavadoras, audiencia selecta de los gritos de alegría de los jóvenes deportistas que nacen a la vida y de los llantos de dolor de quienes le dicen adiós. Y nada tiene trascendencia. Es la vida. Es la muerte. Nadie escapa, ni siquiera un orgulloso y fornido paracaidista cuya máxima aspiración fue pertenecer a los Servicios Secretos. Su deseo se cumplió. Un héroe, un temerario. Semanas después, sus padres habrían de ser convocados en el

Ministerio de Defensa para recoger una condecoración a título póstumo que conservarían con orgullo entre los recuerdos del hijo que ya nunca más volverían a ver.

Sus primos y dos hermanos mayores portaron el féretro desde la entrada siguiendo las indicaciones de los dos operarios del camposanto. El trayecto fue corto. El cura de su parroquia de toda la vida, el mismo que le dio la primera comunión, ofició una pequeña ceremonia tras la cual la hermosa y brillante caja de madera fue introducida en un nicho en una pared de cemento, espacio acotado como panteón de la familia. Los dos operarios apuntalaron la losa con ayuda de unas cuñas de madera. Bastaron dos martillazos. Luego, silicona en todo el contorno.

Así de fácil. Descanse En Paz, Julio Chacón. Aguirre no habló con nadie; se mantuvo junto a Mónica, pero más por una cuestión de formas: como pareja llamaban menos la atención. Poco a poco los asistentes fueron abandonando el recinto dejando más intimidad a las personas próximas al fallecido.

Aguirre avanzaba por el parque colindante cuando una voz lo reclamó. No se giró, solo esperó que le alcanzaran. Era Cortés.

—Todos lamentamos este incidente. No hay duda de que estamos juntos en esto, pero no quiero actos de indisciplina o habrá que tomar medidas.

—¿Es el recado de tu amo?

—Mira, te lo paso porque entiendo las circunstancias. Pero cuidado, ten cuidado, porque no trabajas por tu cuenta.

Aguirre no se molestó en contestar, ni lo miró siquiera. Comenzó a llover. Todos tuvieron prisa por regresar a sus ocupaciones. De la misma manera gris que llegaron, se fueron. Balmaseda se metió en el coche con Cortés, pues este quería que lo pusiera al corriente del encuentro con el general Timoumi. No se había considerado oportuno que el segundo del Ministerio de Interior formara parte del comité de bienvenida a la misión marroquí, puesto que esas cuestiones quedaban para los servicios de Inteligencia. Balmaseda le dijo que la operación continuaba sin contratiempos. Lo único que podían hacer era esperar. Cortés no estaba preocupado; podía oler el aroma embriagador del triunfo.

* * *

Enfundado en un traje de protección, con guantes, máscara y delantal de plomo, Jamali se había puesto manos a la obra. Era la hora de la verdad. Meses de preparación no podían caer ahora en saco roto. Lo tenía todo. Lo que había pedido se lo habían procurado. Hasta el plutonio. Era consciente de que con uranio también se podría construir un artefacto atómico, pero no sería lo mismo a efectos prácticos, implicaría otra logística. La ventaja del plutonio-239 sobre el uranio-235 era que aquel, a pesar de ser más difícil de conseguir, permitía fabricar bombas de un tamaño menor que las de uranio. Eso fue decisivo. Y, además, no necesita ser enriquecido. Una vez que la obtención del plutonio no fue un problema, la elección no ofrecía

dudas. Ahora todo descansaba en sus manos o «mejor dicho» en su cerebro. Le había llevado muchos meses crear su propio diseño, adaptado a las características de la operación que sobre el papel no presentaba problemas. Llegaba la hora de la verdad, todo debía encajar. A partir de ese momento sus capacidades tendrían que multiplicarse porque debería ser un físico nuclear, un ingeniero electrónico, un ingeniero metalúrgico y un maestro soldador. Empezaría por lo general y dejaría para el final el núcleo donde se encajaría el plutonio, no solo por seguridad, sino porque lo único que le faltaban eran las piezas semiesféricas donde se contendría el corazón de la bomba. Comenzó por repasar sus planos, sus diseños y luego se aplicó a colocar y reorganizar todas las partes, asegurando el inventario. Hizo un recuento de las varillas de metal y revisó su calidad, asignándoles unos espaciadores de plástico. Comprobó medidas y comenzó a moldear en una máquina fresadora un armazón de titanio. Mantuvo los detonadores lejos de él. Mientras se aplicaba a su labor, no dejaba de visualizar dónde iría cada cosa: los conos de aluminio, los reflectores de berilio, los circuitos eléctricos... Los dos hombres de Zariâb eran testigos mudos y observaban con un mucho de devoción y un poco de terror algo que les hacía mantener un gesto facial hierático. Si los hubieran obligado, no habrían sido capaces de sonreír, ni siquiera de pestañear. Así fueron las primeras horas. Poco a poco, los matones se fueron acostumbrando, pero en ningún momento osaron acercarse a Jamali.

Mónica Somoza seguía preocupada porque les quedaba una incógnita por despejar: quién era el encargado de construir o montar la bomba. Habían sido capaces de ir desvelando la trama poco a poco, habían sido capaces de mantener bajo control cada fase, pero aún tenían un hueco sin cubrir, faltaba una casilla por rellenar. No es que preocupara de forma extraordinaria, dado que parecía que la resolución de la operación estaba cerca, pero para una persona como la directora de Inteligencia dejar un aspecto sin aclarar era una mancha en el caso. No habían conseguido localizar en España a nadie con los conocimientos necesarios como para encargarse de tan fundamental labor. Eso también se podía considerar una buena señal.

—Es una cuestión que no nos debe preocupar ahora —le había dicho el ministro, cuando se vio obligada a reunirse con él.

—Todo lo que forma parte del problema nos debería preocupar —había replicado ella.

—Ese hombre no está en España. Esos cabrones lo que han estado haciendo estos meses es preparar la infraestructura necesaria y trasladar el material. Probablemente esta sea una primera fase: hacerse con todo lo necesario y mantenerlo oculto. Comprobar que todo está bien, desaparecer y en unos meses seguir con el plan. Pero nosotros ya estamos encima —había replicado el ministro, firme y confiado.

Como teoría no estaba mal. Pero el ministro la había empezado con un *probablemente*, y eso no le gustaba nada a Mónica. No iba con su mentalidad ni en su sueldo tranquilizarse con propuestas como esa; no se podía abandonar a probabilidades, lo suyo eran los hechos. La reunión no cundió demasiado. En el

ministerio estaban más preocupados por las detenciones que se producirían en pocas horas —eso sí que no podía fallar—, así que en el fondo rogaban a un dios del que nunca se acordaban que el agente marroquí desempeñara con éxito su función.

Mónica no se había quedado de brazos cruzados y, con independencia de la rápida resolución del caso, seguía queriendo atar cada cabo. Llevaba días investigando al científico ruso que se había suicidado, Alexander Koltsov, hasta ahora el único miembro de la trama conectado directamente con la investigación nuclear. Por una de esas intuiciones que no se sabe muy bien si vienen por su condición de experta investigadora o simplemente por ser mujer, había decidido que quizá el mismo científico habría podido proponer el nombre del encargado del montaje de la bomba. Quizá estuviera en su entorno. No perdía nada por investigar esa línea y a eso se estaban aplicando varios agentes. Al final, los resultados, buenos o malos, llegarían.

La directora de Inteligencia fue a reunirse con sus hombres en cuanto le anunciaron que tenían información relevante.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Alexander Koltsov era una eminencia. Alguien así no se queda metido en un laboratorio toda su vida. Compartía información, formaba a otros científicos. Nunca estuvo en España...

—Al grano —cortó ella.

—Pero sí en otras partes del mundo. Hemos buscado conexiones con España y por fin las hemos encontrado.

—Habla, a qué esperas.

—Información recién salida del horno: uno de sus destinos, hace ya muchos años, era Cuba. Allí hemos podido constatar que coincidió con un científico español, Arturo Sánchez Ríos. Hablamos de los años ochenta.

—Un español...

Mónica empezaba a entender por qué no había forma de encontrar la pieza que les faltaba. ¿Siempre había estado dentro?

—¿Estáis seguros del vínculo?

—Hemos encontrado informes nuestros de finales de los setenta y principios de los ochenta. Le tuvimos vigilado hace treinta años. Experto en energía nuclear, catedrático en la Complutense, sospechoso de colaborar con el bloque del este. Nadie más en España con esas características.

Las casualidades no existen, Aguirre siempre se lo repetía.

—¿Dónde está ese hombre? Hay que ir a por él —exigió ella.

—Ni idea, te estoy contando esto según lo acabamos de saber; todavía tengo dos hombres revisando los expedientes con su nombre.

Mónica llamó a Aguirre. Se presentó en su despacho y ella le puso al día. Aguirre no necesitaba más que el nombre y los apellidos del científico español para dar con él.

—Es pan comido.

Pero ahí mismo se terminó la historia. Según salía por la puerta, el analista que había informado a Mónica de la pista del científico español se acercaba al despacho de ella con el gesto desencajado.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

El hombre miró a Aguirre.

—Puedes hablar, está en el caso —consintió Mónica.

—De verdad que lo siento. Ya te había dicho que te lo estaba contando según lo estábamos averiguando.

—¿Qué ocurre?

—Se trata del hombre, el científico español. Está muerto.

—¿Asesinado?

—No, no. Lleva más de diez años muerto. No es nuestro hombre.

Se hizo el silencio. Estaban como al principio. Mónica se recompuso.

—No pasa nada. Tenemos que seguir.

Aguirre conocía la determinación de Mónica y su afán por no dejar nada sin comprobar. Él no consideraba un fracaso esa línea de investigación. Ya que había hombres asignados a escarbar, lo apropiado sería continuar.

—El ruso parece una buena pista. Si él consiguió el plutonio, ¿por qué no iba a ser él el enlace con el encargado de montar la bomba? —argumentó él.

—Es lo que yo pensaba, pero ya ves —respondió Mónica.

—Pues seguid hasta que quede descartado por completo. Si hace treinta años se relacionaba con un colega español en Cuba, también habrá tenido que hacerlo con otra gente más recientemente.

Aguirre estaba proponiendo buscar información sobre la vida laboral, contactos, viajes, congresos en los que hubiera participado el científico ruso en los últimos años con la intención de buscar coincidencias. En algún momento tendría que aparecer un nombre sospechoso dentro del mundo del terrorismo islamista. Mónica no dudó en pedir ayuda a la Inteligencia rusa. Ellos habían escrutado la vida de Koltsov, pero se habían centrado en su trabajo en Sarov, preocupados por la presencia de algún otro traidor en el corazón de la investigación atómica rusa. Mónica Somoza solo les pedía ampliar el círculo y poner a disposición de los españoles esa información para que fueran ellos mismos quienes se encargaran de continuar.

Mientras los analistas rastreaban la vida de Koltsov, Aguirre decidió acudir al piso franco. El agente marroquí ultimaba su preparación y el subdirector técnico de Apoyo creía que su labor era estar junto a él. Los dos eran hombres de campo. Aguirre estaba al frente de la investigación desde el primer momento y su obligación era estar al lado de sus hombres, aunque en este caso uno de ellos perteneciera a un servicio extranjero. Quería hablar con él, ponerlo en antecedentes, solucionar sus dudas y ayudarlo a rematar su labor. Podría dedicar la noche a dormir, pero si tenía que hacerlo quería que fuera junto a los hombres implicados en el operativo que habría de tener lugar en unas horas. Su teléfono móvil se quedó sin batería. En el piso

franco departió con Mohammed Bénitah, que no se había separado de su particular escolta de compatriotas. Repasaron cada movimiento, cada inflexión de voz y practicaron posibles conversaciones con Zariâb. Era de noche y llovía.

* * *

Era de noche y llovía. Lo había hecho durante todo el día de forma intermitente. Una jornada desapacible, incómoda. También por la noche hay tráfico en Madrid. En la calle Atocha una fila de vehículos se puso en marcha una vez que el semáforo había cambiado su luz a verde. El primero de ellos avanzó con el camino despejado por delante. Sus ocupantes, un matrimonio que regresaba de una cena, escucharon un frenazo. Una motocicleta estaba acelerando cuando en la calle transversal el semáforo primero se puso en naranja y luego en rojo. Para qué detenerse, ya se había saltado otro semáforo con anterioridad. No estaba siendo una buena noche, la lluvia había deslucido una sesión de botellón que languideció poco a poco. Conseguido el fin de emborracharse, llegó la hora de moverse. De moverse deprisa. Primero un semáforo en rojo y luego otro. Con el suelo mojado, frenar no sirvió de nada; tampoco habría servido hacerlo con el piso seco. No hubo manera de evitar la colisión. La motocicleta impactó de frente contra el lateral derecho delantero del vehículo. El piloto salió despedido por encima del capó del coche, estrellándose contra el suelo y deslizándose por él hasta acabar incrustando su cabeza en el bordillo de la acera contraria. Al chocar, la moto se giró hacia un lado por detrás y el acompañante que viajaba de paquete se golpeó contra la puerta y la ventanilla del copiloto del coche, rebotando y cayendo al suelo. Fue un golpe seco con sonido a hueso roto y a cristal astillado. Todos los vehículos se detuvieron, las luces de emergencia relampaguearon en todos los coches, más de un conductor sacó de su bolsillo el teléfono móvil. A unos metros, en el otro carril yacía un joven de pelo largo con un estúpido flequillo, pantalón medio caído y el casco todavía colgando de su brazo. Para qué llevarlo puesto. Sangre en su cabeza con, al parecer, pérdida de masa encefálica. Más cerca, su acompañante. Ella sí tenía la cabeza protegida. «*Ponte el puto casco*», le había dicho su padre unas semanas antes. Y, en esta ocasión, sin que sirviera de precedente, ella se lo había puesto, pero no por obedecer a su progenitor. Fue la lluvia. Para qué mojarse el pelo si podía cubrirse la cabeza con el puto casco. La joven de quince años, de nombre Marta, hija de Eva y Miguel, extendía su menuda envergadura en el suelo frío, sin moverse. Los dos jóvenes componían dos fotogramas de la realidad de un día cualquiera. El Samur tardó menos de diez minutos en llegar. Mientras tanto, los conductores no se atrevieron a tocar ninguno de los cuerpos. Todo lo más que hicieron fue comprobar si estaban conscientes. Ninguno de los dos chicos respondió.

* * *

En el piso franco, Aguirre había estado ocupado toda la noche discutiendo con sus hombres el operativo del día siguiente. Amanecía y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que se había quedado sin batería y había olvidado poner a cargar su móvil. No fue un contratiempo; sus jefes sabían dónde estaba. Sacó del bolsillo el cargador y conectó el móvil a la red. Fue unos veinte minutos después cuando tuvo el gesto inconsciente de encender el teléfono. A los pocos segundos comenzaron a sonar los pitidos de advertencia de entrada de mensajes. Dos mensajes y catorce llamadas perdidas. Todas del mismo número. Su mujer.

Antes incluso de acabar de escuchar el primero de los mensajes, Aguirre ya estaba en camino, disparado como un cohete. Uno de sus hombres lo acercó al hospital Gregorio Marañón. Enseguida tomaron la M-30 y se reincorporaron a la ciudad por O'Donnell. Rodearon la glorieta de Doctor Esquerdo para girar a la izquierda y, tras recorrer la fachada del hospital, volvieron a girar a la derecha en Ibiza. Allí se apeó Aguirre; no quiso que lo esperaran, a partir de ese momento no estaba trabajando. Se metió en el complejo y entró en el servicio de Urgencias. Tras preguntar, lo condujeron a una salita, en la zona próxima a la UCI. Su mujer estaba sentada, abatida, con los ojos enrojecidos. Cuando lo vio llegar no le saludó; lo miró con cierto aire de resignación y desprecio. ¿Dónde estabas?, parecía preguntarle. Llegaba varias horas tarde.

—¿Cómo está?

—Mal.

Eva se echó a llorar. Aguirre se alejó en busca de algún médico que le pudiera dar información precisa. Lo consiguió. Estado, grave. El casco le había salvado, pero el chico que viajaba con ella no había corrido la misma suerte. Ella tenía fracturas en una pierna, la clavícula y varias costillas. Hematomas por toda la espalda. Permanecía en observación a la espera de confirmar o descartar lesiones cerebrales. Dos segundos después, Aguirre se vino abajo, necesitó tomar aire y tras hacerlo se fue junto a su mujer. Se sentó a su lado y no pudo evitar agarrarle la mano. Ella le transmitió las últimas novedades.

—Iban bebidos —dijo ella.

Aguirre permaneció en silencio. Agarró con más fuerza la mano de su mujer.

—He sido un mal padre.

Eva no quiso replicar, no tenía fuerzas pero no le gustaron las palabras de su marido. Qué fácil es cargarse de culpas. Ella no lo consoló.

—A lo mejor es demasiado tarde para lamentarse —se le escapó a ella.

Él no supo cómo interpretar la frase.

—¿Sin prestarle atención pretendías que fuera una niña ejemplar? —se encaró ella—. Algún día esto tenía que pasar.

Era verdad que hacía tiempo que Aguirre se había quedado sin fuerzas, pero no se había dado cuenta de que lo mismo que le pasaba a él podría haberle sucedido a los demás; a su mujer, sin ir más lejos. No era justo esconderse en sus problemas y

esperar que ella se ocupase de todo, no era apropiado, no era real. Él podía ocupar su tiempo con su trabajo, podía evadirse con la justificación del deber profesional. Ella, en cambio, no podía ausentarse, era la que tenía que luchar cada día, la que tenía que hacer el papel de mala, la que sufría, la que esperaba una ayuda de su marido que no llegaba, la que preguntaba y no obtenía respuestas. Qué sencillo había resultado ir abandonando toda esperanza a costa de dejar un hueco en la relación con su hija. Cualquiera ignorante lo podría haber justificado con un «*os ha salido muy rebelde*». Ojalá hubiera sido así. Pero no, Aguirre lo sabía bien. Odiaba a los idiotas que pensaban que los hijos venían con una etiqueta. No eran objetos prefabricados. El comportamiento de su hija era responsabilidad única de sus padres. De ellos. Aguirre quiso ser justo: era culpa suya. Lo peor de todo era que su mujer tenía razón y quizá era demasiado tarde para lamentarse. ¿Qué podía hacer ahora? Tenía ganas de cambiar las cosas, pero se sentía incapaz. Por un momento pensó que solo le gustaría viajar en el tiempo, hacia adelante, hasta dentro de diez años. Quizá entonces todo sería distinto. Qué estupidez de pensamiento, no era más que una manera cobarde de escapar de los problemas.

—¿Por qué no te vas a casa a descansar un poco? Vete y duerme, yo me quedaré aquí —propuso él.

—¿En serio vas a seguir aquí dentro de cuatro o cinco horas? —fue la respuesta de ella.

Claro que seguiría; era el dueño de su vida, se suponía que la familia estaba por encima de todo. Pero ella no le creyó.

—Prefiero quedarme, en casa no hago nada —concluyó Eva.

Los dos permanecieron juntos, hablando lo justo. Él no se separó de ella. La mayor parte del tiempo la tenía de la mano. Ella no le soltó. A veces Aguirre se levantaba y paseaba. Y volvía a sentarse. Los médicos por fin les dejaron ver a su hija.

Al entrar en la estancia, una gran sala con camas separadas por cortinas, Eva se echó a llorar. Marta se mantenía inconsciente, sedada. Su cara limpia, angelical, sin un rasguño, contrastaba con el resto del cuerpo, parapetado tras férulas y vendas.

—Está bien —dijo el médico—. Las pruebas no han podido ser mejores. Su cerebro está bien. Solo las fracturas.

Eva siguió llorando, no sabía muy bien si de pena o de alegría. Un metro por detrás, Aguirre observaba a sus dos mujeres. No quería perder lo que más quería. Los médicos consintieron en permitirles alargar la visita unos minutos. Pero poco más, luego se tuvieron que ir. En todo el tiempo que estuvo en el hospital, Aguirre había tenido el móvil desconectado.

Se fueron a casa en un taxi y él activó su teléfono. Tenía un mensaje de Mónica. El hombre que había acompañado al hospital le había informado y quería saber qué tal estaban él y su esposa. De su hija ya sabía que estaba fuera de peligro; se había preocupado de enterarse llamando al hospital. Mónica Somoza fue la única que se

había molestado en llamar y la única que estaba tratando de contactarlo para preguntar. Ni una alusión al trabajo. Aguirre no devolvió la llamada.

En casa se dio una ducha. Luego paseó, deambuló por la casa y finalmente se decidió a entrar en la habitación de Marta. Acostumbrado a hacer cosas justas que eran ilegales, ahora estaba haciendo lo contrario: hacía algo legal que no era justo, husmear en las cosas de su hija. Ni rastro de pósters de reconocidos ídolos musicales de jovencitas, ni rastro de canciones superficiales en su *iPod*. Solo música que él no pudo identificar a la primera. Si Aguirre hubiera sido un entendido, podría haber llegado a la conclusión de que su hija sabía elegir. Sus gustos se centraban en música alternativa, *post-punk*, *dance punk*, música electrónica. The Rapture, The Prodigy, The Knife, Simian Mobile Disco, Justice, The xx... Y algunos clásicos que Aguirre sí que conocía y que no imaginaba que pudieran contarse entre las preferencias de su hija. David Bowie, The Cure... Movido por la curiosidad acudió a la lista de reproducciones y se encontró con una canción de The Rapture, que sonó como un lamento, como un grito de ayuda.

*Open up your heart.
When you're sad and lonely
And your mind sees you only
Take a chance you can fight it
Open up your heart*

No pudo resistirse a escuchar algún tema más que fijó en su memoria. Le gustó la selección de su hija. Tendría que ponerse al día. Luego, observó fotos y estanterías. En el corazón de su guarida, la joven manifestaba una personalidad rica, llena de vida interior. Música de calidad fuera de la corriente general, referencias de libros escritas en unas hojas a modo de notas. Y un diario. Aguirre estuvo tentado de leer, pero no hubiera sido justo. Solo comprobó que estaba escrito. Pasó las hojas rápidamente sin querer fijarse, pero estaba demasiado bien entrenado. Su cerebro se quedó con una frase que encabezaba una de las páginas. «*Yo soy la primera que sabe que mis amigos no son mis amigos*». Su hija era rebelde porque necesitaba sentirse viva, rebelde porque se sentía desatendida. Aguirre se sentó en la cama y se recreó en la visión de la habitación. En el olor de la habitación. Algo estaba cambiando, algo se removía en lo más profundo y oscuro de su ser.

Una llamada de teléfono lo devolvió a la triste realidad.

El teléfono fijo habilitado en el piso franco para recibir una posible llamada desviada de la habitación del hotel que supuestamente todavía ocupaba Rekab sonó por sorpresa. El hecho de que fuera habilitado no significaba que esperasen que fuera a sonar, no estaba en los planes porque la cita ya había sido fijada. Pero el teléfono sonó. A los ocupantes de la casa les pilló de improviso. Sonó una vez. Saltó la alarma en el CNI. Teléfono intervenido. Sonó dos veces. Necesitaban una orden, el permiso

de los responsables. Sonó tres veces. Aguirre no estaba allí, así que no podía tomar decisiones. Sonó cuatro veces. El móvil del hombre de Aguirre sonó. Balmaseda estaba al otro lado.

—Contestad.

Sonó cinco veces. La casualidad hizo que ese fuera el número de tonos que había dejado sonar el teléfono Rekab la vez que Zariâb lo llamó al hotel. Bénitah descolgó y se mantuvo en silencio, como hiciera el terrorista fallecido. En ese momento, el ministro de Interior escuchaba también la conversación. Al cabo de un instante, se oyó la voz de Zariâb.

—*Salam Aleikum.*

Tras tragar saliva, Bénitah respondió con las mismas palabras.

—*Aleikum Salam.*

Perfecto. Zariâb prosiguió como si tal cosa; no se había dado cuenta de la suplantación. No era un hombre que se extendiera en explicaciones, simplemente le dijo a quien creía que era Rekab que adelantaban la hora del encuentro. Quería las semiesferas ya, en veinte minutos. Cundió el desconcierto en el CNI y en el Ministerio. Zariâb no dio opciones, ni Bénitah en su papel de suplantador, con buen criterio, las propuso, así que el agente infiltrado obedeció. Y colgó. Se miraron unos a otros; no podían perder tiempo. Pero el operativo de seguimiento no estaba preparado, se suponía que ocurriría hora y media después.

Aguirre recibió una llamada en la que le explicaban lo ocurrido. Raudamente abandonó la habitación de su hija. Se olvidó de despedirse de su mujer. Salió caminando mientras organizaba el operativo, asignando agentes. Un coche lo recogió al vuelo. El ministro no pudo disimular su excitación; esta vez no podían fallar, quizá por eso se contuvo y evitó enviar policías. Si era un trabajo iniciado por el CNI, consentía en que fuera finalizado por los mismos hombres, pero no perdió contacto en ningún momento. Aguirre pasó a comunicarse con los equipos de agentes operativos que se incorporaban. Al otro lado también aparecieron las voces de Balmaseda, Cortés y el ministro. Demasiado para Aguirre.

—Todo marcha con normalidad. Va hacia avenida de América —le informaron.

La noche anterior habían repasado con minuciosidad la manera de acceder al punto de encuentro, situado junto a la entrada de las estaciones de metro y autobuses de avenida de América.

—¿Cómo va todo? ¿Han llegado? —preguntaba nervioso el ministro.

—Todo en orden.

Silencio.

Bénitah llegó a la entrada de las estaciones y cruzó hacia los bancos y la terraza del bar que había al otro lado de la fila de los taxis. Se quedó quieto, esperando. A lo lejos, varios hombres y mujeres tomaban posiciones.

—Al metro, necesitamos gente abajo —solicitó Aguirre.

Los agentes que iban a pie se metieron bajo tierra, esperando órdenes. No eran suficientes para abarcar todas las posibles direcciones que podría tomar Zariâb, si es que se iba en metro. Por las calles de Madrid, tres vehículos se acercaban. Llegaron a tiempo. Se bajaron dos personas de cada uno de los vehículos. La mitad se fue al metro, el resto se quedó fuera. Hicieron contacto visual con Bénitah. Aguirre permaneció en un coche con un chófer y se fue a dar la vuelta a la manzana porque ese lugar era inapropiado para detenerse.

—En cuanto aparezca Zariâb os echáis encima —exigió el ministro.

—Esperemos que no se dé cuenta de que no es Rekab cuando se vean —rogó Balmaseda.

Se hizo el silencio durante unos segundos. Esos instantes fueron aprovechados por el ministro, que comentó con Cortés nuevos movimientos. No se les iba a escapar de las manos, era imposible fracasar, así que le encomendó a su subordinado la preparación de la rueda de prensa. Esta vez sí, a partir de las nueve de la noche los informativos podrían conectar en directo, el ministro daría los detalles y dejaría la parte final para el presidente. Este ya estaba advertido de la operación; no la seguía en directo, pero estaba pendiente de las comunicaciones del ministro. En esta ocasión fue Cortés quien se puso en contacto con él para apuntalar ciertos detalles de la comparecencia ante los medios. Noticia de alcance: un comando islamista detenido cuando se preparaba para atentar en Madrid.

Bénitah no tuvo que esperar demasiado. A los pocos minutos, Ayman Elquasabi se le acercó. Cruzaron dos palabras. El egipcio sabía a quién venía a buscar; le preguntó por las esferas y Bénitah asintió señalando la bolsa roja. No hubo tiempo para más, abandonaron el lugar. Las frases de sonido metálico pronunciadas por los miembros de los Servicios Secretos se sucedían y se montaban unas sobre otras con precisión de relojero suizo.

—Ha hecho contacto. Se han encontrado.

—¡Detenedlos! —ordenó el ministro.

—No es él. Repito, no es él —informó un agente.

—¿No es? ¿Qué quiere decir eso? ¿Hay contacto o no hay contacto? —preguntó el ministro.

—No es Zariâb —precisó Balmaseda.

—¡Detenedlos! —exigió de nuevo.

—No lo hagáis, nos mantenemos en los puestos —intervino Aguirre.

—Te han dado una orden —interrumpió Balmaseda.

—No podemos detenerlos, sería un error —respondió Aguirre.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó el ministro enfadado.

—¿Y si él está vigilando? —propuso Aguirre.

—Se meten en la estación —informó un agente.

—¿Va al metro o al autobús? Preparados abajo. Lejos de los tornos —ordenó Aguirre desde el coche en marcha.

—Me importa una mierda que no sea él. Quiero que los detengáis. Que no se lleven las esferas —ordenó el ministro.

—Nuestro hombre todavía las tiene.

—No bajan al metro, se van al otro lado de la calle. Están cruzando por debajo.

—Mierda. ¡Todos arriba, todos arriba!

—¿Qué está pasando? —preguntaba el ministro.

—Salen por la boca de metro que hay junto al psicotécnico y la perfumería —informó un agente.

—Yo los veo. Se ha parado un coche. Solo hay un hombre.

—Estamos en Francisco Silvela, llegando a la esquina. ¿Alguien cerca? —preguntó Aguirre.

—Negativo.

—Afirmativo aquí, pero en el carril contrario —informó otro agente mejor situado.

—Se han montado. Nuestro hombre se va con su contacto.

—¡Que no se escapen, coño! —exigió el ministro.

—¡Que se calle ese idiota, por favor!

No fue difícil averiguar que Aguirre se refería al ministro.

—Estamos girando. ¿Qué modelo es? —preguntó Aguirre.

—Se van por el carril del centro. Un Acura blanco.

El agente informó y le dio también la matrícula. El único vehículo en disposición de seguirlo era el de Aguirre. Los agentes a pie se metieron en los coches que pasaron a buscarles.

—¡Quiero que los detengáis! —exigió el ministro.

—¡Obedece! —intervino Balmaseda.

—Negativo. No podemos hacerlo, ponemos en peligro toda la misión —contestó Aguirre.

—¿Cómo que la ponemos en peligro? —preguntó el ministro.

—No puedo dar explicaciones —repitió Aguirre.

El coche avanzaba a toda velocidad tras el Honda Acura.

—¡Exijo explicaciones!

—No nos llevarían nunca al jefe —expuso Aguirre.

—¡Estás destituido! ¿Es que no hay más hombres siguiendo ese coche? —el ministro bramaba al viento.

—¿Qué hago? —preguntó el conductor.

—Ni caso. Sigue.

En ese momento, un coche se le cruzó delante, uno de esos cientos de miles que en la capital se cambian de carril sin avisar. El agente dio un volantazo y a su vez se metió en el carril de la izquierda. Diez metros por delante, el Honda tomaba una salida por la derecha. Imposible maniobrar para hacer lo mismo.

—Los perdemos —se lamentó el habilidoso conductor, incapaz de reubicarse en tan corto espacio.

—Se han salido. Se va hacia el sur. Los perdemos —repitió Aguirre.

—¡Maldita sea! ¿Y ahora qué? —preguntó el ministro.

—Ahora nada. Tenemos a nuestro hombre dentro.

Silencio.

El coche tomó otra salida posterior y los vehículos del resto del operativo se repartieron la zona pero no fueron capaces de encontrar ni rastro del coche de los terroristas.

A un kilómetro de distancia, Ayman Elquasabi y Joseph Haykal conducían a quien ellos creían que era Ibrahim Rekab al encuentro de Zariâb. Elquasabi hizo recostarse a Bénitah en el asiento y le tapó los ojos con un pañuelo oscuro.

Madrid fundió a negro.

Todos los hombres involucrados en el operativo regresaron a la sede del CNI. Allí estaban Balmaseda y Cortés. Del despacho del director salía fuego.

—Es el segundo problema que nos causa —protestó Cortés.

—Sabe lo que hace.

—¡No, no sabe lo que hace! Tiene que obedecer a sus superiores.

—No se puede improvisar sobre la marcha —respondió Balmaseda.

—Pensaba que eso era lo que había que hacer según las necesidades.

—Llevamos tiempo detrás de este asunto; mi gente sabe cómo hacerlo. No se puede cambiar a última hora porque sea más rentable para un gobierno —se atrevió a decir Balmaseda.

—¿Pero tú de qué parte estás? —preguntó Cortés.

—Del lado bueno.

La respuesta de un superviviente.

—Solo estoy diciendo que estamos tan cerca que no deberíamos estropearlo —matizó tratando de arreglarlo.

—Eso se lo tienes que decir a tu hombre.

—No hace falta, en horas todo habrá sido un mal sueño y nos apuntaremos un éxito. Lo importante no es cuándo, sino que lo haya. Deja que sigamos.

—¿Ahora qué hacemos? Tenemos a un agente desaparecido y encima no es nuestro. ¿Qué le vamos a decir a Marruecos? El ministro está reunido con Timoumi, ¿qué crees que le puede estar contando?

—Si el agente ha completado con éxito la operación, no hay nada que temer.

—Eso si lo dejan con vida. Cada terrorista involucrado en esta historia ha acabado muerto.

—Cada colaborador de perfil bajo ha acabado muerto —intervino Mónica Somoza, que hizo su aparición en el despacho—. Rekab es demasiado valioso como terrorista como para ser eliminado. Es un hombre de garantías para Zariâb.

—¿Crees que volverá con información? —preguntó Cortés.

—Sí.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—El sentido común.

—Vámonos al ministerio. Hay que explicárselo al marroquí y a los jefes — propuso Cortés.

—Yo tengo mucho trabajo. Explícaselo tú —le dijo Mónica a Balmaseda.

Cortés no puso objeción pero hizo una advertencia.

—Cuidado con ese Aguirre.

—Es una parte importante en toda la investigación —lo defendió ella.

—De momento sigue, ¿no? —preguntó Balmaseda mientras se iban.

Cortés no tenía mucho que decir porque estaba hablando en nombre propio, así que no podía tomar decisiones, no se atrevía a tomarlas.

—Veremos lo que dicen los jefes.

A pocos metros de allí, Aguirre se reunió con sus hombres en el exclusivo centro de reuniones de los grupos operativos. Los felicitó, a pesar de los problemas. Él se hacía responsable.

—El trabajo está bien hecho. Simplemente hemos llegado tarde.

Luego, para sí, se lamentó. ¿Cómo no se le habría ocurrido pensar que el encuentro podría adelantarse? Tenía que haberlo considerado: si cabía la posibilidad de un retraso, también era posible un adelanto. Pero no debía culparse; las últimas doce horas no habían sido las mejores de su vida, alguien más tenía que haber tomado las riendas. Muchas veces, la mayoría, las operaciones planificadas al milímetro se echan a perder por detalles nimios, infantiles. Así es la vida. No era la primera vez, hacía años les había ocurrido. Tras arduas investigaciones y una doble operación, habían citado a un agente enemigo para grabarle en un encuentro trampa en la Puerta del Sol... el día y a la hora en que diez mil personas se concentraron en ese mismo lugar en una manifestación que pedía la mejora del sistema educativo. ¿Cómo nadie pudo haberse dado cuenta? La convocatoria había salido en todos los periódicos. Esas cosas pasan.

No sabían a dónde habían llevado a Bénitah pero confiaban en que él mismo pudiera contar lo antes posible. Por ahora tendrían que esperar pero, desde luego, todos los agentes estaban en máxima alerta. No iban a llegar tarde a ninguna parte. Nunca más.

Después de casi dos horas circulando por los alrededores de Madrid, el vehículo se metió por zona urbana. Bénitah tomaba buena nota, pero le daba la impresión de que habían estado dando vueltas para evitar que supiera a dónde iban. No es que desconfiaran de él, estaba planificado así. Cada pista, cada parte de la trama terrorista nacía y moría en la misma persona. La marcha se ralentizó, el vehículo se detuvo en punto muerto, luego continuó muy despacio; entraban en algún sitio. Sonaba a hueco, a cerrado, a eco. Finalmente, el motor se apagó y se hizo el silencio. A Bénitah — Rekab— lo incorporaron y le quitaron la venda de los ojos. Le costó acostumbrarse

unos segundos, no por exceso de luz, sino por todo lo contrario. Estaba oscuro; la única iluminación provenía de los controles del salpicadero del coche. El vehículo estaba en el interior de algún sitio. Un garaje, una plaza de aparcamiento.

—Hemos llegado —le dijo Haykal.

Salieron del vehículo. A pesar de la falta de luz, el agente marroquí pudo ver que estaba en el pequeño garaje de una vivienda, quizá un chalet, quizá un adosado. Elquasabi y Haykal lo cachearon y lo registraron de arriba abajo de nuevo, esta vez de forma más concienzuda.

—Es por seguridad —se disculparon.

Sabían que tenían delante a un reputado terrorista al que admiraban, pero aún así no podían dejar de cumplir ciertas normas. A través de una puerta accedieron a unas escaleras que los condujeron al piso de arriba. Todas las persianas estaban bajadas. En el salón, desprovisto de lujos y decoración, esperaba Atiq Zariâb. Bénitah tragó saliva y sonrió. Los dos hombres se saludaron, por fin se veían en persona. Bénitah, en el papel de Rekab, charló tranquilamente mientras aprovechaba para fotografiar en su cabeza cada detalle del lugar en el que se encontraba. Haykal le entregó a Zariâb la bolsa roja.

—¿Es esto? —preguntó el afgano.

—Una obra de arte —respondió Bénitah con una sonrisa.

Zariâb abrió la mochila y contempló las piezas semiesféricas, que ejercieron sobre él un embrujo difícil de describir. Brillaban. Dos semiesferas perfectamente pulidas.

—Puedes tocarlas —lo animó Bénitah.

Zariâb las sacó de la bolsa, tomó una pieza en sus manos y la admiró. Bénitah contempló al abducido terrorista y se decidió con delicadeza a no perder el tiempo.

—¿Cuándo va a ser la explosión?

Esa era la primera pregunta. La segunda sería ¿dónde? Pero Zariâb permaneció en silencio, no respondió. Pasó su mano por la superficie de la pieza. Lisa y suave.

—Perfecta y hermosa, dispuesta para desintegrarse por una buena causa, ¿no crees?

—Todos nos tenemos que felicitar —dijo Bénitah.

—Con esto no tendrás que poner más bombas en mercados, ni en cafeterías, ni en la entrada de comisarías. Nos harán caso y cambiaremos el mundo. Recuerda Japón en la Segunda Guerra Mundial, el país de los kamikazes. Podrían hacer la guerra hasta morir; sin embargo bastaron dos bombas como esta para que se arrodillaran. Ellos harán lo mismo.

Ellos, Occidente.

—Y si no lo entienden, habrá más —lo incitó Bénitah.

—Ya no hay marcha atrás.

—Siempre y cuando el ingeniero no falle en su trabajo —dijo Bénitah, tratando de sonsacarle.

—No fallará. Ese muchacho sabe lo que hace.

Ese muchacho. Alguien joven.

—Ojalá. ¿Dispone de mucho tiempo?

Segundo intento. Zariâb pareció no escuchar. Metió las piezas en la bolsa de nuevo.

—¿Quieres una taza de té? —le ofreció el afgano.

—Gracias.

Los hombres se sentaron en la alfombra del salón, mientras Elquasabi preparaba unas tazas de té. Saboreando la infusión, departieron y arreglaron el mundo, conversaron sobre la situación, sobre estrategias, sobre lecciones que había que dar, sobre la vida y sobre la muerte. Sobre el precio de la dignidad. Parecían dos jóvenes jugando al Risk en un tablero imaginario que se extendía más allá de sus sueños. Y pasaron los minutos. O las horas.

—Quizá es tarde para ti —dijo Bénitah.

—Serás mi invitado esta noche. No es recomendable que vuelvas al hotel ahora. La noche no nos oculta tan bien como el día.

—Te lo agradezco.

Bénitah fue acomodado en una habitación que compartió con Haykal en el piso de arriba. Vivienda de tres alturas, incluyendo la del aparcamiento, que estaba a ras de suelo. Al entrar en el garaje, el coche no se había inclinado. Las persianas se mantenían bajadas, por lo que resultaba imposible ver lo que había fuera. Tampoco era necesario; intentarlo sería una tontería. Por las palabras de Zariâb, Bénitah tenía garantizado que saldría de allí por la mañana. El falso Rekab se había ganado al afgano; al fin y al cabo eran compañeros de trabajo. Compañeros en el crimen, compañeros en el terror, los dos tenían un buen historial. Bénitah optó por dormir y dejar que fuese Haykal el que en todo caso estuviera el resto de la noche con un ojo abierto. Él valía más descansado; no sabía lo que le podría deparar el día siguiente.

* * *

Balmaseda no se atrevió a comentar con Aguirre la conversación que había tenido con Cortés el día anterior, pero el agente era lo suficientemente listo como para saber que habían hablado de él y de su acto de indisciplina, aunque estaba convencido de haber hecho lo correcto. Había aprendido que nunca debía dejar que un inepto tomara las decisiones críticas. Recordó que durante la guerra de los Balcanes, tropas británicas estaban encargadas de hacerse con el control de un aeródromo. Cuando llegaron, se encontraron con que los rusos se habían hecho con el puesto. El acuerdo era claro: el aeropuerto tenía que quedar en manos británicas pero los rusos se negaron a entregarlo. Un mando británico en Londres ordenó hacerse con él por la fuerza. ¿Una batalla contra los rusos? Felizmente, el oficial al mando de las tropas no hizo caso a la orden. Indisciplina. Sí, acto grave de indisciplina pero el sentido común evitó un conflicto bélico que no estaba en la hoja de ruta. Días después, todo se

solucionó pacíficamente y los rusos abandonaron el aeródromo. No se puede dejar que un idiota tome decisiones en caliente. Aguirre había obrado bien; desobedecer fue una decisión correcta.

Rekab no era un eslabón más, era un hombre importante, la última conexión con Zariâb. Esa misión no podía dejarse en manos de un cualquiera y Rekab no lo era; tenía tanta reputación como el mismo Zariâb, se hablaban de tú a tú. Aguirre estaba convencido de que volvería a ver a Bénitah; ojalá consiguiera recabar información. La espera de noticias sobre él sería tensa; no había que perder los nervios, él no lo iba a hacer, el ministro, sí. El general Timoumi, perro viejo, tampoco, pero no se lo haría ver al ministro; al contrario, dejaría que pasara un mal rato dando explicaciones y así el viejo marroquí exigiría estar más cerca de la operación, de la investigación: querría saber más, todo lo que no le habían dicho hasta ahora y era posible que el ministro accediera. Aguirre no podía dividirse en más frentes; su cabeza siempre contemplaba más posibilidades, pero se rebeló y detuvo sus pensamientos. A eso también contribuyó el requerimiento de Mónica.

—No te preocupes, tendremos noticias de Bénitah —Aguirre tranquilizó a su jefa.

—Más vale que así sea, no sabes cómo están en el ministerio.

—¿Y Balmaseda? —preguntó Aguirre.

—En medio, imagínate. Pero está respondiendo.

—Esperaremos de brazos cruzados.

—No, de eso nada. Tengo novedades. Buenas, bonitas y baratas.

—Dime —solicitó Aguirre.

—Por cierto, ¿cómo está tu hija?

—Bien.

—Qué alivio, me alegro mucho. Si quieres irte...

—No. Está en la UCI, no nos dejan verla más que en las horas de visita.

Aguirre miró su reloj. Permitían dos horas de visita por la mañana y otras dos por la tarde. Aún faltaba para las de la mañana.

—Dime —repitió él.

—Hemos buscado las conexiones de Koltsov en el mundo de la investigación y sus relaciones con gente del mundo islámico.

—Sigue.

—Nos hemos centrado en esto último.

Mónica se calló para sonreír.

—¿Y? —preguntó él solicitando que siguiese.

—Ha participado en seminarios, congresos, encuentros sobre energía nuclear. Todo reconocido, de carácter académico. Ha sido asesor en Pakistán. Allí ha estado varias veces.

—Venga, suéltalo.

—Hemos sido idiotas. Hemos comprobado cada contacto, cada profesor, cada persona y todos estaban limpios, sin vínculos reconocidos. Hasta que hemos caído. Una de las personas de aquellos encuentros es un tal Jamali.

—¿Un pakistání? —preguntó sin comprender muy bien Aguirre.

—Atiende, Miguel, no te lo vas a creer. Se llama Mir Sánchez Jamali.

—¿Sánchez?

—Sánchez de primero. Es hijo de un español.

Aguirre no necesitó más.

—¡Arturo Sánchez Ríos! —exclamó.

—Exacto. El amigo de Koltsov, el viejo camarada español.

—¡Es nuestro hombre!

Por supuesto que lo era. De nuevo, las casualidades no existían.

—Hay que emitir una orden.

—Miguel, vive en España. En Madrid. Es profesor en la Complutense.

Aguirre no se lo podía creer, ahora sí que veía la luz al final de túnel. Mónica fue más explícita con el cargo y las asignaturas que impartía el joven Jamali, haciéndole un rápido resumen.

—Es nuestro, no se nos escapa. Me voy a por él.

Aguirre movió el culo con más agilidad que una brasileña bailando samba y salió disparado hacia el campus universitario. Mónica le ofreció un hombre, pero Aguirre ni la escuchó, no necesitaba a nadie. El plan terrorista estaba tan bien armado que a estas alturas ninguno de los implicados podría sospechar lo cerca que estaban de ellos, y menos un profesor universitario preparado para diseñar armas terribles, pero no para empuñar fusiles ni para huir por pies con éxito. El profesor no iba a ser un problema. Aguirre estaba exultante, quería cerrar etapas, quería iniciar ciclos nuevos en su vida; quizá todo eso era una señal —la trama terrorista, la crisis con su mujer, el accidente de su hija—, como esos períodos de catástrofes continuadas que anticipan el final de una era y el comienzo de otra nueva. Un reequilibrio cósmico. Miles de pensamientos, miles de imágenes pasaron por su mente hasta el punto de no darse cuenta de que mientras eso ocurría, él se desplazaba veloz en un vehículo. No fue consciente de haber realizado ningún recorrido, de repente apareció en la ciudad universitaria, junto a la facultad de Ciencias Físicas, como por arte de magia. Sus manos y piernas habían manejado volante, marchas y pedales mientras su cabeza hacía lo que últimamente trataba de evitar. Pensar. Viajar. Elucubrar. No fue consciente de haber realizado el trayecto hasta que se dio cuenta de que se había detenido y ya no había ruido de vehículos circulando a su alrededor. Estaba en la zona tranquila del campus. Se tomó dos segundos para despejarse; no tenía prisa. Se bajó y estiró las piernas, aunque no lo necesitaba. Caminó con tranquilidad. Poco a poco mejoró la cadencia y optó por hacerlo decidido.

Lo bueno de la universidad pública es que nadie pide explicaciones. Cualquiera se puede mover por sus instalaciones sin que a nadie le importe. Como es de todos no es

de nadie y la facultad de Ciencias Físicas no era una excepción. Descuidada, con papeles en paneles que se superponen unos sobre otros con mensajes que quedan escondidos, albergaba un trasiego de almas errantes que iban de acá para allá. Aguirre era una de ellas. Con soltura se movió por pasillos y estancias, se asomó a clases, pero en ningún momento se cruzó con nadie de aspecto pakistaní. Él mismo se rio de su ocurrencia. ¿Cuál era la tipología de un pakistaní que en realidad es hijo de español y pakistaní? Daba igual, fue directo al grano y preguntó a un grupo de alumnos, que le indicaron que el departamento del profesor por el que preguntaba estaba en el tercer piso. Aunque no eran alumnos suyos, lo conocían, no era un apellido que pasara desapercibido. Al llegar arriba volvió a preguntar y obtuvo respuesta.

—Jamali no está. Hace varios días que no viene, pero no sé por qué, creo que se iba al extranjero o algo —respondió despreocupado un doctorando cuyos pies estaban en la tierra pero cuya cabeza viajaba entre neutrones y electrones.

Aguirre encontró el departamento. No había nadie. Entró sin dificultad, buscó la mesa de Jamali y la encontró. Había una foto de una mujer muy morena, tenía que ser su madre, no podía ser otra. Y rebuscó entre sus pertenencias cualquier indicio, cualquier pista, cualquier papel. No olía a tabaco pero había restos de ceniza en la papelera, minúsculos restos de ceniza que una mujer del servicio de limpieza había recogido del cubo, como era lógico, pero lo había hecho de forma rápida y por tanto poco exhaustiva, dejando una parte de los residuos en el fondo de la papelera. Si no era tabaco, era papel quemado, papel al que se le prende fuego a propósito. Por tanto, no un papel cualquiera, porque para deshacerse de unas hojas que no necesitas quemarlas, basta con romperlas en cuatro pedazos. No encontró más que un mechero con el escudo del Real Madrid, dato curioso pues no se imaginaba a Mir Sánchez Jamali como forofó de ningún equipo de fútbol. Por eso el mechero lo contempló como un objeto útil que quizá fuese el regalo de algún compañero de la facultad. Un regalo muy práctico, a la luz de los restos de la papelera. Todo estaba en su sitio, ordenado. Repasó con la vista las estanterías, los papeles, los libros y nada llamó su atención.

En realidad no sabía muy bien qué estaba buscando. Probablemente solo estaba fotografiando. Cuando se dio por satisfecho, se fue. Mientras bajaba las escaleras, llamó a Mónica.

—Aquí no está, lleva varios días ausente.

—Es una mala noticia. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que quizá dispongamos de menos tiempo del que pensábamos —replicó él—. Por cierto, te llamaba para...

No hizo falta continuar; para lo que llamaba ya lo había previsto Mónica, que sin dilación le soltó de carrerilla la dirección del domicilio de Jamali.

—Vive con su madre.

—Esta es mi chica —agradeció él.

Él colgó. Ella sonrió.

Aguirre se movió veloz por las calles de Madrid. Estaba muy cerca. Le resultó muy fácil aparcar junto al parque. En dos minutos se plantó en el portal y llamó, pero nadie contestó. Volvió a intentarlo, pero nada. Se alejó de allí, no quería que lo vieran demasiado, tendría que intentarlo más tarde. No podía haberse ausentado ella también, ¿o sí? No era posible que Jamali se hubiera llevado a su madre con él, no encajaba, estaba convencido de que ella no sabía nada de nada. Podría estar en la calle haciendo la compra, por ejemplo, o paseando. Paciencia, decidió esperar. Por un momento pensó en irse al hospital a ver a su hija, pero ella estaba bien y no podía permitirse dejar su trabajo de lado. Se matizó a sí mismo que no era su trabajo, era solo un aspecto de su trabajo, una gestión concreta. Si la madre de Jamali regresaba pronto, él llegaría a tiempo al hospital.

Los minutos pasaron. No podía estar sin hacer nada y no contemplaba la posibilidad de que la mujer no apareciera, así que decidió avanzar. Buscó un estanco y compró un contrato de arrendamiento. Luego se acercó a una papelería y compró una carpeta y un bolígrafo. Volvió a pasarse por el portal. Timbró. Nada. Se marchó al parque, no quiso mantenerse cerca vigilando; la calle no ofrecía buenas posibilidades para disimular. Miró su reloj y comprobó que no iba a poder llegar dentro del horario de visitas del turno de mañana. Ya no. Sacó su móvil y llamó a su mujer. *El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura.* Ella sí estaba en Urgencias. Aguirre se sintió culpable una vez más. Sentimiento de culpa; su cerebro lo consideró parte del peaje de ese período de cambios, era el último obstáculo en la recta final, estaba seguro de que la meta estaba cerca. Ahora debía centrarse en su trabajo. Dejó pasar un tiempo prudencial y volvió a la carga.

Llamó al timbre. Diez segundos después, contestaron. Era una voz de mujer.

—¿Sí?

—Buenas, soy del censo. Si es tan amable...

Tras dos segundos de silencio, la mujer abrió el portal.

—Gracias.

El edificio era pequeño y humilde. Tres pisos donde todo se oye. No sería muy creíble que un trabajador del censo fuera a un solo domicilio, no era lo apropiado, así que Aguirre se armó de paciencia, subió al tercer piso y comenzó su trabajo como encuestador. Tercero derecha. Tercero izquierda. Se tomó su tiempo, en los dos sitios había gente. Luego bajó las escaleras. El segundo piso era su objetivo. Llamó a la puerta de enfrente de la madre de Jamali. Nadie. Luego, al objetivo. Para ese momento, la mujer ya había oído timbrar en los pisos de arriba y en el de al lado; por tanto, no podía desconfiar. Abrió.

—¿Qué tal, señora? —disparó con desparpajo Aguirre—. Aquí, del censo, a ver si me puede contestar a unas preguntitas y ya la dejo en paz.

—Dígame.

Aguirre abrió la carpeta dejando ver una de las hojas del contrato de arrendamiento. Desde el lado contrario y del revés, la mujer solo pudo atisbar un documento serio, oficial, con toda seguridad una plantilla del departamento de estadística; su vista no alcanzaba a más. A cada pregunta, Aguirre iba colocando una equis en imaginarias casillas. Así pudo averiguar cuántas personas vivían en la vivienda y a qué se dedicaba su hijo.

—Es profesor en la universidad —declaró ella con orgullo.

—Qué bien. Se pasará todo el día en clase peleando con los alumnos...

—Sí, entre unas cosas y otras...

—Bueno, tampoco será para tanto, los funcionarios tienen un horario muy cómodo. Seguro que solo trabaja por las mañanas y lo tiene usted aquí en unos minutos.

—No, ahora está en Alemania.

—¿De vacaciones? Mira qué bien.

—No, no. Ha ido a dar clases a una universidad.

—Un primo de mi padre emigró hace muchos años a Alemania. A Düsseldorf. ¿No habrá ido ahí su hijo? Sí que sería casualidad.

—No, no creo. Bueno, no lo sé. No recuerdo la ciudad...

—Anda que como en realidad no haya ido a Alemania y se haya metido en un tren a la Costa del Sol... —se rio Aguirre.

—No, él no es así. Yo misma lo acompañé al aeropuerto —dijo la mujer.

También dijo que habían ido en metro «*hasta el final del todo*». Es decir, hasta la T4. Y no solo eso, sino que añadió el día exacto. Aguirre continuó alternando preguntas del censo con comentarios sobre la vida de Jamali, con rapidez, sin dejar tiempo a la mujer para pensar. Ella no estaba al tanto de las ocupaciones criminales de su hijo, eso estaba claro, y Aguirre estaba convencido de que si entrara a registrar la casa no encontraría ningún artefacto, ninguna pista que delatara a un terrorista. Por cómo hablaba la mujer, podría apostar que la devoción era mutua entre madre e hijo y que este no haría nada que pudiera comprometer a la menuda mujer morena de amplia pero tímida sonrisa. El agente del CNI dio por concluida la entrevista.

—Muchas gracias por su paciencia, señora; ojalá todo el mundo me recibiera de la misma manera.

—De nada. Que tengas un buen día.

—Aquí enfrente no hay nadie, ¿verdad? Porque he llamado antes y nada.

—Es un matrimonio mayor. Se pasan el día en el centro de la tercera edad que hay ahí fuera.

—Pues vengo otro día. Gracias, señora.

La mujer cerró la puerta. Aguirre bajó las escaleras con tranquilidad y se detuvo en el primer piso. Tenía que hacer bien su trabajo, no podía arriesgarse a que la casualidad hiciera que la mujer se encontrara con cualquiera de los vecinos de ese piso y, al comentar la presencia del hombre del censo, estos afirmaran no saber nada.

Así que armado de paciencia realizó la encuesta en la puerta de la derecha y en la de la izquierda. Eso sí que era suerte —Aguirre no supo bien si buena o mala—, había gente en los dos domicilios.

Cuando dejó el barrio y se montó en el coche, lo primero que hizo fue poner al día a Mónica Somoza.

—Tienes que comprobar a dónde ha ido; ella dice que lo acompañó al aeropuerto.

—¿Se ha ido de España? ¿La bomba no está en España? —preguntó ella.

—Mira los vuelos a Alemania.

La ventaja era que Aguirre le pudo decir la fecha, el día exacto y, por la forma de expresarse la mujer, no parecía mentir. Mónica se puso a ello enseguida. Desde la sede del CNI trabajaron sin descanso en las listas de pasajeros de los vuelos a Alemania de ese día, buscando el nombre de Mir Sánchez Jamali. Era raro que hubiera tomado un avión. Más que raro, desconcertante. Pocas horas después, Mónica comentó los resultados de las pesquisas.

—Ningún Mir Sánchez Jamali viajó en avión ese día.

—¿A Alemania?

—Ni a Alemania ni a ningún otro destino —matizó ella.

—¿Qué opinas?

—Lo mismo que tú. Se ha esfumado para trabajar en la bomba.

—Definitivamente, es nuestro hombre —concluyó Aguirre.

Pero todavía no terminaba de encajar algunas piezas.

—¿Dejarías a tu madre?

—No. Volverá a por ella.

—¿Crees entonces que no es inminente el atentado?

—O eso, o no es en Madrid —propuso Mónica.

Estaban cerca, pero todavía manejaban una ecuación con varias incógnitas.

—Hay que vigilar la casa, por si regresa.

* * *

Antes incluso de que Bénitah se hubiera despertado, las semiesferas ya estaban en poder de Jamali. Los hombres de Zariâb aprovechaban las mañanas y sobre todo el tráfico denso con el que Madrid iniciaba cada jornada para realizar sus últimamente escasas actividades camuflados entre la muchedumbre. A unos pocos kilómetros de la capital, Mir Sánchez Jamali seguía concentrado en la construcción de la bomba. Con las piezas semiesféricas en su poder ya no había ningún impedimento para completar la fabricación del artefacto explosivo. La esfera. El núcleo. Jamali había pasado toda la noche repasando sus notas y planos. En la cabeza lo tenía claro y delante de sus ojos también porque comenzó a visualizar el proyecto. En ese momento supo que él no fallaría. Las piezas eran magistrales, talladas con precisión de orfebre. La geometría, perfecta. El tamaño era fundamental y, gracias a la utilización de plutonio-239, podía ser más reducido. Cuanto menor la superficie, menor número de neutrones

corrían el peligro de liberarse y mayores eran las posibilidades de acierto. Jamali disponía de la masa crítica necesaria para lograr el éxito, diez kilogramos. Utilizando plutonio se sentía más seguro porque este no es capaz de iniciar una reacción por sí mismo. Para ello, le bastaba con una fuente extra de neutrones y conseguir la manera de liberar esa cantidad adicional no le iba a suponer un problema pues disponía de los productos necesarios para hacerlo: berilio y polonio, dos elementos que no son fisionables, pero que actúan como catalizadores para provocar una reacción en milésimas de segundo. Con la proporción de masa crítica que manejaba tenía garantizada una potencia de entre siete y diez kilotones, dependiendo de la cantidad de neutrones que se pudieran escapar. En cualquiera de los casos, era más que suficiente. Jamali estaba seguro de lo que hacía, solo debía aplicarse a su trabajo; la composición de la esfera era su objetivo en esta etapa y los detonadores quedarían para el final. El profesor se concentró en su labor con devoción.

Bénitah, mientras tanto, permanecía en compañía de Zariâb, sin saber muy bien qué hacer. Asumía que él no era el jefe, así que debía tener paciencia. Zariâb estaba exultante, se le notaba feliz porque había podido completar la operación de suministro. Estaba todo en su sitio, ahora solo dependían del hispano-pakistaní.

—Hemos triunfado.

Bénitah sintió un escalofrío.

—Somos parte de la Historia; todo el mundo recordará la fecha. Cada vez que se mencione, será como una daga que se clava en el corazón —añadió Zariâb.

—Deseo que ocurra pronto —respondió Bénitah con la esperanza de averiguar el día exacto.

—No queda tiempo, hermano —contestó Zariâb.

Bénitah se la jugó a una carta. Sonrió entusiasmado.

—¿Cuándo? —preguntó.

Zariâb esta vez respondió.

—El domingo.

Bénitah trató de no mudar el gesto y controlar el movimiento de sus manos. Estaban a jueves. Faltaban tres días.

—No conviene que estemos juntos demasiado tiempo, nunca se sabe lo que puede pasar.

Zariâb indicó a Elquasabi que acercara al centro a Bénitah. Este todavía estaba estupefacto, con la mirada perdida. Zariâb se sentía poderoso. Y ocurrió el milagro.

—¿Quieres verla?

Se refería a la bomba. Bénitah no podía desaprovechar esa oportunidad.

—Nada me honraría más —respondió.

—Te llamaré.

3 DÍAS PARA LA CATÁSTROFE

Durante varias horas, todos se sintieron perdidos. Habían dejado irse al agente marroquí y no sabían nada de él. El ministro se subía por las paredes, Cortés le daba la razón, Balmaseda no sabía cuál era su sitio y Mónica Somoza mantenía la compostura y defendía el trabajo de Aguirre.

—¿Y si lo ha matado? —preguntó el ministro—. ¿Y si han matado al agente de Marruecos? ¿Sabéis en qué lugar nos deja eso?

—Solo hay que tener paciencia —dijo Balmaseda.

—Estoy harto de ese tipo de consejos. ¡Estáis para obtener resultados!

—Estamos ante un caso complicado, hemos tenido que tomar decisiones al límite.

—Teníamos que haber detenido a esos hombres en el encuentro.

—No habría servido de nada, nunca hubieran hablado —dijo Mónica.

—Estaríamos igual que ahora —dijo Balmaseda, saliendo en apoyo de la directora de Inteligencia.

—Pero con dos terroristas capturados —matizó Cortés.

—Y el jefe libre, alertado y con una bomba —se defendió Mónica Somoza—. El agente aparecerá.

—Muerto —se atrevió a decir Cortés.

—No. Hemos apostado por él —dijo Mónica.

—¿Basándoos en qué? —volvió a preguntar el ministro.

—No es un don nadie. Rekab es un terrorista reconocido, el único en todo el proceso que puede considerarse a la altura de Zariâb, un buen complemento para ayudar al éxito de la operación en la parte final. Ministro, han matado a los anónimos, a los objetos. Si Bénitah ha hecho bien su trabajo, habrá podido establecer un vínculo con Zariâb. No sabemos si incluso le habrá podido encargar nuevas misiones. Dependemos de él, no creemos que lo hayan matado...

—¿Quién nos asegura eso?

Mónica no contestó. La buena noticia era que parecían estar seguros de quién era el encargado del montar la bomba. Expusieron los resultados de sus pesquisas, avanzando que estaban investigando el paradero de Mir Sánchez Jamali, a quien consideraban una pista más que fiable. No dio la impresión de que eso fuera una gran noticia; el ministro tenía la cabeza todavía en la desaparición del agente marroquí, él era la clave. Le preocupaba el destino del agente porque comprometía la operación; dependían de él, lo que los situaba en el filo de la navaja y obligaba a dar explicaciones a Marruecos. Cómo tratar el tema con el general Timoumi era una prioridad y sentía vergüenza al tener que reconocer que habían perdido el rastro del agente que les habían prestado. Pero el ministro no asumió ese papel y decidió que el

jefe de los Servicios Secretos de Marruecos tendría que ser atendido por el jefe de los Servicios Secretos de España. Balmaseda aceptó la labor con resignación. Iba en el sueldo, pensó. Al acabar el encuentro, se acercó a Mónica.

—¿Qué le decimos a Timoumi? —preguntó a su subordinada pidiendo consejo.

—Que estamos a la espera de que aparezca.

—Por arte de magia —se quejó Balmaseda.

—Haz del defecto virtud. Dile que la estrategia de dejarle ir al encuentro sin vigilancia era arriesgada, pero estamos convencidos de que es la adecuada. Conocemos muy bien el caso y sabemos que regresará con información. Dile que sabemos dónde está.

—¿Sabemos dónde está?

—No creo que haya salido de España —ironizó Mónica.

Balmaseda se puso en camino tragando saliva y fue al encuentro de Timoumi dispuesto a dar explicaciones. No fue un trayecto tranquilo; por el camino trató de ensayar lo que diría, pero no encontró nada especial que argumentar. Optó por hacerlo de la manera que Mónica le había indicado. No serían más que unos minutos pasando el mal trago; solo tenía que seguir siendo un hipócrita con un sueldo fijo. A pesar de importarle un bledo su homólogo marroquí, no pudo tranquilizarse, ni durante el trayecto ni durante el encuentro; su cara denotaba preocupación, algo que no era capaz de disimular.

El rostro de Timoumi, en cambio, era el mismo de siempre. El jefe del CNI le estrechó la mano y tras dos frases estúpidamente protocolarias, el español interpretó su papel de loro repetidor.

—No hay nada de qué preocuparse. Asumimos la responsabilidad de haber dejado ir a su hombre al encuentro de Zariâb sin vigilancia. Creemos que, a pesar de arriesgada, era la estrategia adecuada. Fue una decisión meditada, aconsejada por todos nuestros especialistas en contraterrorismo.

Sonó su móvil en ese momento. No habría contestado a la llamada si no hubiera sido Mónica Somoza la que estaba al otro lado. Balmaseda se disculpó y respondió.

—¿Sí?

Solo escuchó lo que le decía la directora de Inteligencia, nada más. Luego colgó, para proseguir con la conversación, esta vez con una leve sonrisa.

—Decía que fue una decisión adecuada...

El marroquí no alteró su gesto.

—¿Pero saben dónde está mi hombre?

—Por supuesto, eso es lo que venía a decirle.

—¿Dónde?

—Con nuestra gente, ha completado su misión con éxito. ¿Querría acompañarme?

Esa era la información que acababa de darle Mónica Somoza: Bénitah había aparecido, vivo, sin ningún contratiempo.

El agente marroquí infiltrado traía información. Poca, pero contundente. A él mismo le costó pronunciar las palabras.

—La bomba detonará el domingo.

—¡¡¡¿Qué?!!!

Una descarga eléctrica atravesó el cuerpo de los presentes matándolos en vida por unos segundos. Se fueron de este mundo a la vez y regresaron también juntos, compartiendo un sudor frío, helado, que enseguida se transformó en fuego, en calor de horno crematorio. Bénitah repitió la información: solo quedaban tres días para el atentado. Tres días. ¡Tres días! De dos meses habían pasado a setenta y dos horas. El ministro experimentó una extraña bipolaridad en dos segundos. Dio un grito de alegría cuando le dijeron que el marroquí estaba vivo y se quedó mudo cuando le certificaron la información sobre la bomba. No supo qué hacer en los primeros instantes y luego ordenó una reunión urgente con el presidente. Mientras se hacían las gestiones, Bénitah dio todos los detalles de su encuentro con Zariâb.

—¿Viste la bomba?

—No.

—¿Pero te retuvieron en Madrid?

—No lo sé. Estuvimos circulando en coche mucho tiempo hasta que me llevaron a la casa.

Una y otra vez le repitieron preguntas y más preguntas con la intención de hacerle recordar cualquier nimio detalle, pero Bénitah era un agente experimentado y no se dejó nada en el tintero. Había estado en una casa de buen aspecto por dentro, un chalet o adosado con garaje en el bajo, en zona urbana, un lugar con ruido de tráfico a lo lejos, aunque tranquilo en las proximidades. La calle de acceso era silenciosa, las persianas de la casa habían estado bajadas todo el tiempo. La bomba más que probablemente no estaba allí porque no habría tenido sentido que Zariâb no se la hubiera enseñado cuando le preguntó si quería verla. Había hecho bien su trabajo, había conseguido hacerse pasar con éxito por el terrorista marroquí, había establecido una buena conexión y estaba a la espera de volver a ser contactado para que le mostraran la bomba. Las noticias no podían ser más esperanzadoras. Bénitah solo tenía que esperar esa nueva llamada de un confiado Zariâb. Pero esta vez no iría solo al encuentro.

En esta ocasión, la reunión en la Moncloa no se celebró en la sala del consejo, sino en el despacho del presidente. Sin luz ni taquígrafos. El jefe del ejecutivo les recibió con el rostro pálido, al igual que el ministro y Cortés, que esperaban impacientes. Balmaseda, Mónica y Aguirre parecían más tranquilos, aunque mostraban un gesto serio. Lo único que sabían los políticos era que el atentado estaba previsto para dentro de tres días.

—¡Esto es una catástrofe! —bramó el presidente—. ¿Qué vamos a hacer?

Sin tiempo para dejar dar explicaciones, el ministro cargó contra Balmaseda.

—¡Habías dicho dos meses!

El director del CNI se justificó como pudo.

—No podíamos imaginar...

—¿Para qué os pagamos? —se le escapó.

—¿Pagáis, quién? —terció Aguirre.

El ministro no quería entrar en una batalla que sabía que iba a perder.

—Porque tú no pagas a nadie de tu bolsillo, por si no te has enterado —continuó Aguirre.

—¡Tú aquí te callas! —contraatacó el ministro.

—No hay tiempo para discutir, no hemos venido aquí para eso —cortó Mónica Somoza, tratando de rebajar la tensión—. ¿Quién más lo sabe?

A nadie pareció molestarle que ella tomara la iniciativa ahora.

—Creo que solo nosotros.

El presidente miró al ministro y a Cortés. Estos asintieron; no habían tenido tiempo de hacer balance alguno ni comentarlo con nadie. A preguntas de por qué solo habían ido ellos tres del CNI, Mónica explicó que había decidido no comentar nada con las otras personas que conocían la trama y que habían estado presentes en la anterior reunión en Moncloa. No se había dicho nada a los subdirectores de Inteligencia Exterior y de Contraterrorismo, nada al director técnico de Apoyo, García Verdasco, y nada al ministro de Defensa. Esos datos debían ser compartidos por el menor número de personas posible por el bien de la seguridad nacional. Las personas que tenían que conocer una información tan sensible no podían ser, a partir de ese momento, más de las que se encontraban en ese despacho, con la excepción del propio Bénitah y su jefe el general Timoumi, por desgracia.

La noticia parecía trágica. Y lo era, pero la crisis semejaba estar controlada. Los representantes del CNI explicaron que el agente marroquí había realizado con éxito su misión y había conseguido ganarse la confianza de Zariâb.

—¿Pero sabemos dónde está la bomba? —preguntó con insistencia el presidente.

—No.

—Entonces, ¿cómo es que decís que tenemos controlado...?

—Porque lo sabremos muy pronto.

Aguirre explicó que Zariâb había ofrecido a Bénitah acompañarlo para ver la bomba.

—Caeremos sobre ellos.

—Ahora sí.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. Solo hay que esperar a que Zariâb vuelva a llamar al agente de Marruecos.

—Hay que preparar un dispositivo de seguimiento contundente. No se pueden esfumar otra vez —dijo el ministro.

—Ahora podremos dotar al agente con un dispositivo de localización. Tanto si le perdemos de vista como si no, daremos con el sitio —dijo Aguirre.

—¿No lo registrarán? —preguntó el presidente.

—No creemos que lo vuelvan a hacer, al menos de manera estricta. Han comprobado que es uno de ellos, que está comprometido con la causa —dijo Mónica.

—Bien, vigilancia e intervención. Hay que poner en máxima alerta a las fuerzas especiales —apuntilló el ministro.

Se refería a los grupos de intervención de la Policía, los GEO, el cuerpo de élite de acción directa, curtidos en mil batallas.

—¿Estáis seguros de que es el final? —preguntó el presidente.

Esta vez Balmaseda no se atrevió a hacer ningún vaticinio.

—Sí, este es el final —asumió Aguirre.

—Entonces hay poco más que el CNI pueda hacer —dijo el ministro.

—Seguimos teniendo al agente marroquí con nosotros y estamos investigando al profesor universitario —puntualizó Mónica.

Por un momento, el ministro consideró la opción de que también esta última labor fuera transferida a la Policía, pero era una investigación que ya estaba en marcha y no parecía muy adecuado que cambiara de manos, de modo que dejó que el CNI siguiera la pista de Jamali. Pero la vigilancia de Bénitah y la posterior intervención y captura de los terroristas pasaba a manos de la Policía. Balmaseda no protestó, Mónica tampoco. Quedaban tres días para el atentado, lo cual no dejaba mucho margen para que Bénitah y Zariâb se vieran las caras de nuevo. La labor del CNI terminaba ahí. El resto de la reunión transcurrió por cauces más normales. Mónica insistió en que nadie más debía saber que iban tras la pista de un artefacto nuclear y el ministro dio su palabra de que así sería; ahora la operación dependía por entero de su ministerio y no quería fallos. Cortés se encargaría de coordinar el trasvase de información sobre el operativo de vigilancia y protección de Bénitah. Esta vez, el ministro de Interior sí se mostró favorable a poner al día al general Timoumi, y lo haría personalmente. Lo que empezó en Moncloa como un encuentro tenso estaba culminando como una fructífera reunión de trabajo. Al acabar, el presidente se despidió de todos, les estrechó la mano uno a uno y a todos agradeció el trabajo realizado.

—Habéis desarrollado una labor magnífica. Magnífica —le dijo a Balmaseda.

—Gracias, presidente —contestó él.

—A veces tanto esfuerzo no es recompensado, pero me siento muy orgulloso de la gente que trabajáis en silencio. Gracias —le dijo a Mónica.

—De nada, hacemos nuestro trabajo.

—A veces hay tensiones; tienes que entender que tanta presión tiene que salir por algún lado, pero todos estamos en el mismo barco —le manifestó a Aguirre.

—Claro.

—Lo importante es que ha salido bien —concluyó el presidente.

Los miembros del CNI abandonaron el despacho. Unos segundos después, Cortés salía por la puerta.

—¡Luis! Un segundo, por favor. Ven.

Balmaseda volvió sobre sus pasos; el ministro quería hablar con él. El presidente ya los había abandonado.

—Seguís con vuestro trabajo, como hemos convenido —le recordó el ministro.

—Por supuesto —Balmaseda pareció no entender.

—Pero Aguirre está fuera.

Balmaseda no hizo preguntas.

—No quiero que siga en esto, ¿entendido? No quiero volver a cruzarme con él. Fuera, lo quiero fuera. Le pones a hacer lo que te salga de los cojones, pero en esto ya no pinta nada.

Balmaseda asintió, ningún problema. Era bien poco lo que le pedían; por un momento había pensado que el objetivo de la breve conversación iba a ser él mismo. De momento había salvado el trasero.

Al llegar a la sede del CNI Balmaseda se dispuso a cumplir la orden que le habían dado en Moncloa. Pero no llamó a Aguirre, solo solicitó la presencia de Mónica.

—Se trata de Aguirre.

—¿Qué ocurre?

—Está fuera de la investigación.

—¿Qué?

—El ministro lo ha impuesto. Es una orden. Aguirre se queda fuera de lo que falta por hacer.

—¿Desde cuándo?

—Me lo dijo a la salida de la reunión.

—¿Y por qué no se lo dijo él directamente?

Balmaseda se encogió de hombros.

—Yo qué sé. Por evitar un enfrentamiento —dijo.

—¿Por evitar?

—Aguirre no sabe guardar las formas en ocasiones.

—Claro que sabe pero a veces no quiere, no le apetece hacerle la vida cómoda a quien no sabe manejar según qué situaciones. Así que no se ha atrevido a decírselo a la cara. Qué capullo —masculló Mónica.

—Sí, bueno. La cuestión es que Aguirre ya no está.

Balmaseda se había preparado el terreno llamando a Mónica, pero ella reaccionó muy rápido.

—Sí, qué le vamos a hacer. Órdenes son órdenes. Pues nada, no creo que se lo tome mal cuando se lo digas.

La cara de Balmaseda se quedó rígida. Le costó reaccionar.

—No, espera. Te lo comento para que se lo digas tú.

—¿Yo? ¿Le tienes miedo?

—No digas tonterías. No quiero enfrentamientos, creo que no debemos hacerlo personal. Dile que ha sido decisión del ministro.

—Tú eres el jefe, a mí no me pagan por dar recados.

Dicho esto, Mónica regresó a sus ocupaciones. Balmaseda hizo llamar a Aguirre. La conversación duró cinco segundos, lo que tardó el jefe del CNI en pronunciar su frase.

—El ministro ha decidido que no continúes en este asunto. No le caes bien ni a él ni a Cortés y ya sabes cómo va esto.

—De acuerdo.

Aguirre se dio media vuelta y se fue. Así de fácil. Se sintió liberado. Si el ministro pretendía castigarlo, había logrado el efecto contrario, sintió que le habían quitado un peso de encima. Tenía sueño, ahora se daba cuenta de que estaba cansado. La sensación le llegó de repente, como cuando un atleta corre una maratón; mientras la disputa no piensa más que en avanzar, incluso se permite esprintar al final. Pero en cuanto cruza la línea de meta y deja de pensar en la carrera, en cuanto se detiene, sus piernas dejan de sentir y se desploma agotado. Ese era Aguirre en ese momento, un instante difuso, ¿real o soñado? Mónica no tardó en abordarle.

—¿Te lo ha dicho?

—Estoy fuera de esta historia. ¿Ya lo sabías? —preguntó Aguirre.

—Quería que te lo dijera yo, ¿pero qué se habrá creído?

—Bueno, da igual, estoy fuera.

—Oficialmente —replicó ella.

Aguirre miró a Mónica pidiendo una explicación.

—¿Me crees igual que ellos? ¿Me metes en el mismo saco? —preguntó la directora de Inteligencia.

Aguirre no dijo nada.

—En serio, contesta. ¿Crees que pertenezco a ese grupo de idiotas?

—Claro que no.

—En ese caso no puedo pensar como ellos. Oficialmente estás fuera.

Aguirre volvió a quedarse en silencio. Mónica también, mientras le miraba.

—Miguel, te quiero...

Aguirre alzó la mirada hacia ella de inmediato.

—... dentro de la operación —dijo ella remarcando sus palabras—. Sigues, pero nadie lo sabrá. Al menos ellos. Queda muy poco y no quiero que nadie lo eche a perder. No a estas alturas. Cierto que no lo podemos tener mejor, pero debemos seguir con lo que nos queda pendiente. Busca a ese Jamali, le perdimos la pista en el aeropuerto. La madre asegura que lo acompañó hasta allí, así que ya sabes lo que tienes que hacer. Voy a solicitar un permiso para que te encargues.

—No te la juegues conmigo, esto lo puede hacer cualquiera.

—Revisar las grabaciones sí; pero lo que venga después, no. Tú tomas las decisiones —replicó ella, segura de lo que decía.

Aguirre dejó de tener sueño, la maratón no había terminado, y se fue al aeropuerto. No quiso llevarse a nadie con él, solo unas fotografías de Jamali que el CNI había conseguido en tiempo récord, pertenecientes a su documento nacional de identidad y a seminarios y congresos en los que había participado. Su aspecto, su fisonomía, quedaba bien grabada en el disco duro mental del subdirector técnico de Apoyo. Mónica se encargó de abrir todos los caminos burocráticos sin despejar incógnitas.

Aguirre accedió a la sala de control de seguridad del aeropuerto de Barajas dispuesto a realizar una ardua labor: localizar las grabaciones en las que apareciera Mir Sánchez Jamali. Mónica no quería perder el tiempo, razón por la cual había mandado a Aguirre al aeropuerto, para que, con las autorizaciones pertinentes, se pusiera a rastrear al profesor universitario. Pero tenía un problema: Aguirre sabía el día en que supuestamente había tomado el avión a Alemania pero no sabía la hora, con lo cual tendría que revisar las grabaciones de todo el día, desde primera hora de la mañana. Por el contrario, tenía una ventaja: la madre le había confesado que habían ido al aeropuerto en metro, de modo que solo tendría que empezar revisando las grabaciones de las cámaras de los andenes del metro del aeropuerto. Por la propia mecánica de funcionamiento de ese medio de transporte público, podría abarcar un día dividiendo casi por cinco el tiempo que hubiera tenido que emplear a tal labor. Hasta en eso tenía suerte. Si a Jamali y su madre se les hubiera ocurrido tomar un taxi, Aguirre no habría tenido más remedio que comprobar la grabaciones de la entrada del aeropuerto segundo a segundo. Pero Madrid disponía de una buena conexión de metro con el aeropuerto. No había necesidad de revisar cada segundo de las grabaciones puesto que a la estación llega un convoy cada cuatro o cinco minutos, con lo cual en el tiempo entre uno y otro no ocurre nada. Aguirre podría hacer avanzar la grabación, deteniéndola en la llegada al aeropuerto de cada uno de los trenes de metro y escrutar a las personas que se bajaban de él. Solo necesitaba paciencia y eso le sobraba. Inició su labor con el primer metro del día, que alcanzó la parada de la terminal bastante temprano, considerando que inician su recorrido a las seis de la mañana. Comenzaron a pasar las horas.

* * *

En una habitación del hospital Gregorio Marañón, una adolescente de quince años también se armaba de paciencia para sobrellevar lo mejor posible su convalecencia. Estaba consciente, con las molestias propias que impone la fractura de varios huesos, pero nada más, a Dios gracias. A un lado de la cama estaba su madre, que también permanecía en silencio, leyendo unos documentos de trabajo, aunque levantaba la vista cada poco para comprobar el estado de su hija. No le había recriminado nada, no había hecho una sola mención a su estado étlico durante el accidente. Quizá un padre hubiera sacado el tema, pero una madre no, Eva no. Sabía que su hija era lo suficientemente lista como para darse cuenta de las consecuencias de los actos que

realiza cada uno. Y tenía razón. Aunque a tan temprana edad es difícil realizar valoraciones, Marta supo lo cerca que había estado de la muerte. Ya sabía lo de su amigo. Y pensó, pensó en lo estúpidos que eran algunos, en lo estúpida que era ella en ocasiones, en lo poco que le satisfacía la vida que llevaba y en lo necesario que era para ella avanzar. Quería madurar pero no sabía cómo. Tuvo tiempo para repasar su corta vida y fue capaz de darse cuenta de cómo había cambiado en esos años. Por un momento estuvo tentada de echarle la culpa a sus padres, pero no se consideraba un objeto. Si ella se creía independiente, no podía culparlos solo a ellos. Había visto la muerte de cerca, pero no le había tenido miedo. O quizá era que no le había dado tiempo a pensarlo. Se recordó de pequeña con sus padres, emocionada con pequeñas tonterías que le hacían feliz. Qué fácil era la vida a esas edades. Su cabeza daba vueltas, razonaba, buscaba, relacionaba. Era hija de su padre, no podía evitar pensar. Sabía que no había sido justa con sus progenitores, aunque no los exculpaba de toda responsabilidad. Le dio tiempo a desear, si algún día era madre, no tener una hija como ella. Mejor dicho, a intentar no tener una hija que se comportara como ella lo había hecho durante estos últimos años. Era rebelde, sí, pero reconocía que quería a sus padres. Decírselo era otra cosa.

—¿Qué tal está papá?

Eva levantó la vista. Dejó sus papeles.

—Bien, ¿por? —preguntó extrañada.

Marta había preguntado con acierto. «*Qué tal*», había dicho exactamente. A propósito había eludido preguntar «*dónde*». Sabía que no era un irresponsable, de manera que algo importante tendría que estar reteniéndole para no estar allí con ellas, hasta ese punto llegaba la madurez de la niña.

—No, por nada.

—Estuvo aquí desde el principio —le aclaró su madre.

En ningún caso Eva estuvo tentada de contarle a su hija los problemas por los que pasaba el matrimonio, ni mucho menos que le había propuesto la separación a su marido. No era momento, aunque desearía hacerlo. A pesar de la distancia generacional, había un vínculo estrecho entre madre e hija.

—Mamá, no hace falta que estés aquí. Si tienes cosas que hacer, vete, que yo estoy bien. Tengo música. Y la tele.

Eva agradeció el gesto. Era sincero.

—Tú eres lo más importante que tengo que hacer.

—Pero ese proyecto de Dinamarca...

Eso pilló por sorpresa a Eva. No contaba con que su hija lo supiera; sin embargo estaba al tanto. No recordaba habérselo dicho, ni recordaba que la niña hubiera mostrado el mínimo interés por lo que hacía.

—Eso está encaminado. Ya me lo he ventilado —sonrió la madre, feliz por poder hablar de ese tema.

—Para estar aquí, sin más, también podría estar en casa. ¿Por qué no les dices que me den el alta?

—¿Tú quieres irte?

—Claro, aquí no pinto nada, descanso mucho mejor en casa.

—Hablaré con los médicos.

* * *

Y llegó el metro. Parecía uno más, pero no. Llegó al andén a cámara rápida. En cuanto se detuvo, la grabación continuó a la velocidad normal. Gente y más gente con maletas abandonó los vagones y todas las personas se dirigieron a las escaleras mecánicas. Aguirre ordenaba detener y ralentizar la grabación fijando su vista en cada uno de los individuos. Ninguno se le escapaba. Y allí aparecieron. Eran un joven delgado y una mujer morena y bajita. Jamali y su madre. No se sumaban a la comitiva de gente que abandonaba el andén, sino que se quedaron parados hablando. Finalmente, se sentaban en un banco. Aguirre permaneció absorto mirando las imágenes. Llegó otro metro y la pareja seguía charlando plácidamente en uno de los lugares con menos atractivo de Madrid. Hizo avanzar las imágenes hasta que madre e hijo se levantaron. Ahí prosiguió el visionado en tiempo real. Observó cómo se despedían, cómo se abrazaban y cómo se daban un beso. Luego ella se metió en el vagón y desde fuera Jamali se despidió moviendo su brazo. En cuanto el metro inició el viaje de vuelta hacia Madrid, Jamali se puso en camino, ascendió por las escaleras mecánicas y salió del plano. Aguirre solicitó visionar el resto de las cámaras para seguir el recorrido del hispano-pakistaní. Fue fácil coordinar las imágenes digitalizadas y pasar de unas cámaras a otras. Jamali salió de la estación de metro, no se dirigió a los ascensores para ir al segundo piso, donde está situada la planta de facturación y salidas, sino que continuó hacia las rampas mecánicas. Una nueva cámara lo captó llegando al primer piso pero, en vez de seguir ascendiendo, se dirigió a la salida del aeropuerto. Aguirre estaba comprobando lo que ya se imaginaba: no se había subido a un avión con documentación falsa. Una cámara exterior lo situó detrás de un grupo de personas preparadas para meterse en un taxi. Eso mismo fue lo que hizo Jamali. Aguirre detuvo la grabación y se acercó a la pantalla. No pudo ver la matrícula, pues el taxi que tomó arrancaba detrás de otro que impedía la visión. No lo consideró un problema; tenía lo que necesitaba, esos últimos segundos de grabación. Se llevaba una copia, el resto de su trabajo continuaba en la sede del CNI.

* * *

—El taxista nos podría ayudar —le dijo Aguirre a Mónica.

—Recogen a decenas de personas al día. No va a ser fácil.

No lo iba a ser. Pero ella sabía de lo que hablaba y sobre todo con quien hablaba, por eso no había dicho «*va a ser imposible*». Sus mentalidades no manejaban esos

términos, para eso estaban entrenados. «*Si es difícil, está hecho; si es imposible, se hará*». Antes de solucionar este problema, Aguirre ya sabía cuáles iban a ser los pasos siguientes, de manera que no contemplaba fracasar en estas pesquisas: no le correspondía a él, pero se consideraba el responsable; no sacar nada de todo esto sería fallo suyo, así lo pensaba. Pero sonreía. Se hará, claro que se hará, esta era la parte más fácil. Esos pocos segundos de grabación en el aeropuerto fueron examinados de forma exhaustiva por los especialistas. Tenían a Jamali entrando en un taxi y tenían al taxista. En el peor de los casos, solo habría que volver a armarse de paciencia y localizar al conductor, aunque esa labor podría llevar demasiado tiempo. En Madrid capital hay más de diecisiete mil taxis, y muchos tienen más de un conductor. Por tanto el objetivo era averiguar qué vehículo era ese en el que Jamali dejó la terminal del aeropuerto de Barajas. El modelo de coche no fue difícil, pero la matrícula sí. La mala suerte había hecho que se pusiera en marcha justo detrás de otro taxi. Cuando lo sobrepasó y la placa de la matrícula se empezaba a hacer visible, esta ya quedaba fuera del plano. Por milésimas de segundo. Esa hubiera sido la manera fácil de conseguirlo, pero no la única. Los analistas se dedicaron a analizar cada fotograma para encontrar un dato, un detalle que pudiera ayudar a identificarlo. Después de hacer una primera pasada, el especialista que manejaba el programa abrió la boca.

—Es muy fácil. No tenemos la matrícula, pero ¡para qué la queremos! Tenemos el modelo del coche y vamos a tener el número del taxi.

Fue un trabajo de niños. En los últimos fotogramas, cuando el taxi se cambió de carril para sobrepasar al que tenía delante, este dejó al descubierto su lateral derecho. Y allí estaba la información que necesitaban. Todos los taxis llevan escrito en las puertas delanteras el número de licencia. El fotograma mostraba el taxi casi de frente, dejando ver una mancha negra en la puerta, lo único que a simple vista se distinguía. El programa acercó la imagen, la acercó y la acercó y luego, mediante un proceso de limpieza de puntos y logaritmos, se pudo hacer una proyección lateral en dos dimensiones. Cinco manchitas, cinco números que fueron adquiriendo una nitidez artificial. La primera era un uno. La siguiente era un cero, estaba claro. Las dos siguientes eran iguales y simples. Siete. La última era algo más confusa. Podía ser un ocho o un tres. Incluso un seis. Pero con las cifras previas solo había un taxi de la marca Skoda que encajase. Así que el último número llegó solo.

—Ya sabemos en qué taxi se subió.

Aguirre no necesitó contarle nada más a Mónica; ese pequeño titular bastaba para tenerla informada al minuto.

—Si damos con Jamali antes del encuentro de Zariâb con Bénitah, podremos resolver esto sin necesidad de que los GEO intervengan —dijo ella.

—A ver si es posible; ellos van a jugárselo a una sola carta.

Ellos eran la Policía, guiada por el Ministerio de Interior, cuya única baza era hacer un seguimiento del agente marroquí cuando fuera de nuevo al encuentro de Zariâb para ver la bomba y, una vez allí, entrar por sorpresa con un comando de los

GEO, los Grupos Especiales de Operaciones de la Policía, lo cual entrañaba un riesgo que el ministro parecía ignorar. A nadie le apetecería arriesgarse a enfrentarse a tiros con alguien que tiene a su lado una bomba atómica.

* * *

Jamali era un hombre con una voluntad de hierro y una gran capacidad de sacrificio. Unos días encerrado en un pequeño almacén durmiendo poco o nada no suponían un esfuerzo destacable, él era capaz de eso y más. Por un momento se creyó un chino encerrado en un sótano trabajando sin descanso. Pero no se podía comparar con uno de esos millones de orientales explotados que salen de su país en la miseria para llegar a un paraíso del progreso donde vivirán en otra miseria, la de la esclavitud, la del sometimiento a las mafias. Pobrecillos «ignorantes», mentes obtusas, capaces de dejar morir parte de su vida por optar a la posibilidad de la riqueza, incapaces de denunciar su situación, incapaces de dar nombres y apellidos. Trabajar y trabajar para independizarse y luego prosperar y prosperar sin límite a base de trabajar y trabajar sin descanso. Sin horarios. Pasar de una esclavitud a otra. Jamali meneó la cabeza. No, no había acertado con su comparación, no se podía equiparar a ellos. De acuerdo que al igual que ellos no delataría a los que tenía por encima; pero él, en cambio, tenía principios. Quizá eso que estaba preparando no solo sirviera como lección a Occidente, sino también a esa nueva forma de imperialismo llegada del Extremo Oriente que se estaba adueñando del mundo, a la próxima primera potencia planetaria. No le caían bien los chinos, probablemente por su falta de implicación emocional. Estiró sus brazos, desentumeciéndolos. Tantas horas metido en el almacén hacían que a veces su cabeza tratara de evadirse con temas nimios. Se frotó los ojos, miró el reloj, quería dejar terminada la labor que se había encomendado para esa jornada, así que se aplicó a una de las partes más delicadas de la fabricación de la bomba. Disponer de plutonio-239 tenía sus ventajas, pero no estaba exenta de complicaciones con respecto al uranio. Este se puede detonar con un mecanismo formado solo por dos partes; en cambio, el plutonio presenta mayores exigencias: la cámara de implosión tiene que dividirse en treinta y dos porciones utilizando más explosivo de tipo convencional. Todas estas partes hay que colocarlas unas junto a las otras, todas con la misma masa crítica y la misma forma, todas con los grados correctos, para componer una esfera perfecta rodeada por la mezcla de berilio y polonio y recubierta finalmente de plomo. Jamali lo había practicado en su mente mil veces, lo tenía estudiado y anotado en sus escritos. No podía fallar, desde luego que no podía fallar. Y no lo hizo. Se aseguró de que así fuera. Completó la operación con éxito. Sonrió. Funcionaría. Solo le quedaba colocar el TNT, pero eso lo dejaba para el final; ahora necesitaba hacer otra gestión que no tenía que ver con el montaje de la bomba. La espalda le dolía, el cuello también, se merecía un descanso. Volvió a mirar su reloj, no quería demorarlo más. Se incorporó y se acercó a su camastro en el otro extremo del almacén, abrió su mochila y, procurando no ser observado por ninguno

de los hombres de Zariâb, metió la mano y despegó el fondo de la bolsa. Allí, entre dos capas protectoras que dotaban de dureza la base de la mochila, estaba su teléfono móvil. Se lo guardó en el bolsillo.

—Necesito dar un paseo —les dijo a sus interlocutores.

Los dos hombres se miraron entre sí, no parecía que la petición fuera un problema; ellos entraban y salían del almacén de vez en cuando. Poco, pero lo hacían y su eminencia el científico, el hombre de probada lealtad, también tenía derecho. Hasta ahora las cosas estaban saliendo demasiado bien, sin un solo contratiempo. ¡Ah, si los gobiernos supieran lo que estaban preparando...! Los matones de Zariâb le dieron permiso para salir. No había almacenes enfrente, con lo cual no había posibilidad de que alguien lo viera desde ahí, y las naves que estaban situadas junto a la de ellos también tenían sus portones cerrados, no funcionaban como talleres abiertos. Haykal abrió la puerta y asomó la cabeza. Nadie a la vista. Le pidió a Jamali que paseara lejos del almacén, hacia un descampado, evitando otras naves y, sobre todo, las posibles cámaras de seguridad de algunas grandes empresas que tenían sus oficinas en la zona. No era una preocupación, solo simple precaución. Jamali asintió sin problema y salió acompañado de Haykal.

—¿Tú también vienes? —preguntó sorprendido el joven.

—Sí.

Eso no parecía estar en los planes de Jamali, que se resignó. Salieron y comenzaron a caminar, pero el profesor no abrió la boca. Optó por no dar ningún tipo de conversación a su compañero, paseó sin rumbo y se alejó hasta sentarse en un pequeño muro de piedra desde el que se podía divisar la sierra norte de Madrid. Naturaleza, aire puro. Y se quedó en actitud contemplativa. Haykal se fumó un cigarro. Cuando acabó, no supo muy bien qué actitud tomar y le hizo un gesto a Jamali indicándole que regresaba. Este asintió. Al cabo de unos segundos, cuando Jamali volvió a girar la cabeza, Haykal ya no estaba, nadie merodeaba por el lugar. Se alejó un poco más y volvió la vista hacia las naves. Sacó su móvil, lo conectó y marcó.

—¿Diga?

—Mamá.

—¡Mir, hijo! ¿Qué tal estás?

—Bien, muy bien.

—¿Qué tal las clases? ¿Están contentos?

—Sí, mucho, todo va muy bien. Mamá, ahora no tengo mucho tiempo. ¿Tú qué tal estás?

—Bien, bien. Por aquí no hay nada que contar. Vinieron los del censo y poco más.

—¿Del censo?

—Sí, para renovar los datos.

—¿Pero han entrado en casa?

—No, claro que no.

—Mamá, no hables con nadie.

—Hijo, no pasa nada, han estado en todo el edificio. Era un señor muy agradable.

—No quiero que hables con desconocidos, al menos si no estoy yo.

—No era un desconocido, era para hacer el censo. Y todo está bien.

—De acuerdo. Escucha, mamá. Tienes que hacer una cosa. Se trata de una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Sí, mamá, una sorpresa, pero no puedo hablar mucho. Lo que tienes que hacer es ir al primer cajón del mueble junto a la televisión. Ahí hay un sobre que tiene escrito tu nombre. Lo abres, lees lo que pone dentro y haces todo lo que te digo ahí.

—¿Pero qué es?

—Nada, un regalo, ya lo verás. Prométeme que harás todo lo que te he escrito.

—Que sí, hijo, que sí.

Jamali vio a Haykal a lo lejos y se parapetó un poco.

—Mamá, tengo que colgar, tengo mucho que hacer. Te quiero.

—Yo también te quiero. Abrígate.

—Haz todo lo que te digo ahí, nos lo vamos a pasar muy bien.

A la madre de Jamali casi no le dio tiempo a asentir de nuevo y decir adiós. Intrigada, tras colgar se acercó al cajón y lo abrió. Allí había un sobre, pero no ponía su nombre, ponía *Mamá*. Ella sonrió. Se sentó en su sillón favorito, se colocó sus gafas, abrió el sobre y procedió a examinar su contenido. Dentro había una hoja manuscrita por su hijo y un billete de avión. Esto fue lo primero que llamó su atención y, sin poder evitarlo, entornó la vista para leer las pequeñas letras del billete. Estaba a su nombre. Le costó entender lo que tenía delante, la sorpresa fue mayúscula. En sus manos tenía un billete de avión de Qatar Airlines con destino a Islamabad y escala en Doha ¡para el día siguiente! Su corazón se aceleró. Enseguida su vista fue a la carta manuscrita de su hijo.

Querida mamá:

Sé que te vas a llevar una gran sorpresa. No te emociones ni empieces a caminar de un sitio a otro como haces siempre. Lo que hay junto a esta carta es un billete de avión a Pakistán. Hace mucho que hablamos de tomarnos unas vacaciones, pero nunca lo hacemos. Nunca nos vamos de vacaciones a un sitio que merezca la pena. Eso ha cambiado. ¿Cuánto tiempo hace que no vas a tupaís? ¿Cuánto hace que no ves a los tíos? Ahora tendrás esa oportunidad. No puedes decir que no, ya está hecho, ya está pagado. El único problema es que tienes que viajar tú sola. Yo lo haré desde Alemania. Nos veremos allí. Te iré a buscar al aeropuerto, no te preocupes. Yo me encargo de todo. Es muy importante que lo hagas. Prepara tu maleta porque no tienes mucho tiempo. Quería decírtelo hace unos días, pero no estaba

*seguro de poder conseguir mis objetivos. No hables con nadie. Fíjate bien en las indicaciones que te escribo a continuación y vete con tiempo suficiente al aeropuerto. No puedes perder ese avión.
Te quiero mucho.*

Mir

La carta continuaba con indicaciones precisas de lo que tenía que hacer, a qué hora debía llegar al aeropuerto, a qué terminal, a qué mostradores. Cada paso que debía dar estaba explicado con detalle para que no tuviera que preocuparse de nada. Ella no supo qué pensar o qué hacer. Era una sorpresa, claro que lo era. Nada la ataba a Madrid, de modo que tomar un avión en menos de veinticuatro horas no era un problema. ¡Unas vacaciones con su hijo! A Pakistán, con lo caro que resultan los pasajes a destinos tan lejanos. Pero ella borró ese pensamiento de su mente, una mente que fue incapaz de ir más allá y quedó inundada por la figura de su querido hijo, el que la sorprendía con un regalo inimaginable. La mujer desbordaba felicidad. Poco tiempo y mucho que hacer. Debía preparar una maleta y hacer aquello que, no se sabe por qué extraña razón, hacen muchas madres antes de abandonar el hogar en vacaciones: limpiar la casa. A eso se aplicó, como muchas otras veces, pero en esta ocasión con una energía especial.

* * *

A solo unos pocos kilómetros de allí, Jamali desconectó su teléfono y lo guardó en el bolsillo antes de encontrarse con Haykal en el polígono y regresar juntos a sus ocupaciones en el almacén.

La llamada fue inmediatamente interceptada. Jamali, confiado, había llamado a su casa desde su propio teléfono móvil. Él no era un terrorista, no era una persona acostumbrada a tomar medidas de seguridad excepcionales. Era un hombre con sentimientos, con preocupaciones, al que su deseo de mantener a su madre al margen lo había llevado a esperar hasta el último momento para poner en marcha su propio plan de evacuación para ella. Si los materiales no hubieran sido los solicitados, si hubiera fallado alguna parte del proceso de suministro o si el montaje de la bomba no se hubiese completado con éxito, todo el plan habría fracasado y él volvería a casa y seguiría con su vida. Pero no había sido así. Ahora ya no había posibilidad de fallo y eso implicaba ocuparse de su madre, aunque no sabía que de ella ya se estaban ocupando los Servicios Secretos. La llamada fue un premio gordo inesperado, el euromillón sin haber comprado un boleto. Lo habían regalado.

El proceso para localizar el origen de la llamada fue muy rápido. Era la zona norte de Madrid. La señal había sido emitida por una antena de telefonía móvil situada en un edificio de la calle Atazar en Colmenar Viejo. En cuestión de minutos la información estaba en manos de Mónica. Ella escuchó la conversación, de la que

no se deducía ninguna pista sobre los planes terroristas. Pero, por primera vez, creían saber dónde estaba uno de ellos. Una zona amplia, pero algo era algo y, a tan poco tiempo de un atentado de esas dimensiones, eso era mucho.

Aguirre se fue al encuentro del taxista. Este había recibido una llamada desde la central de Teletaxi, en la que una voz de mujer solo le había dicho que la Policía quería hablar con él. Nadie sería capaz de imaginar el mal rato que pasó el hombre desde que recibió esta llamada hasta que se encontró con la Policía. Aguirre era el policía, que se identificó como investigador de la Guardia Civil. Ni siquiera el recado se lo habían dado bien. Mientras iba a su encuentro, el taxista había buscado excusa para las tres actividades indecentes que había cometido en los últimos dos meses. Pensaba que se enfrentaba a una denuncia, o a varias, de algún pasajero: un ordenador olvidado del que nunca informó y que nunca devolvió, un trayecto equivocado a propósito y en exceso largo a una pareja sueca y un billete falso a un hombre de negocios extranjero al darle su cambio mientras hablaba por el móvil. Tenía pensado negarlo todo de primeras, a ver qué pasaba. Pero tuvo suerte porque nadie le pediría cuentas por tales acciones.

Aguirre fue directo al grano. Le informó de que estaban tras la pista de un estafador del que sabían que se había subido a su taxi hacía unos días; así lo habían delatado las imágenes de las cámaras de seguridad del aeropuerto. El taxista tendría que hacer un esfuerzo por recordar a dónde lo había llevado. Tenía la foto del sospechoso y Aguirre le indicó el día y la hora exacta. El hombre no supo ayudarlo.

—Recojo a mucha gente al cabo del día.

—Le pediría que hiciera un pequeño esfuerzo de memoria.

El hombre lo intentó, pero cuanto más trataba de recordar, más nervioso se ponía...

—¿No lleva usted un dispositivo de navegación? ¿Pudo haber metido la dirección?

El hombre se abalanzó sobre el localizador.

—No suelo necesitarlo, pero podría ser.

Empezó a pasar direcciones, pero esa acción no les llevó a ninguna parte.

—¿Extiende usted facturas? ¿Conserva copias de los importes?

Ahí se le abrió el cielo al taxista. Cuando le pedían factura la hacía, pero en todos los casos tomaba nota. Se fue a la guantera de su coche y allí tenía una libretita donde apuntaba con un lápiz el importe de las carreras que hacía. El día por el que le preguntaba Aguirre había anotadas veintisiete cantidades. Era lo máximo que le podía ofrecer. Según sus propias estimaciones, en torno a la hora que le pedía recordar el agente del CNI, el taxista podría llevar realizados del orden de entre ocho y doce viajes. Aguirre las repasó. La mayoría eran cantidades entre veinticinco y treinta euros, y varias de más de cincuenta.

—¿Por el importe no recuerda los destinos?

El taxista pensó.

—Cada día hago muchos viajes a todas partes de Madrid.

—¿Y estas cantidades más elevadas?

—A pueblos cercanos. Es habitual. No sé, al norte, al sur, en la carretera de Extremadura...

El hombre no lo recordaba, pero Aguirre agradeció la ayuda. Durante la conversación había recibido un mensaje. Era de su mujer, que le ponía al día del estado de su hija y le avanzaba que le iban a dar el alta. A los cinco minutos sonó su móvil. Era Mónica.

—Jamali ha llamado a su madre.

—¿Qué?

—La ha llamado por teléfono, desde su móvil. Lo que oyes.

—La antena que ha captado su llamada está en Colmenar Viejo.

Aguirre pensó dos cosas. Una, que ese Jamali había sido, por ventura, un imprudente. Dos, que por sus narices iba a dar con su paradero. Dio media vuelta y se fue directo al taxista de nuevo.

—Zona norte. Colmenar Viejo o alrededores.

El taxista se quedó en silencio.

—No estoy seguro, pero creo que llevé a un cliente a Guadalix y a otro a Colmenar. No recuerdo el día. Pero tiene que ser uno de los dos, porque no he vuelto por allí.

Eso ya era un avance notable. Aguirre pidió al taxista que pusiera el taxímetro en marcha. Se iban a Colmenar.

—Pero esta carrera me la va a pagar alguien, ¿verdad? —preguntó con incredulidad.

Durante el viaje hablaron. Aguirre, cuando quería, era un buen conversador y más si le interesaba desviar la atención, así que hablaron de motores y del precio de la gasolina, de la crisis, de la situación laboral y pusieron de vuelta y media al gobierno y a los bancos.

A lo lejos apareció Colmenar Viejo, con la torre de su iglesia destacando en la distancia. Y llegaron. El taxímetro marcaba una cantidad sospechosamente parecida a una de las anotadas en la libreta. Tenía que ser esa.

—¿Recuerda algo ahora?

El taxista no necesitó ningún acicate extra.

—Sí, ahora caigo.

—¿Qué hizo? ¿Dónde lo dejó? ¿En qué parte del pueblo?

—Ya me acuerdo. No entramos en Colmenar, me pidió que lo dejara a la entrada.

El taxista maniobró para no entrar en el pueblo, se desvió por la autovía que discurre entre el polígono industrial y el centro comercial. Al girar en la glorieta se detuvo.

—Se quedó aquí.

Aquí era la marquesina de una parada de autobús.

—¿Aquí? ¿Está seguro?

—Ahora lo recuerdo perfectamente. Aquí se bajó.

—¿Pudo ver lo que hizo a continuación?

—No. Él se quedó y yo volví a Madrid.

Regresaron a la capital. Esta vez Aguirre le pidió que pisara el acelerador, a lo que el taxista no puso objeción; estaba en acto de servicio, era como si fuera en un coche patrulla. La Guardia Civil se lo pedía, quién era él para desobedecer a la autoridad.

* * *

Eva y Marta tenían todo recogido. Para hacer tiempo, Eva había bajado una bolsa con ropa y productos de higiene personal al coche. Estaba aparcado lejos, pero no se dio prisa, de esa manera seguía haciendo tiempo. Había mandado un mensaje desde su móvil a su marido avisando de que iban a dejar el hospital, pero todavía no había obtenido respuesta. Ni había llamado ni de momento se había dignado a aparecer por el centro hospitalario. Ella sabía en el fondo de su corazón y en lo más profundo de su cerebro que algo importante debía retenerlo, pero ¿cuánto de importante como para situarlo por encima de su propia familia? Rectificó su pensamiento. ¿Cuánto de importante para situarlo por encima de su propia hija? ¿Acaso estaba mostrando el tipo duro que había dentro de él? Marta había sobrevivido milagrosamente y al final todo se había quedado en un grandísimo susto, pero no por eso podía quitarle importancia al suceso. Una familia, una hija necesita a su padre en muchas circunstancias, él no era quien decidía su gravedad o importancia. Eva no quiso reconocer que este tipo de comportamiento no era nuevo en Miguel y que a ella nunca le había molestado; de hecho, siempre lo había entendido, siempre lo había apoyado. Así ocurría cuando una relación era fuerte, pero ahora era distinto y ella, quizá sin querer, hacía reproches desde su inseguridad, desde el resentimiento. Era humana; de su cabeza salían esos pensamientos porque le dolía lo que vivía y le dolía porque estaba enamorada.

Regresó a la habitación de la cuarta planta. Avisó a un celador para que las ayudara. Marta no dijo nada, solo miró a su madre.

—No ha contestado. Sabe Dios dónde estará.

Eva fue benévola en su comentario. Se le ocurrían otras palabras, pero sabía que sería injusta si dejaba que salieran de su boca. El celador llegó con una enfermera. Marta, con bastante desenvoltura a pesar de las lesiones, se sentó en la silla de ruedas que ponían a su disposición y, acompañada de su séquito, abandonó la habitación. Transitaron por el pasillo de la planta, atestada de actividad, médicos, enfermeros, pacientes paseando y familiares que llegaban y se iban. Marta los observaba a todos. Se metieron en el ascensor y descendieron. La enfermera se despidió de ellas mientras el celador empujaba la silla hasta la entrada principal. En la puerta, Eva echó una carrera, ahora sí, para acercar el coche. Mientras esperaba, su hija observó

la calle, miró al cielo y cerró los ojos en un gesto heredado de su padre. Tomó aire, regresaba al mundo real. Regresaba con la intención de volver a empezar.

Lo más complicado fue meterse primero y salir después del coche. Llegaron a casa y Marta se sintió segura. Olía a vida, a su vida, a esa que había estado a punto de perder. Entró en su habitación, su guarida, su conexión con el mundo, echó una mirada y sus ojos se posaron en un pequeño tiesto con una plantita a la que se acercó para comprobar su estado. Había agua en el platillo sobre el que descansaba. Miró la planta sorprendida, ella no la había regado. Eva no hizo ningún comentario, ajena al pensamiento de su hija, que supo que su madre no había sido. La planta tenía un aspecto estupendo. Su padre.

Aguirre se reunía con Mónica.

—¿Qué significa a la entrada del pueblo?

—No lo sé —respondió Aguirre.

Mónica hizo uso de su capacidad deductiva.

—Una parada de autobús. Quizá ahí pudo iniciar una nueva etapa. No, en autobús es poco probable. Pudo esperar a alguien... O pudo entrar caminando en el pueblo para llegar a su destino final.

—Que tomara un autobús no es probable. Que lo vinieran a buscar, puede, pero no sé... Quizá no sabía dónde se iba a alojar. Sí, es eso, lo lógico es que no supiera ese dato. Ya sabes, ningún eslabón de la cadena debe saber más. Supongamos que alguien vino y lo acompañó a su lugar de destino en el pueblo —precisó Aguirre.

—En los alrededores del pueblo. Recuerda que tiene que montar una bomba. En Albacete eligieron una casa en el campo. Es lógico pensar que aquí utilicen la misma estrategia.

—¿Cómo podríamos saber qué casas se han alquilado en los últimos meses en la zona? Llevaría demasiado tiempo —replicó él.

—Me da igual lo que lleve, hay que hacerlo. Pondré a toda la gente necesaria y más. Hay que agotar todas las posibilidades.

—¿Tú dónde lo harías? —preguntó Mónica.

Aguirre pensó.

—¿Yo? Donde nadie me viera.

No era una buena respuesta.

—¿Te das cuenta de que todo va a estar en manos del marroquí?

Aguirre no contestó.

—¿Y si Zariâb no se pone en contacto con él? ¡Aguirre, faltan dos días, por Dios!

—Confiemos en que Zariâb lo llame y lo lleve a la guarida. Tiene que hacerlo, le puede el orgullo. ¿Cómo no va a enseñarle su creación? ¿Cómo no va a compartir su obra antes de que se les pierda el rastro?

—No podemos solo confiar, no trabajamos de esa manera.

—Da unas horas de margen, a ver si encontramos ese maldito escondite y a partir de ahí, si es necesario, hablas con el número uno y le planteas la posibilidad de lanzar

una alerta.

—¿Contarlo?

—¿Qué otra cosa se podría hacer? Hablamos de cientos de miles de personas.

Los servicios de protección civil y emergencias de Madrid funcionaban extraordinariamente bien en casos de urgente necesidad. Por desgracia ya lo habían tenido que demostrar en numerosas ocasiones; la capital ya había sido víctima de sangrientos atentados en el pasado. Aunque esto era más de lo que podrían controlar. Era sencillamente inabarcable. Era diabólicamente inconcebible.

No perdieron un minuto. Había mucho trabajo que hacer. Mónica puso la información conseguida por Aguirre a disposición del Ministerio de Interior. Si estaban decididos a intervenir era bueno que supieran cuál era la zona probable, sería de gran ayuda para los GEO, que podrían estudiar el entorno, las vías de comunicación e incluso podrían establecer una base en los alrededores para llegar raudos en el momento de actuar. La directora de Inteligencia reunió a sus subdirectores y los felicitó. Habían hecho un gran trabajo, irreprochable. Todo quedaba en manos de las fuerzas de seguridad del Estado, poco podían hacer ellos ya. Pensó en cómo cerrar más el círculo, pero no le quedaban opciones. Su única baza era la madre de Jamali. Le estuvo dando vueltas; podría hacer que la detuvieran y contarle los planes de su hijo. Pero ella no lo creería, imposible. Y aunque lo creyera y marcara el número de su hijo, este no contestaría. El teléfono estaba desconectado. Para qué alargar la agonía. Así que no tomó ninguna decisión. Tras investigar el pasado y el presente de la mujer, las conversaciones telefónicas de los últimos meses y descubrir que tenía una reserva de avión a su país de origen, estaba claro que ella no tenía nada que ver en toda la trama. Por un momento, pensó en librarla de la vigilancia a la que la estaba sometiendo y dejar que se subiera a ese avión a Pakistán. Dudó, en serio dudó. Pobre mujer, pensó.

Aguirre se vio liberado. Era imposible que nada pudiera salir mal a partir de ese momento. Solo esperaba una llamada de Mónica en las siguientes horas que le diría que todo había terminado como estaba previsto. Zariâb habría sido apresado con o sin vida y toda la pesadilla se habría acabado. Por supuesto habría una rueda de prensa de la que se harían eco todos los medios de comunicación. Tenía curiosidad por saber qué diría el presidente, qué contaría el ministro, hasta dónde se les hincharía el pecho y qué indiscreciones cometerían a la hora de dar datos de toda la historia. La curiosidad se le acabó cuando entró en su casa. Su mujer lo vio, lo miró a los ojos, pero se dio la vuelta sin decir nada. Aguirre sintió la necesidad de pasar de largo e ir directamente a ver a su hija, a la que encontró en la habitación, reposando. No sabía cómo reaccionaría ella. La puerta estaba entreabierta, él solo la empujó tras dar unos golpecitos con los nudillos y se quedó allí mirando a su hija. Los dos se miraron.

—Hola, papá —dijo ella sin acritud, destilando sus palabras con cariño.

—Hola, mi amor.

Aguirre se acercó, retiró unas prendas de ropa que había en una silla y se sentó cerca de su hija.

—¿Qué tal te sientes?

—Ya ves.

—Hija, no creas que no...

—Tranquilo, no pasa nada.

—Sí, sí que pasa. Pero ya sabes la porquería de trabajo que tengo.

—¿Hay problemas?

—Sí, muy importantes. Pero parece que se solucionan.

Marta no siguió preguntando, de sobra sabía cómo era su padre para esas cuestiones. A decir verdad, era algo que admiraba, esa capacidad para no decir una palabra que no debiera, para no comprometer a nadie ni a nada, el sentido más o menos discutible de la responsabilidad, algo que ella no tenía. Su padre no le reprochó nada y estuvieron hablando unos minutos. Él no le prohibió nada, no le puso normas, trataron de temas intrascendentes dando forma a la conversación más cálida, más hermosa, que padre e hija habían tenido en meses, quizá años. A medida que salían las palabras de su boca, Aguirre se daba cuenta de eso y la mitad de su cerebro se lamentaba mientras la otra mitad no dejaba de participar y disfrutar de ese momento tanto tiempo añorado. Al cabo de un rato se levantó y dejó a su hija descansar.

Se fue a ver a Eva.

—Lo siento —le dijo.

Eva no hizo ningún reproche.

—Han sido unas semanas de perros. Las peores de mi vida.

Ella no dijo nada.

—Me estoy cansando —concluyó.

—Miguel, no puedo odiarte, lo sabes. Pero es que esto ha cambiado...

—Lo sé.

Lo sabía perfectamente y sabía lo que venía a continuación, la frase que pronunciaría ella.

—Miguel, quiero el divorcio.

Ella hablaba con pesar y ternura. Trató de explicarse, pero él no le dejó, no hacía falta. Y ella se sintió aliviada.

—Perdóname todo el daño que te he hecho. Perdona mis silencios. Solo trato de cerrar etapas, de dejar atrás... Pero algunas cosas llevan tiempo y tú no tienes por qué seguir mi ritmo, no te lo mereces —dijo él.

Acto seguido abandonó el despacho de su mujer, para dejarla tranquila, para evitarle un mal momento, y se fue al salón. Se sentó, se quedó con la mirada perdida y tomó aire profundamente. Después ocupó su tiempo buscando viejos álbumes de fotos y se dedicó a ojearlos, nadie sabría decir si por evasión o por castigo. Su hija se había incorporado con dificultad y se dispuso a salir de la habitación sin pedir ayuda.

Al hacerlo, vio a su padre en el salón desde la puerta de su cuarto, le vio mirar fotografías y le vio cerrar los ojos, inclinar la cabeza y sujetársela con las manos. Le vio permanecer en silencio varios segundos. Muchos segundos. Lo observó conmovida. Cuando su padre se levantó, ella se echó a un lado para no ser vista y le oyó irse hacia el cuarto de baño. Luego entró en el salón y ojeó las fotografías que tenía desplegadas. Eran dos páginas de dos álbumes distintos. En uno había una foto en la que él estaba posando con otros compañeros, algunos vestidos de militares de campaña. Eran nueve en total. A su lado había otra fotografía tomada en las instalaciones del CNI en la que se retrataba el monumento dedicado a los agentes caídos en la emboscada de Irak de 2003. El otro era un álbum familiar, abierto por una página con fotos del día en que ella había cumplido siete años. Con su padre y su madre, juntos, sonriendo. Empezó a llorar sin poder contenerse, no pudo hacer nada por evitarlo. Antes de que su padre la viera allí regresó a su habitación, donde no dejó de derramar lágrimas y más lágrimas. De odio, de pena, de alegría. Amaba a su padre. Amaba a su madre.

* * *

Cortés estaba nervioso. Su afán por hacer las cosas bien no provocaba más que retrasos en la toma de decisiones. Era un burócrata, no lo podía evitar. Cada sugerencia del jefe de los GEO debía ser consultada con el ministro, que devolvía la pelota dando el visto bueno pero pasando de nuevo por Cortés y por el comisario al que habían colocado por debajo de él para dirigir sobre el terreno la operación, coordinando tanto a un grupo de policías de paisano, encargados del seguimiento de Bénitah y vigilancia del terreno, como de las dos unidades de los GEO que serían las encargadas de la intervención. Saber, casi con seguridad, que los terroristas se habían instalado en la zona de Colmenar Viejo daba una pequeña ventaja. Cuando Zariâb se pusiera en contacto con el marroquí, se procedería a seguirlo, pero no podían correr riesgos. El terrorista debía llevarlo a su guarida para enseñarle la bomba y en ese momento los grupos especiales debían intervenir. No tenía sentido que estuvieran esperando en Madrid para recibir la orden, ni formar parte del seguimiento, por eso se habían instalado a la entrada del pueblo, junto al centro comercial, en unas casetas de obra. Estaban cerca y bien comunicados con cualquier parte; en cuestión de minutos podrían proceder al asalto.

Mientras los GEO repasaban todas las posibilidades de una intervención, en Madrid Bénitah aguardaba la hora de entrar en acción. Cortés no estaba con él; prefería discutir la estrategia con el ministro y el comisario.

—Si se le perdió el rastro una vez, bien podría ocurrir una segunda —empezó diciendo el comisario.

—Eso no puede entrar en nuestros planes —protestó el ministro.

—Estamos hablando de terroristas experimentados. No sabemos si cuando recojan al cebo, algún miembro de la banda podrá estar vigilando para hacer un

seguimiento, una contravigilancia.

—No parece que la hubiera la otra vez.

—Quizá la hubo pero no se dieron cuenta. En cualquier caso, el CNI sabe hacer muy bien su trabajo. Pero no sé si nosotros... —se defendió el comisario.

Era un policía realista, curtido en mil batallas. Trataba de ser prudente, no quería fallos.

—Por eso, cuanta menos gente involucrada, mejor.

El ministro y Cortés escucharon el plan.

—Suponemos que, dado que el agente marroquí se ha ganado la confianza del terrorista, no volverán a registrarlo, al menos de una forma exhaustiva. Para evitar una caravana de vehículos, dotaremos al agente de un localizador, que por motivos de estrategia mantendrá apagado y activará una vez esté delante de la bomba, tal como sugirió el CNI.

—¿Por qué no lo lleva ya activado? —preguntó Cortés.

—Le tendríamos localizado permanentemente, cierto, pero no sabríamos si llega al lugar de la bomba. Si interviniésemos y no estuviera allí, perderíamos toda opción. De esta manera nos aseguramos de que si está la bomba, el agente activará el localizador y los GEO harán su trabajo de forma inmediata.

El ministro dio su visto bueno. Mientras tanto, agentes del CNI se afanaban por encontrar cualquier pista que pudiera descubrir en qué casa de campo de la zona podrían estar escondidos los terroristas. Era un área grande y había poco tiempo, pero Mónica no desesperaba.

* * *

Jamali miró la esfera con cuidado. Su trabajo estaba más que avanzado, estaba a punto de concluir. Quiso sonreír, pero no fue capaz, tenía delante de él el corazón de una bomba nuclear. Aquello que empezó siendo un esqueleto, ahora estaba rellenándose de músculos y vísceras. ¿Cuánta gente en el mundo, en la historia, habría estado en una situación semejante a la que vivía él, delante de una bomba de la que era el padre? Se frotó los ojos, debía proseguir. TNT. El hueco que había dejado debería ser suficiente para encajar el explosivo permitiendo espacio para el cableado y los detonadores. Qué complicado, pero qué sencillo: detonadores, explosivo convencional y plutonio-239, una combinación perfecta. Observó las treinta y dos secciones de plutonio; sería la última vez que les echaría un vistazo. Cuando se produjera la detonación de los explosivos, todas las secciones se mezclarían con el polonio y el berilio produciendo una reacción en cadena en menos de una diezmillonésima de segundo. No estaba mal. Fue colocando con cuidado la carga de trinitotolueno de forma paciente, conectando unas partes con otras, dejando que los cables respiraran pero no bailaran. Quería que todo estuviera comprimido, bien asegurado. No solo quería aprovechar el espacio, sino que nada se pudiera desencajar durante el traslado final. Cualquier precaución era poca y eso incluía el blindaje de

plomo del corazón de la bomba para evitar la fuga de radioactividad, algo que podría interferir con otros mecanismos del artefacto. Sabía que el flujo de neutrones del plutonio-239 tiene tanta potencia que sería capaz de provocar un cortocircuito que causara una detonación prematura de la bomba, así que Jamali no podía pensar en otra cosa que en acabar bien su trabajo. El tiempo se detuvo para él; nada a su alrededor existía mientras trabajaba, siempre siguiendo su particular calendario. Su última acción sería la conexión de los detonadores —había preparado varios— y el temporizador digital.

Desde la distancia, Haykal y Elquasabi observaban al pakistaní enfundado en su mono de trabajo con la cabeza pegada al artefacto como un relojero ajustando una preciada maquinaria suiza. Ni siquiera entre ellos se atrevían a hablar. Eran de los que pensaban que un ruido, un estornudo, podría desencadenar el fin de los tiempos.

A unos pocos cientos de metros de allí, agentes especiales esperaban su turno, mientras policías de paisano se paseaban por el pueblo a la búsqueda de cualquier indicio: alguien de aspecto sospechoso realizando una compra en un supermercado, o saliendo de una ferretería, o simplemente paseando. El problema era que solo disponían de la fotografía de Zariâb, pero no así del resto de hombres que también formaban parte del comando terrorista. Eso preocupaba a los GEO: ¿a cuántos hombres se iban a tener que enfrentar?

* * *

El teléfono sonó. Y lo hizo varias veces. Al final, Aguirre contestó.

—¿Qué ocurre?

—Les vas a fastidiar hasta el último momento —respondió Mónica—. Bénitah ha preguntado por qué no has vuelto a aparecer, quiere que estés con él.

—Dile que estoy fuera del asunto.

—No seas ridículo, no puedo airear los trapos sucios. Ha pedido que estés con él para ultimar los detalles de la operación.

—Verás cuando se entere el ministro —dijo Aguirre.

—Ya lo sabe. No le ha quedado más remedio que aceptar. Date prisa.

Aguirre no tardó en aparecer. Allí estaba Cortés. No se dirigieron la palabra. Aguirre lo ignoró, quien lo reclamaba era el agente marroquí, no él. También estaba Balmaseda, ocupándose de Timoumi. Aguirre saludó a Bénitah y enseguida comenzaron a desmenuzar detalles de la operación. El comisario de Policía trataba de explicarles una vez más el plan lo mejor posible, pero tanto el agente marroquí como el jefe de los Servicios Secretos del vecino del sur, el general Timoumi, recelaban de la Policía y querían la opinión de Aguirre. No era el mejor de los planes, pero era demasiado tarde para pensar en otra cosa. Por un solo motivo: el teléfono sonó. Todos se quedaron mudos. Como en la vez anterior, dejaron que sonara varios tonos y, por fin, Bénitah, en el papel de ReKab, descolgó.

Silencio.

—*Salam Aleikum* —se oyó decir al otro lado.

—*Aleikum Salam* —respondió Bénitah.

Todo el mundo permaneció en silencio mientras Bénitah escuchaba las indicaciones de Zariâb. Al finalizar colgó. La cita era en el mismo sitio en veinte minutos, así que no había tiempo para nada. La Policía había desechado la posibilidad de dotar a Bénitah de un transmisor adherido al cuerpo porque no querían arriesgarse a que pudiera ser descubierto, de manera que lo único que llevaba era un paquete de tabaco y un localizador camuflado en un mechero que debía activar solo cuando estuviera delante de la bomba. En ese momento las fuerzas de seguridad sabrían que era el momento de actuar.

—Más vale que no le engañe y lo lleve a la bomba —le dijo Balmaseda a Cortés.

Este no dijo nada, solo tragó saliva con cierta dificultad. El sistema de interceptación de llamadas no tardó en situar el origen de la conversación en un teléfono público situado en Colmenar Viejo. Aunque los agentes de paisano desplegados se dieron toda la prisa del mundo, no pudieron ver ni rastro del afgano.

Bénitah se encontró con Elquasabi y Haykal en el centro de Madrid. Desde la distancia, la Policía observó cómo, después de subir al vehículo, a los pocos metros el agente marroquí se recostaba. Le iban a vendar los ojos otra vez. Y se pusieron a dar vueltas y vueltas a la ciudad, con un celo que no se les había apreciado hasta el momento. En cuanto el coche tomó la M-607, la Policía se tranquilizó.

—Van hacia Colmenar Viejo —informó Cortés al ministro, sin disimular su exaltación.

—Bien. Quiero estar informado al minuto —le recordó.

Con la tranquilidad que da saber que los pronósticos se cumplen, el seguimiento se relajó y el comisario al frente de la operación procedió a alejar los coches destinados a tal fin para evitar cualquier problema.

En Colmenar Viejo estaba todo preparado. Un grupo de hombres con uniforme negro, en cuyo brazo derecho llevaban un escudo negro en el que se dibujaba un águila dorada apresando una serpiente, aguardaba en silencio mientras cada uno de ellos se aseguraba del buen funcionamiento de sus SIG P-226 y sus subfusiles Heckler & Koch MP5 SD con silenciador. No se movían en su base improvisada esperando órdenes. A su lado, sus característicos cascos negros de kevlar, impactantes y relucientes.

* * *

Jamali estaba realizando las últimas conexiones, era lo único que faltaba. Uno a uno fue encajando los cables. El temporizador quedó fijado con cinta aislante junto a una pastilla de TNT. Hizo la última conexión y el mecanismo se encendió. Zariâb observaba situado tras el joven profesor universitario.

—Ya está.

Zariâb no dijo nada, se quedó mirando la pequeña obra maestra de ingeniería del mal. Así de simple, así de complicado, un artilugio en apariencia desprovisto de sofisticación.

—Hay que programarla.

Jamali le explicó que el temporizador funcionaba como un reloj, pero de forma básica, por lo que solo se podía establecer una cuenta atrás. Zariâb miró su reloj, se aseguró de lo que quería hacer y siguiendo sus indicaciones, el hispano-pakistaní introdujo los datos. Zariâb sonrió.

—Actívala —le dijo.

Jamali obedeció. Apretó un interruptor y el reloj se puso en marcha, los segundos empezaron a contar hacia atrás. Los dos hombres se quedaron mirando un instante cómo corría el tiempo, embrujados. Ya estaba hecho.

—Tengo que recoger todo esto —dijo Jamali.

Ordenado como siempre, metódico. Pero no hacía falta y la mejor manera de que Zariâb pudiera demostrárselo fue pegándole un tiro en la cabeza. Rápido y certero; para qué esperar, para qué avisarle, para qué agradecerle el trabajo, su contribución no merecía una cara de pánico. Era un héroe y como tal debía sacrificarse; era un eslabón en la cadena que debía quedar atrás. Zariâb miró la bomba de nuevo: quedaban menos de treinta y una horas para el fin.

31 HORAS PARA LA CATÁSTROFE

El coche de los terroristas se acercó a Colmenar Viejo, se desvió hacia el centro comercial, llegó a la glorieta, se fue a la izquierda y entró en el polígono adyacente.

—Se meten en el polígono de La Mina. Repito, se meten en el polígono.

—¿En el polígono industrial? ¿Qué hacen ahí? Todas las empresas están registradas, se supone que tienen que estar en una casa en las afueras.

—No podemos seguir tras ellos, nos exponemos demasiado.

—¡Fuera! ¡Fuera, no entréis! Ya saldrán si no se quedan ahí.

Cortés informó al ministro. El comisario esperó unos minutos. Nada ocurría. ¿Debía movilizar a los GEO, acercándolos al polígono, o debían esperar?

El vehículo de los terroristas se paseó por distintas calles del polígono industrial cerciorándose de que nadie los seguía y finalmente se detuvo junto al almacén. Pasaron unos minutos.

—No salen del polígono.

—¿Sabemos en qué parte están exactamente?

—No. Lo sabremos cuando el marroquí active el localizador.

—Que se muevan los GEO, que se acerquen.

Las dos unidades de los grupos especiales de operaciones de la Policía, completamente pertrechados, salieron de su escondite y se metieron en tres todoterrenos de distinto color con las lunas tintadas.

—Hay que ganar tiempo.

—Pero que no entren en el polígono —dijo Cortés.

—Sí, sí, que entren, que se vayan por el lado contrario y esperen —corrigió el comisario.

Las pulsaciones empezaban a acelerarse y eso se notaba a la hora de dar órdenes. Los todoterrenos se desviaron por la parte del polígono que daba a la autovía, frente al centro comercial, en una zona descampada bastante tranquila donde no había rastro de peatones. Allí recibieron la orden de esperar. Eran solo tres vehículos más en una fila de coches aparcados; pasaban desapercibidos para cualquiera.

La caseta de obra se mantenía como centro de operaciones y allí permanecían el comisario al frente de la operación, Aguirre y Cortés. El ministro estaba en su despacho, comunicado con ellos en todo momento.

—Esperamos órdenes —dijo el jefe de las unidades de los GEO, mientras mantenía sus ojos fijos en la pequeña pantalla de un dispositivo GPS a la espera de recibir la señal del localizador de Bénitah.

—Afirmativo. Hay que mantener la calma, debemos asegurarnos antes de mover un pie —fue la respuesta coherente del comisario.

—Tendríamos que mandar agentes a peinar el polígono —sugirió Cortés.

—No sabemos si vigilan, no sabemos cuántos son. Ahora que estamos tan cerca no podemos arriesgarnos —replicó el comisario.

Aguirre no abrió la boca. Él estaba fuera de la operación, no era más que un observador. Su presencia allí era una imposición de Bénitah y eso no le daba derecho a intervenir. La Policía sabía lo que hacía.

* * *

Bénitah entró en el almacén acompañado por Elquasabi y Haykal. Lo hicieron rápidamente y con prudencia. Por primera vez ponía el pie en la guarida del lobo. Zariâb salió de la pequeña salita, antigua oficina, y saludó al marroquí con una gran sonrisa. Bénitah echó un ojo al lugar, a sus recovecos y estanterías buscando la bomba con la vista. Pero debía mantener la calma, no podía delatarse, no podía permitir que cualquier gesto nervioso lo traicionara ahora que estaba tan cerca.

—El día ha llegado —dijo Zariâb.

—La culminación de un sueño. Enhorabuena —respondió Bénitah en su papel del terrorista Rekab.

Su mirada no encontró más gente. Eran solo tres terroristas, equipo mínimo. Solo tres y estaban todos allí. En cuanto entraran las fuerzas especiales, ninguno tendría opciones.

—Gracias. Este es el triunfo de todo un pueblo. Decenas de años de dolor que ahora se vuelven contra el opresor. El mundo no será el mismo.

—Miles de bajas.

—Cientos de miles —precisó Zariâb.

—Habrá inocentes —se lamentó Bénitah.

—Todos llevan la misma sangre, ¿qué inocencia es esa?

—¿Y los hermanos musulmanes que viven en la ciudad?

—Mártires. No podemos hacer nada.

Bénitah trataba de no perder la calma, pero ya había metido la mano en un bolsillo, comenzando a jugar con el mechero entre sus dedos.

* * *

—¿Por qué tarda tanto? —preguntó Cortés.

—No lo sé —fue lo único que pudo decir el comisario.

—¡O tiene la bomba o no la tiene, no puede ser tan difícil! —volvió a insistir Cortés.

—Si no activa el localizador es que no está con la bomba. —Maldita sea, no puede ser. Se suponía que lo había llamado para enseñársela.

—Quizá no estén todavía en el lugar.

—Entonces, ¿qué hacen?

—No lo sé.

El comisario dio órdenes.

—Atención a todas las unidades, es más que probable que salgan del polígono y se desplacen a algún otro sitio.

Los vehículos camuflados de la Policía que habían participado en el seguimiento tomaron posiciones en las carreteras cercanas.

* * *

—Has venido a verla —dijo por fin Zariâb.

Bénitah sonrió.

—Ven —le dijo al marroquí.

Bénitah no sacó su mano derecha del bolsillo. Al contrario, agarró con fuerza el mechero. Caminaron unos metros. No pudo evitar poner una cara de sorpresa cuando vio a alguien en el suelo. Era Mir Sánchez Jamali. Allí yacía y allí estaba previsto que se quedara tendido el cadáver; no entraba en los planes de Zariâb detenerse a resolver pequeños detalles, era solo un cuerpo cuya alma ya estaba en el paraíso. Bénitah lo miró durante unos segundos; era el hombre que había montado la bomba, no había duda. En apariencia joven por su configuración física, aunque por su cara no podría asegurarlo porque la tenía un poco deformada. La bala había entrado por detrás y había salido por un ojo, reventando el globo ocular y destrozando parte de la anatomía facial del infortunado profesor universitario, emborronándola con una mezcla de masa cerebral y sangre que ya se había convertido en pasta viscosa. Bénitah se sorprendió pero no se escandalizó. Había visto muchos cadáveres en su vida, incluso alguno de ellos había adquirido esa condición por obra suya, aunque no esperaba encontrarse a nadie muerto en la mismísima cueva del grupo terrorista, algo que solo podía significar que el final estaba cerca. Unos metros más allá estaba la bomba. Sintió una extraña sensación, como si avanzara hacia ella a cámara lenta. Su paso se tornó pesado y por unas milésimas de segundo todo a su alrededor pareció oscurecerse. Su pulso se aceleró mientras se estaba aproximando al arma más mortífera que jamás hubiera imaginado. Tenía el extraño privilegio de ser una de las pocas personas que podían contemplarla. Y se detuvo junto a ella: un mecanismo diabólico que, de simple, resultaba imponente, un montón de piezas ensambladas con precisión de artesano, formando un conjunto imperfectamente encajado pero eficazmente acoplado, todavía al descubierto, donde destacaba una cajita con una pequeña pantalla en la que bailaban números. La cuenta atrás ya había empezado. Bénitah abrió los ojos y su ritmo cardíaco se multiplicó de nuevo. Treinta horas, y bajando. ¡Treinta horas!

—Es una obra de arte, ¿no te parece? —preguntó Zariâb.

Esas fueron las palabras que sacaron del ensimismamiento al agente marroquí y le hicieron percatarse de que su mano había salido del bolsillo sin permiso de su cerebro. Simplemente vio su mano fuera, no recordaba haberla sacado.

—¿Qué? —preguntó algo aturdido Bénitah.

—Impresionado —dijo Zariâb, mientras sonreía.

Bénitah se recompuso.

—El trabajo está hecho. ¿Funcionará?

—De manera perfecta —aseguró Zariâb.

Los segundos continuaban pasando en el reloj de la bomba. Uno, otro, otro. La primera parte de la misión del agente marroquí estaba cumplida, sabía cuándo iba a ser la detonación. Volvió a meter su mano en el bolsillo y palpó el mechero, asegurándose de que estaba allí, de que no se había esfumado.

—¿Dónde la vas a colocar? —preguntó.

Zariâb no contestó, solo hizo un gesto a sus hombres. Entre los tres procedieron a cerrar el artefacto, colocando la tapa metálica que recubría la parte que hasta ese momento estaba expuesta. Bénitah movía sus dedos dentro del bolsillo y estos por fin apretaban el botón oculto del mechero, activando el localizador. Estaba preparado para la llegada de las fuerzas especiales.

En el centro de mando de campaña pasaban los minutos y las caras empezaban a denotar desconcierto.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —se preguntaban.

—No activa el localizador.

—Seguimos a la espera —intervino el jefe de la unidad de los GEO.

—¿Por qué no activa el localizador? —intervino el ministro.

—Lo más probable es que no tengan la bomba con ellos.

—¿No los habréis perdido?

—Tenemos vigilados los accesos al polígono.

—Entonces, ¿qué están haciendo? —se impacientaba el ministro.

El comisario miró a Aguirre.

—No podemos desesperar, señor ministro —respondió el comisario.

—Es posible que estén hablando, discutiendo el emplazamiento final antes de ir al lugar donde la tienen escondida —sugirió Cortés.

—Todo es posible —fue lo único que se le ocurrió decir a Balmaseda.

Todo era posible, incluso que Bénitah estuviera muerto en ese momento. Todos menos Aguirre lo pensaron, pero ninguno lo dijo en voz alta. No podían quedarse de brazos cruzados y el comisario ordenó revisar las pantallas del GPS donde debería aparecer la señal que indicara la posición de la bomba; todo estaba correcto. Si no había señal era porque Bénitah no había activado el localizador.

—No tienen la bomba ahí, no la tienen —dijo Cortés.

—En algún sitio tiene que estar, nos acabarán llevando a ella.

—¿Qué hacemos? ¿Esperamos o nos replegamos? —preguntaron los GEO.

Si allí no estaba la bomba, las fuerzas especiales de intervención no servían para nada. Era una opción hacerlas regresar a la base para no exponerse, manteniendo la presencia policial camuflada para seguir con la vigilancia de los terroristas en cuanto

abandonaran el recinto. Había pasado demasiado tiempo desde que Bénitah había entrado en el polígono.

* * *

El infiltrado marroquí se mantenía alerta, aguzando el oído para poder tirarse al suelo cuando los GEO irrumpieran en el almacén. Pero el tiempo pasaba y nadie aparecía. ¿A qué esperaban? Mientras ese momento llegaba, solo podía contemplar cómo los terroristas sellaban la bomba. Zariâb mandó cargarla en la furgoneta. Haykal y Elquasabi se aplicaron a esa labor. Bénitah estaba nervioso, algo no marchaba bien. Aprovechando que los tres terroristas mantenían su atención focalizada en la carga de la bomba, el agente marroquí sacó de su bolsillo el mechero, lo abrió discretamente y, para su sorpresa, pudo comprobar que no estaba activado. Lo hizo de nuevo, pero ninguna luz se encendió en el mecanismo. Repitió la operación varias veces. Nada. Cundió el pánico y por un momento se sintió perdido, confundido, no entendía qué podía estar pasando. Sus ojos expertos recorrieron el recinto hasta detenerse en un aparato electrónico que llamó su atención, un maldito inhibidor de frecuencias. ¿Qué opciones tenía antes de que los terroristas desaparecieran con la bomba? Podría acercarse al dispositivo, desconectarlo y, acto seguido, activar su localizador, pero estaba convencido de que antes de poder concluir la acción ya tendría una bala en la cabeza. Debía dar la voz de alarma, no podía hacer otra cosa que activar su localizador, esa era la única opción. Se ofreció a ayudar a cargar la bomba, pero de eso ya se estaban ocupando los lugartenientes de Zariâb mientras el jefe observaba orgulloso. Aproximaron la caja que contenía el artefacto explosivo a la puerta del almacén, Haykal acercó la furgoneta a la entrada y procedieron a subirla.

—Necesito tomar el aire —dijo con total normalidad Bénitah.

Se alejó unos metros, paseando con tranquilidad y procurando mantener la frialdad. Giró en la esquina hacia un callejón. A esa distancia el inhibidor debería no ser ya efectivo. Sacó el mechero, abrió el dispositivo y apretó el botón que lo activaba. Una luz se encendió. Ahora sí. Por si acaso, movió el mechero hacia arriba, en un gesto instintivo que cualquier persona haría con un teléfono móvil buscando una posición con la mejor cobertura posible. Fue su perdición. Se giró y se encontró con los ojos de un Zariâb que lo miró extrañado. Fueron décimas de segundo las que transcurrieron hasta que el terrorista se dio cuenta. Él iba armado; Bénitah, no. Zariâb sacó su arma y abrió fuego, una, dos y tres veces. Mientras su cuerpo era atravesado por los proyectiles, Bénitah solo pensó en tomar decisiones: o se aferraba al mechero y lo agarraba con todas sus fuerzas para que el afgano no pudiera arrancárselo y desactivarlo, o lo lanzaba lejos de su alcance para evitar el mismo fin. No tuvo fuerzas para esto último.

* * *

Los vehículos de los GEO estaban empezando a replegarse cuando se oyó una voz estruendosa en sus auriculares que llegaba desde el centro de operaciones.

—¡Lo ha activado, lo ha activado!

—¡Tiene la bomba!

En el display del GPS de los GEO apareció la señal.

—¡A por ellos! ¡A por ellos inmediatamente!

Los vehículos dieron la vuelta y, guiados por el navegador que mostraba la posición de la señal, se dirigieron como rayos a cumplir su misión. Las armas, cargadas; la posición, de combate.

Zariâb no se molestó en tratar de arrebatarle el localizador a Bénitah, no tenía sentido. Después de abrir fuego contra él y derribarlo comenzó a gritar a sus hombres, advirtiéndoles de la situación, y corrió hacia ellos, corrió lo más rápido que pudo. Los terroristas pudieron ver cómo tres vehículos todoterreno que pasaban por el fondo de la calle se detenían y de él se bajaban hombres y más hombres de negro, preparados para el enfrentamiento. Pero siguieron de largo, se iban al callejón donde yacía el marroquí. Zariâb vio la luz, no lo tenía todo perdido y dio órdenes a sus hombres, gritando poseído por el mismísimo demonio. Los GEO llegaron desconcertados junto a Bénitah, que mantenía el localizador en su mano. No estaba muerto; les hizo un gesto con el brazo indicando el lugar al que debían ir.

—¡Hombre herido! ¡El contacto está herido! Tiene el localizador en la mano — informaron.

—¡Los terroristas, los terroristas! ¡Acabad con ellos!

Los vehículos camuflados de la Policía recibieron instrucciones de adentrarse en el polígono para ayudar en la operación. Pusieron en marcha sus motores y sirenas y se dirigieron al punto indicado. Los GEO dieron la vuelta a la esquina y se encontraron con una ráfaga de metrallata, por lo que tuvieron que replegarse. Acto seguido, sin perder un minuto, se desplegaron y abrieron fuego contra Haykal y Elquasabi, mientras Zariâb, al volante de la furgoneta, escapaba con la bomba. Los GEO no se anduvieron con contemplaciones y con precisión de cirujano abatieron de un disparo en la cabeza a Joseph Haykal. Elquasabi disparaba indiscriminadamente su ametralladora tratando de impedir el acceso de las fuerzas de intervención, mientras comprobaba con satisfacción cómo su jefe había podido abandonar la calle antes de que hubieran aparecido las unidades especiales. Los coches de la Policía que acudían de apoyo se cruzaron con una furgoneta a la que no prestaron atención, un vehículo más en el polígono, mientras al fondo escuchaban el tiroteo y por radio se escupían órdenes.

Y así fue cómo Atiq Zariâb traspasó el cerco policial y enfiló la autovía que conectaba Colmenar Viejo con Madrid. Elquasabi fue abatido a la puerta del almacén. En cuestión de segundos llegaron todas las personas involucradas en la operación. Se acercaron a Bénitah, que recibía los primeros auxilios, con agentes tratando de taponar sus heridas para evitar la pérdida de sangre. Aguirre se arrodilló junto a él.

—Cargaron la bomba en una furgoneta —fue lo único que balbuceó.

Aguirre se incorporó y corrió hacia el almacén.

—¿Dónde está la furgoneta? —preguntaba gritando.

—¿Qué furgoneta?

—¡La bomba está en una furgoneta!

—No hemos visto ninguna —fue lo único que pudo decir el responsable de los GEO.

Aguirre vio los cadáveres de dos desconocidos para él, Haykal y Elquasabi. Entró en el almacén. Allí estaba el cuerpo sin vida de Mir Sánchez Jamali, lo reconoció enseguida, pero ni rastro de la bomba ni de Zariâb. Esa era la guarida, no había otra, no había casa en el campo. Por toda la estancia había maquinaria repartida, pero ni rastro de la bomba.

—¡Se la ha llevado, hemos llegado tarde! —gritó Aguirre.

Cortés hablaba por su teléfono móvil cuando escuchó las palabras de Aguirre. Enseguida apartó el aparato de su oreja.

—¡¿Qué?! —exclamó sorprendido.

—Zariâb ha escapado con la bomba —repitió.

Con la voz entrecortada, Cortés volvió a comunicarse con el ministro de Interior.

—Se ha ido con la bomba. No sé cómo ha podido pasar...

Aguirre se acercó al comisario.

—Ha escapado con la bomba en una furgoneta. ¡Que vayan tras ella; saca a todo el mundo a la calle, hay que interceptarla!

El comisario empezó a dar órdenes mientras Aguirre volvía al lugar donde seguía tendido Bénitah.

—Saldrás de esta, amigo. Dime lo que sepas. La bomba, la furgoneta.

Bénitah, malherido, tomó fuerzas.

—Blanca. La bomba está activada. Treinta horas menos unos veinte minutos...

Balmaseda y Aguirre se quedaron pálidos.

—¡Hay que encontrarle como sea! ¿Me oyes? ¡Como sea! —exigió soliviantado Balmaseda.

Aguirre pidió más información del malherido.

—¿Qué clase de furgoneta? ¿Qué marca?

Bénitah oyó lo que le preguntaban y se mantuvo en silencio. No es que no tuviera fuerzas para responder, era que el marroquí se estaba dando cuenta de que había fracasado en su misión. No sabía qué marca era, no se había fijado en ese detalle; sus cinco sentidos habían estado ocupados en activar el localizador y permanecer alerta ante la llegada inmediata de las fuerzas especiales, pero no se había fijado en la marca de la furgoneta, y mucho menos en la matrícula. No había contemplado la posibilidad de que la operación fracasara, era imposible.

—Blanca.

No dijo una palabra más. Estaba abatido física y emocionalmente. Era uno de los mejores agentes que tenía Marruecos y había fallado.

—Está bien, enseguida llegará una ambulancia —dijo Aguirre.

Aguirre llamó a Mónica y le dio las peores noticias. No solo Zariâb se había escapado con la bomba, sino que esta ya estaba armada y activada. Veintinueve horas y media... El ministro informó al presidente. En el lugar de la intervención, Aguirre se llevó a un lado a Cortés y Balmaseda.

—Nadie puede saber qué tipo de bomba tiene Zariâb. Así que cuidado con lo que decimos.

Ninguno de los dos se atrevió a llevarle la contraria; irse de la lengua sería el fin. Ahora todo estaba en contra. Todo. Habían perdido la ligera ventaja de la que disponían: Zariâb ya sabía que iban tras él.

Minutos después, la zona era un hervidero de personas que iban y venían y de curiosos que trataban de averiguar qué había pasado en ese tranquilo lugar del norte de Madrid. La Policía había acotado el terreno, impidiendo que nadie ajeno a la investigación pusiese sus pies donde no debía. Policías se mezclaban con agentes del CNI. Estos apuraban sus pesquisas tratando de realizar su trabajo antes de que algunos medios de comunicación hiciesen acto de presencia. Una vez más los Servicios Secretos tendrían que aportar información falsa sobre lo acontecido. ¿Qué sería en esta ocasión? La droga siempre era muy socorrida, especialmente en los casos en que había tiroteos de por medio. No se podría decir que se trataba de ajustes de cuentas entre bandas rivales porque era imposible ocultar la presencia de los agentes de los GEO, por muy rápido que estos hubieran desaparecido del lugar de los hechos. Algunos de los trabajadores de empresas cercanas los habían visto batirse a tiro limpio. Habría que reconocer una intervención policial, eso no sería una complicación: una operación policial contra el tráfico de armas. Ningún problema con eso, ni con el hecho de que se pudieran tomar imágenes de camionetas de la Policía cargando el material utilizado por los criminales para la fabricación de la bomba, instrumental del que se podría decir que había sido utilizado para la preparación de cualquier artefacto o para la modificación de armas de fuego.

Dentro del almacén, agentes de paisano se afanaban en revisar cada centímetro cuadrado, tomando todas las huellas posibles, realizando cientos de fotografías y rebuscando entre los papeles cualquier pista que pudiera guiarlos hacia Zariâb. Aguirre estaba a pie de obra, él fue quien encontró la carpeta de Jamali con las notas y planos de la bomba atómica, que confiscó automáticamente. Nadie podía tener acceso a semejante información. Aunque de poco serviría todo eso, la prioridad era encontrar la bomba.

—¿Qué sabemos? —preguntó.

—Nada, la Policía está estableciendo controles en la entrada de Madrid. De momento no hay rastro de la camioneta en todo el trayecto —le puso al día Mónica.

Las cámaras de la Dirección General de Tráfico situadas en la autovía ayudarían a localizarla, podrían delatar su marca y matrícula, pero el tiempo jugaba en contra.

—Se ha escapado por los pelos, me cago en la puta.

—¿Crees que tenía un plan B? No esperaba que diéramos con él.

—Estaban cargando la bomba, la cuestión sería saber si lo hacía para dejarla dentro de la furgoneta en el almacén o para llevársela ya —dijo Aguirre.

—Menos de treinta horas. ¿Crees que la iba a colocar ya, dejándola más de un día sola?

—No lo sé —contestó él.

—¿Se arriesgaría a abandonarla en el lugar de la detonación? —volvió a preguntar ella.

—No lo sé, parece mucho tiempo. Pero no es un plan cualquiera. Es posible que la quiera colocar en un sitio seguro, discreto, difícil de descubrir. Necesita tiempo para escapar del país, necesita varias horas de margen, cubrirse las espaldas ante posibles contratiempos.

—Si no damos con la camioneta en las próximas horas estamos perdidos —dijo ella.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Aguirre.

—Gabinete de crisis. Se va a montar gorda, dentro de un rato nos vamos a la Moncloa.

—¿Yo qué hago?

—Buscar esa bomba sin descanso, Miguel. No pierdas un minuto.

Los agentes de Policía venidos de Madrid realizaban su trabajo ajenos a la peligrosidad de la amenaza. No sabían nada, mejor así. Aguirre insistió en que no abandonaran el almacén hasta que no lo hubieran peinado al milímetro.

* * *

La mujer paseó por toda la casa, echando un último vistazo, comprobando que todo estaba en su sitio. Los grifos cerrados, al igual que los mandos de la cocina y las ventanas. Repasó la altura de las persianas habitación por habitación. En ese momento sonó el timbre de la puerta. Antes de abrir, acercó su ojo a la mirilla. Eran dos hombres. No abrió. Volvieron a llamar, no parecía que se fueran a ir.

—¿Qué quieren? —preguntó ella desde detrás de la puerta.

—Tenemos que hablar con usted.

—¿Quiénes son?

—Abra, somos policías, solo queremos hablar con usted. Se trata de su hijo.

Ella abrió.

—¿Qué ocurre?

—¿Es usted la madre de Mir Sánchez Jamali?

—Sí, ¿qué ha pasado?

—Señora, su hijo... Está muerto.

La mujer pareció no entender.

—¿Qué? Está en Alemania...

—No, está en Madrid y lo han matado. Debería acompañarnos para identificar el cadáver.

—No, no, imposible. Mi hijo está en Alemania en una universidad.

—Señora, me temo que no. Ha muerto en un tiroteo. Aquí, en Madrid.

La mujer, confundida y algo alterada, quiso comprobar personalmente que se trataba de un error. Los policías no le llevaron la contraria, solo procedieron a realizar su trabajo y la metieron en su coche. Atrás quedaba una casa con las persianas bajadas y dos maletas llenas de ropa junto a la puerta.

No supo a dónde la llevaron. Miraba, pero no veía. Esos hombres, aunque estaban equivocados, habían conseguido preocuparla. Solucionaría el malentendido enseguida y se iría corriendo, no podía fallarle a su hijo y perder el avión.

Pero algo sí perdió. Empezó por perder la compostura cuando reconoció la maleta y las ropas que había junto a una mesita en la fría estancia a la que la trasladaron. Eran de su hijo, ¡cómo era posible si estaba en Alemania! Lo peor vino cuando retiraron la sábana que cubría el cadáver. Empezó a gritar y a darse golpes en el pecho.

—¡Está en Alemania! ¡Está en Alemania! ¡No! ¡No! ¡No! —lloraba la mujer desesperada.

Sus piernas flaquearon y se doblaron. Uno de los policías la sujetó de los brazos para evitar que se fuera al suelo y a continuación la sentaron para que pudiera pasar la crisis nerviosa de la mejor manera posible.

Noviembre estaba siendo un mes frío, como las paredes de la sala, como la camilla metálica sobre la que reposaba el cadáver de Mir Sánchez Jamali, frío como el cuerpo del profesor de origen pakistaní.

* * *

Zariâb no se metió en Madrid utilizando la M-607. Si lo hacía, iría directo a una trampa. Debía dar un rodeo, buscar una ruta rocambolesca. Y así hizo. Tan pronto como pudo, se escapó de la autovía y se metió en Alcobendas, mezclándose con el tráfico. Atravesó la ciudad y salió hacia Algete. Aunque nadie lo seguía, no podía bajar la guardia. No se detuvo, bajó a Cobeña y siguió por la M-100 pasando por Ajalvir hasta Alcalá de Henares, luego siguió por la M-300 y la M-217 hasta Velilla de San Antonio y enseguida giró a la derecha para subir por la M-208 hasta Mejorada del Campo. Allí se tomó un respiro, era imposible que le hubieran estado siguiendo. Había escapado, se había esfumado de las garras del enemigo y eso le provocó una sonora carcajada. Estaba señalado por el destino para triunfar, era un elegido, ya nada podía salir mal. A estas alturas era inmortal. Pero aún no había completado su misión. Sabía que no podía seguir en esa furgoneta; a esas horas la estarían buscando, aunque previsiblemente solo por la zona norte de Madrid, así que optó por aparcar en un

lugar alejado y después se fue caminando, paseando, a la búsqueda de un vehículo que fuera útil para sus necesidades. No le resultó nada difícil robar otra furgoneta, de distinta marca y color pero, eso sí, con una puerta corrediza lateral. Solo tuvo que tener paciencia; su experiencia y destreza hicieron el resto. Con sangre fría trasladó una Mercedes Viano junto a la furgoneta que contenía la bomba y acercó lo más posible un vehículo al otro en paralelo. Nadie había cerca pero, aunque lo hubiera, nadie podría haberle visto pasar la caja que contenía el artefacto de una a otra furgoneta. No resultó complicado, solo había que empujar. Cuando terminó puso rumbo a San Fernando de Henares, luego a Coslada y de ahí entró en Madrid por la M-201 hasta llegar a la calle Hermanos García Noblejas. Un gran rodeo lo había ayudado a salvar el cerco policial. Dentro de Madrid se sentía seguro.

Atiq Zariâb subió al salón utilizando las escaleras interiores que conectaban el garaje con la casa. Su nivel de adrenalina había descendido. Había sido solo un contratiempo, pero a punto había estado de arruinar su misión. Ese maldito Ibrahim Rekab era un traidor. ¿Cómo era posible que hubiese alertado a la Policía? No le cabía en la cabeza, era un terrorista de confianza, de reconocida fidelidad a la causa. Y lo había tenido allí mismo, en esa casa. Enseguida se tranquilizó; era imposible que hubiera podido dar una sola pista fiable, sus hombres lo habían trasladado con todas las precauciones, con los ojos vendados tras dar vueltas y más vueltas a la ciudad; el interior de la casa no tenía ningún rasgo particular y las persianas habían permanecido bajadas en todo momento. Si hubieran cometido un fallo, la Policía le habría estado esperando allí mismo. Pero no había nadie. Rekab era escoria, daba igual que hubiera recibido dinero o hubiera sido chantajeado, era maldita escoria por haber sucumbido. Zariâb no se molestó en tratar de averiguar cuál habría podido ser la parte de la cadena que había fallado para hacer que Rekab hubiera caído en manos de la Policía, ahora ya no importaba. En cualquier caso había ocurrido demasiado tarde, no podía esperar que todo, absolutamente todo, saliera bien. La perfección no existe, aunque se esté cerca. La prueba era él mismo y su plan. Pasaría a la Historia. Quedaba poco, pero todavía podía ocurrir lo que no deseaba, no podía permitirse más fallos. Los demás quizá sí, pero él no y ahora todo dependía solo de él. Se fue a la cocina y se preparó un té. Se lo tomó en el salón. Allí no había casi nada, ni siquiera una televisión. Era posible que en los telediarios de la noche apareciera su foto, pero a cuenta de qué. ¿En serio iban a decir que tenía una bomba atómica? Qué gran titular y qué gran oleada de pánico. Mientras apuraba el té pensó en los movimientos que tenía que hacer a continuación; quedaba poco tiempo y debía aprovecharlo. No había tensión en su rostro, su cara no delataba preocupación, sus respiraciones eran profundas, relajadas. Durante el tiempo que estuvo sentado en la alfombra tomando la infusión sus ojos permanecieron perdidos mirando un punto fijo en la pared, en el infinito. Estuvo en Madrid, estuvo en Egipto, estuvo en Beirut, estuvo en Afganistán, estuvo en todas partes y no estuvo en ninguna. Recordó su infancia y la aborreció, recordó a su tío el comerciante y a su mujer y los aborreció. Aborreció el mundo, que

iba a tener lo que se merecía. Durante el trayecto de huida ya había reorganizado sus planes; tenía claro lo que debía hacer a partir de ese momento. Se levantó con tranquilidad y se acercó a una bolsa con ropa, rebuscó y sacó una vieja cámara de vídeo de las que todavía funcionaban con cinta. Buscó una y la metió en la grabadora. A continuación se hizo con una banqueta de la cocina y bajó al garaje. Allí, justo en el medio, solo estaba la bomba dentro de la caja. Tras desencajar la parte de arriba, buscó una llave inglesa y desatornilló la tapa metálica del artefacto para dejar al descubierto la maquinaria del ingenio diabólico. Grabó su interior mostrando que aquello no era un juguete. Acto seguido apoyó la cámara en una estantería a unos dos metros de distancia y compuso el tamaño del plano. Luego quitó la pausa, de modo que la cámara siguió grabando. Sin prisa, se acercó a la banqueta situada junto a la bomba, se sentó, miró a cámara y comenzó a hablar. En inglés.

—Como es posible que ya sepáis en este momento, mi nombre es Atiq Zariâb...

* * *

Mir Sánchez Jamali fue reconocido e identificado por su propia madre. Ayman Elquasabi y Josep Haykal no tuvieron ese último dudoso honor. Sus huellas dactilares circularon por todos los bancos de datos internacionales y la respuesta no tardó en llegar. Los dos hombres de Zariâb dejaron de ser unos desconocidos para el CNI en ese momento. Dos lugartenientes de confianza, dos criminales leales que acabaron dando la vida cubriendo a su jefe. Sus historiales no revelaron nada que fuera imprescindible saber, por lo menos a esas alturas. ¿Qué más daba su participación en atentados perpetrados en medio mundo en el pasado? ¿Qué importaban sus motivaciones? Estaban muertos. Lo que quedaba atrás no importaba lo más mínimo en ese momento; lo decisivo era que la investigación había llegado al último eslabón de la cadena, por lo que ahora las conexiones de Zariâb eran lo de menos. Solo quedaba él y tenía una bomba atómica preparada para estallar al día siguiente.

Aguirre no vio actividad extrema en la sede del CNI.

—Es que no lo saben, Miguel —dijo con la cara demacrada Mónica—. Ni Balmaseda ni yo lo hemos comentado. Estamos investigando sin decir qué estamos buscando en realidad.

No parecía una mala estrategia. Poner más presión sería insoportable, sería el fin. De esta manera, con todos los hombres y mujeres aplicados a la búsqueda de Zariâb, era más fácil mantener la concentración.

—Mónica, ¿qué va a pasar?

—Nosotros seguimos buscando, la Policía está haciendo lo mismo y dentro de un rato nos vamos a ver al presidente, pero me temo lo peor.

—¿Lo hará público?

—¿Qué podemos hacer? Hay que evacuar la ciudad.

—Eso es imposible. ¿Y si Zariâb se mueve también? ¿Y si no está en Madrid?

—¿Crees que se la ha llevado a otro sitio?

—Solo necesita un vehículo y sabe que estamos tras su pista. ¿Qué harías en su lugar?

—No lo sé, para esto no estoy preparada.

—La única ventaja que tenemos es que él no entiende de bombas, no puede adelantar la hora. Su única opción es aguantar sin que lo atrapen. No puede hacer nada, nosotros sí.

Pronto llegó la información que deseaban. Las cámaras de la Dirección General de Tráfico identificaron la furgoneta.

—Es una Volkswagen Multivan.

—A estas horas estará en cualquier sitio, abandonada. Pero es la única pista que tenemos.

Algo era algo. La información se pasó a la Policía, que a su vez transmitió ese dato a todos los agentes de las fuerzas de seguridad del Estado, tanto de toda la Comunidad de Madrid como de provincias limítrofes. Las imágenes mostraron su paso en la autovía de Colmenar a Madrid, antes de perderse en Alcobendas. Policías y CNI se aplicaron en sus funciones. En buena lógica, la furgoneta debería ser robada, alquilada o comprada de segunda mano. Con esas premisas también se pusieron a trabajar los expertos.

—Aguirre, te vienes conmigo a la Moncloa.

Mónica le quería llevar a la reunión con el presidente.

—Estoy fuera.

—Nunca has estado tan dentro. Cada minuto de tu vida pertenece a esta investigación.

Aguirre no dijo nada.

Los vehículos volaron por la autovía. Era el mismo trayecto de otras veces, pero en esta ocasión no dio tiempo a pensar nada que no estuviera relacionado con el gravísimo problema que se traían entre manos. Ni un segundo de respiro, ni un instante para mirar por la ventana. Era mejor no hacerlo, el paisaje se hubiera tornado oscuro, apocalíptico, con olor a azufre; esa era la manera más optimista de describirlo. Una gran nube negra se cernía sobre Madrid. ¿De verdad la pesadilla se podría convertir en realidad? Hacía unas horas esa posibilidad no pasaba por la mente de nadie, era imposible, todo se acaba arreglando. Hay desenlaces que no caben en la cabeza, pertenecen a la ficción, escapan al mundo de la razón y solo pueden tener sentido como ejercicio mental. Habitan en otra dimensión. Era imposible que pudieran faltar poco más de veinticuatro horas para que una porción de Madrid fuera barrida del mapa. Eso no podía suceder, escapaba al entendimiento humano. Por primera vez Mónica Somoza y Miguel Aguirre iban a una reunión en la que no podían ofrecer ninguna solución; iban con las manos vacías, solo podían actuar a la defensiva. Por primera vez iban por detrás. Mónica y Miguel permanecieron en silencio todo el tiempo que duró el trayecto, sus cabezas tratando de procesar información, calibrando posibilidades, una y otra vez. Pero las combinaciones eran

cada vez más reducidas; era como estar en uno de esos concursos de la televisión en los que, a cada nivel que se va superando, las preguntas aumentan de dificultad y los comodines van desapareciendo. Con la salvedad de que en este concurso no había posibilidad de plantarse y se jugaba por la vida o la muerte.

El paso del control en la entrada del complejo de la Moncloa fue rápido, nadie hizo preguntas. Aguirre se preguntó si alguien habría cometido la torpeza de contar algún detalle, por inocente que pareciera, sobre el caso que los iba a mandar a todos a la sepultura al día siguiente. En el tramo que realizó a pie su mente sí que se evadió: un día después, unos y otros pasarían a mejor vida. Pocas veces la gente sabe cuándo va a morir. A veces, por enfermedad, se puede tener una idea. Tiene usted este cáncer, le quedan unos meses... Unos meses, unas semanas, puede que sí, puede que no. Se puede saber, más o menos, más menos que más, pero nunca con la precisión con la que lo conocían Aguirre y cuatro más. De alguna manera, era un privilegiado, una suerte de dios, el que manejaba una información de la que nadie en todo el planeta disponía. Eso es poder. La gente mata por tener poder, la gente muere víctima de ese poder. En ese momento, Aguirre no tenía miedo a la muerte; ni se le había ocurrido pensar en ello, vivía tan deprisa que no tenía la sensación de que todo aquello tuviera que ver con él, no era más que un jugador movilizándolo fichas en un tablero, así se sentía. Hasta que a su mente llegaron su hija y su mujer. No le dio tiempo a resolver el dilema porque en ese momento entraban en la reunión.

El ministro de Interior, al verle aparecer no dijo nada, ni siquiera cambió el gesto, no reaccionó. Su rostro era una caricatura. Había envejecido como por arte de magia. El presidente miraba a todos, miraba a todas partes, y con sus ojos imploraba una solución. Balmaseda y Cortés se escondían tras su silencio. Había dos nuevas personas. Militares que venían del Alto Estado Mayor, reclamados en el último momento. A decir verdad se trataba de una guerra, pero ¿qué podían aportar ellos? Por su cara de preocupación, Aguirre supo enseguida que habían sido puestos al día hacía pocos minutos. Eran los que más descolocados estaban.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el presidente con un hilo de voz.

Para pensarlo estaban allí, pero esta vez el CNI no traía estrategias concretas.

—¿Por qué han venido? —preguntó Mónica en alusión a los militares.

No era un reproche, solo quería tener toda la información.

—Quizá haya que hacer intervenir al Ejército. No sé, nos enfrentamos a un arma no convencional, es el Ejército el que debería saber qué hacer si encontramos...

No, no era el Ejército, Aguirre lo tenía muy claro. España no tenía armamento nuclear; por tanto, ¿qué podía saber nadie del Ejército? Nadie en todo el país. Solo había una persona con conocimientos para enfrentarse al artefacto, pero esa persona tenía una bala en la cabeza. Solo Jamali, nadie más. Hay expertos en guerras convencionales, en guerras no convencionales, en estrategias, en maniobras, en teorías sobre las guerras termonucleares... Pero no existía una sola persona en

España que supiera nada sobre bombas nucleares y mucho menos sobre cómo enfrentarse a una si la tuviera delante. Nadie significaba nadie.

—Podríamos llamar a alguien del CSN —se le ocurrió a Cortés.

No sabía de lo que hablaba. El CSN era el Consejo de Seguridad Nuclear. Aguirre volvió a repetirse que nadie significaba nadie. Nadie en España. Y enseguida se acordó de un caso acontecido hacía unos años. En mayo de 2000, el *Tireless*, un submarino nuclear británico, atracó en Gibraltar tras sufrir una avería grave en el núcleo de su reactor. La estancia para la reparación duró un año. Aquello desató una importante crisis diplomática entre Londres y Madrid por la opacidad de las autoridades británicas a la hora de dar información sobre el suceso. La opinión pública española se tornó cada vez más hostil ante el incidente, alarmada por tener a unos metros un submarino nuclear averiado. Aquello era muy peligroso y las dudas y los recelos aumentaron a medida que la nave permanecía más y más semanas atracada para su reparación, al parecer con poco éxito. Presionados por la importancia del incidente y las voces de protesta, el gobierno español exigió a las autoridades del Reino Unido conocer la naturaleza de la avería y el estado de la reparación, pero estas se negaron sistemáticamente a dar explicaciones. Finalmente, técnicos del CSN fueron autorizados a entrar en el submarino para comprobar su estado. Al salir, confirmaron que no había ningún peligro y que la poderosa máquina de guerra estaba siendo reparada con éxito. Todo el mundo se tranquilizó. Pues bien, aquello fue un paripé. Para empezar, los británicos no permitieron el acceso a las zonas sensibles del submarino, y para terminar todo lo que vieron los técnicos españoles les resultó totalmente desconocido porque sencillamente eran completamente ignorantes en lo referente a las aplicaciones militares de la energía nuclear. Aguirre se volvió a repetir que no había nadie en España, nadie, que tuviera la más mínima idea sobre armas nucleares.

—Lo primero que debemos hacer es pedir ayuda, que nos envíen expertos para poder actuar en cuanto demos con la bomba —fue la sugerencia de Aguirre.

—¿A quién acudimos? —preguntó el presidente, mirando a sus asesores militares.

—¿Por qué no a Londres? En su día llamamos con el *Tireless*; ahora les toca a ellos echarnos una mano —se adelantó Aguirre.

Encontrar ayuda no iba a resultar difícil. La gestión la realizaría Balmaseda, sin intermediarios. Se hizo desde la Moncloa. Londres se sorprendió, sabía del problema español, sabía de la amenaza terrorista; pero no se imaginaba que fuera tan inminente. Eso eran muy malas noticias, no solo para España sino para toda Europa. Los mejores expertos en el montaje de armas nucleares estarían en pocas horas en Madrid, dispuestos a desactivar la bomba.

—¿Cómo la seguimos buscando? ¿Qué posibilidades tenemos?

—Debemos considerarlas todas —dijo Mónica Somoza.

—Todas... —repitió el presidente con la mirada perdida.

—¿Evacuar Madrid es una de ellas? —preguntó el ministro.

—Todas son todas.

—¿Sería eso posible? —preguntó el ministro a los militares.

Se miraron entre sí, pero su silencio delató la respuesta. No, no era posible evacuar una ciudad en menos de un día.

—No es una buena opción, me temo —dijo Aguirre.

—¿Por qué?

—Sería el caos. Habría que decir por qué y eso implicaría una estampida que colapsaría las salidas de la ciudad. Además, al hacer el anuncio, Zariâb también lo sabría y podría irse con la bomba a otra ciudad.

—¿Entonces qué hacemos?! —gritó desesperado el ministro.

Al presidente se lo había tragado la tierra. Estaba, pero no decía nada. Hubo un silencio, nadie quería hablar, nadie tenía ideas. Aguirre fue crudo.

—Creo sinceramente que estamos perdidos.

Era la frase que nadie quería oír. No solo era cruda, también era cruel. Estaban abocados a un destino fatal.

—¿Y si avisamos de que hay una amenaza terrorista inmediata y hacemos pública la imagen de Zariâb? Alguien ha tenido que verle. Es nuestra última esperanza —propuso Mónica.

Todos se volvieron a quedar en silencio, pero esta vez sus ojos parecieron reflejar un rayo de luz, un fino hilo de esperanza. Era una buena idea, revelar que se esperaba un atentado al día siguiente sin explicar su naturaleza para evitar el caos y pedir la colaboración ciudadana. Eso sí era posible, Madrid se manejaba bien en esas cuestiones, ya había respondido con madurez en otras situaciones graves, la ciudad tenían un buen historial en su combate contra el terrorismo. Por un momento pareció como si esa fuera la solución, como si la crisis se pudiera solucionar, aunque más asemejaba a un intento de negarse a asumir el destino que le esperaba a una capital de algo más de tres millones de habitantes.

—Me parece la única opción posible —dijo el ministro—. Pero ya mismo deberíamos evacuar a algunas personas.

Aguirre le miró extrañado.

—El gabinete de crisis, una vez convocado —insistió.

—De esta ciudad no se debe mover nadie —sentenció Aguirre con los ojos inyectados.

Ni siquiera el presidente fue capaz de decir una sola palabra.

—Lo que tenemos es que ponernos a trabajar —dijo Mónica.

Los dos militares se le acercaron para preguntarle qué debían hacer. Ella no supo muy bien cómo tomar la iniciativa, pero nadie aportaba nuevas ideas.

—El plan de evacuación es imposible, pero si al menos supiéramos dónde va a colocar la bomba... Sabemos la composición, sabemos su potencia... —dijo ella.

Efectivamente, era un artefacto de poca potencia, teniendo en cuenta lo que supone una bomba nuclear, pero los cálculos eran que podría ser absolutamente

devastadora en un radio de poco más de un kilómetro, solo devastadora en otro más y destructiva en un kilómetro más.

—Quizá deberíamos centrarnos en esa zona —repitió.

La zona cero.

—Si no damos con la bomba pero conseguimos saber dónde está, quizá podíamos salvar muchas vidas si evacuamos esa parte de la ciudad, en el último momento, para que Zariâb no tenga opción de moverla de sitio —concluyó ella.

—¿En el último momento? No entiendo nada; acabas de decir que es imposible evacuar una ciudad y ahora hablas de hacerlo en el último momento —intervino el ministro.

—Un kilómetro y pico a la redonda. A pie, sin utilizar ningún transporte, esa sería la clave. Andando, corriendo. En menos de una hora, esa zona podría estar despejada y se podría evitar un primer impacto. En este momento no sabemos qué zona es: si damos el aviso, la gente trataría de huir en sus vehículos, en transporte público y eso sí colapsaría la ciudad.

Mónica Somoza, cerebro privilegiado, lo exprimía hasta en las peores circunstancias. Su propuesta consistía en evitar el infierno mandando a la gente al purgatorio. Algo era algo.

* * *

A Atiq Zariâb poco le importaba la estrategia que estuviera tomando el gobierno español, para él no podía suponer una sorpresa que en los informativos apareciera su cara; sabía que eso podía ocurrir, sabía que le estaban buscando en ese momento y que sus perseguidores no dudarían en utilizar todos sus recursos. Sabía que el cerco se iría estrechando conforme pasaran las horas. El plan perfecto no había salido todo lo perfecto que hubiera deseado, eso era algo que se podía reprochar, pero estaba satisfecho de haber podido llegar tan lejos. Meses atrás era un sueño y ahora era una realidad. Solo imaginar la cara de pánico de las autoridades ya merecía la pena. Le gustaría ver sus rostros, ver cómo el sudor recorría sus mejillas, oír sus lamentos, sus gruñidos desgarradores de cerdos camino del matadero. ¡Qué agradable satisfacción golpear por sorpresa...! Maldito Rekab, por su culpa los planes tendrían que sufrir un pequeño cambio. El hecho de sentirse acorralado no había cercenado su capacidad de pensar o modificado su modo de actuar, tenía que sacar partido de cualquier pequeña oportunidad que se le presentase y eso era exactamente lo que iba a hacer. Su objetivo era hacer el mayor daño posible. Sabía a lo que se exponía caminando por las calles de Madrid; todos los policías de la ciudad tendrían su retrato bien grabado en su memoria, pero seguía creyéndose inmortal. Él tenía algo que ellos querían pero, aún capturándole, estaría en una posición de superioridad. ¡Si él supiera manipular la bomba...! Pero no podía hacer nada; la hora estaba marcada y su temor era que la encontraran antes de que estallara. ¿Era eso una derrota? Todo dependía de cuál fuera

el premio establecido. Ya había decidido modificar su manera de actuar, ahora solo debía ser consecuente.

Caminó sin rumbo por la ciudad, abrigado; las temperaturas no eran demasiado generosas, aunque no se podía hablar de frío. Se metió en un locutorio con Internet y estuvo buscando una información que apuntó en un papel. Después continuó su periplo y acabó entrando en una céntrica tienda de telefonía donde solicitó un móvil de tarjeta. Completó todos los trámites con documentación falsa, activó el terminal y salió de allí con un teléfono listo para ser utilizado. Metió sus manos en los bolsillos de la cazadora y palpó una llave, solitaria en su argolla, junto a un pequeño mando a distancia de garaje. No le convenía tener nada de eso consigo, así que arrojó los dos objetos a una papelería. No se alejó demasiado, creía que estaba más seguro entre la multitud que siempre camina por el centro de Madrid; se alejó un poco de la Gran Vía metiéndose por una estrecha calle transversal. Sacó el papel donde había apuntado unos números de teléfono y marcó. Estaba llamando al Palacio de la Moncloa. Hablaba en inglés y lo primero que dijo cuando contestaron a su llamada en la centralita fue que quería hablar con el presidente del gobierno. Pensaron que era una broma y le colgaron. Atiq Zariâb no se molestó y volvió a marcar. Esta vez dijo que tenía información importante, que mucha gente iba a morir y que quería hablar con el gobierno; su nombre era Atiq Zariâb.

—Si no les das mi mensaje, lo lamentarás —dijo en inglés con su marcado acento árabe.

No dijo más.

La operadora dio parte a su superior, más por no dejar de tenerle al tanto de una anécdota que otra cosa, pero cubriendo de paso su espalda por si acaso. Su jefe no le dio importancia; cuando alguien quiere avisar de alguna desgracia, debe llamar a la Policía. Ese hombre se iba a su casa cuando se cruzó con un miembro del gabinete de prensa. Y fue el azar o el exceso de celo el que le llevó a este a contarle la última anécdota. Todo era gracioso hasta que se mentó el nombre que había dado el comunicante: Atiq Zariâb. La cara de su interlocutor mudó. Hacía minutos que le habían puesto al corriente de la necesidad de ponerse en contacto con los medios de comunicación para transmitirles la urgencia de publicitar el nombre y la cara de un terrorista: Atiq Zariâb.

El muchacho se fue corriendo al encuentro de su superior. Este no estaba al tanto de la existencia del artefacto atómico, pero sí sabía que algo ocurría en uno de los despachos de Moncloa donde había gente reunida, la misma que le había encargado comunicarse con los responsables de los medios de comunicación más importantes del país.

—Sé que puede parecer extraño, pero... pero, al parecer, hemos recibido una llamada de teléfono de alguien que dice llamarse Atiq Zariâb. Quería hablar con alguien del gobierno...

Cundió la alarma. Algo muy grave debía estar pasando a tenor de la reacción de las caras que el jefe de prensa vio en aquella sala.

—¿Cuándo ha llamado? —preguntó el presidente.

—Hace un momento. Ha llamado a la centralita y le han tomado por un trastornado.

—¿Qué ha dicho? ¿Quién ha hablado con él? —preguntó el ministro.

—No lo sé, alguien de abajo, de centralita.

La llamada estaba grabada. Como rayos, todos los presentes en la reunión se fueron a comprobar la veracidad de la comunicación. Quedaron expuestos. Habían llegado de forma discreta para participar en una reunión secreta y ahora estaban siendo vistos por funcionarios del palacio. Qué más daba, ese era el menor de los problemas. En cuestión de minutos, las dos llamadas se pusieron a disposición de los presentes en la reunión. Sí, era la voz de Zariâb, no hubo dudas para los que la conocían. Balmaseda, Mónica Somoza, Aguirre, Cortés, el ministro de Interior... Sí, era él. Y no había llamado desde un número oculto.

—Hay que llamarle —dijo inmediatamente Mónica.

—¿Quién lo va a hacer? —preguntó el presidente—. ¿Debo hacerlo yo?

—No, no podemos darle ese gusto.

El ministro miró a los representantes del CNI. Luego a Cortés.

—Yo lo haré —remarcó el ministro.

Marcaron el número del móvil que había quedado registrado en la centralita. Sonó varias veces, hasta que alguien contestó al otro lado.

—Helio.

—¿Atiq Zariâb?

—Yes, *who are you?*

—¿Perdón? —el ministro pareció contrariado—. Habla en inglés —les dijo a los demás.

Pequeño contratiempo; Zariâb era bilingüe pero el ministro, no. Aguirre no pudo disimular su gesto de asco. Cortés le quitó el teléfono.

—*Hello, mister Zariâb. This is Juan Carlos Cortés.*

Cortés tuvo que explicar que era el secretario de Estado de Seguridad y que quien había iniciado la conversación era el mismísimo ministro de Interior, señal de la importancia que le daban a la conversación, pero desgraciadamente no hablaba inglés, algo que no pareció importarle mucho al terrorista, que fue parco en palabras. Este reconoció que las cosas no se habían puesto muy favorables para él, pero tampoco para el gobierno. Solo añadió que tenía algo para ellos y les dio una dirección. Acto seguido, colgó.

* * *

En la redacción del diario El Universo, todo transcurría con normalidad. Era un día más, muy tranquilo, como lo son los sábados por la tarde. Los fines de semana nunca

pasa nada, eso era algo que le gustaba a Enrique Estebaranz, periodista de la sección de nacional, joven pero experimentado. Le gustaba trabajar los fines de semana porque nada importante ocurría los sábados y domingos. Al acabar la carrera de periodismo, su primer trabajo había sido ese periódico y once años después seguía en el mismo lugar. Acababa de ser padre y había conseguido pasar al turno de fin de semana. El resto del tiempo, cinco días, era para su familia, para su hijo. Pero esa jornada no era como las demás. Había recibido una llamada de la jefatura de prensa de la Moncloa porque desde Presidencia querían hacer un llamamiento a los medios de comunicación, aunque minutos después se habían retractado. Para mucha gente aquello no tenía importancia. Mejor, más tranquilidad. Pero para Enrique no era normal. Para asegurarse, se había puesto en contacto con el jefe de prensa de Moncloa y este no había satisfecho su curiosidad, tan solo le había dicho que se había precipitado y que todo quedaba aplazado para el lunes. De sus explicaciones, Enrique dedujo dos cosas. Una, que le mentía, y dos, que su interlocutor no sabía muy bien de qué le estaba hablando, lo cual implicaba que había sido una orden que al propio jefe de prensa le había pillado por sorpresa. No tenía otra cosa que hacer, así que decidió jugar y llamó a su amiga, compañera de facultad de periodismo, María Herranz, que trabajaba en los informativos de *La Primera* de TVE, la cadena pública.

—Mari, tengo algo y no sé qué es.

—Dime.

—Por primera vez desde que salí de la facultad han llamado de Moncloa para prevenirnos de que iban a necesitar nuestra colaboración para abrir un hueco en portada, pero luego nos dicen que no, que nada de nada, que no pasa nada y que era un error. Tú conoces a la rubita aquella que trabaja en la Moncloa, es muy amiga tuya. ¿Por qué no le preguntas?

—Espera, te llamo.

Menos de cinco minutos después, María devolvía la llamada.

—Ha llamado a uno de sus compañeros que trabaja hoy y le ha dicho que no hay nada de nada, en teoría, pero que en Moncloa están el ministro de Interior y un par de militares. Y no te lo pierdas, también el jefe del CNI. Había más gente, pero no los conocía.

—¿Un sábado a estas horas? ¿Qué está pasando?

—Nadie sabe nada, pero parece ser que ha habido un incidente con una llamada.

—¿Con una llamada?

—Me ha dicho que iba a enterarse. Espera, me está llamando por la otra línea.

Enrique se mantuvo en espera. Al momento, María estuvo disponible para él de nuevo.

—No sabe muy bien, pero que han llamado a la Moncloa, a la centralita, y se ha montado un guirigay.

—¿Por una llamada? ¿Y por eso han ido el ministro y el del CNI? ¡Venga ya!

—No, ya estaban allí.

—¿Ya estaban allí? Joder, ¿qué llamada es esa? No tiene sentido, ¿quién llama a la centralita de la Moncloa?

—No sabe muy bien, pero me ha dicho que era alguien que quería hablar con el presidente.

Enrique se carcajeó.

—No tiene ni pies ni cabeza. ¿Todo eso porque alguien llama a la Moncloa?

—Hombre, de vez en cuando llama algún tarado.

—Aquí pasa algo. Lllaman para convocarnos y luego se desdicen, justo después de que alguien llama a la centralita de la Moncloa. Es ridículo.

—Y tanto.

—Por eso no me gusta. Gracias, Mari.

—¿Vas a seguir con esto?

—Sí.

—Vale, si averiguas algo, me lo pasas. Ya sabes, para ti primero y lo publicas y para mí el telediario.

—Hecho.

Enrique se fue directo a hablar con el redactor jefe de fin de semana y le puso en antecedentes.

—¿En serio crees que tiene relación? —le dijo su jefe.

—No es normal.

—Espera.

El jefe de fin de semana, César Bastida, era uno de los históricos del periódico. Había labrado su prestigio profesional en profundas investigaciones durante los años ochenta y noventa, era una figura que se paseaba semanalmente por un par de tertulias políticas en dos canales de televisión, un hombre de peso en la profesión. Y decidió usar su influencia llamando a Moncloa. Quería hablar con el presidente. Lo mantuvieron a la espera y finalmente le dijeron que el presidente no estaba disponible. Entonces llamó a un contacto que trabajaba en el Ministerio de Interior para preguntarle por el ministro, con quien trabajaba codo con codo. Fue una conversación cordial, era su amigo y, en términos periodísticos, un confidente, una de sus fuentes más fiables. Luego se dirigió a Enrique.

—Algo está pasando —le comentó—. No sabe que el ministro está en Moncloa.

—Nos están ocultando algo.

—Sin duda. Manda a algún fotógrafo a husmear. Quiero fotos de quien entre y salga de Moncloa.

El resto del trabajo consistía en seguir haciendo llamadas; contactos tenían de sobra: en el Ejército, en el CNI, en la Policía...

* * *

Un vehículo camuflado de la Policía circulaba a toda velocidad por las calles de Madrid con la sirena puesta para abrirse camino. Era sábado, el tráfico era intenso.

Poca diferencia había con un día entre semana. De lunes a viernes la gente utiliza sus coches para ir a trabajar y realizar sus gestiones y los sábados para salir a cenar. Las instrucciones eran precisas; debían recoger un paquete en un lugar muy concreto del barrio del Parque de las avenidas. No hubo ningún contratiempo; el agente que removió la papelería solo encontró un sobre con algo dentro. No le habían dicho nada sobre comprobar el contenido, así que él lo hizo. Era una cinta de *mini dv*. Con la misma celeridad, el vehículo policial bordeó la ciudad y se metió en el complejo del Palacio de la Moncloa. Un fotógrafo del diario *El Universo* inmortalizó el momento.

Dentro, el visionado no se produjo de inmediato porque no había ningún magnetoscopio donde encajar una cinta de esas características, así que hubo que solicitar una cámara apropiada con sus correspondientes cables para poder lanzar las imágenes en un monitor de televisión. Aguirre se desesperaba. ¿Por qué tenían que estar haciendo eso allí, en la residencia del presidente del gobierno? Cuando se solventaron todos los problemas, alguien apretó el botón de *play*. En la pantalla apareció la bomba y, justo después, Atiq Zariâb hizo acto de presencia sentándose junto al artefacto explosivo y mirando de frente. Hablaba en inglés:

—*Como es posible que ya sepáis en este momento, mi nombre es Atiq Zariâb... De alguna manera habéis averiguado mis planes y es posible que en pocas horas deis conmigo. Sí, tengo una bomba atómica.*

De eso no había duda, allí estaba a su lado, perfectamente encuadrada.

—*Si pudiera manipularla, la haría explotar en un par de horas. Pero no sé hacerlo y esa es vuestra ventaja. Tengo que aceptar el riesgo de que la encontréis antes de que mi plan culmine. Si es así, no habré logrado nada. Pero también puede suceder que yo gane. Cincuenta por ciento. Sin embargo, es un riesgo que no quiero correr, la derrota no entra en mis objetivos. Bien, todos sabemos de qué va esto. Esta es mi propuesta: si entregáis veinte millones de dólares, diré dónde está la bomba.*

Zariâb se quedó en silencio, se levantó y desapareció tras la cámara. El vídeo terminó.

Para entonces ya estaban intentando contactar de nuevo con él, llamando a su móvil, pero el terrorista lo había desconectado. Solo pudieron averiguar que la llamada la había realizado desde el centro de Madrid, era todo lo que sabían. Pero, dadas las circunstancias, poco importaba dar con él, porque si al hacerlo no estaba junto a la bomba, él jamás lo diría y ellos jamás lo averiguarían. A tiempo.

—Hay que pagar —dijo el presidente.

—¿Qué garantías tenemos? —respondió Mónica.

—No tenemos nada, solo la presión que podemos ejercer sobre él. Sabe que estamos a punto de atraparlo y en ese caso no tendrá ni bomba ni dinero —dijo el ministro.

—No perdamos más tiempo. ¿Cómo nos ponemos en contacto con él? —preguntó el presidente.

—Me temo que él se pondrá en contacto con nosotros —dijo Aguirre.

* * *

20 HORAS PARA LA CATÁSTROFE

En los años ochenta, durante el gobierno de UCD, la Unión de Centro Democrático, el ejecutivo español acometió la construcción de un gran refugio antinuclear en los Montes de Toledo, en unos terrenos que figuraban bajo la titularidad del entonces Instituto para la Conservación de la Naturaleza, ICONA. Pretendía ser el centro de operaciones desde el que el gobierno pudiera dirigir el país en caso de producirse una agresión de grandes proporciones, una nueva guerra mundial donde las armas atómicas se preveía que serían el producto estrella. No se sabe muy bien por qué motivo, pero esas obras oficialmente nunca se concluyeron. Al ser un tema sometido a la Ley de Protección de Secretos Oficiales, las causas no se conocieron pero todo apuntó a un cambio de opinión del presidente socialista Felipe González, que no consideró oportuno enviar tal centro de operaciones a la provincia de Toledo pudiendo tenerlo más cerca. Así que, en 1991, amparado en el máximo hermetismo, todo empezó de nuevo y se procedió a construir el más moderno refugio nuclear que un Estado se pudiera permitir, destinado a convertirse en el centro de mando del gobierno para tiempos de guerra, y que habría de unirse a otros búnkeres secretos de exclusivo uso militar que se repartían por la geografía española.

Dos años llevó la construcción del refugio subterráneo. Siete mil quinientos metros cuadrados, tres pisos de profundidad, muros de tres metros de grosor y capacidad para doscientas personas, un entramado laberíntico construido con el deseo de no tener que ser usado nunca, dotado de todo lo necesario para que el gobierno y los tres ejércitos pudieran dirigir un país desde las entrañas de la Tierra. Esa maravilla de la ingeniería del miedo no estaba situada fuera de la provincia de Madrid. El presidente no necesitaría ni siquiera quitarse el pijama si fuera necesario porque el súperbunker estaba en el subsuelo del mismísimo complejo de La Moncloa. El actual jefe del gobierno lo había visitado en dos ocasiones desde la toma posesión de su cargo, y las dos visitas tuvieron carácter informativo y lúdico. Estaba impresionado. Pasear por aquellas instalaciones durmientes le provocó una inmensa satisfacción; en su cara se había dibujado una sonrisa de sorpresa y asombro similar a la de un niño que visita Disneylandia por primera vez. Era una sensación que nacía justo delante del súpersecreto y súperrestringido acceso a uno de los pabellones del complejo de La Moncloa donde empezaba todo: al principio, un largo pasillo con detectores y controles de seguridad y multitud de falsas puertas de entrada a ninguna parte, todo ello *atrezzo* imprescindible para impregnarse del espíritu del particular ratón Mickey y su mundo mágico, solo que aquí no había ni que pagar entrada ni hacer cola; al final, una gran puerta, a modo de especial torno de acceso donde nadie te daría la bienvenida con una sonrisa vestido de Buzz Lightyear, aunque, traspasado ese punto,

uno podría viajar al infinito o al más allá. Lo que había a continuación cumpliría las expectativas del visitante más exigente: el lugar ideal para jugar a la guerra, la atracción más espectacular que mente humana podría imaginar. Centros de control militar, hospital, gimnasio, auditorio, plato de televisión, cementerio... Eso es lo que había visto el presidente: una ciudad que sería ocupada por unos pocos privilegiados en caso de catástrofe, sin imaginar nunca que la probabilidad de ser inquilino de ese particular parque de atracciones llegaría a convertirse en una realidad. Y el día que eso ocurrió, su sonrisa se transformó en una mueca de espanto, en un tic nervioso.

—¿Es necesario que nos instalemos aquí? —había llegado a preguntar.

Manejar la situación sin dar explicaciones se hacía complicado, pero no había tiempo y era obligatorio improvisar sobre la marcha. Eso excluía al CNI, que hacía horas que había tenido que ceder el testigo, el bastón de mando. Lo primero que se hizo fue convocar de forma extraordinaria y urgente a todo el personal que se ocupaba del mantenimiento y control de la instalación secreta; civiles y militares involucrados en el funcionamiento del complejo fueron llamados a Moncloa sin más explicación. Lo mismo se hizo, como requería el protocolo, con el gabinete de crisis, cuya constitución es automática y está formado por el presidente del gobierno, el portavoz del gobierno, y los ministros de Interior, Defensa y Exteriores. Con rapidez extrema todas las personas fueron llegando al palacio presidencial, desconocedores de los motivos de la visita obligada. Allí fueron desprovistos de sus teléfonos móviles y, tras ser concentrados, se procedió a dividir las explicaciones. Al gabinete de crisis se le contó la verdad. Al resto, no. Los pocos elegidos supieron que había una amenaza de bomba atómica en Madrid y que, aunque todo parecía estar bajo control, siendo rigurosos la crisis se iba a manejar de forma secreta desde el búnker por si se daba el caso de que las cosas se complicaran. De momento, permanecerían arriba. Todos solicitaron más información; eran seres humanos y su intención era conocer el estado preciso de la situación para poder avisar a sus seres más cercanos. Pero esa posibilidad era inviable. El personal del búnker movilizado no estaba al tanto de nada, al igual que el resto de personal de la Moncloa; tan solo sabían que algo importante se estaba cocinando un sábado por la noche en el palacio presidencial. La explicación tardó poco en llegar. Todos, absolutamente todos, fueron advertidos de que se iba a realizar un simulacro de catástrofe nacional, un ejercicio para valorar la actuación de un gabinete de crisis. De tan básica, la justificación tenía sentido. Pero, ¿en fin de semana? El personal convocado se puso a trabajar bajo tierra, aunque su función consistía en esperar.

Fuera del recinto, un asombrado fotógrafo de El Universo no dejaba de inmortalizar la entrada de vehículos y más vehículos en el palacio de la Moncloa.

—Yo no sé qué pasa ahí, pero esto no es normal. ¿Qué hay, una fiesta privada? —bromeó Rafa, el fotógrafo, en contacto telefónico con la redacción del periódico.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —respondió Enrique—. Mándame las fotos.

—En eso estoy.

Rafa descargó las fotografías en su ordenador portátil y de ahí las fue enviando a la redacción del periódico, tras lo cual siguió haciendo guardia, cámara en mano, muy pendiente de la vigilancia que la Guardia Civil mantenía en el perímetro del complejo presidencial. Era perro viejo y no quería que lo descubrieran.

Dentro, en la Moncloa, las deliberaciones tenían poco de ejercicio simulado. Políticos y militares trataban de poner en orden sus estrategias, que pasaban por esperar la llamada de Atiq Zariâb, mientras los cuerpos de seguridad del Estado buscaban al terrorista y su furgoneta. Todos tenían opinión y la expresaron de forma atropellada, pisándose unos a otros.

—El vídeo demuestra que está solo. Él mismo pone a grabar el vídeo y él mismo lo apaga.

—No tiene a nadie con él; los hombres que abatimos en el polígono industrial eran el resto del comando. Está solo.

—Se le ve firme.

—Es lógico, tiene experiencia. Pero está acorralado; en sus planes no entraba ser descubierto. Está tratando de buscar una manera de triunfar.

—Esto se acabará sabiendo y él quiere que el mundo conozca lo que ha conseguido.

—Sus palabras son reposadas, pero las va pensando antes de expresarlas, lo que demuestra que es un plan improvisado.

—Está preocupado, fijaos en su expresión. Eso le sitúa a nuestro nivel.

—No, sigue teniendo el mando. Mientras tenga la bomba, él manda.

—¿Qué vamos a hacer?

—Pagar. Mil veces que lo pidiera, mil veces que aceptaríamos. ¿Qué otra opción hay? —concluyó el presidente.

Tras sus palabras, se hizo el silencio.

—¿Qué otra opción hay? —repitió.

—Ninguna —reconoció el ministro de Interior.

Luego miró a Cortés.

—¿Se sabe algo de esa maldita furgoneta? —preguntó el ministro.

—Seguimos buscando. Es poco probable que encontremos algo en ella —reconoció Cortés.

—¡Joder, no es un dios! Se nos escapó por los pelos. Puedo oler la mierda que salía de su culo cuando abandonaba el polígono, estaba cagado de miedo. Ha tenido que abandonar la furgoneta de cualquier manera, todo el mundo comete errores y él también —explotó el ministro, nervioso, ofuscado.

Nadie se atrevió a contradecirlo.

—¿Qué recomienda el CNI? —preguntó el presidente.

Balmaseda miró a Mónica antes de hablar.

—Veinte millones de dólares me parece poco por la vida de cientos de miles de personas.

—Entonces pagamos y ya veremos cómo nos cargamos después a ese malnacido —dijo el presidente.

—No debemos descuidar un plan de evacuación —recordó Balmaseda.

—¿Evacuación de qué? No sabemos dónde coño tiene la bomba —interrumpió el ministro.

—Todo parece indicar que la tiene en Madrid. Él está en Madrid —recordó Mónica.

—Él sí, pero escapó del cerco policial, pudo haberse ido a, yo qué sé, Toledo, y volver —planteó el ministro.

—Aguirre, ¿tú qué opinas? —preguntó Mónica.

—La bomba está en Madrid, cerca de él. Debe tener el control sobre ella, era su misión, y no estoy seguro de que se sienta acorralado...

—Está bien, planteemos la situación dando por hecho que está en Madrid. Ese plan de evacuación, usted lo había dicho... —dijo el presidente mirando a Mónica.

Ella había propuesto esperar y realizar una evacuación a la desesperada en el último momento, siempre evitando que la gente usara sus propios medios de transporte.

—Por el tamaño de la bomba, podríamos evitar un gran número de bajas si alejamos a la gente casi un par de kilómetros del punto de impacto. Pero necesitaríamos saber cuál es... —dijo resignada ella.

—Da igual, podemos avanzar planificándolo —sugirió uno de los militares.

Sobre una mesa, los representantes del Ejército y los miembros del CNI procedieron a establecer un protocolo de actuación que incluía la manera de sacar a la calle a un número indeterminado de militares para controlar la huida masiva de personas, canalizando la marcha, despejando las calles, evitando el uso de vehículos y facilitando la descongestión. Había que establecer una estrategia que luego sería aplicada a cualquiera que fuera la zona cero. Aguirre ahí no pintaba nada, él no era un experto en protección civil. Mónica se dirigió a él.

—Vete y encárgate de analizar el vídeo a ver qué puedes sacar. Lo que sea.

Mónica creía en los milagros. Sea como fuere, no era posible rendirse y su misión consistía en mantener a sus hombres y mujeres ocupados; sus cabezas tenían que estar centradas en un único objetivo, localizar a Zariâb. Puede que el gobierno hubiera decidido negociar, o claudicar, pero ella estaba obligada a cumplir su trabajo hasta al final, hasta el último aliento. No podía dejar dormir sus recursos.

—Todavía crees que es posible un milagro —fue la contestación de Aguirre.

—Aguirre, hasta el último minuto nuestros pensamientos están dedicados a este caso. Ve y consigue algo.

Aguirre tuvo la autorización del presidente para salir del complejo. Tenían que correr el riesgo de dejarle salir confiando en que, si había sido leal hasta el momento,

también lo sería hasta el final. Mónica disponía de su móvil a su antojo, algo que no estaba permitido a los demás; comunicaciones con el exterior, las justas. El ministro de Interior no dejaba de estar en contacto con el embajador marroquí. Debía tranquilizarlo; conocía el problema que tenían, pero no sabía muy bien qué indicarle, no podía dejar que se fuera de la ciudad, no podía permitir que una embajada se quedara vacía de la noche a la mañana. La situación le sobrepasaba. El presidente se frotaba la frente. Aquello tenía mala pinta.

Aguirre tenía órdenes que cumplir. Salió de allí con la cinta de vídeo en una mano y la sensación de dejar tras de sí una auténtica chapuza. Durante el trayecto hasta la sede del CNI, su mirada se perdió en la noche tratando de avanzar. Pensar, pensar, pensar. ¿Y si no sacaba nada en claro del análisis de las imágenes? Su cerebro tenía registrada toda la intervención de Zariâb, sus palabras, sus gestos y todos los objetos y detalles que aparecían en el plano fijo que el terrorista les había hecho llegar. Poco a lo que agarrarse. En el CNI habría más gente con quien comentar, que tendría que conocer la naturaleza de la operación, que debería saber al instante la gravedad de los hechos. ¿Se podría controlar a esas personas? ¿Qué les impediría salir corriendo y avisar luego a todo el mundo? El vehículo avanzó en medio del tráfico, escaso a esas horas. Mientras, decenas de coches de las policías local, municipal, nacional e incluso de la Guardia Civil, patrullaban Madrid y las provincias limítrofes en busca de una furgoneta blanca, de la que sabían la marca, el color y la matrícula. Las cámaras de la Dirección General de Tráfico habían grabado su paso por la autovía de Colmenar a Madrid antes de meterse en Alcobendas y perderle el rastro. Algo era algo.

Aguirre convocó a algunos miembros de la división de Tecnología, los más valiosos, los más fiables. Primero borró las imágenes iniciales con los detalles de la bomba. Advirtió a los hombres para que no se sorprendieran al ver el contenido del vídeo o, mejor dicho, al escuchar las palabras de Zariâb. Solo pudo decirles que no sabían si se estaba tirando un farol, insistiendo en la dificultad de conseguir que un arma de esas características funcionara. Pero ellos no estaban allí para comprobar la veracidad de las palabras del afgano sino para analizar cada fotograma, cada décima de segundo, cada sonido, cada objeto. Era una misión imposible, Aguirre lo sabía, pero si algo sobraba en los agentes era capacidad de concentración y perseverancia. Los objetos que aparecían en el plano no llamaron la atención. Eran una silla, la caja grande que contenía el artefacto y una estantería metálica en un lateral, de esas que se montan en cinco minutos. De ella asomaban un cubo rojo, una caja de plástico transparente y una caja de cartón. Después de acercar y limpiar la imagen no se consideró que pudieran aportar información relevante. Al fondo estaba la puerta del garaje. En lo poco que duraba la grabación, no se escuchaba ningún ruido destacable. Se suponía que al otro lado de la puerta del garaje estaba la calle, pero de allí no llegaban sonidos de motores de coche. Era un lugar poco transitado, quizá una urbanización. Pero sí había un rumor constante a lo lejos. Los expertos trataron de aislar ese zumbido. Aislar y limpiar.

—Un sonido constante, ¿lo oís?

—¿Maquinaria? ¿Una fábrica?

El experto trató de aislar una de esas fuentes de sonido.

—Sonido agudo que se va transformando. Aquí es agudo y luego se hace más grave. Es la misma fuente. Son muchas que se montan, son ondas de una fuente sonora en movimiento.

La física no engaña. Efecto Doppler.

—Es tráfico —dijo el experto.

—¿Tráfico? ¿Estás seguro?

—Sí, es tráfico.

—Entonces cerca hay una calle importante.

—No es una calle. El ruido es constante, no hay vacíos. Es una autovía, algo de varios carriles. Por la cadencia de las ondas. Unas se superponen sobre otras formando un manto constante.

Volvieron a escuchar.

—Y no van despacio. Definitivamente no es una calle. Esta casa está cerca de una autovía importante, alguna de salida de Madrid. O de la M-30, o la M-40. Una de esas.

—Las urbanizaciones suelen estar protegidas con paneles antirruído.

Aguirre dejó a sus expertos concentrándose en la puerta del garaje, el único elemento visible también desde fuera. Su objetivo inmediato pasó a ser la identificación del tipo de puerta y el fabricante. A partir de ahí, su misión consistía en averiguar qué chalets o casas o adosados contaban con esas puertas, una función que no le atañía a él por lo que, mientras, podía avanzar un poco más tirando de lo único que le quedaba: Bénitah. Le debía una visita en el hospital. Curioso, hacía siglos que no visitaba uno y en cuestión de pocos días el destino había decidido hacerle poner los pies en dos.

Se llevó una copia del vídeo en un portátil.

El agente marroquí herido por Zariâb estaba ingresado en el hospital de La Paz, situado al norte de Madrid, al amparo de las Cuatro Torres, los modernos rascacielos que ya se habían consolidado como una de las señas de identidad de la capital española. De noche, la presencia de esos cuatro edificios se hacía espectacular, con su tamaño imponente de casi doscientos cincuenta metros de altura. Y a su vera, como una hermana pequeña, el complejo hospitalario. Aguirre se identificó y no fue posible ponerle ninguna objeción a su visita a esas horas intempestivas de la madrugada. Llevaba prisa, el tiempo jugaba contra él, contra todos. Bénitah no estaba solo en la habitación. El Ministerio había colocado dos agentes de Policía en la puerta. Dentro, dos funcionarios de la embajada marroquí acompañaban al herido, que dormía, y al que Aguirre no tuvo más remedio que despertar. Cuando abrió los ojos, no pareció molestarle la presencia del español. Le extendió su brazo y Aguirre le estrechó la mano.

—¿Cómo va todo?

—Estamos en ello.

—¿Le habéis pillado?

No quiso mentirle.

—No, pero estamos cerca. Necesito que me repitas todo lo que recuerdes de la casa en la que estuviste.

Bénitah hizo un esfuerzo mental, su debilidad física no había mermado su memoria. Comenzó su testimonio en el momento en el que fue metido en el coche y los sicarios de Zariâb le taparon los ojos. El CNI solo sabía que el vehículo se había desviado hacia la M-30.

—¿Por dónde te llevaron? ¿Qué pudiste escuchar?

—Ruido de tráfico. Siempre tráfico.

—¿Podrías decir cuánto tiempo te tuvieron en el coche?

Ese tipo de cálculos para un agente experimentado no era complicado de hacer.

—Sobre unas dos horas.

—Y en todo ese tiempo, ¿se mantuvo el sonido del tráfico?

—Se mantuvo en general. En algún momento descendió el ruido, pero no la velocidad.

Interesante observación. Probablemente habían estado circulando por la M-30 un buen rato. Luego, si había decrecido el ruido de tráfico pero no la velocidad, habrían podido dejar de dar vueltas y optar por salir de Madrid. Pero según Bénitah, el sonido del tráfico había vuelto; es decir, que después de alejarse de la ciudad habían regresado.

—Estoy seguro de que nos fuimos de Madrid pero dimos la vuelta.

—¿Seguro?

—Seguro. Los giros bruscos fueron hacia la izquierda.

Giros a la izquierda: un cambio de sentido en alguna glorieta en la vía de servicio. Bénitah los notó por obra de la fuerza centrífuga. Echado sobre el asiento, al girar a la izquierda su cuerpo se desplazaba hacia la derecha. Un ligero movimiento de su cuerpo hacia la izquierda implicaba una salida del vehículo hacia la derecha. Llegada a una glorieta, descenso de la velocidad, ceda el paso, nuevo acelerón y rodeo de la glorieta. Cuerpo desplazándose hacia la derecha, curva pronunciada a la izquierda. Cambio de sentido. Nueva incorporación a la autovía y aumento del sonido de coches a medida que se acercaban de nuevo a Madrid.

—¿Qué ocurrió antes de llegar a la casa?

—Abandonamos la carretera con tráfico, pero enseguida se hizo el silencio. Es una casa cerca de una autovía.

Era lo que se imaginaba Aguirre, tenía todo el sentido del mundo, era el lugar adecuado para poder huir en caso de problemas; en cuestión de segundos podrían dejar la casa y meterse en una vía de escape. Aguirre no podía pedirle más. Abrió el portátil y le mostró solo unos pocos segundos del vídeo. No quiso mostrarle el

mensaje entero, aunque le adelantó que Zariâb había pedido dinero, mucho dinero. Detuvo la imagen.

—¿Reconoces el lugar?

Bénitah lo observó bien. Las estanterías, la puerta. No había más. Estaba oscuro cuando él llegó, pero era observador, en eso consistía parte de su trabajo.

—Sí, ese es el garaje.

Aguirre lo dio por seguro. Era una vivienda unifamiliar, quizá independiente, quizá un adosado. Tenía que estar dentro del área de influencia de la capital. Debía empezar por algo, así que decidió que esa vivienda tenía que estar entre la M-30 y la M-40, para él era lo único que tenía sentido. Se despidió de Bénitah, prometiéndole volver a visitarlo cuando se hubiese solucionado todo y asegurándole que lo tenían bajo control. Después regresó a toda velocidad a la sede del CNI y allí se plantó ante un mapa, un minucioso y actualizado plano de Madrid y comenzó a escrutarlo centímetro a centímetro, entre la M-30 y la M-40, buscando bloques de chalets y grupos de adosados cerca de accesos a esas circunvalaciones de Madrid. Por mucho tiempo del que dispusiera, nunca sería suficiente. La noche era muy corta.

* * *

A esas horas de la madrugada, y después de haber comprobado el trasiego de coches que había en el complejo de la Moncloa, en la redacción de El Universo ya estaban convencidos de que algo extraordinario estaba sucediendo y que ellos tenían un mandato casi divino para averiguarlo. César Bastida ya había tenido tiempo de mover algunos hilos en forma de llamadas telefónicas que habían delatado sorpresa, pues sus contactos no estaban al corriente de ninguna actividad especial. A continuación puso en marcha un plan consistente en avisar a sus fuentes de confianza en el Ministerio de Interior y en la Policía. Y justo después, cuando tenía armado su particular operativo de captación de información, llamó a su amigo el tiburón del periodismo en España, el director del periódico, Francisco Javier Hernández, que dejó su casa sin hacer demasiadas preguntas; esas quedaban para diez minutos después, el tiempo que separaba su lujosa vivienda de la sede del periódico. Si César Bastida lo había despertado en medio de la noche era que había un buen motivo para hacerlo. No solo estaban juntos desde la fundación del periódico, hacía poco más de veinte años, sino que ya habían trabajado juntos en la anterior empresa informativa a la que pertenecieron.

Cuando llegó, aseado y vestido como un dandi, escuchó con atención todos los datos que Enrique Estebaranz y César Bastida habían recabado, entre ellos, el trasiego de coches oficiales de varios ministerios, de varios ministros. Los dos se le quedaron mirando, esperando una valoración del hombre con mayor olfato periodístico que había dado el país en el último medio siglo.

—¿Estás seguro de que eran los coches de los ministros? —preguntó el director.

—A mí también me ha sorprendido, pero sí. No sabemos si iban dentro, pero no tendría sentido lo contrario —replicó Bastida.

—Sí, no es normal, aquí pasa algo grave —aceptó el director.

César supo por dónde podrían ir los tiros.

—Está el ministro de Interior, está el jefe del CNI...

—Y dices que no han salido todavía.

—No, tenemos cubiertas todas las posibles vías con fotógrafos.

Ministerio de Interior y CNI. Terrorismo. Alguna información de última hora.

—Y el ministro de Exteriores y el de Defensa... ¿Sabes lo que eso significa? —preguntó el director.

—Sí, pero no puede ser... —replicó Bastida, incrédulo.

El «sí, pero no puede ser» era un gabinete de crisis. Y, además, militares y miembros del CNI.

—Y más coches, pero estamos tratando de averiguar a quiénes pertenecen porque son particulares —precisó Estebaranz.

—Hay que saber quién está ahí dentro —ordenó con decisión Hernández, asumiendo su papel de director.

La mejor manera de averiguarlo era preguntándolo sin rodeos. Si había alguien capaz de llamar a la Moncloa y hacer que el presidente del gobierno se pusiera el teléfono, ese era el director del periódico, uno de los hombres más influyentes del país. Si podía provocar caídas de gobiernos, cómo no iba a ser capaz de que le descolgaran un teléfono. Francisco Javier Hernández llamó y exigió hablar con el presidente para una cuestión urgente. Lo pusieron en espera. Cuando le pasaron el recado al jefe del gobierno, a este le temblaron las piernas.

—Lo que nos faltaba. Este lo sabe.

—No digas tonterías, es imposible —lo tranquilizó el ministro de Interior.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Mira todos los que lo sabemos aquí —replicó el presidente.

Si se tratara de otra persona, el ministro se hubiera quedado tranquilo, pero con Hernández era diferente, consideraba que ese periódico y ese director eran sus enemigos. En España los políticos llevan muy mal la crítica y la denuncia de sus prácticas. No era la primera vez. Otros se callaban, pero ese maldito periodista con pretensiones de dios, no.

—¿Qué hago? —preguntó el presidente.

—A estas horas estás durmiendo —propuso el ministro.

La disculpa no funcionó, porque hubo recado de vuelta.

—Presidente, dice que sabe que hay un gabinete de crisis y que solo le dirá a usted ahora todo lo que sabe o, si no, lo hará mañana a todo el país.

—No puede saberlo, se está tirando un farol —dijo el ministro enfadado.

—¿Estás seguro?

No, no lo estaba.

—Nos va a joder los planes. Que le digan que ahora no puedes, que lo llamarás en cuanto despaches unas cuestiones, pero que no hay un gabinete de crisis en absoluto —propuso el ministro.

Así le fue transmitido el mensaje al director del periódico, que se recostó en su sillón.

—Dicen que me llamará —dijo riéndose—. Vamos a ver, si no ocurre nada importante, ¿por qué no han dicho de qué se trata y en cambio solo han insistido en que no es un gabinete de crisis? —dijo el director manteniendo la sonrisa.

—¿Y bien? —preguntó César Bastida, deseando oír una conclusión que ya imaginaba.

—Es un gabinete de crisis, sin duda —sentenció.

—¿Qué crees que puede estar pasando?

—Tienen información relevante.

—¿Otro 11-M?

Eran palabras mayores.

—Esperemos que no.

Por la forma en que lo dijo parecía ser más un deseo que una convicción, pero su instinto le decía que se trataba de algo malo, de algo bastante malo. Urgente, novedoso, casi sorprendente. No solo era madrugada, sino también domingo. Bastante malo no, muy malo. Ellos no podían quedarse quietos, tenían que hacer su trabajo. Mientras se le concedía al presidente un tiempo de cortesía para devolver la llamada sabiendo que lo que iba a contar era mentira, en el periódico se aplicaron a tratar de unir cabos, a seguir haciendo llamadas, a buscar la conexión, a bucear en hechos acontecidos en las últimas horas que pudieran haber supuesto el detonante de toda la situación que se estaba viviendo en ese momento en la Moncloa. Fuera lo que fuere, la exclusiva tenía que ser de ellos; era lo que la gente esperaba cuando había asuntos oscuros en juego. Francisco Javier Hernández se quitó su americana, mostrando una camisa azul sin una arruga y se puso manos a la obra.

En la Moncloa todos los hilos se estaban moviendo. Mejor dicho, el hilo, un único hilo, que consistía en decidir de dónde sacar el dinero que exigía Atiq Zariâb. No parecía un problema, esa cuestión acababa de resolverse, pero allí se había llegado a discutir si no sería mejor negociar. El presidente había tomado muy rápidamente la decisión de acceder a las peticiones del terrorista y eso había creado dudas. ¿Y si la siguiente vez que llamara dijera que quería más?

—No hemos estado muy listos —pluralizó Mónica para rebajar la carga de responsabilidades.

Todos trataron de dar su particular versión de los acontecimientos intentando aportar alguna idea nueva, pero eso no hacía más que emponzoñar la situación. Discutían entre ellos.

—No tenemos ninguna ventaja. Estamos en sus manos —se atrevió a decir Balmaseda.

—Ese es el problema —dijo Mónica Somoza.

—¿Y qué coño quieres que hagamos? —estalló el ministro.

Mónica se calló. Le hubiera gustado transformarse en Aguirre, en ese momento le hubiera gustado mucho. Pero no, no tendría mérito hacer lo que quería hacer bajo la personalidad de otro. Ella quiso darle una bofetada al ministro, pero su trabajo consistía en pensar soluciones, no en descargar sus frustraciones, aunque desgraciadamente eso era lo que sentía. Como con todos, esa sensación de derrota casi se había apoderado de ella también. Había manejado cientos de situaciones, había participado en decenas y decenas de ejercicios, pero esto era demasiado. Algo así nunca había estado en los planes, eso solo ocurría en las películas, donde estaba claro que al final siempre cazan al malo y evitan la catástrofe. Se sabía desde el principio, desde los títulos de crédito iniciales. Pero ellos eran funcionarios y estaban en el mundo real. Sí, por primera vez en su vida, Mónica Somoza estaba desesperada, viviendo una especie de pesadilla que sabía que era auténtica. No podía estar parada; se hizo a un lado y llamó a Aguirre.

—¿Tienes algo?

—Estamos buscando viviendas con el mismo tipo de puerta de garaje.

—¿En dónde?

—Nos la estamos jugando con los datos de sonido del vídeo y el testimonio del marroquí.

—Dios, Aguirre, ¿qué va a pasar?

—Todo va a ir bien.

—Me gusta cuando mientes.

—Estamos marcando zonas posibles de viviendas.

—Pero eso es inmenso.

—Te estoy diciendo que me la voy a jugar. Tenían el almacén en Colmenar Viejo, pues pensemos que la vivienda está bien comunicada con el polígono industrial. En Madrid, pero bien comunicada con Colmenar Viejo —repitió Aguirre.

Tenía todo el sentido del mundo. Lejos, pero cerca. En una ciudad como Madrid, ni Zariâb se podía permitir tardar demasiado en llegar desde su piso franco a la nave donde todo se estaba preparando.

—Zona norte de Madrid —adivinó Mónica.

—No sé, no necesariamente. Zona de chalets o adosados cerca de accesos a la M-40.

—¿Y en qué parte?

—Desde Arroyo del Fresno...

—¿Hasta dónde?

—No lo sé. Hasta O'Donnell, por ejemplo. Ya sé que es un disparo al aire, pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados —apuntó Aguirre.

—Está bien, no perdemos nada. Avísame de cualquier cosa.

Así quedaron. Aguirre se aplicó con sus hombres a la labor de identificar zonas con las características requeridas mientras Mónica permanecía enjaulada en la mediocridad. No tuvo tiempo de venirse abajo, el teléfono sonó. Era Zariâb, dijeron antes de pasar la llamada. Se hizo el silencio en la sala. Cortés se volvió a hacer cargo del auricular y todos escucharon.

—¿Tenéis el dinero? —preguntó el terrorista.

Cortés miró al presidente. Este miró al ministro de Interior.

—¿Tenéis el dinero? —volvió a preguntar.

Cortés tradujo las palabras del presidente.

—Es difícil conseguir tanto dinero.

Zariâb colgó, algo que pilló de improviso a todos; su cara de pasmados lo reflejaba perfectamente.

—¡Mierda! —se le escapó al ministro de Interior.

Cundió el pánico. Una nueva crisis dentro de la crisis. Se apresuraron a marcar. Daba señal, pero nadie contestó.

—¿Es que no podemos localizar esa maldita llamada? ¿Dónde está? —preguntó el presidente.

—Es listo, es un móvil, pero no está donde tiene la bomba, eso está claro —apuntó Balmaseda.

El presidente comenzaba a presentar síntomas de un ataque de ansiedad. El teléfono volvió a sonar. Era Zariâb.

—Diez millones de dólares. ¿Tenéis el dinero?

Había una rebaja. El presidente se apresuró a asentir.

—Sí, en breve estaremos en condiciones —repitió Cortés.

—Bien. No quiero fallos. Llamaré para indicar dónde hay que transferirlo y eso se hará de inmediato. Cuando verifique el ingreso, diré dónde está la bomba.

—¿Qué garantías tenemos de que...? —preguntó Cortés.

—No tenéis ninguna garantía —Zariâb hizo una pausa—. ¿Qué se siente cuando uno ve que no tiene posibilidades de negociar? ¿Qué se siente cuando uno está en manos de otro? ¿Qué se siente siendo la víctima del abuso? Ahora podéis empezar a entender. Occidente nunca tuvo piedad, ¿debo tenerla yo?

Se hizo el silencio.

—Soy humano. Pagad y os entregaré la bomba.

Zariâb colgó. Al instante comprobaron que había desconectado el teléfono.

—Podríamos localizarlo —afirmó Cortés.

—No está con la bomba, no nos serviría de nada —dijo Mónica.

—Pagaremos —dijo el presidente.

—Señor presidente, deberíamos asegurarnos de que nos entrega la bomba... —insistieron todos a su alrededor.

—¡Pues pensad la manera de lograrlo! Ha dicho que nos la dará si pagamos. Es mucho dinero; no puede arriesgarse a quedarse sin él y sin bomba si lo atrapamos —

fue lo único que acertó a decir el presidente.

—¿Disponemos de ese dinero? —preguntó Cortés.

—Esa cantidad es fácil de mover, la sacamos de los fondos reservados —puntualizó el ministro.

—Te encargas tú en cuanto nos dé instrucciones —le dijo el presidente.

La situación parecía volver a estar bajo control. El presidente recordó que le debía una llamada a un director de periódico. Se fue a una esquina.

—Ya puedo llamar a ese cabrón —le dijo a su confidente, el ministro de Interior.

—¿Qué le vas a decir?

—Que estamos metidos en algo importante, pero que tiene arreglo.

—¿Se lo vas a contar?

—Algo le podría decir.

—No, es capaz de echarlo a perder.

—Si no le llamo, sí que nos puede arruinar todo. Es mejor tenerlo de nuestra parte.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido el ministro por la iniciativa del presidente.

—Hay que involucrarlo, no tardará en saberlo. Hay que apelar a su condición de ciudadano responsable.

—¿Que calle durante un tiempo? —trató de adivinar el ministro.

—A cambio de contárselo más adelante —confirmó el presidente.

—Ganar tiempo, dices.

—Sí. Y luego ya veremos la manera de ocultar lo que no interese. De eso te encargarás tú —dijo el presidente clavando sus ojos en los del ministro.

Evitar que consiguiera pruebas, de eso se trataba. De las reuniones en Moncloa no quedaba constancia, ningún acta, así que podrían contar lo que quisieran; en otras ocasiones lo habían hecho con éxito.

El presidente llamó a Francisco Javier Hernández y le contó que efectivamente estaban trabajando con exceso de celo en una pista terrorista, pero, como la operación estaba en marcha, le pedía que le permitiera no decirle nada hasta que pasaran unas horas, pues era imprescindible su silencio para no entorpecer la investigación. El director se mostró satisfecho. Se despidieron educadamente, esperando poder volver a hablar en poco tiempo.

Francisco Javier Hernández se había mostrado satisfecho. Mostrado, fingido. Pero claro que no lo estaba. El presidente no le decía la verdad, lo pudo intuir sin problema; el olfato periodístico se perfecciona con el tiempo y la práctica. Había percibido sin problemas que bajo las palabras ordenadas, educadas, vacías de contenido, del presidente se escondía una actitud nerviosa y preocupada, por lo que decidió que no había ninguna pausa que hacer. Su trabajo continuaba, para él nada cambiaba. Sí, sabía que debía andar con cuidado porque no le quedaba duda de que tenían entre manos un tema extremadamente delicado. Sin embargo, desconocía que

estaba involucrado en una cuenta atrás que, como a otros muchos cientos de miles de personas, le podría premiar con la muerte.

* * *

Era una cuestión de tiempo. Decenas de coches patrullando por todas partes, por la ciudad y pueblos de la provincia, buscando en cada esquina, tenían que dar su fruto. La furgoneta apareció en Mejorada del Campo. Era la Volkswagen Multivan. Enseguida se dio aviso y en cuestión de minutos la zona, ya de por sí despejada, se llenó de coches y miembros de la Policía que ya no tenían necesidad de disimular. Mónica Somoza avisó a sus agentes y exigió al ministro de Interior, en términos de ofrecimiento leal, la presencia de miembros del CNI en el lugar de los hechos para analizar la furgoneta. El ministro desestimó la propuesta; deseaba que el desenlace estuviera en manos de su ministerio, para él estaba claro que el fin de la historia estaba cerca y que esta iba a resultar un éxito. En el peor de los casos no consideraba que el CNI pudiera encontrar nada que no estuviera también al alcance de la Policía científica. Pero Mónica no hablaba de capacidades, sino de eficacia. Ellos llevaban meses, dos concretamente, detrás de este caso, un número muy limitado de personas conocía el asunto y siempre habían funcionado con discreción, por departamentos, ignorando la mayoría de las personas la naturaleza real de la investigación y, como era una manera habitual de trabajar, nadie se cuestionaría nada, a ninguna hora. Eso era algo que no se podía decir de la Policía. Los agentes que llegaron al lugar en el que se encontraba la furgoneta tenían órdenes de registrarla de arriba abajo, pero no fueron informados de nada más, no sabían qué tenían que buscar. ¿Debían buscar huellas? Era una pérdida de tiempo; querían pistas que los llevaran a Atiq Zariâb pero no les habían informado de lo que esa furgoneta había transportado en las últimas horas. Un desperdicio porque los agentes se hicieron preguntas y sus superiores no supieron contestar. En la furgoneta no hallaron nada, solo huellas dactilares de hasta nueve personas. Si lo hubieran dejado en manos del CNI o hubieran sido debidamente informados, no habrían tenido que perder demasiado tiempo concluyendo que tres de las huellas pertenecían a Atiq Zariâb, Ayman Elquasabi y Josep Haykal, el grupo autónomo, y que el resto nada tenía que ver con la trama terrorista sino con clientes que habían alquilado la furgoneta en los meses anteriores. Sí, era una furgoneta alquilada a la compañía Avis con nombre falso por un período de tres meses, del que todavía quedaba uno por cumplir. Para cuando culminara el período de alquiler, los tres criminales estarían muy lejos. Esa era la previsión y de alguna manera se había cumplido: los tres estaban muy, muy lejos, quizá más allá del infierno. ¿O era el paraíso?

Aguirre fue informado de las últimas novedades, la petición de Zariâb y el hallazgo de la furgoneta.

—De poco nos va a servir. No estamos buscando a nadie, estamos buscando una bomba —fue lo que le dijo a Mónica.

—¿Cómo vais por ahí? —preguntó ella.

—Hemos localizado varias zonas; voy a mandar a todo el mundo que pueda a hacer inspecciones buscando garajes con puertas blancas.

—¿Crees que está escondido ahí?

—No sé, pero no perdemos nada.

Aguirre lanzó a sus agentes a Arroyo del Fresno, Mirasierra, Montecarmelo, Las Tablas, Sanchinarro, La Pionera, Canillejas y Las Rozas, las zonas residenciales más próximas a la M-40. Su objetivo era localizar chalets o adosados con puertas de garaje de entrada directa desde la calle similares a las del vídeo. En su cabeza ya estaba preparando el segundo paso de un plan que iba improvisando casi sobre la marcha. No tenía muchas opciones, pero podría dar resultado... Él no podía quedarse allí, esperando; era un hombre de acción, tenía que sumarse al rastreo, necesitaba ocupar su tiempo. Quería engañar a su cerebro, pero este no se lo acababa de consentir. Percibía más cerca un final que no podía controlar. Algo le decía que no debía fiarse de Zariâb, iba en su naturaleza, estaba obligado a cuestionarlo todo, solo así era posible obtener resultados. Si acertaba, bien. Si fallaba... Y fue en ese momento cuando vio, cuando sintió, que el desenlace se presentaba oscuro. Y fue humano. No pudo evitarlo; antes de subirse a uno de los vehículos, llamó a su mujer. No fue consciente de la hora que era. El teléfono no dio señal, estaba apagado, desconectado. No la molestó, había muchas horas de margen. Dejó un mensaje.

—Eva, soy yo. No puedo hablar mucho. Las cosas no están muy bien, no te puedo dar detalles pero os pido por favor que os vayáis de Madrid. Acercaos a ver a los abuelos. A tus padres, a los míos, lo que quieras, pero salid de la ciudad cuando oigas este mensaje, te lo pido por favor. El domingo no estéis en Madrid.

No se sintió tranquilo. No solo por su mujer y su hija, sino por su forma de proceder. Había avisado a su familia, pero no hubiera permitido hacer lo mismo a otros. Aquellos compañeros que se subían con él en varios coches no disponían de la información que él manejaba, no les había dicho nada y tampoco le habían preguntado nada; estaban entrenados para obedecer y olvidarse de la operación una vez concluido el trabajo. Aguirre sabía que no era justo. ¿Realmente debía ocultar lo que sabía? ¿Debía dejar que mucha gente muriera teniendo la oportunidad de poder escapar? Preguntas de ese tipo le estaban empezando a nublar la mente, era un síntoma de debilidad. Se rebeló. Para empezar, se repitió que no estaba todo perdido y se recordó que, de ser así, Mónica ya había planteado avisar a la población para que pudiera alejarse de la zona de peligro. Él no estaba condenando a nadie a morir. Pasara lo que pasara, no era culpa suya. Pasara lo que pasara, no sería culpa suya. ¿Cómo podía haber vuelto a caer? Era precisamente de eso de lo que pretendía escapar, escupir lo más lejos posible cualquier sentimiento de culpa, el mismo que había arruinado su vida en los últimos años, de modo que no podía dejarse arrastrar otra vez. Hacía días que había tomado la decisión de cambiar, ansiaba una nueva etapa. Abandonó todo pensamiento estúpido y volvió a centrarse en su objetivo.

Distribuido el trabajo, cada vehículo se fue en una dirección en busca de puertas de garaje blancas.

* * *

En la redacción de El Universo empezaban a obtener resultados sin tener que hacer esfuerzos. Con unos pocos contactos en la Policía, ponerse tras la pista fue coser y cantar.

—¿Qué tenemos? —preguntó el director.

—Sabemos que en las últimas horas ha habido una inusitada actividad policial, pero ni ellos mismos saben por qué. Habían recibido órdenes de buscar una furgoneta. Pues bien, por una simple furgoneta se han movilizado todas las policías y la Guardia Civil —contestó Enrique Estebanz.

—¿Para qué?

—No se les dijo el motivo. El caso es que la furgoneta ha aparecido en Mejorada del Campo.

—¿Sabemos qué contenía? ¿Explosivos?

—Ahí está lo raro. Nada, no había nada dentro.

—¿Buscaban con desesperación una furgoneta y cuando la encuentran no hallan nada de interés en ella? —preguntó el director.

—Eso parece. Cuando la han encontrado, se ha ordenado a todos los que estaban involucrados en la búsqueda que se olvidaran de ella y se centraran otra vez en sus labores habituales.

—Y se lo han tomado a cachondeo —intuyó el director.

—Sí, he hablado con el tío de un amigo mío, es uno de los policías que está de servicio esta noche. Dice que les habían insistido en buscar esa furgoneta y por compañeros sabe que ahora no les sirve de nada.

—No sabían lo que tenían que buscar en la furgoneta —volvió a adivinar el director.

—Suen a risa, pero no, solo tenían órdenes de localizarla.

César Bastida, con muy buenas conexiones personales en la Policía científica entró en el despacho.

—La furgoneta no tenía nada, solo huellas, pero después de revisarla de arriba a abajo han recibido órdenes de no perder el tiempo —informó.

—Eso es porque o no era la furgoneta que buscaban o no han hallado ninguna pista de lo que esperaban encontrar —sugirió el director.

—No tiene ningún sentido —replicó confundido Estebanz.

—Lo cual nos obliga a deducir que definitivamente estamos ante algo gordo —dijo Bastida.

No tardaron en empezar a unir elementos. Dedujeron que la furgoneta debía haber sido usada para transportar explosivos, ya que no era la primera vez que así había

ocurrido. Gracias a una operación similar se había podido abortar un intento de atentado de ETA años atrás.

—¿Podríamos estar ante el regreso de ETA? ¿Es posible que se tengan noticias de la llegada de un comando con explosivos a Madrid?

Así había sido en el pasado, pero las pesquisas y consultas con fuentes de la lucha antiterrorista descartaron esa posibilidad; no tenían ninguna constancia de algo semejante. Pero pronto alguien los puso sobre la pista. Hacía unas semanas, de forma discreta se les había solicitado la búsqueda en España de un supuesto narcotraficante, que indagando, resultó ser un presunto terrorista islamista del que no habían dado su verdadero nombre. Quizá podría tener relación con todo este asunto. Conocida su identidad y después de bucear, preguntar, interrogar a todas las fuentes de que disponían en el periódico —de las que podían presumir de ser de las mejores con las que cualquier medio de comunicación podía contar—, se podía establecer una conexión entre ese hombre, Atiq Zariâb, y la furgoneta. Él era un terrorista de los más peligrosos del mundo, que nunca había estado en España. Pero el hecho de que lo estuvieran buscando aquí ya despertaba sospechas de por sí y más cuando su búsqueda se estaba realizando de forma discreta. Por otra parte, de manera casi obsesiva en las últimas horas se buscaba una furgoneta. Esa clase de vehículos solo se usaba para el transporte de explosivos. La hipótesis que construyeron en el periódico era clara: Atiq Zariâb estaba preparando un atentado en Madrid de manera inminente.

El mismísimo director del periódico llamó una vez más a la Moncloa. Esa llamada molestó al presidente.

—¿Pero qué se habrá creído? ¡Le dije que ya le daría explicaciones! —protestó.

Pero su cara mudó cuando el recado que le transmitieron era que sabían lo que estaba preparando Atiq Zariâb, con nombre y apellido.

—¡Lo sabe! ¿Cómo es posible? —le preguntó al ministro.

—Se lo han dicho, se lo han dicho —le dijo este.

—Pero, ¿quién? Solo lo sabemos los que estamos aquí.

El ministro pensó.

—Ha sido ese hijo de puta. Es el único que no está aquí.

—¿Quién? —preguntó el presidente.

—El agente del CNI. Ese Aguirre —espetó con desprecio el ministro.

—Nos va a mandar a la mierda el plan.

En otros tiempos, a esas horas de la mañana no habría posibilidad de publicar nada, sería demasiado tarde, pues haría ya algún tiempo que los periódicos estarían camino de los quioscos. Pero en la época de Internet y las ediciones digitales, todo es diferente. En cuestión de minutos, la noticia sería conocida por todo el mundo.

—Hay que detenerle —dijo el ministro.

—¿Cómo? —preguntó el presidente.

—Hay que hacer que no cuente nada hasta que todo haya pasado.

—¿Le decimos la verdad? —preguntó confundido el presidente.

—¿Qué verdad? —replicó el ministro.

No había muchas opciones.

—Llámale, dile que quieres hablar con él —le propuso el ministro.

El presidente no tenía muchas opciones y a cada minuto que pasaba los problemas parecían multiplicarse.

—¿Y por qué no llama Zariâb?! —gritó desafortadamente el presidente. Todos pudieron oírle.

Desde la oficina del presidente convocaron con carácter urgente al director del periódico. A este le sorprendió la citación, lo que dejaba confirmado que algo muy grande estaba pasando. Francisco Javier Hernández llamó a su chófer y se dirigió al Palacio de la Moncloa.

El ministro se acercó a Mónica Somoza.

—¿Sabes el lío en el que nos ha metido ese hombre tuyo?

—¿Qué hombre? —preguntó Mónica.

—Se lo ha largado a la prensa.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó ella confundida.

—Aguirre se lo ha soltado todo. Dijo que lo haría y lo ha hecho. Ese grandísimo hijo de puta.

—No digas tonterías, eso es imposible.

—¡Lo saben, lo saben todo! —escupió el ministro.

—Pues entonces piensa a ver qué has hecho mal para que se enteren. ¿No querías encargarte tú de todo? ¡Pues ahí tienes el resultado! —explotó Mónica.

El ministro no tuvo fuerzas para encararse con ella.

—¿Cómo sabes que lo saben todo? —fue lo último que preguntó ella.

En el fondo era una frase tranquilizadora e inteligente porque ignoraban qué sabía el periódico.

Mónica llamó a Aguirre y lo puso al corriente. Sabía que él no tenía nada que ver, pero se lo contó.

—Que le den —fue la respuesta de Aguirre.

Suficiente, él no había sido. No perdió más tiempo con tonterías y se centró en su trabajo. Estupideces de ese tipo solo distraían de lo realmente importante y hacían aumentar la tensión entre personas que deberían aunar sus esfuerzos. Pero parecía que ni siquiera en una situación así lo conseguían.

Aguirre, con evidentes muestras de fatiga, tenía una petición para Mónica, la parte de su plan que faltaba por llevar a la práctica.

—Hemos encontrado varias zonas que encajan.

Estaba claro que no podrían ir puerta por puerta preguntando y menos entrando.

—¿Por qué no haces que manden coches de Policía a merodear? Que se muestren abiertamente.

—¿Qué pretendes? —preguntó Mónica.

—Que Zariâb lo vea.

Eso descolocó a Mónica.

—Pero podría escapar...

—¿Y si miente? ¿Y si sus planes son no decir dónde está la bomba? —sugirió Aguirre.

—No lo sabemos...

—Si se siente acosado, si cree que sabemos dónde está, si ve que lo acorralamos, entonces es posible que sí negocie de verdad, o que cometa un fallo.

Mónica no lo vio claro. Le iban a pagar una importante cantidad de dinero al terrorista, pero era verdad que no tenían garantías, solo su palabra, de que fuera a entregar la bomba. ¿Y por qué había rebajado tan fácilmente sus pretensiones económicas? Por primera vez no pudo pensar con claridad, su nivel de estrés le provocó una bajada de tensión y se mareó. Tuvo que sentarse y beber agua. Se hidrató todo lo que pudo. Cuando se recuperó, le propuso al ministro de Interior el plan de Aguirre sin decirle que la idea era de él. Solo anunció que el CNI avanzaba en la localización física de Zariâb y que quizá era bueno demostrarle que estaban cerca de él. El ministro no sabía qué pensar. El presidente lo reclamaba, quería hablarle en privado. El ministro aceptó la sugerencia de Mónica y lo envió a hablar con Cortés para coordinar la manera de llevar a cabo su idea. El presidente abordó al ministro, le seguía preocupando el director del periódico.

—Si lo sabe todo, no podremos hacer nada por evitar que lo publique tarde o temprano. Me culparían directamente. Y a partir de ahí saldría un montón de mierda, ya sabes cómo se las gasta. Perderíamos las elecciones.

—Tú no te preocupes —dijo el ministro.

Los minutos siguientes los dedicaron a repasar la información que iban a darle o, mejor dicho, a no darle, al director del periódico. Todo lo demás estaba encaminado. El plan de evacuación estaba perfectamente establecido y a esas horas de la mañana ya se había dado la alerta a los efectivos que habría que poner en marcha. A su vez, coches de Policía empezaban a pasearse, a patrullar, por zonas muy concretas de Madrid, todas ellas muy cerca de la M-40. El misterio seguía, no sabían por qué lo hacían.

* * *

El director del periódico llegó a la Moncloa. En otras ocasiones los encuentros eran inmediatos, pero esta vez le hicieron esperar usando la misma táctica que con las llamadas telefónicas. Francisco Javier Hernández sospechó, y más cuando recibió la llamada de César Bastida anunciándole que se habían puesto vehículos de Policía de nuevo a patrullar, esta vez sin un objetivo claro.

Por fin lo recibieron el presidente y el ministro de Interior. No hubo tiempo para conversaciones introductorias más o menos protocolarias. El director pidió explicaciones.

—¿Qué sabes? —le preguntaron.

—Lo del atentado que planea Zariâb —se aventuró a asegurar el director.

—Te aseguro que no ha sido fallo nuestro. El CNI erró en sus cálculos y ahora tenemos que arreglarlo todo deprisa y corriendo —se justificó el presidente.

No había preguntado nada y se lo habían respondido casi todo. Un fallo así solo era posible si la situación que vivían era insostenible. Estaban muy nerviosos. De modo que había atentado a la vista.

—¿Cuándo va a ser? —preguntó.

—No, eso no lo podemos decir.

—¿Dónde?

—Tampoco.

—No va a haber ningún atentado, estamos a punto de concluir la operación, por eso te pedimos que no publiques nada hasta que todo haya pasado. No podemos permitir que cunda el pánico —dijo esta vez el ministro.

El director recibió una llamada. Escuchó sin hablar y luego colgó.

—Así que no pasa nada —dijo retomando la conversación.

—Sí pasa, pero está controlado —dijo el ministro.

—¿Y por eso estáis preparando al Ejército?

Eso puso aún más tensos a los dos políticos. A cada paso que daban, una grieta se abría en el sistema.

—Es una cuestión de seguridad nacional, te exigimos que guardes silencio unas horas —solicitó el presidente.

—Si me dais más detalles.

Eso no iba a ocurrir.

—Cuando todo esto concluya, tienes mi palabra. Serás el primero, el único —aseguró el presidente. Y le ofreció la mano, quería sellar el trato. El director accedió.

—Gracias.

El director del periódico abandonó la Moncloa decidido a continuar su trabajo. Cuando salta la liebre, todos los perros echan a correr. El galgo de su periódico llevaba ventaja, pero a cada minuto que pasara aquello podría convertirse en una carrera con múltiples contrincantes. Cobrarse la pieza implicaba seguir el primero. Desde su coche se puso al día con la redacción. Si la operación era inminente, fuera cual fuera, podría implicar una intervención de grupos de élite de la Policía. Había que tenerlos vigilados para saber a dónde irían.

* * *

Relajado en la vivienda, Zariâb cambió su gesto cuando por la ventana comenzó a ver coches de Policía moviéndose despacio. Los vio a lo lejos. Salió de la casa con el tiempo justo para verlos desaparecer al final de la calle. Pero los volvió a divisar a los pocos segundos. No era una casualidad, cada vez vio más. Entendió que el cerco se estaba estrechando. Habían conseguido localizar la nave y ahora lo encontrarían a él. Sin tiempo que perder realizó la llamada de teléfono. Cortés, como venía siendo

preceptivo, respondió al otro lado. Mónica llamó a Aguirre para relatarle lo que ocurría. La conversación de Zariâb se escuchaba en toda la sala a través de un sistema de manos libres.

—Quiero el dinero ya.

Cortés fue respondiendo, según las órdenes que iba recibiendo.

—Sí, estamos en condiciones de hacer la transferencia.

—La quiero ya. Ahora.

Las palabras de Zariâb ya no sonaban relajadas, ahora tenía prisa. Mónica y Aguirre lo notaron.

—¿Te das cuenta? Está nervioso. Nos está viendo, está viendo a la Policía merodear. Cree que vamos a por él —dijo Aguirre.

Mientras Aguirre y Mónica hablaban sin que nadie les hiciera caso, Zariâb terminaba de dar los datos necesarios para realizar el ingreso. Todo resultaba muy sencillo: en cuanto se realizara la transferencia, la entidad bancaria receptora situada en un paraíso fiscal enviaría inmediatamente un pantallazo a Zariâb confirmando la operación y, para más seguridad, añadiría un correo con el justificante del envío con su código *swift*.

—Dile que no paguen todavía. Hay unas pocas horas de margen, quizá demos con él —pidió Aguirre.

Mónica intervino para aconsejar demorar el pago, pero el presidente no le hizo caso. Estaban decididos a pagar.

—¿Y si no nos dice dónde está? —preguntó suplicando Mónica.

Cortés pidió una garantía y Zariâb les dio su palabra de que cuando se hiciera el pago, les diría dónde se encontraba. Mónica insistió en que no se realizara la transferencia pero las órdenes del presidente eran firmes y ya no había marcha atrás. La operación económica veía el camino libre.

—¡Que no paguen, Mónica! No va a entregar la bomba —volvió a exigir Aguirre.

—¡No hagáis la transferencia! —suplicó ella.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó el ministro.

—Esperar. Tiene prisa porque se siente acorralado, ¿es que no os dais cuenta? —dijo Mónica.

—¡No le interesa el dinero, Mónica! —dijo Aguirre, viendo la luz—. ¡Por eso accedió a una rebaja!

—¡Haz la transferencia! —ordenó el presidente.

Unos segundos después, la operación bancaria estaba completada.

—Ya está —le anunciaron a Zariâb.

Este no colgó, pero no dijo nada. Pensaron que la comunicación se había cortado, nadie en la estancia se atrevió a decir una sola palabra.

—Lo siento, Aguirre, ya has oído —le informó Mónica en voz baja, apartada de los demás.

El terrorista seguía en silencio. Fueron unos segundos que pesaron como años.

—Nos ha jodido —dijo alguien en la sala; nadie se preocupó de averiguar quién.

Zariâb volvió a dar señales de vida; acababa de comprobar la veracidad de las palabras de su interlocutor. El dinero había sido transferido.

—Muy bien. Estoy en la calle Sofía.

Mientras se producía la conversación, se verificaban los datos.

—¿Has oído, Aguirre? En la calle Sofía. ¿Dice la verdad? —preguntó Mónica.

Aguirre se puso en contacto con sus hombres, que también patrullaban por los barrios asignados.

—Sí, es una de las zonas que marqué —confirmó Aguirre.

En pocos segundos se presentaron en el lugar indicado, una zona de adosados junto a la M-40 con puertas de garaje blancas.

—Dice la verdad —repitió.

La calle era larga y llena de viviendas.

Zariâb terminó la conversación telefónica exigiendo que en la casa solo debía entrar una persona y esa sería Cortés; con él negociaría la manera de salir de Madrid sin ser perseguido. En la Moncloa accedieron y Zariâb les dio el número de la vivienda.

Todos se felicitaron.

—Aguirre, ¿tú qué opinas? —preguntó Mónica.

—Eso qué importa —respondió.

Lo que su cerebro desprovisto de emociones en realidad pensaba era que los terroristas islamistas eran desde ese momento diez millones de dólares más poderosos.

Todo el operativo se puso en marcha, intentando que fuera discreto. Cortés era el hombre que iba al encuentro personal del terrorista. La orden era muy clara: actuar muy deprisa, no para sorprender a Zariâb con alguna estrategia de última hora, algo a lo que se había renunciado, sino para evitar que el acontecimiento policial tuviera demasiada trascendencia. Se pretendía que a los medios de comunicación no les diera tiempo a llegar. Los mismos hombres de los GEO que habían intervenido en el polígono industrial estaban alerta, preparados para entrar en acción. Desde la Moncloa, el gabinete de crisis seguía al segundo la operación. Se trataba de ser rápidos. A pesar de que no se movilizaba a mucha gente, a esas horas de un domingo era imposible no llamar la atención: Policía nacional para crear un perímetro de seguridad, miembros de los GEO preparados para la intervención y técnicos ingleses expertos en explosivos recién aterrizados en la capital, dispuestos a inutilizar el artefacto nuclear. En cualquier caso, demasiadas personas.

El vehículo de Cortés llegó cuando todo el perímetro ya estaba bajo control; la Policía había desalojado a los inquilinos de las viviendas colindantes y los accesos a la calle se habían cortado discretamente. Por suerte, era una zona de poco tránsito y los curiosos no se amontonaron. La barrera policial se había situado a bastante distancia, pero a aquel puñado de testigos, que poco a poco iba creciendo, se habrían

de sumar dos reporteros del periódico El Universo. El rotativo, que pisaba los talones a la investigación del gobierno, ya se había situado casi a su altura.

Cortés tomó aire y cruzó la calle caminando con paso decidido. Puso el pie en la acera, dio dos pasos más, trató de aflojarse el cuello de la camisa y llamó al timbre. La puerta se abrió y él entró. Cuando la puerta se cerró, le perdieron de vista. Una unidad de los GEO avanzó por la acera, acercándose a la vivienda, colocándose en posición dispuestos a entrar en acción en cuanto recibieran la orden. A unos metros, Aguirre esperaba en una camioneta acompañando a los técnicos ingleses en armas nucleares. Cuando asomaron del vehículo, los dos reporteros no pudieron evitar una exclamación de sorpresa. Sus trajes especiales los delataron, pues a su parecer eran expertos en NRBQ; no perdieron un segundo en llamar al periódico.

* * *

Muchas cosas se pueden hacer un domingo. Pasear, ir al cine o, como en el caso de Eva, tirarse en el sofá y descansar, echarse una pequeña siesta reparadora. Ella tenía la costumbre de dormir un poco después de comer; era su manera de recuperar las energías perdidas durante la semana. Se había acostumbrado a la siesta hacía años, de modo que su organismo ya se lo pedía. Ese domingo su cuerpo estaba relajado, era su alma la que le pedía un descanso, aunque su cabeza no le dejaba. La actividad de su cerebro se lo impedía obligándole a imaginarse cómo sería la vida de divorciada, en eso andaba ocupando el día. No encontró gran diferencia con la que llevaba en ese momento, triste consuelo. Sentada en el sofá, cambió de postura y de pensamiento y recordó que había visto en su móvil un mensaje de su marido al levantarse, aunque no lo había querido oír. Su vida había cambiado, lo cual implicaba alejarse emocionalmente, y eso cuesta. Pero no tuvo la fuerza suficiente y acabó escuchando el mensaje. Era extraño. ¿Que se fueran de Madrid? Eva no supo muy bien qué hacer, no sabía si debía compartir sus frustraciones con su hija o mantenerla alejada. No, ella debía consultarle sus decisiones. Fue junto a Marta, que estaba escuchando música en su habitación y le contó la naturaleza del mensaje que había recibido esa madrugada.

—¿Qué crees que estará pasando?

—Mamá, no hay que ser muy lista.

Sabían a qué se dedicaba él, sabían a qué tipo de información tenía acceso.

—¿Un atentado? —preguntó Eva.

—Quizá. Y no quiere que nos pille en la calle —dijo la muchacha.

—Yo no sé en qué piensa tu padre. ¿A dónde vamos a ir contigo así?

Marta sonrió.

—Menos mal que estoy como estoy. Si no, yo ya andaría por ahí. Te hubieras agobiado, ¿eh? —dijo la hija.

—Si supieras la cantidad de veces que eso ha pasado... —se lamentó Eva.

—Bueno, en este estado no voy a ir a dar ningún paseo.

—Yo tampoco. En casa estamos seguras, ¿no te parece?

5 HORAS PARA LA CATÁSTROFE. EL FIN

Zariâb hizo pasar a Cortés al garaje, donde le mostró la caja que contenía la bomba.

—*There it is.*

—*Aquí está.*

—Gracias. Respecto a su evacuación...

Zariâb se sentó en una silla.

—Negociando se entiende la gente —convino el afgano.

—Sin duda. El gobierno de España le asegura que no hay ningún problema para que usted pueda abandonar el país.

Zariâb no dijo nada, dejó que Cortés se explayara. Fuera, la espera se hacía tensa, todos esperaban órdenes. Cortés llevaba un micrófono escondido y su conversación se podía escuchar con nitidez. En la Moncloa no pestañeaban. Zariâb volvía a estar muy tranquilo. Miró su reloj. Cortés terminó de hacerle su exposición, que él mismo consideró brillante; tanto, que podía sospechar que su intervención tendría premio, quizá no uno de relevancia política pero sí algún puesto importante en un consejo de administración de alguna poderosa empresa controlada por el gobierno. Mientras Cortés soñaba sin querer, el terrorista se dirigió a él mirándolo fijamente.

—¿De verdad me van a dejar escapar? —preguntó sonriendo.

—Tiene mi palabra —respondió Cortés regresando al mundo.

—Así de fácil.

—Así de fácil.

—Cuando Occidente tiene miedo, es capaz de doblar la rodilla con extrema facilidad. Cobardes.

Cortés no sabía de qué le estaba hablando Zariâb, pero sonrió, de forma nerviosa, y asintió.

—No, no me dejarán escapar —dijo el terrorista.

Zariâb movió sus ojos hacia la caja. Cortés no pudo evitar hacer lo mismo y giró su cabeza también, sin entender. Cuando volvió a mirar a Zariâb, este empuñaba una pistola. El corazón le dio un vuelco al secretario de Estado de Seguridad.

—¡No! —dejó escapar sin apenas fuerza.

Al otro lado de su micrófono saltó la alarma, tanto en el exterior de la casa como en el Palacio de la Moncloa.

—No, por favor, no me mate... —dijo con un hilillo de voz más propio de un mirlo aquejado de cáncer de garganta que de un ser humano.

El responsable de la operación de asalto, a la espera en la calle, necesitaba una orden.

—¿Entramos?

Pedía permiso a la Moncloa, pero allí no sabían qué hacer, demasiado lejos para tomar decisiones.

—¡Que entren! —dijo el presidente.

—¡No! —le contradijo el ministro.

Dentro de la casa, Zariâb alargó su brazo sosteniendo con firmeza la pistola en la mano. Cortés intentó tragar saliva, pero no pudo. Estaba llorando.

—No, por favor, yo no soy nadie... —imploró.

Zariâb no perdió la sonrisa. No sintió pena, sintió asco por Cortés.

—No eres un hombre —fue lo último que le dijo.

En ese momento, Atiq Zariâb dobló el brazo por el codo, giró su muñeca, acercó la pistola a su sien y se disparó sin vacilar. Su cuerpo siguió las órdenes de la ley de la gravedad y fue al encuentro del frío suelo, mientras una pequeña parte de sus sesos se desparramaban alrededor de su cabeza. Cortés permanecía inmóvil, encogido. Si le hubieran preguntado, habría sido incapaz de decir cuántos segundos habían tardado los GEO en entrar. Pero ya no había nada que hacer.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —preguntaron con insistencia desde la Moncloa tras oír el disparo.

Nadie contestó. El garaje se empezó a llenar de gente. La Policía certificó la muerte del terrorista mientras los expertos ingleses se hacían sitio. Ellos, como cualquiera hubiera podido hacer, también certificaron que dentro de la caja no había nada. Nada. Vacía. La bomba no estaba. Zariâb había muerto sonriendo. Con motivo. Había conseguido doblar el daño infligido: ponía una bomba en Madrid y además le habían pagado una gran cantidad de dinero que iría a sus hermanos en la lucha. No solo eso, con su táctica del rescate había conseguido demorar la localización del artefacto y evitar su desactivación.

—¡No está! ¡La bomba no está! —informó Cortés.

—¿Qué? —preguntaron incrédulos y a dúo el presidente y el ministro.

—Aquí no hay nada. No está. ¡Dios mío, no está aquí! —repetía un desesperado Cortés con lágrimas en los ojos.

El ministro no supo qué decir. ¿Cuál era el siguiente paso? Aguirre recibió la llamada inmediata de Mónica.

—¡¿Qué podemos hacer?! —le preguntó ella.

—¡Seguir buscando, seguir buscando hasta el puto final!

La casa fue registrada a toda velocidad. Ropa, bolsas de viaje, objetos personales pertenecientes a los tres terroristas que formaban el comando. No contaban con ser detenidos, no contaban con morir, así que alguna pista habían tenido que dejar. Pasaportes falsos, billetes de avión para ese mismo día, llaves de casas... Cada centímetro cuadrado fue escrutado buscando alguna nueva pista, algo del tipo de un plano o una nota manuscrita con alguna dirección o localización. La misma Policía estaba nerviosa: buscaban una bomba, nadie les había dicho de qué clase, pero los hombres con los monos aislantes no podían augurar nada bueno. Ahora más que

nunca no podía cundir el pánico. Morir en la ignorancia parecía ser la consigna. Ojos que no ven, corazón que no siente. En ese momento solo había un ganador y acababa de suicidarse. Qué más podía haber pedido Zariâb; su último plan improvisado había salido bien, había previsto que a esas alturas su enemigo estaría desesperado, ofuscado, frustrado, abocado a un terrible destino, desconcertado por haber perdido la única pista que podría llevarlos a la bomba. Sí, amigos, es el fin, parecía haber estado pensado Atiq Zariâb, afgano de nacimiento, hijo de Farukh y Khalida, mientras su dedo índice apretaba el gatillo que le desconectaba de este mundo una vez que había cumplido la misión de su vida. «*Enhorabuena*», el afgano se felicitó mientras viajaba.

* * *

Desde la azotea del edificio se podía observar una magnífica vista de la ciudad de Madrid. En noviembre, a esa hora ya es de noche. Pero ese día era distinto; las luces iluminaban la urbe como los focos de un teatro el escenario poniendo los acentos aquí y allá. Dentro del edificio, Aguirre corría escaleras arriba, devoraba los peldaños sin piedad, exhalando, gimiendo con rabia en cada respiración. Sudaba, sudaba mucho, como nunca antes lo había hecho. Empujó con fuerza la puerta que le separaba del exterior y accedió a la azotea. Sin rumbo corrió por ella; su vista deambuló por el edificio sin saber a dónde debía mirar, sin saber dónde buscar. Se detuvo sin dejar de respirar con dificultad por la boca y miró hacia afuera, contempló la ciudad esperando encontrar algún tipo de inspiración. Desde lo alto podía escuchar los rumores de la capital, difuminados, pero contundentes. De pronto, la banda sonora de la ciudad desapareció. No fundió hacia la nada, simplemente desapareció como si una sordera inmediata se apoderara de Aguirre. El vacío sonoro apenas duró tres segundos. En ese lapso, Aguirre sintió una llamada; su cuerpo se giró y sus ojos se fijaron en un lugar de la ciudad, justo en el momento en que allí y no en otra parte surgía un punto de luz, a lo lejos, en medio de los edificios, blanco, muy blanco. Un punto de luz que creció de repente. Cero horas. La catástrofe. La bomba había estallado. El cegador haz de luz creció en silencio y se expandió en todas las direcciones. Un sonido atronador comenzó a acompañarlo, corriendo detrás, como una estela retrasada que hizo temblar el suelo. Aguirre lo notó en sus piernas; la onda expansiva se abría camino fundiendo todo a su paso, generando un huracán de destrucción. Se quedó quieto, incapaz de apartar la vista del hipnótico espectáculo. El destello luminoso era de tal intensidad que mirarlo provocaría daños irreparables en la retina a cualquier ser humano, quemaduras irreversibles, ceguera. Pero Aguirre pudo ver. Vio el destello, cuya primera consecuencia fue la emisión de una radiación electromagnética que provocó al instante la inutilización de la corriente eléctrica y de las telecomunicaciones. La ciudad cambió de iluminación, como en una obra de teatro, y las pequeñas fuentes de luz que habitualmente daban color a la noche de Madrid fueron sustituidas de forma fulminante por el gran foco, el gran destello que se expandió en círculo y creció hacia arriba, empezando a formar un hongo, como en

las películas. Aguirre vio la onda, vio cómo la explosión había liberado una cantidad brutal de energía que envolvía a los edificios y los sometía a una presión inimaginable desde todas partes por igual reventándolos sin piedad, ahogándolos, estrujándolos. La onda expansiva carbonizó todo a su paso, vehículos, personas, animales, árboles, y generó una fuerza de tornado que lanzó los objetos reducidos a pedazos como proyectiles a cientos y cientos de metros de distancia, como piedras escupidas por un volcán todopoderoso, a más de quinientos kilómetros por hora. Las personas que escaparon a la acción directa de la radiación fueron alcanzadas por la metralla urbana —metales, piedras, cristales— que se incrustó en sus cuerpos, atravesándolos, seccionándolos. Aguirre sintió el calor, se sintió abrasado, pero no dejó de mirar, sintió los efectos de los rayos gamma, sintió los efectos de la ingente descarga de neutrones liberados. Se sintió protagonista de una gran puesta en escena, se sintió el personaje principal de la mayor tragedia del teatro del mundo. No había movido ni un solo músculo durante todo el espectáculo, ocupó su sitio en el escenario con aplomo, como un héroe que se enfrenta a su destino después de haber hecho todo lo que había estado en su mano y al fin se somete al veredicto final. En esta ocasión, él era también su propio público. Como epílogo, parte de la gran fuerza expansiva que lo había atravesado regresó a por él, lo envolvió como un remolino en el océano y lo desintegró sin compasión. Se hizo el oscuro final. No pudo saludar. Se sintió libre. Se sintió condenado.

Y resucitó.

Se despertó empapado en sudor, con una mueca de terror grabada en su rostro con cincel. La respiración, acelerada. Le costó varios segundos hacerse con su cuerpo y recomponerse. Se había quedado dormido en su silla, delante de hojas, planos, informes... Enfrente, la pantalla de un ordenador, un interlocutor que lo miraba fijamente sin sentimiento. Dudó por un momento, un instante, ese en el que deseó que la pesadilla que acababa de tener solo fuera una proyección del subconsciente de las experiencias vividas en los últimos dos meses. Pero no obtuvo premio, seguía en la misma película de terror. Muchas horas sin dormir, trató de echar cuentas pero fue incapaz. Muchos días sin descansar, para qué calcular cuántos. La vida, su destino, le estaban pasando factura. Qué tontería, él era el único dueño de sí mismo. Eso lo revitalizó, el hormigueo de su cuerpo desapareció, sus ritmos vitales se recompusieron. Miró el reloj; quedaban poco más de tres horas, pero estaba dispuesto a no desfallecer hasta el final, no podía permitir que ese terrorista pudiera ganarle la partida desde el más allá. Él siempre había salido airoso y esa no podía ser una excepción. Enseguida se fue a buscar a algunos de sus hombres. Miró bien a quien escogía. Los elegidos eran agentes de su extrema confianza que reunían una misma característica: todos eran de fuera de Madrid y no tenían familiares en la capital. Los reunió y les explicó que estaban en un momento crítico, ahora más que nunca era necesario demostrar por qué habían ingresado en los Servicios Secretos.

Aguirre les contó la situación. No podían decir nada, solo ellos lo sabrían, sería algo que tendrían que llevarse a la tumba. Ninguno se atrevió a hacer ningún comentario, todos admiraban al hombre que les hablaba, el capitán de un barco que no iba a abandonar jamás. Estaban con él.

Mónica había regresado a la sede del CNI mientras Balmaseda se quedaba en la Moncloa como enlace y asesor del presidente. Sí, era el caos desde el punto de vista de la investigación, con una Policía que trataría de hacer lo que pudiera y un Centro Nacional de Inteligencia que todavía podía ser útil, según Mónica Somoza. Aguirre se interesó por cualquier pista encontrada en el adosado. Todavía no tenían nada claro, le informaron, pero sus contactos de los Servicios Secretos en la Policía les harían llegar cualquier detalle. Estaban en permanente comunicación.

—Cualquier cosa, por pequeña que sea, nos vale. Cualquier detalle. Un *ticket de parking*, cualquier cosa —había dicho.

—¿Crees que ha dejado la bomba en un vehículo en un *parking*? —le preguntó Mónica.

—No, en un subterráneo no haría tanto daño.

—¿Dónde crees que la habrá dejado? ¿En otra furgoneta? Es el único tipo de vehículo que podría transportarla —dijo ella.

—No lo sé, es posible. Todo es posible. Nosotros le desbaratamos los planes y ha tenido que improvisar.

Aguirre se quedó en silencio. Y rectificó.

—No, no ha tenido que improvisar. Solo ha tenido que darse prisa para que no le capturásemos, pero no ha modificado sus planes; la bomba tiene que estar donde se propuso desde el principio, en algún lugar seguro.

—Estamos mirando todo tipo de alquiler de vivienda realizado en el mismo período de tiempo en que se alquiló el adosado —dijo Mónica—. Con un poco de suerte, lo hizo con el mismo nombre falso.

Trabajaban a toda velocidad.

—Van a sacar al Ejército a la calle para evacuar el centro de Madrid —apuntilló Mónica.

—El caos —replicó Aguirre.

—¿Qué podemos hacer?

—Joder, este tío se ha llevado la bomba del adosado a alguna parte. Tiene que haber restos de radiación. Hay que rastrear la ciudad, hay que utilizar todos los recursos disponibles, todas las unidades NRBQ, todos los especialistas del CSN, cualquier experto de cualquier empresa privada con detectores... Todos a la calle.

—¿A qué calle? —preguntó Mónica.

Aguirre se vino abajo.

—No va a dar resultado sacar a la población a la calle, no sabemos qué zona desalojar —dijo como un lamento.

—Espera, es una bomba casera. Si hacemos que la gente permanezca en sus casas o en los aparcamientos de los edificios estará más protegida...

Mónica decía bien.

—El caos igualmente... Pero desde luego será mejor que hacer que la gente corra por la calle —reconoció Aguirre—. Lo primero es poner a toda la gente posible a buscar el rastro radiactivo.

—Eso puede ayudar a mantener a la gente en sus casas; podría ser una manera de disminuir el impacto en la población —reconoció Mónica.

Era su turno para gestionar una buena disculpa. Se puso manos a la obra. Propuso al presidente hacer del defecto virtud y poner a trabajar a todos los técnicos disponibles a los ojos de todo el mundo. No perdían nada pero habría que anunciar el robo o el extravío de material altamente radiactivo cuanto antes para que a la población no le pillara de improviso.

Cuando el director del periódico fue informado por sus reporteros de la operación en el barrio de Las Rosas, decidió hacer pública la noticia en la versión digital del diario. En esas estaban cuando recibió una llamada del ministro de Interior que le anunciaba que pronto todos los medios recibirían un despacho de agencia en el que se informaría de la desaparición de material radiactivo.

—¿Tiene que ver con el caso que nos ocupa?

—Sí —respondió el ministro.

Pero no quiso ahondar en detalles y se remitió al comunicado, aunque no tuvo más remedio que darle un adelanto.

—¿Un robo de material radiactivo? —preguntó sorprendido el director.

—Así es —respondió el ministro.

—¿De dónde?, ¿de qué empresa?

El ministro no tuvo respuesta, no estaba en el plan. El silencio hizo sospechar al director. El ministro reaccionó.

—Te lo diré cuando todo esto pase. A ti, solo a ti.

El director no parecía muy convencido.

—Es mi labor informar al público de todo lo que sé. Vamos a sacar algo en la edición digital.

—No lo hagas.

—¿Por qué?

—¿Quieres un titular? Se trata del CNI.

—¿El CNI? —preguntó el director.

—No lo sabías, ¿eh? Tenemos manzanas podridas dentro. Hay algún agente que está traficando con material radiactivo. Es una operación muy importante. Por favor, no nos la echéis a perder. Cuando esto acabe, te lo contaré todo.

Antes de despedirse le prometió que le darían a él y solo a él todos los detalles, pero una vez que todo el peligro hubiese pasado. El director notó muy nervioso al ministro; sabía que mentía y que no iba a decir nada más. Presionarle solo habría

servido para sacarle de sus casillas y arrancarle unas cuantas amenazas graves. Cada palabra que pronunciaba el ministro o el presidente era una pista más de la que tirar. Decidió retrasar la publicación de la información.

A los pocos minutos, a todos los medios de comunicación llegó una noticia a través de la Agencia EFE. El despacho hablaba de la desaparición, posiblemente robo, de unas cajas de material radiactivo. Cesio, para ser exactos. Todo parecía indicar que tales recipientes habían sufrido daños físicos y era posible que no estuvieran perfectamente protegidos, con lo que el riesgo para la salud era evidente. Se pedía a la población, en especial del centro de la ciudad donde había desaparecido dicho material, que se mantuviera en sus casas en la medida de lo posible.

Mientras tanto, Aguirre y las tres personas de su absoluta confianza se colocaban delante de un mapa de la ciudad.

—¿Por qué zona indicar que rastreen? —preguntó Rebeca, la fiel agente.

Esa era la gran pregunta.

—Mirad el mapa. Busquemos zonas sensibles, significativas o con mayor concentración de población. Quieren hacer daño, causar gran número de bajas —indicó Aguirre.

Allí en el mapa estaba toda la ciudad.

—¿Moncloa? —le sugirió Silva.

—Significativo, pero es un objetivo poco eficaz.

—Quizá la Puerta del Sol.

—Sí, la Puerta del Sol siempre está en las quinielas para todo —murmuró Aguirre.

Pensaban en zonas geográficas importantes... Importantes siempre, en todo momento. Domingo a las nueve de la noche. ¿Por qué había elegido Zariâb un domingo a las nueve? A esas horas no hay una actividad destacable en las zonas importantes de la ciudad. La gente se retira pronto, al día siguiente hay que trabajar. Domingo, a las nueve... Y entonces cayó en la cuenta. Cayó y su mente impactó contra un suelo imaginario de acero, tal fue la sensación que tuvo. No había diferencia con el dolor que podría haber sufrido si se hubiera lanzado al vacío desde una azotea, así se sintió en ese momento. ¿Cómo había podido ser tan imbécil? Ocho semanas metido en cuerpo y alma en ese caso le habían aislado del mundo, de la realidad, del pulso cotidiano de la vida. Domingo, nueve de la noche. Les había vuelto a pasar, ¿cómo era posible? A la cabeza, como un rayo, le vino la anécdota del encuentro en la Puerta del Sol con el espía aquel día y a aquella hora en que la había convocada una multitudinaria manifestación ampliamente publicitada en los medios de comunicación. ¿Cómo podían haber estado tan despegados de la realidad? Había vuelto a suceder. Domingo, ese mismo día, a las nueve de la noche. ¡Por Dios, era evidente! Partido de fútbol. En el Santiago Bernabéu, Real Madrid CF contra FC Barcelona. Ochenta mil personas en el recinto deportivo, más toda la gente que se encuentra en los alrededores, paseando, disfrutando del ambiente. Un sudor frío, ya

familiar, recorrió el cuerpo de Aguirre, un extraño picor se apoderó de su cabeza, su temperatura corporal pareció multiplicarse en milésimas de segundo, tras lo cual regresó a la realidad.

—¡Ya lo tengo!

Puso al tanto a sus hombres y acto seguido habló con Momea Somoza. Se la jugaban a una carta. Iban a registrar la zona del Bernabéu tomando el estadio como zona cero y de ahí se abrirían en círculos concéntricos. Todos los técnicos con detectores fueron movilizadas en cuadrículas que se fueron asignando sobre la marcha. Mónica informó a Balmaseda y este al presidente. Se calculó el impacto de la bomba si esta detonaba con éxito y las posibilidades de daños en la Moncloa. Había distancia suficiente para evitarlos, pues los edificios de Madrid servían como parapeto. El gabinete de crisis ya se había establecido en el búnker.

Desplazados al Bernabéu, comenzaron por pedir refuerzos a la Policía y procedieron a registrar las entrañas del estadio. Todos los empleados fueron advertidos de que buscaban un artefacto de notables dimensiones, difícil o imposible de camuflar. El jefe de seguridad designado para el partido se puso en contacto con el ministro de Interior.

—¿Es una amenaza de bomba? —preguntó.

—Es posible.

—Entonces, ¿desalojamos el estadio?

—No lo sé.

Hubo una pausa. Suspender el partido y desalojar el estadio supondría un obstáculo para las fuerzas de seguridad que ya en ese momento empezaban a buscar en cada esquina.

—Vamos a esperar un poco.

Se mantenían en alerta extrema. El responsable de la Policía en el Santiago Bernabéu se puso en contacto con los responsables del Real Madrid. Policía y expertos buscaban por dentro del estadio y lo mismo ocurría por los alrededores. Los técnicos paseaban sus contadores de radiactividad ante el estupor de los hinchas que se encaminaban al campo de sus amores. Aguirre no lo pudo evitar; hizo una llamada, a su casa. Comunicaba. Lo intentó más veces. Comunicaba. Llamó al móvil de su mujer. Sonó varias veces y finalmente saltó el buzón de voz.

—Eva, espero que me hayáis hecho caso. De lo contrario, por favor, salid de Madrid inmediatamente. Os lo suplico. Hay... hay una bomba. Es... Por favor, te lo pido por favor, Eva. Por favor. Llámame cuando oigas este mensaje.

Eva no lo oyó. No oyó la llamada. El móvil estaba en su despacho. Ella estaba en la habitación de su hija, estaban mirando fotos. El teléfono de casa estaba desconectado, lo había desenchufado después de haber estado recibiendo llamadas de familiares para preguntar por el estado de la niña y ya no quería hablar, no quería que la molestaran, quería dedicar el tiempo a su hija y a ella misma. Juntas en la habitación habían sacado del armario todos los álbumes de fotos de su vida y las

estaban repasando. Quizá era una catarsis. Nunca antes madre e hija habían hecho algo semejante. Comentaban cada foto, explicando las circunstancias en que se había tomado y el momento que representaba en la vida de cada una de ellas. Las dos mujeres estaban recuperando el tiempo perdido, buceando en cada detalle de su existencia.

* * *

Unos cientos de metros más al norte, decenas de personas buceaban también por cada esquina, tratando de encontrar el más nimio indicio que les pudiera guiar hacia alguna parte.

Las páginas digitales de todos los periódicos ya habían publicado la información de la desaparición del material altamente radiactivo, las emisoras de radio también estaban transmitiendo la noticia en sus microespacios de información. «Material radiactivo extraviado, muy peligroso, no tocar, no debe extrañar la presencia de técnicos con equipos rastreadores». Entre ellos, Aguirre, sus hombres y, pegados a él, los expertos ingleses, preparados para intervenir. Aguirre cada vez tenía más dificultades para pensar y se detuvo junto al estadio Santiago Bernabéu, al lado del Paseo de la Castellana. Debía ordenar su estrategia, tenía que pensar como Zariâb cuando planeaba el atentado. Sus mejores bazas eran los técnicos ingleses. A ellos les preguntó.

—¿Dónde la pondríaís vosotros?

—Lo más cerca posible del campo de fútbol. Esta es una zona de muchos edificios. Se necesita una onda lo más limpia posible.

Eso implicaba buscar cerca del estadio. Siendo sensatos, era evidente que con todas las prisas, Zariâb no habría podido, aunque quisiera, meter la bomba dentro del recinto deportivo. Así que Aguirre se arriesgó y se llevó parte de sus efectivos a las calles de alrededor. Miles de personas ya subían y bajaban por la principal arteria urbana de la capital, el Paseo de la Castellana, apareciendo por todas partes. Aguirre y los demás hacían su trabajo. Calles Rafael Salgado, Doctor Fleming, Manuel de Falla, Profesor Waksman, Padre Damián, Concha Espina, San Juan de la Salle, Marceliano Santa María, Santo Domingo de Silos, Gutiérrez Solana, Santiago Bernabéu, General Yagüe, Pedro Teixeira, avenida de Brasil, General Perón, el complejo Azca... ¿En una furgoneta? Todos los agentes de Policía que Aguirre solicitó movilizar a Mónica se pusieron a comprobar matrículas de furgonetas para averiguar, en contacto con las comisarías, si alguna era robada o alquilada, mientras los técnicos acercaban sus equipos de medición a todos los vehículos en busca de la señal que hiciera saltar la voz de alarma.

—¿Descartaríaís los parkings? —les preguntó Aguirre a los ingleses.

—Mermaría la onda expansiva —concluyeron.

Aguirre renunció a examinar cualquier *parking* de la zona.

—¿Cuál sería el sitio ideal? —volvió a preguntar.

El español no se rendía. El jefe del equipo inglés respondió dejando volar su imaginación.

—Si por mi fuera, la lanzaría desde un avión. Es la mejor manera.

—¿Por qué?

—Para hacer que estallase antes de impactar en el suelo.

—¿Antes de tocar el suelo? —preguntó extrañado Aguirre.

Eso sí que no lo sabía.

—Así es. Cuando se lanzan desde arriba explotan en el aire. A mil quinientos pies, por ejemplo. La onda expansiva así es mucho más limpia.

Por instinto, Aguirre miró hacia arriba. La actividad aérea sobre el cielo de Madrid alcanzaba unas cotas pocas veces vistas, pero todo lo que se movía por allí eran helicópteros de la Policía Nacional y la Guardia Civil. Aguirre nunca dejaba caer ninguna idea o pensamiento en saco roto y tampoco lo hizo en ese momento. Recapituló sobre lo que podía considerar hechos probados: uno, no había ningún avión, ni avioneta, ni nada que se le pareciese en los alrededores; dos, la bomba no estaba diseñada para ser arrojada desde el aire; tres, tenía una hora marcada para su detonación. Sin embargo, tenía todo el sentido del mundo lo que le acababa de decir el experto inglés. Por arriba era la mejor manera de hacer daño, lo cual le llevó a pensar en una zona elevada.

—Está en un edificio —concluyó.

—¿Qué? —preguntó confundida Mónica.

—No está en la calle, no está en ninguna camioneta. Está en un piso alto, cerca de la ventana.

A Mónica se le ocurrió algo y se puso en contacto con la Policía científica. El presidente, abatido, había decidido dar la señal de alarma. Alarma nuclear. El centro de la ciudad, asumiendo que en esta ocasión se situaba en el estadio Santiago Bernabéu, debía ser desalojado. Transmitió la orden a los altos mandos del Ejército. Mónica volvió a hablar con Aguirre.

—¡Miguel! Tienen una llave. ¿Me oyes? Tienen una llave.

La Policía tenía un puñado de ellas, encontradas en el registro del adosado y consideradas pertenencias personales de los terroristas. Todas eran de marcas desconocidas, pertenecían a cerraduras de otros países. Pero había una llave que parecía pertenecer a un portal español.

—Aguirre, es una llave MTS. Es española, es la única llave española. Dicen que es muy probable que sea de un portal y no es del adosado.

—¿Solo hay una? ¿No hay de una vivienda?

—No.

No, la de la vivienda Zariâb la había arrojado en una papelera unas horas antes junto al mando a distancia de un aparcamiento subterráneo cuando se dio cuenta de que todavía la tenía con él. Su único fallo había sido mantenerla separada de la del

portal, que era una llave que apenas utilizaba porque él accedía al piso desde el garaje.

—Mándame a la Policía preparada para tirar puertas abajo —exigió Aguirre.

—Date prisa, van a dar la alarma para evacuar esa parte de la ciudad —le avisó Mónica.

—¡No! ¡Que no lo hagan todavía! ¡Podemos encontrarla, díles que no lo hagan todavía! ¡Y mándame la llave!

Aguirre insistió con tanta fuerza que Mónica se contagió. Dejó a un lado su saber estar y habló con tal contundencia al ministro que consiguió suspender la orden. Retrasarla, fueron sus palabras.

—¿La tienen? —preguntó el presidente.

—La pueden localizar. ¡Casi lo tenemos! —gritó ella esperanzada, transmitiendo una energía contagiosa.

Una unidad de los GEO se acercó a toda velocidad dispuesta a reventar todas las puertas que fueran necesarias, mientras un vehículo le llevaba a Aguirre la llave de la esperanza. A todos los agentes de Policía que buscaban el artefacto por los alrededores se les ordenó buscar portales con cerraduras de la marca MTS. Esa era la única opción. Ahora se trataba de una pelea contra el reloj, ya no había otro enemigo. Aguirre hubiera podido hacer un chiste si no hubiera sido por lo dramático de la situación. Parecía un concurso de la televisión: decenas de personas corrían por las calles aledañas al estadio Santiago Bernabéu, de portal en portal, acercando la cara a la cerradura, tratando de encontrar el premio para que un presentador imaginario pudiera decir primero aquello de «*Detenemos el cronómetro*» y luego «*¡Prueba superada!*». Toda esa gente corría, no por un modesto premio en metálico —ahora ya no se ofrecen coches o apartamentos—, sino por la posibilidad de seguir viviendo, de que todos los ciudadanos en un radio de casi dos kilómetros pudieran continuar con su día a día. Una bendición para unos, una maldición para otros. Sin saberlo, se estaba jugando con su futuro. Jugando. Eso es, como en un concurso. Aguirre despidió este sacrílego pensamiento cuando empezaron a escucharse resultados.

—¡Aquí hay una!

—¡Aquí hay otra!

Aparecieron enseguida cuatro portales con cerraduras de la marca MTS. Hacia cada uno de ellos se desplazó Aguirre con sus sombras inglesas, llave en mano. Antes de poder llegar a la primera, un técnico con un contador radiactivo paseaba su aparato por la puerta.

—No hay señal.

Efectivamente, la llave no entró en la cerradura. A por la siguiente. No se movían por orden de llamada, sino por proximidad. La segunda puerta tampoco se ofreció a ser abierta.

—¡Aquí hay rastro radiactivo! —le indicó uno de sus hombres de confianza a Aguirre.

Estaba acompañado de un técnico, ocupándose de una de las zonas. El subdirector técnico de Apoyo corrió al encuentro de su hombre. Se formó un tumulto. Las señales de radiactividad se dejaron notar en la entrada al garaje.

—¿Nos metemos en el garaje? —le preguntó su hombre a Aguirre.

—No.

Aguirre seguía convencido de que la bomba estaba arriba, en alguno de los apartamentos. El motivo del rastro en el garaje y no en el portal era lógico; Zariâb había accedido al edificio a través del garaje. La llave se deslizó en la cerradura del portal.

—¡Aquí es!

Mientras entraban, Aguirre llamó a Mónica.

—¡Está aquí, está aquí!

—¿La tienes?

—¡Está en este edificio!

La voz de Aguirre se entrecortaba, no tenía tiempo para entrar en detalles. Mónica informó a sus superiores. El presidente se frotaba las manos, nervioso. Solo había una manera de hacer las cosas, ya que no disponían de llave de la vivienda.

—Iremos piso por piso, llamamos a las puertas y donde no conteste nadie entramos por la fuerza —ordenó Aguirre.

Esa indicación iba para la unidad de los GEO que estaba preparada para entrar en acción mazo en mano. Hubiera sido más útil preguntar al portero por los pisos recientemente alquilados, pero un domingo eso no era posible.

—Empezamos por el último. ¡Arriba, arriba! —urgió.

Esta última fase de la operación, que bien podría denominarse acto de fe, iba a ser realizada por Aguirre, tres de sus agentes, los técnicos ingleses y la unidad de los GEO. El resto permanecería en la calle. En ese momento, todos los técnicos con equipos rastreadores de radiactividad habían sido liberados de sus funciones, alejados de la zona para no crear más alarma de la que ya había. Multitud de curiosos se acercaron al portal al ver la presencia masiva de Policía, pero esta los disgregó y la gente no puso demasiado interés en quedarse. Por suerte para todos, era más importante ir al campo a ocupar sus localidades entre cánticos de apoyo a su equipo que satisfacer la curiosidad acerca de una intervención policial. ¿Una persona enferma? ¿Un robo en un domicilio? ¿Qué importancia podía tener eso cuando a pocos metros se situaba el centro del universo? Lo que ocurriera en el resto del planeta poco importaba mientras no se resolviera el enfrentamiento entre dos equipos de fútbol legendarios.

Solo hubo que tirar dos puertas y bajar tres pisos. En la primera de las viviendas no había nadie. En la segunda, una anciana que había ignorado los timbrazos y acabó llevándose el susto de su vida.

—¡No me hagan daño, por favor, no me hagan daño! ¡Llévense lo que quieran! —gritó la pobre mujer.

Uno de los hombres de Aguirre se quedó para explicarle que eran la Policía y todo había sido un error.

A la tercera fue la vencida. Entraron a golpe de mazo, registraron la vivienda y allí apareció el tesoro, el premio gordo, el arca de la alianza del mal. En el salón, cerca de la ventana, descansaba el artefacto desnudo, artesano, la obra maestra de un joven de talento innato, mezcla de caldera vieja y batiscafo tercermundista. Todos se quedaron paralizados. Los GEO abandonaron la casa.

—La hemos encontrado. La estoy viendo —informó Aguirre.

Un grito de júbilo recibió la noticia en la Moncloa.

—Son los ingleses los que se ocupan.

Así fue. Los tres técnicos observaron por fuera el engendro, su forma y tamaño, buscando algún tipo de trampa antes de proceder a abrir la tapa. Tras quitar las tuercas con cuidado, los expertos echaron un vistazo a la distribución de la bomba, a sus componentes y cómo estos estaban interconectados.

—*Fucking hell! It's real!*^[2] —exclamó uno de ellos.

Y es que en el fondo de su ser todavía contemplaban la posibilidad de que fuera más un intento de bomba que una realidad. Habían minusvalorado la capacidad de un profesor de Física. Cualquiera habría dudado, no se les podía culpar. Observaron con mucho cuidado; todo estaba muy bien encajado, el espacio estaba aprovechado con brillantez.

—¿Crees que hay algún señuelo? —se preguntaron entre ellos.

—No lo sé.

Antes de tocar nada siguieron mirando; querían asegurarse de que ellos no provocarían la detonación por un error, por no comprobar si había alguna trampa escondida, algún mecanismo de protección preparado para activarse si alguien trataba de detener el temporizados. Los ingleses miraban y miraban. El tiempo pasaba demasiado deprisa y Aguirre comenzaba a preocuparse.

—¿No vais a desactivarla? —preguntó.

Claro que iban a desactivarla, pero solo cuando estuvieran convencidos de que podían hacerlo.

—No hay ninguna trampa —concluyeron.

En ese momento procedieron a desactivar el temporizados. Y todo sucedió muy rápido, al contrario que en las películas en las que el guionista se recrea en las dificultades para desentrañar los misterios de la bomba, en las que el tiempo corre y corre a toda velocidad y las gotas de sudor viajan a cámara lenta por la frente del protagonista hasta que siempre, en los últimos segundos pero siempre, consigue detener la amenaza. Esto no era ficción. Era la realidad en la que no hay jadeos, ni sudores, ni una cuenta atrás de los últimos diez segundos. Los expertos británicos comenzaron por inutilizar los detonadores, dejando que el tiempo siguiera corriendo, engañando al mecanismo. Separados los detonadores del explosivo, el reloj fue desactivado. La bomba estaba desconectada. Así de fácil. El peligro había pasado.

—Madrid seguirá en pie unos cuantos años más —bromeó uno de los expertos con su particular sentido del humor británico.

Aguirre informó.

—La pesadilla acaba de terminar. Ahora sí —fue todo lo que dijo.

En el búnker de la Moncloa empezaron a dar saltos de alegría, se abrazaron unos a otros, como poco después habrían de hacer los jugadores y aficionados del equipo ganador del partido del año. Del siglo, siempre es del siglo.

—¿Se ha acabado? ¿Ha pasado el peligro? ¿Seguro? —preguntó el presidente a su ministro de Interior.

—Lo hemos conseguido —le respondió este.

Se felicitaron unos a otros, como si ellos hubieran sido los artífices de la salvación del planeta. Incluso el ministro de Defensa fue felicitado. Y Luis Balmaseda. Mónica frunció el ceño: en momentos como ese, todos eran amigos, al igual que sucede en las gradas del campo de fútbol con dos hinchas: pueden llorar de alegría y abrazarse como niños con la victoria de su equipo a pesar de ser enemigos irreconciliables en la calle. Extraña la condición humana, se lamentó la directora de Inteligencia. Débil condición. Interesada.

Mientras, en el centro de Madrid, una vez aislados los detonadores y detenido el temporizador electrónico, los técnicos procedieron a extraer el explosivo empleando todo el tiempo del mundo, ese que escapa a las películas. Con cuidado, el TNT fue abandonando la carcasa y separado del resto de la bomba. Todo clasificado por separado: detonadores, conectores eléctricos, trinitotolueno... Pero no se atrevieron a meter mano al núcleo. Mientras nadie lo manipulara, no había problema; tenían que llevarse de allí con todas las garantías. Las piezas descajadas fueron trasladadas con amplias medidas de seguridad sin mayores complicaciones, al tiempo que los expertos todavía permanecieron allí varias horas más dando cuenta de la bomba. También el núcleo fue trasladado, bien protegido, a un lugar seguro, donde terminaría su desmontaje definitivo y el análisis de las piezas que lo componían.

* * *

En la Moncloa se procedió a otro desmantelamiento, el del gabinete de crisis. En este caso, presidente y ministro de Interior sí supieron ser rápidos. Tras años gobernando, los puestos más delicados o sensibles se habían dejado en manos de gente de absoluta confianza, por lo que no se dudaba de su discreción. Los demás no sabían nada; solo habían participado en un ejercicio. Pero no todo acababa ahí; el presidente y el ministro no eran unos ingenuos. El capítulo uno de la asignatura de oportunismo político versaba sobre el manejo de los tiempos. Tarde o temprano este incidente saldría a la luz, la cuestión era que lo hiciera lo más tarde posible, cuando no pudiera ya dañar al gobierno. Antes de nada había que sacar algún tipo de rédito y para eso la verdad quedaba al margen, de ella se tendrían que ocupar otros más adelante; cuanto más adelante, mejor. Para entonces, el primer impacto se habría evitado y el efecto

dañino se habría neutralizado. Sí, acababan de sufrir un intento de atentado, pero solo unas pocas personas —el gabinete de crisis y pocas almas más— sabían su precio. Los funcionarios del búnker permanecían ignorantes y los funcionarios de la Moncloa también. El ministro llamó a Cortés y al presidente para hablar en privado. Lo siguiente sería una rueda de prensa para tratar del éxito logrado. La euforia les hizo plantearse la posibilidad de convocarla con carácter extraordinario, pero quién iba a prestarles atención estando en juego un partido de fútbol. Al día siguiente a media mañana sería una buena opción; las cadenas de televisión tendrían tiempo de preparar la cobertura de la información, que sería la noticia estrella de los telediarios. Éxito en la lucha antiterrorista. Sabían que airear la operación no era lo apropiado, que ese tipo de temas tan delicados debían permanecer fuera del conocimiento de la opinión pública, pero con un periódico pisando los talones las cosas cambiaban. Tampoco era necesario entrar en detalles, solo tenían que adelantarse a lo que pudiera publicar el enemigo número uno en ese momento, el diario El Universo y para más adelante quedaban las explicaciones, bien preparadas y atadas, que dar al periódico en cumplimiento de la promesa que se le había hecho. Agentes implicados, material sensible, traición a la patria y necesidad de ocultar algunas partes de la información por motivos de seguridad nacional. Dilación era la táctica. A partir de ahí, lejos en el tiempo, el enfrentamiento. Qué más daba, sería una versión contra la otra, ya habría ocasión de negociar. A Dios gracias los periódicos en España eran empresas con graves dificultades económicas y de no ser por su condición de medios de comunicación hacía tiempo que habrían cerrado. Esa condición especial era la que había hecho que un gobierno tras otro permitiese el endeudamiento y la consecuente inyección de capital público para el sostenimiento de los medios. De esa manera era posible tenerlos controlados. En el fondo, existían porque los gobiernos los ayudaban. La jugada también tendría que valer con el periódico díscolo.

En la sede de ese medio la información se iba amontonando y así iba a seguir siendo en las próximas semanas. Su director sabía que el presidente le había mentado y que solo trataba de entretenerlo. Pues bien, aceptaba el juego porque el camino estaba trazado, la senda era clara, nadie le iba a parar, toda la maquinaria investigadora iba a continuar a buen ritmo, sorteando toda clase de dificultades. Francisco Javier Hernández valoró la posibilidad de salir al día siguiente a los quioscos con la noticia, pero consideró que era prematuro pues daría una idea, tanto al gobierno como al resto de medios, de lo que sabía en realidad, de modo que, cuando se anunció para el día siguiente la rueda de prensa del presidente y del ministro de Interior, su nueva estrategia se reforzó: seguirían la corriente a la versión del gobierno si esta no era cuestionada por otros medios —y parecía que así iba a ser—, y continuarían profundizando en la noticia con esa paciencia que caracterizaba a sus periodistas. Si todo era lo que parecía ser, estaban ante la noticia del siglo, y eso que este no había hecho más que empezar. Una información así había que saberla manejar, no había por qué soltarla de las manos tan pronto. El director lo quería saber

todo y publicarlo todo y eso llevaría su tiempo. Se puso como fecha límite para cerrar su investigación las próximas elecciones generales. Justo antes. Faltaban meses. Sería una buena munición con la que disparar a la línea de flotación de un gobierno. Tocado. Hundido. Reunido con sus hombres de confianza, Francisco Javier Hernández ultimó los detalles de la estrategia investigadora y su objetivo periodístico. La verdad iba a ser conocida, ellos también sabían manejar los tiempos.

En el Palacio de la Moncloa, todos volvieron a felicitarse. Sellaron su pacto de silencio y abandonaron la sede del gobierno, ajenos a los disparos de máquinas de fotos que tomaban testimonio periodístico sin parar. *Alea jacta est.*

* * *

Aguirre caminó unos metros, tratando de alejarse del Santiago Bernabéu. En ese momento, recibió una llamada de teléfono. Era Mónica.

—Se acabó —dijo él antes de que ella pudiera articular palabra.

—Se acabó —contestó ella aliviada.

Aguirre permaneció en silencio.

—Miguel, gracias. Has hecho un gran trabajo. Lo has hecho.

—Hemos tenido suerte.

Nadie más lo llamaría por teléfono para felicitarle, nadie se acordaría de él y Aguirre tampoco lo reclamaría. Había sido una operación importante, pero no dejaba de ser una más. El expediente iría encabezado por un número, como cualquier otro. Su trabajo no consistía en recibir llamadas de felicitación, pero el hecho cierto era que solo Mónica se había acordado de él.

—Miguel, ahora sí que deberías tomarte unas vacaciones.

—Sí —respondió lacónico.

—Y si, no sé, algún día...

—Yo sé que estás ahí, Mónica —cortó Aguirre.

Ella no dijo nada más y colgó. Él levantó un brazo y detuvo un taxi, que enseguida desapareció Paseo de la Castellana arriba. Tenía un asunto pendiente. Visitó a Bénitah en el hospital de La Paz, se lo había prometido, y le dijo que todo había terminado. Se felicitaron y se despidieron. A la salida, se volvió a subir a un taxi. Dentro, apoyó la cabeza en la ventanilla y su mirada se perdió en el infinito, como era su costumbre. No era consciente de haber hecho nada excepcional. Supo sin dudar que su labor importante empezaba en ese preciso momento; no podía desaprovechar esa oportunidad, no podía obviar esas llamadas que le había estado haciendo la vida, el destino o lo que fuera. Al aproximarse a la glorieta de Carlos V, en Atocha, mandó parar el taxi. Pagó y se bajó. Optó por seguir a pie, necesitaba respirar el aire de Madrid, ese aire contaminado y caprichoso que a veces regala un poco de frescor. Se mezcló con la gente como solo él sabía hacer, y caminó. Al hacerlo se dio cuenta de que tenía los músculos entumecidos. Estaba tenso, su cuerpo le advertía del nivel de tensión al que había estado sometido. Respiró cada vez más

profundamente tratando de oxigenar sus pulmones y su cerebro. Miró con simpatía a izquierda y derecha, observando a la gente con la que se cruzaba, liberó su mente, sintió compasión por todo el mundo, sintió compasión por él mismo. La vida, el destino, les había dado a todos una nueva oportunidad. Él lo sabía; esa era su secreta ventaja y reafirmó su deseo de aprovecharla. Si supieran todos esos peatones con los que se cruzaba que habían estado a punto de desaparecer... Sin previo aviso, en lo que dura un chasquido de dedos. Aguirre era otro, quería ser otro. Estaba más seguro que nunca de querer cambiar de rumbo, de navegar. A su cabeza llegó la música preferida de su hija, aquella que pudo escuchar en su habitación y enseguida puso banda sonora a ese momento de su vida. Sin darse cuenta, una canción en concreto de las que había escuchado llegó a su mente, se alojó en ella y sonó el resto del camino hasta llegar a casa. Antes de abrir la puerta se detuvo. Olía a hogar, a su vida, a familia, a futuro, a incógnita, a tiempo... Solo tuvo que dar una vuelta a la llave, había gente dentro. Caminó en silencio, llegó a la habitación de su hija. Allí estaban las dos. Marta y Eva. No dijo nada; se las quedó mirando con el ceño ligeramente fruncido. Pero no era un gesto de disgusto, era una señal de contención. Se acercó y sin mediar palabra se abrazó a las dos. Su hija se apretó a él con la poca fuerza que su estado físico le permitía.

Eva cerró los ojos y lloró. Justo después, sonrió con dulzura. Era la primera vez que sonreía desde aquel jueves de octubre, hacía casi un mes, en que su gesto se había torcido, tornado serio, casi con visos de irreversibilidad. Esta era la primera sonrisa de Eva porque este era el primer día de su nueva vida. Después, Aguirre se acercaría al iPod de su hija y pondría la canción que había sonado en su cabeza en el trayecto a casa.

*I see sadness
I see pain
But with you I see hope Sail away.*

Claro, «*The Rapture*».

* * *

El día siguiente no tuvo nada de particular. A las tres de la tarde, en los informativos de las televisiones aparecieron noticias parecidas a las de cualquier otro día, aunque una de ellas acaparó más tiempo. La primera, información estrella: el gobierno anuncia la desarticulación de una trama criminal en España que se preparaba para atentar en Europa de forma inminente. A esta siguieron otras noticias. «*Se encuentra el material radiactivo desaparecido el día anterior*», todo parecía inicialmente un robo, pero finalmente quedaba descartada esa posibilidad. «*Culminada con éxito una operación contra el narcotráfico colombiano, al irrumpir la Policía en un piso junto al Santiago Bernabéu*». «*Concluyen con éxito las negociaciones de una operación*

comercial de España con Taiwán». Y, para rematar, la más importante de las noticias, como era habitual en esos casos, y que acaparó también gran parte del informativo: el duelo entre Real Madrid y el Fútbol Club Barcelona.

¿Fue o no fue penalti?

Mientras, en otra parte del mundo, alguien moreno de modales delicados mantenía conversaciones con nuevos interlocutores extendiendo explicaciones y doctrinas como tentáculos de pulpo, como patas de araña, como raíces de árbol centenario, avanzando por el mundo como un cáncer. O quizás como una vacuna. El mundo.

Notas

[1] En diciembre de 2011, el CNI dejó de depender del Ministerio de Defensa y pasó a hacerlo del Ministerio de la Presidencia. <<

[2] (Joder, es auténtica). <<